

The background of the cover is a painting of a castle on a hill. The castle has several towers with crenellated tops and is surrounded by green trees. In the foreground, there is a large circular archway with a decorative border. Through the archway, a landscape with a tree and a building is visible. To the left of the archway is a tall, cylindrical tower with a crenellated top and several small windows. The overall style is a soft, painterly illustration.

*Tu camino,
mi destino*

Marcos Olmos González

SAGA Destino I

Tu Camino, mi destino
SAGA Destino I
Marcos Olmos González
Primera edición

Ilustración de portada: Gracia González Castillo

Copyright © 2018 Marcos Olmos González

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781731516671

Dedicado a Gracia y a Paco, especialmente a éste último que se fue con la ilusión de escribir un libro. Este libro va por ti ... papá.

Capítulo 1

Es curioso como el cuerpo humano puede llegar a convertirse en un preciso reloj suizo. Ya de pequeña, cuando iba al instituto, mi cuerpo despertaba un minuto antes de que sonara el despertador. Abría los ojos, esperaba un minuto y cuando sonaba el despertador apretaba el botón de *snooze* para dormir cinco minutos más. Hoy, trabajo, y el ritual es el mismo, pero toco varias veces el icono de «5 minutos más» del móvil antes de levantarme. En definitiva, lo pongo a las ocho y me levanto a las ocho y cuarto, justo antes de que llamen al timbre de mi apartamento...

¡Riiiiing, riiiiing!

—¡Ya voy!—grito, a sabiendas que la que llama al timbre, mi amiga Clara, no me va a escuchar.

A Clara la conozco desde hace unos meses. Nos hemos hecho muy buenas amigas en poco tiempo. Es una tía muy simpática, por lo menos conmigo. A los que Clara no traga, que recen, tiene una auténtica “malafollá granaína” de las que hacen época. A veces pienso si no fue un antepasado de mi amiga la que nos hizo ganarnos a los granadinos la fama de malafollás. Aunque en realidad el término viene por otros motivos, ha acabado desembocando en la supuesta mala hostia que tenemos en la ciudad de Granada. ¡Vamos! Como si en Cuenca o Cáceres no hubiera malafollás.

—¡Vamos Marta!, pero ¡chochi! ¿Qué haces todavía con esas pintas? —me espeta Clara entrando en el apartamento como un huracán.

—Acabo de levantarme, loca, voy a preparar el desayuno. ¿Tú has desayunado? —le pregunto a la vez que me doy la vuelta para dirigirme al baño.

—Estoy a dieta —me grita mi amiga desde la cocina, aunque sé que los roscos de chocolate que tengo en la encimera son irresistibles para ella. Seguro que cae alguno.

Entonces escucho que dice:

—¿Y tú quién demonios eres? ¿Quieres roscos gato?

—¡¡¡Amedio!!! —le grito desde el cuarto de baño— ¡Se llama Amedio! ¡Lo encontré ayer en la calle!

—Amedio... ¡ja, ja! Te han puesto nombre de mono amigo —oigo que le dice al gato.

Me doy una ducha rápida y me visto con unos pantalones largos de color negro y una blusa gris, todo muy neutro. Miro mi armario y caigo en la cuenta de que llevo sin ponerme una falda meses, desde lo ocurrido con Jorge. Últimamente no me he dedicado mucho tiempo a mí misma. Me miro en el espejo y cuando veo que me encuentro medianamente decente vuelvo a la cocina con Clara. Efectivamente se está comiendo un roscos de chocolate. Si es que los roscos de la pastelería Marisol son irresistibles, tienen una pinta y un brillo que no se pueden aguantar.

—¿Por qué compras estas cosas? Sabes... engordan —dice Clara mientras se chupa los dedos manchados de chocolate.

—Todo lo que consumes en exceso engorda, loca, excepto el sexo...

—¡Cierto!, es lo único que no consumo... —repite mi amiga.

—Calla ya —digo—, no consumes porque no quieres. Estás estupenda.

—Tú no eres supersticiosa ¿Verdad? —pregunta mi amiga cambiando de tema— ¿Sabes que los gatos negros dan mala suerte?

—Sabes que no creo en esas cosas —respondo.

—Cómo te oiga Carmina verás —me advierte Clara—, por cierto, el viernes te quiero ver con un vestido sexi y que dejes con la boca abierta a los machotes de la oficina. Desde que te conozco no te he visto con otra cosa que no sea pantalón o pijama. El viernes te quiero desmelenada, quiero que quemes tus penas con tequila y ron —dice Clara haciendo el gesto de tomar un chupito.

—Jajaja —me carcajeo—. Te lo prometí, el viernes seré una chica mala, te juro que me beberé hasta el agua de los floreros, pero... Clara, no esperes milagros, no soy gran cosa; del montón.

Clara me coge la barbilla, me mira a los ojos y replica:

—Guapa... tú eres cualquier cosa menos una chica del montón, por cierto, ¿cuándo me vas a presentar a tu mellizo? Como se llamaba... ¿Paul?

—Sí, Paul.

A Paul hace ya un año que no le veo. No coincidimos nunca en casa de mis padres en La Herradura, un bonito pueblo de la costa granadina. Le echo muchísimo de menos, nunca había estado tanto tiempo tan lejos de mi mellizo.

¡Riiiiing riiiiing!

El timbre vuelve a sonar. Abro la puerta y tras ella aparece Carmina, mi vecina. Vive en la misma planta que yo. Tiene setenta años y la conozco desde que tengo uso de razón. Vivo en el mismo piso donde vivía con mis padres y mi hermano mellizo, hasta que mis padres decidieron mudarse a vivir a la costa y mi hermano decidió vivir por el mundo en general. Carmina saluda al entrar:

—Cuchi, pero ¡si está aquí Clarita!

—Estábamos hablando justo de ti —le informa Clara con retintín—. Marta no cree que tener un gato negro le pueda dar mala suerte.

—Yo tampoco lo creo, una bruja que se precie a llamarse bruja debe tener un buen gato negro.

—¡Me estás llamando bruja! —le digo divertida a mi vecina.

—¡Ahhh! —dice Carmina haciéndome un aspaviento con su mano. Y dirigiéndose a Clara añade—. Aunque veas ahora a Martita tan terrenal y tan incrédula, llegará un momento en que se volverá más espiritual y emotiva. Mi Martita tiene un aura especial... Por cierto, ¿cuándo queréis que os eche las cartas?

Pongo los ojos en blanco y digo:

—Vale locuelas, otro día que hoy ya llegamos tarde al curro.

Mientras marchamos al trabajo pienso en Carmina. Ella había nacido en el

barrio gitano del Sacromonte, pegado a la Abadía del Sacromonte. Que yo supiera, no había estado casada ni había tenido niños e intuyo que por eso me tiene tanto cariño, que por supuesto es recíproco.

Media hora más tarde, mi coche, un Volkswagen Polo de color amarillo, entra al aparcamiento del edificio de la empresa PlusMarket, una empresa dedicada a la distribución y comercialización de alimentación, con sede central en Madrid y varias sedes localizadas estratégicamente en toda la península y parte de Europa. En Granada, PlusMarket tenía el centro de distribución del sur de la península. El edificio aquí es moderno, de ocho plantas y localizado en una de las áreas más nuevas y modernas de la ciudad de Granada. Entramos en el vestíbulo de la empresa y fichamos en la entrada:

—Hola Ramón —saluda mi amiga al encargado de recursos humanos. Nos dirigimos hacia el ascensor dándole la espalda a Ramón.

—¿Quieres ver un truco? —me susurra en voz baja Clara.

—¿Qué truco, loca?

—Cuenta tres y nos damos la vuelta.

Contamos en voz baja hasta tres y nos damos la vuelta a la vez. Vemos a Ramón mirando a lo que hasta un segundo antes eran nuestros traseros. Entonces Ramón se pone a mirar a uno de esos palos con cinta que se usan para realizar separaciones o formar colas. El pobre ha sido pillado in fraganti, casi me da pena. Qué tía Clara, es una perraca de mucho cuidado.

—Mira que son simples... —afirma Clara al tiempo que subimos al ascensor y añade— Me gusta ese tipo, Ramón.

—Yo creo que no te pega, es muy serio, creo que te aburrirías con él. —No me contesta.

Subimos hasta la planta 6 donde se encuentra el departamento de marketing, que es donde trabajamos Clara y yo, que, junto con Tomás, completamos dicho departamento. En esa misma planta se encuentra también el departamento de logística, que es el encargado de la distribución por todos los hipermercados de Andalucía. Entre ambos departamentos se sitúa una sala común de descanso abarrotada de puf, unos cuantos sofás de diseño y unos bonitos cuadros de estilo impresionista que adornan toda la estancia. También hay multitud de máquinas

expendedoras de café, té, refrescos y aperitivos. Una alfombra gigante da confortabilidad a esta sala, todos la llaman la sala Google. El ascensor se detiene. En la sala Google se encuentran Daniel y Luis.

—Vaya, casi todo el equipo de logística al completo —dice Clara—. ¿Dónde está Marcelo?

—Ya lo conoces, es un bicho raro y está siempre fuera de manada —responde Daniel.

—¡Eso! Puede que la empresa lo venda en breve, hua hua hua hua —ríe Luis de forma estridente. Daniel ríe también.

Miro a Clara y supongo que su cara de póker es similar a la mía. Entonces le cuchicheo:

—Ni idea de que se ríen.

—En cuanto habléis con Tomás entenderéis el chiste —asegura Daniel—, por cierto, el viernes tenemos la fiesta de aniversario de la empresa, iréis ¿no?

—Claro que iremos —responde Clara—, yo no me pierdo una fiesta ni “jarta” vino.

La sonrisa de Daniel puede que haya afectado a mi amiga. Daniel le gusta, le gusta mucho, pero no quiere hacérselo ver. Mi amiga Clara tiene unos baremos un tanto raros para las personas. Según ella Daniel es un nueve, y ella es un siete, con lo que es muy difícil que la relación con Daniel funcionara. Menuda gilipollez, le he dicho yo en multitud de ocasiones, no se puede medir a las personas sólo por su físico, pero la tía es una cabezona de las que no entran por las puertas. Seguramente mi amiga le ha echado el ojo a Ramón porque lo considera otro siete como ella... ¡Qué pesadez de tía!

Nos damos la vuelta y entramos en la oficina. Dentro está Tomás.

Tomás es un chico joven, de veintitrés años, que tiene a más de una bebiendo de su mano en la empresa. A pesar de su juventud, la empresa lo fichó como empleado estrella debido a su formación, su currículum impecable, su potencial y conocimiento de las redes sociales, las cuales, cada vez más se imponían en todos los departamentos de publicidad y marketing de todas las compañías a nivel global. Al vernos entrar se dirige a nosotras:

—¡Cielo santo! ¡Dos estrellas se han estrellado en nuestro planeta! ¡Qué alguien llame a la NASA!

—¡No tienes cuento tú ni nada! —exclamo al tiempo que me siento en mi puesto de trabajo—. Con razón las tienes a todas locas. Las tienes a todas engañadas.

—Menos a ti —replica Tomás divertido.

—Sí... bueno... mi corazón está blindado.

—A mí tampoco me la das —añade Clara risueña—, eres un galán de pacotilla. Todo fachada.

Tomás, divertido por la contestación, simula que se le rompe el corazón cruzando las manos en su pecho y abriéndolas de forma teatral. Los tres reímos.

El ambiente en el departamento es buenísimo y los tres hemos congeniado muy bien. Además, el lugar de trabajo es muy moderno y espacioso. Consta de tres puestos de trabajo con mesas amplias, ordenadores muy potentes para el diseño gráfico de bocetos de publicidad y animaciones en red. A Clara le encantan las plantas, tiene toda la estancia llena de macetas. Ficus, orquídeas, cactus, palmeras de interior... pero en el centro está la joya de la corona, un bonsái Zelkova de unos treinta años que le trajo su abuelo de Japón cuando ella era pequeña. Aquello parece un jardín botánico, es la estancia más bonita de todo el edificio sin duda y afortunadamente la política de la empresa es muy permisiva. Si algo ha hecho Google bueno en el terreno laboral es expandir la idea, por la cual, los centros de trabajo cómodos para el trabajador son también más productivos para la empresa.

—Bien —empieza a decir Tomás—, pues hoy tenemos que pensar en cómo incorporar a los hipermercados el nuevo producto estrella venido del lejano oriente... gusanos, saltamontes, grillos y toda clase de bichos condimentados con especias. Al parecer, todos los hipermercados en España los están incorporando tímidamente para ver cómo funcionan.

Clara me mira y en su mirada puedo ver que ha comprendido las risas de los compañeros del departamento de logística. Habían llamado a Marcelo bicho raro y habían insinuado la posibilidad de que la empresa lo vendiera.

—¡Puag! —digo asqueada—, yo paso de comer eso.

—Sólo en el caso que nos quedemos sin marranos, ovejas y vacas en el planeta, comenzaré a comer bichos —dice divertida Clara.

—Calla mala pécora, que tenemos que incitar a la gente a consumir estos bichos, no espantarlos. Además, algunos de estos bichos llevan ya muchos años con nosotros —explica Tomás. Pongo cara de susto y nos sigue explicando—. El colorante rojo E-120 que se usa para mermeladas, golosinas y bollería industrial es en realidad cochinilla triturada. ¡Ah! Por cierto, también se usa en la industria cosmética. Es muy probable, amiga Clara, que los labios rojos que traes hoy tengan partículas de bicho triturado.

Clara le pone a Tomás su mirada más asesina. En ese momento me llaman por línea interna.

—¿Marta? —Es Alicia, la secretaria del encargado de la zona sur, Guillermo.

—Sí, dime Alicia.

—Guillermo quiere que subas a su despacho, quiere hablar contigo.

—De acuerdo, voy enseguida —le digo solícita.

Cuando cuelgo sé que algo no va bien, trato de pensar las posibles alternativas por las que me puede querer requerir Guillermo. ¿Ascenso? No creo. ¿Vacaciones extras? Tampoco creo. ¿Subida de sueldo? Ni de coña.

—Chicos, ahora vengo —Tomás y Clara me miran con cara preocupada.

Subo hasta la planta 8, que es donde se encuentra la oficina de Guillermo. Guillermo es un cincuentón con calva acelerada, algo entrado en kilos y con muy malas pulgas. Entro y me lo encuentro escribiendo algo, está concentrado en el monitor del ordenador.

—¿Querías verme Guillermo? —pregunto.

—Siéntate —me responde sin mirarme.

Durante un minuto sigue concentrado en lo que está haciendo. Cuando cree que estoy lo suficientemente nerviosa se vuelve y me mira serio. Me enseña un folleto que se encontraba en algún punto indeterminado de su mesa. Lo miro, es uno de los folletos de publicidad del mes de mayo. Están imprimidos, pero aún no ha habido buzoneo de los mismos.

—Mira el pack de seis latas de atún.

Lo miro. Pack seis latas de atún 3,15€. No sé qué decirle.

—¿Ha habido algún error?

—Dímelo tú que eres la responsable... —me espeta.

Me pongo más nerviosa. Este tío tiene el tacto de una anguila eléctrica.

—Guillermo, los precios me los pasa Luis, que es el encargado de las ventas —le explico.

—Sí claro, que fácil es echarle la culpa a los demás. Marta, hemos hecho medio millón de folletos como ese con un precio que no es el correcto. En vez de 3,15 es 3,19.

Es increíble que me esté echando la culpa a mí. Luego recuerdo que Luis es un amigo suyo de la infancia y no me parece tan increíble. Bajo la mirada como un perro apaleado.

—Esto no puede volver a suceder. Retírate —me ordena con malos modos.

Vuelvo a mi puesto de trabajo con el rabo entre las piernas y con unas ganas locas de matar a alguien. A Luis en primer lugar, por incompetente, y a Guillermo en segundo, por gilipollas.

A media mañana bajamos a la cafetería, que se sitúa en la planta uno. Ese día están todas las mesas abarrotadas. Al fondo, vemos a Daniel, que nos hace señas para que vayamos con ellos a su mesa. Los tres nos miramos... No nos hace mucha gracia sentarnos con el equipo de logística. Daniel es un buen tipo, y a mi amiga le hacen los ojos “chiribitas” cuando está cerca de él, pero Luis, es una de esas personas que cuando entras en una habitación, te sitúas en el extremo contrario porque te va a machacar con comentarios no muy afortunados, además, después de lo sucedido con el error de los precios, lo último que me apetece es estar cerca de él.

Al final no tenemos más opción que dirigirnos a esa mesa, más que nada, para no dejar mal a Daniel. Hablamos de temas banales. En verdad, odio tener que fingir interés en una conversación sólo para quedar bien:

—Pues yo creo que lo de los insectos condimentados no va a funcionar, es

una tontería tirar el dinero en campañas absurdas —pronostica Luis.

—No creas Luis, existe un nicho bastante importante que estaría dispuesto a probar y a degustar estos productos —replica Tomás—, y quien sabe... en otros sitios ven una locura comerse un caracol, y aquí lo vemos de lo más normal. Es cuestión de cultura y de cambios de mentalidad.

—Vaya, menudo lumbreras estas hecho tú, hua hua hua hua —ríe Luis—. Sigo pensando que será un fiasco. Por cierto, Marta, ¿qué te ha dicho Guillermo sobre el error que has tenido?

—¿El error que he tenido? Tú eres el responsable de los precios y seguí al pie de la letra los precios del listado que me mandaste —replico.

—¿Qué hiciste? ¿Un corta-pegas? Marta tienes que revisar las cosas y no sólo copiar, hua hua hua hua —se vuelve a reír Luis de esa forma tan desagradable.

—No entiendo lo que estás haciendo Luis... —apunto.

—Es que las mujeres no entendéis la mitad de las cosas, hua hua hua hua.

Mi amiga, que con el comentario de antes ya estaba roja, se ha puesto morada. La conozco, va a estallar en cualquier momento. Veo a Tomás pensativo mirando a Luis, entonces mi amigo levanta las cejas como si hubiera descubierto la fórmula de la Coca Cola. Se acerca a mi oído y me susurra:

—Marta, trata de evitar que Clara Capone explote, lo está haciendo a posta, os está provocando. Luego os cuento.

—De acuerdo —mascullo.

En ese momento veo a Clara que va a estallar:

—¡Me cago en bla bla bla bla bla bla bla! —tapo su boca y consigo que no se entienda nada.

—¿Qué me has dicho? —pregunta Luis.

—Dice que tiene que ir al baño —digo levantando a Clara que sigue con su parloteo mudo. Tomás nos sigue y Daniel no ha entendido nada.

Salimos de la cafetería y mi amiga se cabrea conmigo:

—¿Por qué no me has dejado desahogarme? Me van a salir unas bolas en el

cuello. ¿Sabes chochi? Ese tío se merece...

—Espera —la interrumpo—, Tomás nos tiene que decir algo.

Tomás se pone entre las dos y nos habla en voz baja.

—¿Os acordáis que os dije, en cierta ocasión, que la mujer de Luis coincidió conmigo en primero de la carrera de publicidad y relaciones públicas? —Las dos asentimos— Pues parece que por fin se ha sacado la carrera, ya le vale... ha tardado tres años de más. El caso es que Luis es muy amigo de Guillermo y...

—¿Estás insinuando que quieren dejar hueco en nuestro departamento para que entre ella? —pregunta Clara.

—Primero el tema de los precios. Ahora intenta provocarnos... Yo creo que traman algo —indaga Tomás.

Nos quedamos pensando la hipótesis de Tomás. Tiene sentido, pero le replico:

—No tendría por qué hacer este paripé, es el jefe.

—No creas que es tan fácil —interviene Clara—. Todos los partes de recursos humanos, logística, publicidad, administración... pasan por la sede central de Madrid. No creo que en Madrid les haga mucha gracia que aquí se contrate por enchufe en lugar de hacerlo por méritos.

—Y si se enteraran que además fuerzan despidos —añade Tomás—, pueden meterse en un lío.

—¡Joder...! Creía que estas tramas sólo ocurrían en juego de tronos —cuchicheo.

Ya en casa, me paso varias horas ordenando el armario. La temperatura ha cambiado bruscamente. La semana anterior no podía salir de casa sin un abrigo y esta semana es casi obligado tener manga corta para las horas más calurosas del día. Es una de las particularidades que tiene vivir en Granada, no existe otoño ni primavera, aquí sólo hace calor o frío, en parte gracias a Sierra Nevada. La gente de Granada dice que Sierra Nevada es un congelador que mantiene fresquita la ciudad, pero cuando hace calor, al igual que en toda la zona de interior de Andalucía, el calor se hace insoportable.

Estoy colocando la ropa interior y pienso que tengo que llamar a Clara para hacer una compra de ropa nueva, que ya toca. Mi teléfono empieza a sonar. Es mi madre, lo cojo:

—Cariño, ¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien, mama, la verdad es que en el curro estoy cada día mejor. —Evito comentar lo ocurrido hoy, no quiero preocuparla.

—¿Vendrás el fin de semana?

—Intentaré bajar a la playa mamá, pero no te prometo nada.

—Hazlo pequeña, ven a vernos, aquí hace una temperatura casi para bañarse.

Cuando mi madre me dijo eso de bañarme me entró la melancolía y unas ganas locas de ir a visitarlos. Echo de menos pasear por la playa, ver amanecer. Echo mucho de menos a mis padres y sobre todo a mi hermano mellizo, Paul y la hija de éste, Sheila.

Sheila tiene seis años y es fruto de una relación de mi hermano con una joven cuando tuvo su temporada hippie. Tuvieron a Sheila, pero la madre de la niña, Marisol, le dijo a mi hermano que ella era muy joven para ser madre y que no quería responsabilizarse de ella. Paul estaba enamorado de Marisol, pero esto lo decepcionó. Al final ella acabó marchándose con un alemán y dejó a la niña a cargo de Paul. A raíz de esto, sentó algo más la cabeza; Sheila es su vida, la ama con locura. Actualmente trabaja dando clases de buceo y windsurf a turistas. El problema es que tiene que viajar mucho porque en la provincia de Granada no hay suficiente demanda. Y en sus largas ausencias Sheila se queda con sus abuelos.

—¿Va a estar Paul? —pregunto.

—Quizá, si le digo que vienes seguro que sí. Tiene muchas ganas de verte.

—¡Pues como yo! No te prometo nada mama, pero quizá vaya con Clara. ¿Crees que haría buena pareja con Paul?

—¿Con tu hermano...? Mejor no vayas de Celestina, es muy independiente, ya lo conoces...

—Ya... pero en algún momento tendrá que sentar la cabeza.

—Sí, ¿cómo tú? —inquire mi madre.

—¡*Touché* mami! —me río, siempre me hace la misma jugada. Con mi madre me siento como en uno de esos laberintos que vayas por donde vayas al final acabas en el centro, encerrado.

—Está aquí Sheila cariño, y quiere hablar contigo. Te la paso. —Una voz de niña invade la línea.

—¡Hola titaaaa! Acabo de venir con el abuelo de coger conchas. Las estamos pegando en la entrada de la casa y se está quedando muy chula.

—¡Hola chiquitita! Dejadme algunas conchas de la playa a mí, que también quiero colaborar.

—El abuelo las está pegando con una cola que dice que es especial para pegar conchas, y vamos a poner unas letras, pero no te voy a decir lo que vamos a poner, porque es un secreto —dice Sheila atropellando las palabras.

—Vale guapísima. El fin de semana, si puedo, voy y veo como os está quedando.

—¡Vale tita! me llama el abuelo. ¡Adiós!

—Esta niña es un vendaval —dice mi madre entre carcajadas.

—Qué bicho está hecho, quizá lo venda mi empresa...

—¿Cómo? —pregunta mi madre.

—Nada mamá, es una broma del trabajo. Voy a seguir ordenando ropa, ¿ok?

—Vale hija, cuídate, besos.

—Besos mama.

Cuelgo el teléfono y veo que tengo unos mensajes de wasap sin leer. Un mensaje es de Jorge. Lo borro sin leerlo. Hay más mensajes sin leer. Pincho en el grupo de «los tres masqueperros» y en él hay dos mensajes. Los otros dos “masqueperros” están conectados:

22:34 **Clara:** Chavales... nos están declarando la guerra.

22:35 **Tomás:** Tenemos que actuar con frialdad, lo que quieren es eso, que perdamos los papeles.

22:46 **Yo:** ¿Dijo algo Daniel cuando nos fuimos?

22:46 **Clara:** Ni idea, yo me fui pegada a ti. Con tu mano en mi boca. Jajaja.

22:47 **Tomás:** Que va, se le quedó cara de Golum. Este tío no se entera de nada.

22:47 **Clara:** (Emoticono de sonrisa).

22:47 **Yo:** (Emoticono de sonrisa) Menudo friki eres.

22:48 **Yo:** El caso es que no parece mal tío.

22:48 **Clara:** Sí, el tío está cañón.

22:49 **Clara:** Ese es el que me hace falta para romper mis telarañas. ¡El viernes me lo tiro! Jajaja.

22:49 **Yo:** Anda ya, luego te acojonas, que si es un nueve y yo un siete nananá nananá.

22:49 **Yo:** (Emoticono de sonrisa).

22:50 **Tomás:** Ha abandonado el grupo.

Me hizo gracia este mensaje de Tomás. Era una broma típica de los tres cuando algo nos escandalizaba.

22:50 **Yo:** (Emoticono de sonrisa) (Emoticono de sonrisa) (Emoticono de sonrisa).

22:53 **Tomás:** Cambiando de tema, el viernes viene el jefazo supremo desde Madrid. Esta mañana me lo ha comentado Guillermo cuando me dio la carpeta de los bichos. ¿Alguna de vosotras sabe cómo es?

22:55 **Clara:** Pues seguramente un abuelete con el pelo blanco, bajito, calvo y con panza cervecera...

22:56 **Yo:** Qué mala eres (Emoticono de sonrisa).

22:57 **Yo:** No te metas con él que mejor no podemos estar en nuestra oficina, el problema lo tenemos en casa...

22:58 **Clara:** Cierto, soy una desagradecida, le he montado un jardín botánico en la oficina y todavía no me han pegado una patada en el culo. (Emoticono llorando).

22:59 **Yo:** Me preocupa cómo vamos a conseguir los precios de los artículos sin pasar por el filtro de Luis.

23:00 **Tomás:** Por eso ni te preocupes. Lo puedo conseguir todo a través de mis contactos en Madrid. Los precios son los mismos para toda España. Lo que sí tiene que preocuparte es que he escuchado que en la sede central van a elegir un nuevo director general de marketing y Luis suena como probable candidato.

23:01 **Clara:** No jodas...

23:01 **Yo:** Madre mía... en ese puesto sí que tendrá carta blanca para jodernos bien...

23:03 **Tomás:** ¡Chicas! A propósito de joder (Emoticono de diablo) Me voy que tengo plan. ¿Os acordáis de Paula?

23:03 **Clara:** Sí.

23:03 **Yo:** Sí.

23:04 **Tomás:** Pues me acaba de decir por wasap que vaya a su casa que sus padres no están.

23:05 **Clara:** Uuuhhhhhhhh. Al menos que alguno del grupo pille cacho. Jajaja.

23:05 **Clara:** A ver si dejas el pabellón alto.

23:05 **Clara:** (Emoticono de sonrisa).

23:05 **Yo:** ¡A por ella fiera! (Emoticono de sonrisa).

Capítulo 2

—Nadia, queda poco, mantén ese brazo un poco más —indico a la modelo.

Estoy haciendo un cuadro de estilo realista al óleo y tengo a la modelo medio recostada en un sofá de época completamente desnuda. El brazo le tapa un pecho y el otro pecho lo toca con la mano de forma muy sensual, aprisionando su pezón con los dedos centrales.

—En dos minutos acabamos... —Realizo las últimas mezclas en la paleta y unas pocas pinceladas más tarde he finalizado—. ¡Listo!

Me dirijo al perchero y cojo una bata de seda de color rosa y se la cedo a Nadia. Ella se da la vuelta para que yo se la ponga. Se la coloco, vuelve a darse la vuelta encarándose a mí y me da un beso en la boca muy sensual. A continuación, Nadia se dirige al cuarto de baño para vestirse.

—Muchas gracias Nadia, el cuadro va a quedar genial. Lo que queda ya lo puedo acabar yo.

Antes de salir de la estancia Nadia me mira y me hace un guiño muy al estilo de película de los años sesenta.

Me quedo pensando en Nadia en el momento que ella sale del apartamento. Me encanta el sexo, soy muy activo sexualmente y Nadia es una chica muy atractiva y sensual, pero sólo tengo una norma que me he autoimpuesto en el terreno profesional. Nunca me acuesto con mis modelos. No quiero mezclar mi profesión con el sexo.

Lo recojo todo y echo un vistazo a la sala. Hay decenas de cuadros, pero en la parte central uno destaca. Es un cuadro de una mujer muy guapa de cabello oscuro y ojos verdes, tiene la mirada insinuante y está vestida sólo con un pañuelo de color celeste que le atraviesa diagonalmente sus pechos hasta llegar a sus muslos. En la cabeza porta una corona de espinas.

—Creo que el cuadro de Nadia tampoco va a superarte, sigues siendo el cuadro más bello de la sala —digo al aire.

Vivo en un ático, en una céntrica calle de la ciudad de Madrid, es grande y moderno, al más puro estilo *loft*, de esos que suelen salir en las comedias neoyorkinas. Son las nueve de la noche y me dispongo a preparar la cena cuando suena el teléfono.

—Hola Lorena ¿Qué tal estás? —respondo.

—Hola Helio, pues muy bien, un poco liada, como siempre... —responde Lorena— Mira, te llamaba porque tengo un problema. Esta noche tengo curso. El caso es que Mario no podrá llegar a tiempo y me preguntaba si podrías ayudarme con la clase... y de paso cuando llegue Mario un poco más tarde, pues... ¡Ya sabes! Lo que quieras, jajaja.

—¡Guau! menudo planazo —indico—, por supuesto que voy.

—¡Bien! Es una pena que no puedas prepararte la clase.

—¿Qué lección es? —pregunto.

—“*Squirting*”.

—Bueno, creo que podré dar la talla...—vaticino.

—Tú siempre das la talla, Helio, jajaja.

—Vaya... gracias. Nos vemos entonces ¿A las once?

—Sí, a las once, como siempre. Es en la sala “U”, besos.

—Ok, besos. —Cuelgo el teléfono.

La sala “Fruto Prohibido” es un local liberal de Madrid en el que la gente va a saciar sus fantasías más ocultas. Los lunes no hay mucho ambiente en la sala y en ese día de la semana se imparte un curso titulado «Máster en placer sexual y tantra». En dicho curso se hacen todo tipo de prácticas sexuales y se explica, de forma didáctica, la mejor manera de proporcionar placer. Masaje erótico, sexo anal, sexo oral, “*squirting*”, sexo con más de dos personas, sexo tántrico, BDSM,

orgasmo múltiple femenino, orgasmo múltiple masculino, etc.

Entro en el local y saludo a Julio, uno de los camareros del local. Dejo atrás la zona del bar, que es donde la gente suele tomar copas y conocer a otras personas. Me dirijo a uno de los pasillos y paro en una puerta con un letrero que dice «Sala U». El local dispone de cinco salas especiales aparte de la zona de bar. Abro la puerta y veo a Lorena que prepara el equipo de música para ambientar la sala. Lleva un vestido rojo muy sexi y unas botas altas. Por la experiencia que tengo de ocasiones anteriores, intuyo que, bajo ese vestido, Lorena no lleva nada de nada.

—Bienvenido nuevamente al curso, muchas gracias por haber venido avisándote con tan poca antelación, me has salvado la vida.

—Un placer Lorena. Casi te tengo que dar las gracias yo a ti. Me disponía a ver una aburrida película con cientos de anuncios y este plan no tiene color.

Puedo ver sus pezones erectos a través del fino vestido. Ella ve la dirección de mis ojos y sonrío.

—Me encanta que vengas Helio, le das mucho glamur a la clase. Lo que pasa es que con tu cuerpazo y esa carita que tienes me intimidas a todas las féminas.

—¿Eso es un cumplido?

—Pues claro, además, me encanta verte poner en práctica lo aprendido cuando acabamos las clases. Luego se nos unirá Mario en la sala “E” —dice Lorena traviesa.

Mario es el marido de Lorena. Tienen una relación muy liberal desde hace más de diez años y a mí me parece una pareja estupenda que viven su sexualidad al máximo. Yo respeto esta relación, pero creo que yo no podría soportar una relación así. Soy una persona de mente abierta... pero no tanto.

Comienzan a entrar alumnos en la sala. Ese tipo de cursos van dirigidos a parejas que quieren mejorar o potenciar sus relaciones sexuales. El curso se compone de varias lecciones, pero no es obligatorio que todas las parejas vayan a todas las lecciones. Cada pareja elige las lecciones que les gustaría practicar. Aquel es un ambiente de respeto y nunca se puede obligar a nadie a que haga nada que no le guste. Esa noche entran siete parejas. La profesora hace que me acerque a ella y entonces se dirige a los alumnos:

—Hoy vamos a explicar en qué consiste el “squirting”. Y vamos a intentar que las chicas consigan un bonito “squirt” por parte de sus parejas.

—El “squirting” —continúa explicando Lorena —es una eyaculación en chorro que tenemos las mujeres después de una masturbación simultánea del punto g y el clítoris. Tengo que decirles que no todas las mujeres pueden conseguirlo porque depende mucho del tamaño de las glándulas Skene situadas en el punto g.

—Helio va a realizármelo a mí para que tengáis una idea general y luego se lo haréis vosotros a ellas —explica Lorena acercándose a ella con sus manos.

Le quito el vestido por arriba a Lorena y se queda completamente desnuda; no me he equivocado; no lleva bragas ni sujetador. Lorena se tumba en una hamaca preparada para la clase, abre las piernas y expone su sexo a sus alumnos. Cojo un bote color azul situado en una mesa y saco de él una buena cantidad de lubricante, lo caliento entre mis manos y comienzo a estimular su clítoris con los dedos centrales de mi mano. La observo. Su mirada va de los alumnos a mí. Cada vez más encendida empieza a jadear. Su clítoris se empieza a hinchar. Con un movimiento experto que me da la práctica, cambio de posición mi mano penetrando su vagina con los dos dedos centrales de mi mano derecha, y presionando el punto g con el pulgar de la misma mano. Comienzo a mover la mano en círculos, aumentando progresivamente la velocidad. Lorena, extasiada, mueve las caderas en círculos y, entonces me permito un momento mirar a las parejas, ellas con cara de excitación, ellos con cara de deseo y con sus miembros apretando sus pantalones. Miro a Lorena, ella me mira, nos conocemos, queda poco. Comienza a gemir cada vez más fuerte hasta que no puede más. Lorena echa la cabeza hacia atrás. De su vagina sale un chorro a presión de líquido eyaculatorio acompañado de un fuerte gemido. Ellas me miran con deseo. Ellos miran con deseo a Lorena. El morbo... está servido.

La sala “E” es una sala pensada para realizar intercambios de pareja. Tiene una cama redonda suficientemente grande como para que entren ocho personas. Entro y me encuentro con Mario. Le saludo con un buen apretón de manos.

—Me alegro de volver a verte, Helio —saluda Mario cortésmente.

—¿Cuándo has venido? —pregunto.

—Pues... justo a tiempo para ver a mi mujer disfrutar —dice Mario con los ojos brillantes de excitación.

—Lorena se está dando una ducha —le informo—. Mario... sé que vienes de un viaje y te apetecerá estar a solas con Lorena...

—Helio, ya habrá tiempo de hablar con mi mujer, en este momento..., sólo quiero que te la folles —dice Mario, ansioso por la expectación.

En ese momento entra por la puerta Lorena, que ha escuchado las palabras de su marido.

—Ya lo has oído Helio, mi marido quiere que me folles —dice Lorena desde el umbral de la puerta, se acerca a mí moviendo provocativamente las caderas y me pasa su dedo índice por mis labios.

—Helio ¡Desnúdala! —ordena Mario.

Eso no va a ser muy difícil, pienso. Le suelto los dos finos tirantes de su vestido, el cual cae lentamente marcando las curvas de su voluptuoso cuerpo. Lorena levanta las manos y me sonrío lascivamente.

“Cuckold”, o cornudismo en español. Morbo y excitación en Mario, por ver como otro disfruta de su mujer. Deseo de Lorena por dejarse llevar por el juego de su marido y disfrutar del sexo. Y finalmente, yo, el corneador, que me excita el juego de mis amigos.

—Tumbate en esa mesa Lorena, pero deja tus piernas fuera de ella.

Lorena hace lo que su marido le pide. Se tumba medio recostada en la mesa, cierra las piernas y se queda mirando curiosa a los dos hombres que hay con ella en la sala. Mario y yo nos acercamos a ella. Mario hace que me agache con él quedando justo a la altura de sus piernas.

—Abre lentamente las piernas, cariño —susurra con voz suave Mario—, ambos queremos ver tu humedad. Humedécete para nosotros...

Lorena abre las piernas lentamente. Está excitada, su sexo brilla y su flujo del deseo recorre su vagina preparándose para disfrutar. El morbo y la expectación están servidos.

—Me encanta como hueles, cariño... ¿A ti te gusta Helio?

—Sí... me encanta.

—¿Te gustaría follarte ese coño, Helio? —Las palabras soeces son parte del juego de Mario. Con Mario he hablado de temas de lo más intelectuales, pero cuando realizamos este tipo de prácticas sexuales le gusta decir estas palabras, y a nosotros, por supuesto, nos encanta su juego.

—Sí, me encantaría follarme ese coño —digo sinceramente.

—Pues hazlo. Fóllate el coño de mi mujer —ordena Mario.

Me levanto, me quito los zapatos, los pantalones, la camisa y el calzoncillo en ese orden. Cojo un preservativo y me lo coloco. Me acerco al filo de la mesa.

—Despacio Helio —dice Mario—. Hazlo despacio.

Pongo mi glande encima del clítoris de Lorena y lo muevo despacio para estimularlo. En seguida se hincha y se pone del tamaño de un hueso de aceituna. Entonces bajo un poco el pene y lo introduzco en su vagina lentamente. Comienzo a follar el coño de Lorena como me ha ordenado su marido. Al tiempo que acelero, veo que Mario se pone en el otro extremo de la mesa y besa a su mujer. ¡Morbo! Me estoy follando a Lorena delante de su marido. No es la primera vez que lo hago, lo hemos hecho muchas veces, pero en todas las ocasiones ha sido muy excitante. Esta pareja sabe disfrutar del sexo sin tabúes.

Mi bombeo acaba con un orgasmo mío y otro de ella. Entonces ellos empiezan a besarse y Mario comienza a acariciar los pechos de su mujer. Este es el momento de salir y dejar a la pareja disfrutar uno del otro. Me visto rápidamente y me dirijo a las duchas.

Antes de marchar del local me tomo unas copas con algunos conocidos. En apenas dos horas, mi noche acaba.

Veo a mi madre en una turbia nebulosa, girando sobre sí misma con un vestido blanco y una guirnalda de margaritas en su cabeza. Gira y gira. Entonces se detiene y me mira. Me sonrío y me pregunta:

—¿Hoy no vas a ver a Margareta?

Justo en ese instante todo se vuelve oscuro. No hay estrellas, ni sombras, ni tímidos haces

de luz por ninguna parte. Todo oscuro. De repente, alguien enciende una luz y me despierto de un sueño profundo. Me miro las manos. Las tengo manchadas de sangre. Miro a mi lado y allí está mi amada, tumbada en la cama, cubierta de sangre... muerta...

Al día siguiente me despierto entre sudores fríos. La cama está empapada. Hace más de diez años que no sueño nada y hoy he tenido una pesadilla espantosa. ¿Ayer tomé la pastilla? No lo recuerdo. Me levanto y voy al cuarto de baño, cojo dos cápsulas rojas en vez de una y me las tomo con agua. Miro el reloj, son las dos de la tarde y al mirar el móvil veo que tengo cuatro llamadas perdidas de mi padre y una de mi maestro y amigo, Diego Del Pietro, un maestro pintor que me ha enseñado casi todo lo que sé sobre pintura. Decido llamar a mi padre.

Mi padre, Roberto Salcedo, es uno de los hombres del momento en España. Había entrado en el mercado de la alimentación hacía apenas diez años y ya contaba con más de trescientos hipermercados distribuidos por todo el país y unos cuantos más por el resto de Europa. Hasta hacía un par de años, tenía una relación muy distante con él, aunque últimamente, había mejorado algo. Le doy al botón de llamada.

—¡Helio! ¿Dónde diablos te metes? —Los gritos de mi padre no me sorprenden.

—Tranquilo papá. Anoche estuve en una fiesta con unos amigos.

—¿Y te levantas a estas horas?

—No papá, me he levantado hace un par de horas, pero no he visto las llamadas perdidas

En realidad, no me importa decirle la verdad, yo ya no soy un niño, vivo en mi propio piso y gano mi propio dinero en el mundo del arte, pero le estoy mintiendo para no entrar en bucle con una discusión que no llevará a ningún lado.

—Bueno... no importa. Mira hijo, ¿podrías venir esta tarde a la sede central?

—Papá, no he ido nunca allí ¿Para qué me quieres?

—Mira Helio, sé que no quieres nada de la empresa y que eres independiente

y todo eso, pero necesito tu ayuda. Giorgio está de viaje por Norteamérica para comprobar nuestras posibilidades de expansión y tengo un problema con una de mis sedes en España y sólo tú me puedes ayudar.

—¿Qué problema?

—No te lo puedo decir por teléfono, ¿podrías venir?, por favor. —La súplica de mi padre me sorprende. No suele ser una persona que pida las cosas por favor, sin embargo, quiero que se lo curre un poco más y le pregunto:

—Papá, tienes a mucha gente trabajando para ti. ¿Nadie se puede encargar?

—No Helio, sólo tú. Luego te explico.

—Vale papá, luego me paso —digo resignado.

—Gracias hijo, luego nos vemos, te quiero.

No recuerdo la última vez que mi padre había pronunciado esas palabras «te quiero». La línea se queda unos segundos en silencio. Finalmente le respondo:

—Yo también, papá.

Por la tarde, conduzco mi coche en dirección a la sede central de PlusMarket, un Volkswagen golf VI color rojo, uno de los pocos lujos que me he permitido. Decido que me pasaré antes a ver a mi amigo Diego Del Pietro a su casa.

La casa de Diego es una casa atípica del barrio donde vive. Es la única casa con parcela. Sus vecinos son edificios altos de pisos y apartamentos. Miro a través de la verja y allí está. Puedo ver la silueta inconfundible de mi amigo Diego. Está en el jardín de su casa con una paleta en la mano y un lienzo preparado para ser manchado. Esa imagen me trae muchos recuerdos. Diego había sido mi amigo, mi maestro, la persona en la que más confiaba en los años en los que no hablaba con mi padre. Diego me ha enseñado a vivir de la pintura y le estoy muy agradecido. Al verme deja lo que está haciendo y se dirige rápido a mi encuentro.

—*Ciao bambino mio ¡Per quanto tempo senza vederti!* —me saluda Diego abrazándome.

—Jajaja —me carcajeo y le advierto—. En español por favor, que ya casi he olvidado el italiano, amigo Diego.

—Un *piacere* que hayas venido, Helio.

—Me encanta tu italo-español, es muy divertido.

—¡*Grazie!* pero *presto*, entra que te tenía que hablar —dice Diego mientras me hace entrar al jardín. Me hace sentar en una silla hecha de forja y pintada en color blanco y él toma otra.

—Cuanto tiempo sin verte, Helio. ¿Cómo te encuentras? —se interesa mi amigo.

—La verdad es que muy bien, trabajo en el estudio, vivo de mis pinturas, salgo con amigos...

—¿Y alguna amiga especial? —pregunta Diego.

—No, y tampoco me importa Diego, me gusta mi vida tal y como está.

—Ok amigo. —Me mira en silencio unos segundos y finalmente me dice:

—Espera un poco *bambino*. —Entra en la vivienda.

Yo me quedo mirando el cuadro que ha manchado. Por la posición del caballete intuyo que va a pintar el olmo que se encuentra en el centro de su jardín. Mi amigo sale de la vivienda, se vuelve a sentar y me entrega un documento. Traduzco del italiano y leo:

«*Concurso internacional de obras artísticas profesionales de temática humana desnuda.*

Primer premio, 200 000 euros

Segundo premio, 50 000 euros.

Lugar: Anfiteatro Ricardo Maestre, Roma.

Fecha: 9 de octubre de 2018.

Hora: 21:00»

—Pero Diego, aquí habrá muchísimo nivel.

—El que tú tienes *mio bambino*. Te estás infravalorando Helio ¡Qué cosa te pasa! Además, es un certamen de cuadros, no de talento. Se pueden presentar cuadros tuyos u otros que no sean tuyos.

—Pero no tengo un cuadro capaz de competir en este certamen. —le digo

serio.

—Qué cosa ¿Y La Morena Esclava?

—Diego... la verdad es que preferiría que el cuadro que yo exponga fuera mío.

—El cuadro lo tienes tú en tu poder y es tuyo. Ambos sabemos quién pintó ese cuadro, y no creo que le importe que entre en el concurso.

Me quedo pensativo mirando el olmo de su jardín, finalmente asiento.

—Vale Diego, quizá lo haga. Déjame pensarlo.

—¿Sabes lo que puede suponer ganar semejante concurso? —me pregunta con interés Diego.

Yo sabía perfectamente lo que podía suponer ganar el concurso. En ese tipo de certámenes estaban prohibidos los cuadros de desnudos famosos. Con lo cual los museos o los ricos propietarios de «La dama desnuda», «El nacimiento de Venus», «Olympia», «La Venus del espejo» y otros aún más famosos no entraban en concurso. Me quedo pensando... Ganar significaba multiplicar por mil o más el valor del cuadro en cuestión. Finalmente respondo:

—Te llamaré Diego. Tengo que ir a visitar a mi padre.

Diego se tensa y me pregunta:

—¿Cómo está tu padre?

Yo sabía que mi padre y Diego habían sido grandes amigos en el pasado, pero que perdieron la amistad. Ni mi padre ni Diego quisieron decirme nunca el motivo de su distanciamiento y lo he dejado pasar. Después de un silencio incómodo le contesto:

—Mi padre está bien.

Media hora más tarde, entro por la puerta principal de la sede central de PlusMarket. Para pasar, hay un torno donde los empleados fichan o en su defecto hay que hablar con una recepcionista para que te deje pasar. Me apoyo en el mostrador y le digo a la chica:

—Hola me gustaría hablar con el señor Roberto.

—Disculpe, ¿qué Roberto?, en la empresa hay muchas personas. ¿Me podría decir el área en la que trabaja el tal Roberto?

La chica no me ha prestado mucho interés, está tecleando algo en el ordenador. Creo que esta chica no lleva aquí mucho tiempo.

—En realidad, es el jefe, Roberto Salcedo —indico.

La chica deja de teclear y me presta más atención:

—¿Tiene cita? —me pregunta eficiente.

—La verdad es que no —respondo divertido.

En realidad, sé que no lo estoy haciendo bien, pero mi anonimato en la empresa de mi padre me divierte, está claro que la chica es nueva y no puedo evitar seguir con el juego.

—Pues lo siento, pero el señor Roberto Salcedo es un hombre muy ocupado, si quiere puede usted decirme su nombre y su motivo para dirigirse al señor Salcedo y un número de teléfono y ya le llamaremos para concertar una cita.

—De acuerdo.

La chica saca un formulario y comienza a preguntar:

—¿Su nombre?

—Helio... Helio Salcedo.

La chica levanta la mirada del papel y se me queda mirando. Su cara pasa por varias tonalidades; rojo, amarillo y finalmente blanco. La recepcionista murmura:

—Es usted...

—Sí, su hijo. La verdad es que me está esperando —respondo serio.

No quiero que la chica piense que me estoy riendo de ella y me he arrepentido de haberle hecho pasar ese mal rato.

—Ohm... sí... espere que... pase. Suba por el ascensor de la derecha, es la planta veinticinco —consigue balbucear por fin la chica.

—No se preocupe señorita, aquí nadie me conoce y usted ha hecho muy bien

su trabajo.

Ella me mira y su tez pasa de blanco, a amarillo y finalmente colorada dice:

—¡Gracias!

Subo por el ascensor hasta la planta veinticinco. Avanzo por el gran hall y al final veo dos puertas, una tiene un rótulo que pone «Giorgio Salcedo, Director General» y la otra pone «Roberto Salcedo, Presidente». Llamo a esta segunda y entro.

La oficina de mi padre es enorme. Las paredes están repletas de fotos y una gran mesa de madera preside la estancia. Mi padre está sentado leyendo un documento y al escuchar la puerta levanta la vista y, mirando por encima de sus gafas, sonrío. Se levanta y se dispone a recibirme.

—¡Cuanto me alegro de verte, Helio! —me recibe efusivo.

—Yo también papá.

Me mira de arriba abajo y me pregunta:

—¿Como te va la pintura?

—Muy bien papá, no me hago rico, pero soy feliz haciendo lo que más me gusta

Mi padre asiente y después cambia el tono:

—Bien... Verás hijo —me dice dándose la vuelta, pone las manos a su espalda y prosigue—, tenemos un pequeño problema en una de nuestras sedes. —Directo al grano... este es mi padre.

—Dime a ver qué puedo hacer —señalo al tiempo que me siento en una de las sillas.

—Para contarte lo que pasa te voy a explicar nuestro método logístico de distribución —empieza a explicar mi padre—. Bien... De cada una de las sedes, vienen camiones tráileres vacíos y cargan la mercancía en el almacén central que tenemos en Madrid y de aquí vuelven a su sede de origen cargados. Pues bien, hace tres días, en uno de los registros rutinarios por el equipo de seguridad, cazamos un cargamento de marihuana en un doble fondo de un tráiler vacío. — Mi padre continúa la narración recorriendo la habitación de un lado a otro. Está

nervioso— Lo que hemos hecho es no descubrir al conductor y lo hemos dejado pasar.

Mi padre se me acerca y sigue explicando:

—Si lo hubiéramos puesto al descubierto, no sabríamos quien está detrás de todo esto. Caben varias posibilidades: uno; que esté implicado sólo el conductor, y dos; que haya alguien más implicado, lo más probable, en este segundo caso, es que sea del departamento de logística de dicha sede, Granada —enfatisa mi padre.

—¿Por qué no le pides ayuda a algún subordinado tuyo? —pregunto.

Mi padre asiente y niega inmediatamente después diciendo:

—El caso es que esto no se lo puedo decir a nadie. Si vamos a la policía, tarde o temprano saldrá a la luz. Y eso sería muy perjudicial para la imagen de la empresa. Por eso quería que fueras tú el que fuera a la sede para controlarla e investigar si hay alguien más implicado... —Mi padre continúa explicando su plan — Justo este viernes tenía que ir yo porque tienen la fiesta de aniversario en Granada. Esa podría ser la excusa perfecta para que te infiltres y conozcas a la gente de Granada.

Terminada la narración, mi padre se queda en silencio, es buen psicólogo. Utiliza mejor los silencios que cuando habla. Después de unos segundos por fin dice:

—Y bien... ¡Qué me dices! ¿Lo harías?

Me levanto, recorro la habitación de una punta a otra y miro por la ventana. Mirando sin ver nada digo:

—Si accedo, me deberás un gran favor.

—Yo a ti te hago todos los favores que quieras, incluso si no me ayudas — me dice esperanzado.

Me doy la vuelta, miro a mi padre a los ojos y resuelvo:

—De acuerdo, lo haré.

Capítulo 3

El ronroneo de Amedio me despierta antes de que suene el despertador.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al gato.

Le he preparado una pequeña cama para que duerma en ella, pero parece que él no está muy conforme. Me levanto y miro el móvil. Tengo un wasap de Clara.

08:03 **Clara:** Hoy voy directa al trabajo, nos vemos allí (Emoticono de beso)

Me levanto y preparo el desayuno, un Cola Cao y una tostada de york con queso. Amedio me mira desde el suelo con gesto suplicante, lo cual me extraña, los gatos no tienen expresiones ni gestos en sus caras. Cuando están nerviosos o tienen miedo, lo que hacen es dilatar sus pupilas, pero el gesto lo mantienen como una estatua de mármol.

¡Riiiiing, riiiiing!

Llaman a la puerta. Me dispongo a abrir la puerta de mi apartamento y cuando la abro me quedo helada. En la puerta está Jorge, mi ex, vestido con el uniforme de la policía nacional.

—Hola princesa, cuanto tiempo...

Jorge pone la bota y evita que le cierre la puerta en las narices.

—¡Marta, espera!, vengo a que me des otra oportunidad —grita sin dejar de empujar.

Empujo fuerte hacia el lado contrario, pero la puerta se está abriendo, él es más fuerte que yo.

—¡No quiero volver a verte, cabrón! —le grito indignada sin dejar de empujar.

Jorge pega un empujón fuerte y entra golpeando la puerta contra mi rostro. Me empuja hacia la pared y me acorrala. Entonces empieza a besarme:

—Yo te quiero Marta, tienes que perdonarme. —Me invade la boca.

Yo me intento zafar primero con las manos, pero Jorge me las aprisiona. Intento mover la cara para escaparme de su beso atracado, pero Jorge me tiene acorralada, me tiene a su merced. Cuando de repente oigo:

—¡¡No toques a mi niña!! —Y se oye un fuerte sonido. Como si se rompiera un plato.

Estoy en shock. Veo a mi vecina Carmina allí en la entrada y Jorge en el suelo cubierto de tierra. Al parecer, pienso, Carmina ha roto un jarrón o algo en la cabeza de Jorge, el cual se encuentra ahora de rodillas.

Carmina comienza a empujarlo para sacarlo del piso. Finalmente lo consigue con un fuerte empujón que hace rodar a Jorge hasta el pasillo. Cierra la puerta y le grita:

—¡Como vuelvas te juro que te mato!

Carmina se queda observando por la mirilla. Cuando parece que ya se ha ido se vuelve y se dirige a mí:

—¡Mi niña! ¿Estás bien?

—¡¡Será cabrón!! —bramo—. ¡Ay! Me duele el ojo —me lamento poniéndome la mano en la cara.

—Déjame ver... —dice Carmina examinando mi ojo.

—Vaya, se te va a poner el ojo como un niño que come moras. Espera que voy por hielo.

—Gracias Carmina —digo al tiempo que miro mi ojo en el espejo de la entradita—. ¡Jo! Es increíble, nunca pensé que fuera capaz de hacerme esto.

—Tienes que denunciarlo —me aconseja Carmina exaltada al tiempo que me pone una bolsa de hielo en el ojo.

—No —digo rotunda—. Además, es policía y tú le has partido un jarrón...

—Una maceta —me rectifica Carmina—. En la cabeza, jajaja —ríe ante lo

grotesco de la situación.

Amedio se revuelca primero por la tierra que hay en el suelo y después se pone a hacer sus necesidades. Entonces las dos reímos a carcajadas, aunque en mi interior, sé que aquello que ha ocurrido no tiene ninguna gracia.

Conocí a Jorge muy joven. Al principio, todo parecía idílico, maravilloso. Me sentía la mujer más feliz del mundo, había conocido en Jorge al amor de mi vida. Jorge era un chico alto, moreno, fuerte, atlético, pero es que, además, era un gran amante. Me volvía loca sólo con una insinuación. Con él perdí la virginidad. Hacíamos el amor cada vez que teníamos algo de tiempo y en todas partes; en el coche de él, Un Peugeot 307 de color lila, en la casa de los padres de él, en los parques tapados con algún abrigo, en el cine, en la playa. Con él, el sexo era una locura y muy placentero.

Recuerdo que incluso probamos el ambiente liberal, en el cual, parejas realizan sexo alternativo al que suelen realizar casi todas las parejas. Aún recuerdo la primera vez que entramos a la Dunot, un local en el que se practicaba este tipo de sexo. Aparcamos, fuimos de la mano hacia la puerta, pero pasamos de largo dejando a cuadros al portero de la entrada. Ese día no tuvimos sexo morboso, pero nos partimos el culo de risa. Días más tarde, lo volvimos a intentar y en esta ocasión sí que entramos. Fuimos a la barra, pedimos un whiskey él, un coctel margarita yo, y miramos a nuestro alrededor simulando una seguridad de la que carecíamos en aquel momento. Ese día la cosa no cuajó en nada, acabamos solos retozando en el jacuzzi del local.

En los primeros años, Jorge no me dejaba ni un segundo. Absorbía todo mi tiempo. Quizá mi amor por él me cegara. El caso es que no lo vi venir hasta que ocurrió... Jorge, a pesar de interesarle el ambiente liberal, era un hombre muy celoso. Continuamente controlaba todo lo que yo hacía. Cuando empezó en la academia de policía todo empeoró, me tenía lejos y no me podía controlar de la manera que él quería. Con el tiempo se volvió más celoso. Me llamaba a todas horas para ver donde estaba. Sin avisarme, me visitaba a la facultad de ciencias de la información para vigilarme y para ver con quien me relacionaba. En aquel tiempo cursaba mi último año de la carrera de periodismo y si algún día me veía con algún chico hablando, pues esa noche teníamos riña. En una ocasión, entró en la cafetería de la facultad y me vio con un amigo llamado Víctor. Estábamos desayunando. Jorge, sin pensárselo, se dirigió a la mesa, empujó a Víctor, lo tiró

al suelo y apuntándole con el dedo a la cara le dijo:

—Te lo advierto, no te acerques a ella o lo lamentarás.

Desde aquel día la cosa se empezó enfriar, me sentía cada vez más agobiada y estresada. No podía permitir que semejante persona fuese el futuro que me esperaba y decidí cortar por lo sano. Dejé a Jorge, aunque me costó muchísimo porque lo amaba. Por aquella época, yo tenía veintidós años, había pasado cuatro años de mi vida con Jorge, si bien, en un principio todo era genial, los dos últimos años fueron una pesadilla. Después de Jorge no tuve una relación seria con nadie, rollitos de una noche como mucho. Fue en aquella época cuando mis padres decidieron mudarse a La Herradura. Compraron una casa en la playa y se fueron a vivir allí. Dejándome el piso que hasta entonces había sido la vivienda familiar.

Pero como bien dicen, el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Una noche me encontré con Jorge y con unos amigos en común. Me pidió que volviera con él. Me juró y perjuró que ya no era ese hombre celoso que antaño era. Y yo, masoquista, volví con él. Pasamos un año muy bueno hasta que un día vi a una amiga en común de los dos, Elsa, salir de un centro comercial y entrar en uno de esos hoteles que ponen en gigante «35 euros» en la fachada y que mucha gente los usa de picadero. La seguí y cuál fue mi sorpresa vi el Seat León rojo que en ese momento tenía Jorge aparcado en la puerta del hotel. Me senté en la acera de enfrente del hotel y pasadas dos horas los vi salir de la mano a los dos. *Game Over* Jorge. Desde ese día había pasado casi un año con llamadas continuas de él pidiéndome una segunda oportunidad. Que ya sería la tercera, pensé ofuscada. Se acabó Jorge. Tengo veinticuatro años y ya he perdido demasiado tiempo con ese miserable cerdo, con perdón a los cerdos.

Y ahora esto... Si no hubiera estado Carmina empuñando una maceta para salvarme no quiero imaginar cómo habría acabado aquello.

Ese día no voy a trabajar, me duele mucho el ojo y por la tarde voy al hospital. Allí les digo que me he pegado contra la puerta del mueble de la cocina, aunque por la mirada incrédula de la enfermera supongo que no me ha creído. Me mandan una pomada para la hinchazón.

Cuando llego a mi casa, veo a Clara en el descansillo del piso y cuando me ve, grita:

—¡Hijo de la grandísima puta! Cuando lo vea le va a caer una “pechá” de ostias que verás ¡Pollas de tío! ¡Cabrón! —grita Clara indignada. Carmina le había explicado lo ocurrido. A Clara, cuando algo la indigna le sale la vena “granaína malafollá”.

Una vez más tranquilas decidimos salir de compras por la tarde. Compramos ropa y vamos a cenar juntas, pero cuando me quedo por la noche en mi casa, me siento muy sola. Entonces me dispongo a realizar la terapia que había realizado los últimos meses. Lleno la bañera, le echo unas sales aromáticas, bajo la intensidad de la luz y pongo la canción de Roko «Así de bien». Me meto en la bañera, y ya tranquila, la comienzo a cantar a dúo junto con Roko, una de mis cantantes preferidas:

*“Así de bien me quedo después de tu marcha,
borrando los recuerdos con un simple quitamanchas.
Así de bien, sola, tranquila y a mis anchas,
con un sofá más grande y sin tus mandos a distancia.*

*Así de bien se queda un corazón cuando por fin encuentra amor
donde tan sólo hubo silencio.
Así de bien me quedo yo después de que por fin los dos
hayamos terminado con lo nuestro.*

*Ya no seré la niña buena que persigue tus pies,
la que te dice lo que quieres dime sólo
para que, para que,
si el corazón es de espuma,
ya no seré la niña buena que te entrega su piel...”*

Siempre he pensado que hay una canción adecuada para cada momento de una vida y de una persona en concreto, y sin duda, esta es la canción que me marca a mí en este momento. Después del baño me siento mucho mejor.

Al día siguiente, voy al trabajo y puedo comprobar que el maquillaje es bueno, pero no hace milagros, la gente se me queda mirando a la cara. Subo por el ascensor con Clara. En la sala Google se encuentra Luis, no le decimos nada. Cuando entramos en la oficina, en ella se encuentran Daniel y Tomás. Me encuentro un poco trastornada y no quiero que me pregunten por el ojo. Al

entrar digo:

—No coment.

Tomás no hace ni un comentario. Mi amigo sabe mantener la boca cerrada cuando hay que tenerla cerrada. Aunque Daniel, que no tiene esa virtud, dice:

—Dios mío Marta ¿Qué te ha pasado?

Hago un aspaviento con la mano y digo sin convicción:

—Nada, me he peleado con el mueble de la cocina.

—Pues tienes el ojo fatal —señala Daniel.

—Bueno, el otro ha quedado peor —digo bromeando para quitarle hierro al asunto.

—Vengo a dejaros esto —Daniel señala una bandeja con tres tazas de café.

—Vale, muchas gracias.

—En cuanto a lo del otro día... Luis...

—No importa Daniel, de verdad —digo cortándolo. Se produce un silencio incómodo que interrumpe Daniel.

—Bueno... yo me voy a hablar con Guillermo, tenemos que preparar la llegada del gran jefazo, no queremos que se lleve una mala impresión de la gestión de la sede de Granada.

—Dile que nos hace falta más espacio —dice Clara divertida—, no me caben más macetas.

Los cuatro reímos el comentario. Daniel se va y nosotros nos ponemos con el orden del día.

—Hoy nos llegan los bocetos de la propaganda mensual, tenemos que darles el visto bueno para que estén listos para el buzoneo en la zona sur —dice Tomás mirándonos a las dos. —Yo por mi parte —empieza a decir Clara—, ya tengo preparado el anuncio radiofónico para mandarlo a las diferentes radios locales.

—Ok —digo animada. Me iba a venir bien el trabajo para evadirme de lo

sucedido los días anteriores—. Yo me voy a encargar de las pancartas para incorporar al mercado los grillos y demás bichos. Además —sigo exponiendo—, tenemos que exprimir nuestro cerebro para encontrar un eslogan para la campaña. Al parecer, esto lo van a dejar a los departamentos de publicidad regionales. Quieren comprobar cuál es el que más bichos vende.

—«Pon un bicho en tu vida» —dice Clara teatralmente.

—Jajaja —me carcajeo—. Vamos a darle más vueltas, a ver que más se nos ocurre.

—¿Sabes?, mi hermanita tiene gusanos de seda —interviene Tomás—. ¿Crees que fritos y con miel estarán buenos?

—No tienes que ir tan lejos —replico—, ahí en la sala Google tenemos un gusano, prueba echarle miel, aunque yo creo que seguirá amargando. —Los tres reímos.

“Pom pom”.

En ese momento pegan a la puerta, pero nadie entra. Normalmente, en la empresa se golpeaba a la puerta y se abría a continuación. Me levanto y me dirijo a abrir. Abro. Ante mí hay un chico alto, con el pelo largo de color amarillo pajizo y con una gorra de Los Ángeles Lakers puesta del revés. Tiene unos ojos grises muy apagados y una cicatriz le atraviesa la cara desde la oreja hasta la barbilla. El chico al verme se queda muy parado, mirándome fijamente, finalmente sonrío. Tiene una sonrisa algo torcida y unos dientes claros y algo separados.

—¡Hola! —saluda el chico con entusiasmo—. Mi nombre es Claudio, soy el nuevo mensajero de la empresa, por lo menos temporalmente. Fabio ha tenido un percance y no va a venir en unas semanas —dice el chico de forma tímida. A continuación, baja la mirada.

—¡Hola! ¡Encantada de conocerte! —Le tiendo la mano y lo saludo.

—¿Está bien Fabio? ¿Qué le ha pasado? —pregunta Clara desde su puesto.

—En realidad... no lo sé. Sólo me han dicho que ha tenido un percance —dice Claudio nervioso. Tras un silencio incómodo continúa—. Os traigo... uhmm... a ver si lo encuentro... —Claudio busca algo en una cartera marrón

que le cuelga del hombro.

—Sí, aquí está. —Me tiende una carpeta de color azul que imagino son los bocetos mensuales para la publicidad.

—Vale, muchas gracias Claudio —digo sonriendo.

—¡Pues adiós! encantado de conoceros, nos vemos... por aquí —termina diciendo tímido. Se va a dar la vuelta, pero le freno:

—¡Espera!

Me dirijo a la mesa de Tomás, Cojo una taza de café y se la entrego a Claudio.

—Yo soy más de Cola Cao —sonríe. Claudio sonrío, coge la taza y bajando la mirada dice:

—Gracias... perdona la indiscreción, pero... ¿Qué te ha pasado en el ojo?

—Verás... me peleé con un mueble.

—Pues te ha pegado una paliza —señala Claudio.

—Él ha quedado peor —respondo.

Claudio sonrío, se da la vuelta y se dispone a salir del departamento.

Me quedo observando al chico que cruza la sala Google, donde aún está Luis sentado en un sofá. Justo cuando me iba a dar la vuelta, puedo ver por el rabillo del ojo como Luis hace una rápida mirada a Matías y pone una pierna a modo de zancadilla al chico nuevo y éste cae al suelo manchando de café la alfombra de la habitación.

—Hua hua hua hua —escucho reír a Luis.

—Pero ¿qué coño haces? —le grito al tiempo que me dirijo a auxiliar a Claudio.

Clara y Tomás llegan rápido a la sala.

—¿Cómo que qué hago? —dice Luis con chulería—. Que el tipo nuevo sea un patoso no tenemos la culpa nadie.

Ayudo a Claudio a levantarse y le pregunto:

—¿Estás bien? —Claudio asiente sin hablar y mira con rabia a Luis durante

un instante, después baja la mirada.

Me encaro entonces con Luis muy alterada y le grito:

—¡He visto lo que has hecho! ¡Le has puesto la zancadilla a propósito!

—¡Tú estás loca! —grita Luis cabreado también.

—Mira... eres... un... —grito indignada resoplando.

En ese momento se abre el ascensor y entran Guillermo y Daniel.

—¿Qué pasa aquí?! —grita Guillermo con autoridad.

—Pues que el torpe este se ha caído, ha puesto todo perdido y ella piensa que he sido yo —dice Luis adelantándose y dirigiéndose a mí de forma despectiva.

Me quedo sin palabras y me muerdo la lengua para no hablarle en “granaino malafollá” al más puro estilo Clara. La verdad es que es muy difícil probar que Luis le ha hecho la zancadilla y, además, mis compañeros en ese momento estaban sentados en sus puestos y no han visto nada.

—Y bien... —inquire Guillermo mirándome.

—Nada —niego. Me da mucha rabia lo que Luis ha hecho, pero esta batalla está perdida.

Un silencio incómodo invade la sala Google.

—Marta, mañana te quiero en mi despacho a las nueve —ordena Guillermo, y a continuación se dirige al departamento de logística con Daniel.

Miro a Luis, le achino los ojos y marchó a mi oficina a pasos agigantados.

Capítulo 4

Esta noche he vuelto a tener esa terrible pesadilla. Primero mi madre danzando como si de una diosa del olimpo se tratara y después la imagen de Margareta en la cama, muerta... ¿Cómo es posible?, estoy tomando la medicación. Voy a tener que hablar con el doctor Caruso sobre esto.

Me dispongo a almorzar en el restaurante del hotel Granada Center, es un lugar confortable, cuidadosamente iluminado y lujoso, pero no ostentoso. Había elegido ese hotel porque se encontraba muy cerca de la empresa y además porque la fiesta del viernes se celebraría en él. Cojo el teléfono, busco en la agenda y pulso el botón de llamada.

—¿Helio? ¿Eres tú tío? —responde una voz.

—¡Hola Mateo! ¿Qué tal estás? ¿Sigues en Canarias? —pregunto con afecto.

—Estoy genial tío. Y sí, sigo en Canarias, pero he cambiado de Isla, ahora me encuentro en Tenerife.

—Bonito sitio. Mira, me vas a matar porque no te llamo desde hace meses y ahora te llamo para pedirte un favor —digo suplicante.

—Para ti lo que quieras, Además, te debo yo a ti uno.

—¿Por? —pregunto, aunque sé lo que me va a decir.

—Por el magnífico cuadro que le hiciste a Celeste, por supuesto.

—¡Ah! Eso no fue nada Mateo.

—Dime Helio ¿En qué te puedo ayudar?

—No sé si será posible, Mateo, necesito que me pases información sobre un tipo.

Mateo se queda pensando unos instantes, finalmente responde:

—Vale, dime su nombre y lo que sepas de él. Mas que nada, por si hay más de uno que se llame igual —afirma Mateo.

Eso me sorprende. No pensaba que fuera a acceder tan rápido. Creía que me iba a poner alguna excusa o me iba a decir que eso era imposible.

—Se llama Manuel Hita Ramírez, y lo más probable es que viva en Granada.

—Granada... ¿Estás allí...? —pregunta Mateo. Un silencio inunda la línea.

—sí —respondo indeciso. Aunque Mateo es amigo, cuantas menos personas sepan dónde estoy mejor—. ¿Podrías entonces...?

—Lo intentaré —interrumpe Mateo—, te paso lo que tenga a tu móvil. Dame unas horas.

—Muchas gracias Mateo, te deberé un gran favor.

—Pues quiero otro cuadro.

—Jajaja, ¿de Celeste? —me carcajeo.

—No, mío —contesta.

—Jajaja, no hago desnudos de hombres, pero contigo haré una excepción. — Sé que mi amigo no se desnudaría ante mí ni loco.

—Venga Helio un abrazo, te mando eso.

—Ok, gracias Mateo. —Me despido.

Cuelgo con una sonrisa en la cara por haber hablado con mi amigo, me dispongo a navegar por la red con el portátil. Busco una página que ya conocía de artilugios de espionaje. Compró unas cámaras espía muy pequeñas que se pueden controlar desde un dispositivo móvil y varios utensilios que creo poder necesitar. La factura final es extensa. He vivido muchos años sin la ayuda económica de mi padre, no porque mi padre no quisiera, sino porque yo quería vivir de mi arte. Además, desde el fallecimiento de mi madre, la relación con mi padre no ha sido muy buena. En los últimos años por lo menos hablo con él, pero yo sigo en mis trece de no aceptar su dinero. Sin embargo, esta factura la pagará él, 2890 euros, para él será calderilla.

Media hora más tarde de la llamada a mi amigo Mateo, recibo un mensaje por wasap de éste. Es una foto. La amplio y leo:

Manuel Hita Ramírez, calle Marqués de Villanueva, 53, 4º C.

Trabaja de conductor de tráiler en la empresa PlusMarket.

Separado de Julia Martín Sala, tres hijos en custodia de su madre, Raúl (14), Tiffany (5) Andrea (3). (pensión alimenticia de 400 euros).

Nota: Es probable que en la dirección especificada vivan su mujer y sus hijos. No se ha encontrado ningún otro domicilio.

Bueno, ya tengo algo por dónde empezar... Me levanto y me dirijo en coche hasta la dirección que me ha mandado mi amigo. Desde luego mi padre no me conoce nada. Me había dicho que el encargado de la seguridad, Jonás, se encargaría de investigar al conductor y que yo no me metiera en líos. ¿De verdad pensaba mi padre que sólo iba a controlar la sede como si fuera una marioneta sin indagar nada sobre el foco del problema?

Llego al domicilio, el barrio es humilde. Aparco y miro el edificio en cuestión. Está muy deteriorado, lleno de grietas y apenas le queda pintura en la fachada. Bajo del vehículo. Estoy pensando cual puede ser mi próximo movimiento cuando veo acercarse un muchacho que me pregunta:

—Señor ¿Le guardo el coche?

Miro al muchacho unos instantes y, sacando la cartera le pregunto:

—De acuerdo, pero no sólo eso. Si me puedes dar una información te doy diez euros.

El chaval se queda mirando el dinero primero, a mí después. Finalmente asiente.

—¿Sabes dónde vive Manuel Hita?

el chico asiente con la cabeza y me señala con el dedo:

—¡Allí!

Miro en la dirección que me indica y en ese momento de distracción el chico aprovecha para robarme la cartera y salir corriendo. Salgo corriendo tras de él.

Éste se mete por callejuelas estrechas y yo lo sigo sin perderlo de vista. Tras un buen rato sorteando todo tipo de obstáculos, aprecio cierto cansancio en el muchacho y cuando estaba a punto de pillarlo, para y dice:

—Te llevaré a su casa.

Después de andar lo corrido volvemos al lugar dónde me había robado la cartera.

—Allí, en el bajo C —dice el chaval señalando el mismo edificio al que me había mandado mi amigo.

—¿En el bajo C o en el cuarto C? —pregunto desconfiado.

—En el bajo C... —responde—, en el cuarto C vivo yo con mi madre y mis hermanas. Y sí... —finaliza—, el que buscas, es mi padre.

Lo miro, le tiendo la mano y le digo:

—Hola Raúl, corres como un demonio muchacho.

—Usted también es muy rápido señor —dice Raúl con admiración.

Observo pensativo y con interés al muchacho que tengo frente a mí y, tras pensarlo un rato, le pregunto:

—¿Por qué robas Raúl?

El chaval mira el suelo y retorciéndose incómodo responde gimoteando:

—A mi madre, a mis hermanas y a mí nos van a echar de nuestra casa.

—¿Un desahucio? —pregunto serio.

—Si señor. Y yo... y yo... —Raúl rompe a llorar—. No le diga a mi madre que le he intentado robar, señor.

Lo abrazo y trato de tranquilizarlo.

—¿Qué ingresos tiene tu familia? —pregunto limpiándole las lágrimas al chico.

—Mi padre no nos pasa la pensión y mi madre no encuentra trabajo —explica Raúl.

—¿Tu padre no os paga nada? —pregunto perplejo.

Raúl niega con la cabeza y dice:

—Sólo tenemos el dinero de las pintadas.

—¿Las pintadas?

—Sí —dice Raúl asintiendo con la cabeza—, grafitis que hago por encargo.

Cada vez más impresionado con el muchacho le pregunto:

—¿Hay cerca algún grafiti de los que has hecho?

Raúl se queda pensando un tiempo y al instante dice:

—Sí, venga señor —el chaval me anima a que lo siga.

No muy lejos de allí, a unas tres manzanas, llegamos a un local dónde se hacen tatuajes llamado Máster-Tatoo. En la fachada hay un grafiti que ocupa todo el espacio. En ella se pueden apreciar varias marcas tribales, dragones, calaveras, flores y distintas tipografías de letras que la gente se suele tatuar. La calidad del grafiti es asombrosa, las sombras están muy conseguidas y parece increíble que un chico de catorce o quince años haya hecho esto.

Miro a Raúl. Pienso en su situación, en cómo era yo a su edad, en lo injusta que puede llegar a ser la vida a veces... Finalmente, resuelto y convencido por lo que voy a hacer me agacho hasta ponerme a su altura y le digo:

—Quiero hablar con tu madre. Te prometo que no le voy a decir nada sobre el intento de robo si me prometes que no lo volverás a hacer. Voy a intentar ayudaros —asevero mirando a Raúl a los ojos.

El chaval asiente esperanzado y en su mirada se puede leer una gratitud tan grande que me consigue emocionar.

Capítulo 5

El jueves por la mañana me levanto algo cansada y ojerosa. No he dormido muy bien pensando en lo ocurrido los días anteriores. Primero lo de Jorge y después lo que ocurrió con Luis y el chaval nuevo. Desde mi adolescencia siempre he odiado a los niños que hacen *bullying* a otros niños. Niños, que por timidez o por apariencia frágil, son diana fácil para abusadores cobardes que sólo quieren llamar la atención de sus secuaces. Pero Luis en ese momento no tenía amigotes a los que impresionar. Supongo que algunas personas simplemente tienen la maldad intrínseca.

Desayuno y cuando llega Clara, las dos nos vamos a trabajar. Tengo una inquietud por lo que puede suceder este día. Que injusto sería que me echaran por defender a otro compañero, por otro lado, pienso que, si éstos dos tienen pensado echarme, van a utilizar cualquier excusa.

Se abre el ascensor y en la sala Google se encuentran Luis y Marcelo. Simulo normalidad y saludo al que me cae menos mal:

—Hola ¡Cuánto tiempo Marcelo! ¿Dónde te metes?

El aludido se sorprende:

—Buenos días Marta, pues ya sabes cómo es la logística, hay que hacer viajes largos a veces. Clara hace un saludo general y seco. Supongo que para no liarse a hablar en “granaíno malafollá”.

—Buenos días.

Entramos en la oficina y allí están Daniel y Tomás.

—¡Hola chicas! —saluda Daniel intentando animar el ambiente enrarecido de toda la planta.

—No jodas que has traído café, esto es un *deja vu* en toda regla —bromea

Clara.

—No —replica Daniel—, no he traído nada, solo noticias.

—¿Cuáles? —preguntamos los tres casi al unísono.

—Pues que no viene el jefe supremo —informa Daniel—, viene su hijo, se llama Helio y se encuentra ahora mismo hablando con Guillermo.

—Bueno... eso ahora nos da un poco igual —dice Tomás mirando sin ver a ningún punto en concreto—. Lo importante ahora es que le va a decir el jefe a Marta.

Clara asiente preocupada.

—Bueno... eso sólo hay una forma de averiguarlo... voy al matadero —digo dirigiéndome a la puerta de la oficina.

—Pero ¿ahora vas a subir? —inquire Daniel—, está hablando con el hijo del jefe...

—Ya, pero a mí me dijo que subiera sin falta hoy a las nueve en punto y no voy a desobedecerle en eso. No me quiero quedar sin trabajo —digo preocupada.

Daniel pone una cara de desaprobación, aunque finalmente exclama:

—¡Suerte!

Tomás y Clara me abrazan y ésta última me dice:

—Verás como no pasa nada, ¡ánimo, guapísima!

Fuerzo una sonrisa y salgo de la oficina. Subo hasta la planta 8. Al salir del ascensor choco con Alicia, la cual iba muy angustiada. Ésta coge el ascensor muy rápidamente para bajar.

—Qué prisas... —murmuro.

Pego a la puerta y abro. Ante mí me encuentro a... un hombre medio desnudo. ¿Un hombre?, ¡no! es el adonis más bello que he visto en mi vida. Tiene unos ojos tan azules, tan azules, que casi me ahogo en ellos. Unos labios carnosos muy apetecibles y una barba incipiente muy sexi. Sus facciones son muy simétricas y su cabello no es corto, pero tampoco largo, es hermoso y oscuro. Me quedo mirando su torso, tiene unos músculos definidos y una tableta tan

simétrica que parece falsa. Lleva un vaquero que parte la pana, nunca mejor dicho, con un cinturón de hebilla en forma de estrella. Un calor me sube por las mejillas. Él rompe el hielo:

—¡Hola! Es que... hacía calor —dice sonriendo el adonis.

Esa sonrisa me desarma totalmente, pero consigo balbucear:

—¡Hola!

En ese momento me doy cuenta de que mi jefe me mira y me vuelvo hacia él:

—Quería hablar conmigo hoy a las nueve... —dejo la frase en el aire.

—Sí... Marta —dice inquieto Guillermo—, habla con Ramón, el jefe de Recursos Humanos —decreta mi jefe.

—De acuerdo —afirmo. Me voy a dar la vuelta para marcharme, pero el adonis me tiende la mano y me saluda:

—¡Encantado de conocerte! Mi nombre es Helio —Su mirada penetrante y su sonrisa me calientan y noto un rubor que no es propio de mí. Helio... que nombre tan bonito... pienso. Toda colorada, sonrío al tiempo que le tiendo la mano:

—Marta, mi nombre es Marta.

El contacto con la piel de Helio causa en mí un efecto similar al que produce un altavoz muy potente en un concierto de Rock. Esa sensación que hace que el sonido te toque y te haga hormiguear la piel... pues eso es lo que siento por todo mi cuerpo. Después de esto me obligo a bajar de la nube, me doy la vuelta y salgo del despacho.

Cojo el ascensor y bajo hasta el departamento de Recursos Humanos. Me dirijo a la mesa de Ramón.

—Hola Ramón, me ha dicho Guillermo que hablara contigo —señalo nerviosa.

—Sí... mira... —balbucea inquieto Ramón—, me ha dicho Guillermo, que te diga, que no se vuelva a repetir lo de ayer.

—¿Solo eso? —pregunto extrañada.

—Solo eso —responde Ramón.

Cuando llego a mi casa y acaba este día tan ajetreado, me pongo a pensar en Helio. Nunca nadie había conseguido excitarme con tan sólo tocarme. Su mirada, su voz, su sonrisa, y por qué no decirlo, el cuerpazo tan perfecto que tiene y lo guapo que es. Pero entonces me obligo a bajar de la nube. Un tipo así probablemente creará el mismo efecto en todas las chicas. Y por supuesto, el tipo se meterá en todas las bragas que se le pongan a tiro. Ese tipo de tíos lo único que me pueden hacer a mí es daño. ¿Por qué demonios estaba semidesnudo en el despacho del jefe?

Capítulo 6

La mañana del jueves me vuelvo a levantar sudoroso. Nuevamente la misma pesadilla. ¿Acaso no me está haciendo efecto la medicación? Nota mental: tengo que llamar al doctor Carusso sin falta. Llamo a mi padre y le pido un favor a cambio de lo que estoy haciendo por él. Le pido un puesto de trabajo para Julia, la madre de Raúl. Aunque contrariado al principio, pues le parece peligroso que hubiera contactado con la familia del conductor al que investigan, al final me puso en contacto con el departamento de Recursos Humanos. Di los datos de la mujer y, Arturo, el director del departamento, me dijo que el trámite lo haría él en persona, había varios puestos vacantes en los hipermercados de Granada que se podían adecuar a la mujer. Solventado ese asunto, voy a la sede granadina de PlusMarket.

Al entrar en el despacho de Guillermo, en la octava planta, éste se comporta de manera muy amable y atenta. No se me pasa desapercibida la sobreactuación de aquel hombre. Me siento y coloco mi maleta color plata detrás de mi silla.

—Me alegro mucho de que usted haya venido señor Salcedo. ¿Su padre se encuentra bien? —pregunta.

—Gracias Guillermo, a mi padre le han salido unos asuntos de última hora que no ha podido esquivar.

En ese momento entra Alicia, la secretaria personal de Guillermo.

—Alicia por favor, yo tomaré un café sólo, y el señor Salcedo tomará... —
Deja la frase en suspenso.

—Otro, con leche —indico.

—De acuerdo, enseguida señor —dice Alicia solícita.

A continuación, se da la vuelta y sale de la sala.

—Espero que todo lo que vea sea de su agrado, señor Salcedo, y si hay algo que no le guste, no dude en comunicármelo —indica Guillermo complaciente.

—Pues, para empezar, es usted demasiado adulator. —pienso, pero no lo digo— No se preocupe, se lo diré si algo no me gusta.

—Y mañana por la noche, tenemos nuestra cena de aniversario, de la cual usted es nuestro invitado de honor, señor Salcedo.

En ese momento Alicia entra en el despacho, con tan mala suerte, que tropieza con mi maleta y la bandeja en la que portaba los cafés sale disparada aterrizando en mi camisa. La chica palidece.

—¡Maldita sea, eres una torpe! —grita Guillermo.

—Tranquilo... —apaciguo—, no ha pasado nada. En realidad, la culpa es mía, no debí poner la maleta en ese sitio.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se lamenta Alicia.

Intento tranquilizar a la secretaria. Cojo sus hombros y mirándola fijamente le digo con sinceridad:

—No te preocupes Alicia, de verdad.

Ella asiente y sale a buscar algo para limpiar el estropicio. Me quito la camisa y me quedo con el torso al aire. Sólo me dejo puestos unos vaqueros con una hebilla americana en forma de estrella. En ese momento llaman a la puerta y entra una chica que, al verme, se queda parada mirando mi cuerpo semidesnudo. Tras un silencio incómodo, ella enrojece. Miro el rubor de la chica y me gusta.

—¡Hola! —saludo finalmente sonriendo—. Es que... hacía calor —bromeo.

—¡Hola! —dice nerviosa, y mirando a su jefe le dice—. Quería hablar conmigo hoy a las nueve...

—Sí... Marta —afirma nervioso Guillermo ante la situación—. Habla con Ramón, el jefe de recursos humanos —ordena Guillermo.

—De acuerdo.

Se dispone a salir de la habitación cuando le tiendo la mano y le digo:

—¡Encantado de conocerte! Mi nombre es Helio. —La miro y veo que la chica enrojece. Después sonrío, y esa sonrisa me encanta. Esta chica me tiene desconcertado.

Me tiende la mano y yo encantado acepto su menuda y delicada piel. La miro a los ojos verdes. Miro sus labios, gruesos, perfectos. La miro toda ella y conecto. Esta chica tiene algo y no sé definir ese “algo”.

—Marta, mi nombre es Marta —dice después de mantener el saludo más tiempo del habitual.

Marta se da la vuelta y sale del despacho, pero su fragancia se queda. Cambio el semblante, miro a Guillermo y le pregunto:

—¿A recursos humanos? ¿Por qué?

—Pues... por un incidente con otro compañero. Creó mal rollo... y no podemos permitirlo. Las manzanas podridas hay que deshacerse de ellas antes de que pudran a otras —responde extrañado por la dureza de la pregunta.

—Guillermo, ¿no crees en las segundas oportunidades? —Mi tono es aún más duro que antes.

—Pues... —balbucea Guillermo.

—Antes me ha comentado si todo era de mi agrado. Pues no me agrada que por un fallo se despidan personas —recalco la palabra “personas”.

—Tiene usted toda la razón... —dice nervioso Guillermo— espere... Hago una llamada.

Coge el teléfono y pulsa una extensión. En apenas dos segundos alguien contesta.

—Ramón, va a bajar la chica a la que le preparaste la carta de despido esta mañana.

Al escuchar esto me tenso.

—Sí, rómpela —sigue diciendo Guillermo— y sólo adviértele que no vuelva a repetirse. —Y cuelga el teléfono.

En ese momento entra Alicia, que porta una camisa blanca lisa. Me la tiende,

me la pongo muy serio y sin mirar a Guillermo cojo el maletín y digo:

—Guillermo, no me gustan algunas cosas que he visto por aquí. Quiero el despacho que está junto a ti durante unas semanas. Nos vemos en la fiesta mañana —y salgo de la habitación sin mirarlo. Prueba de tu propia medicina, pienso para mis adentros.

—Por... por supuesto —tartamudea.

Esa noche llego a mi hotel. Pienso en Guillermo. Autoritario, chulesco, adulator con sus jefes... Tuve que intervenir para que no echaran a Marta.

Marta... repito en mi cabeza.

Coloco el maletín en la cama y lo abro. Miro su contenido. Una gorra, unas lentillas de color gris, una peluca rubia, una dentadura deformada y utensilios de maquillaje para realizar cicatrices falsas, así como ropa ancha, para que mi cuerpo no desentone con mi cara.

Entonces pienso en Marta. En sus ojos color verde oliva, en sus largas pestañas, su cabello castaño, liso y cayendo en cascada ligeramente en las puntas, en sus labios gruesos y atrayentes, en su piel y en esos hoyuelos en sus mejillas cuando sonrío. Luego pienso en su cuerpo. Recordar su cuerpo me pone como una piedra, es menudo, pero bien proporcionado, con curvas sinuosas, pechos generosos y piernas estilizadas... Pero también pienso en como el día anterior, la misma chica, había sido muy amable conmigo, con Claudio, un chico nuevo de aspecto grotesco y comportamiento tímido. Y cuando el payaso ese me hizo la zancadilla, ella vino a socorrerme y se encaró con el agresor. En ese momento a punto estuve de reventarle los dientes al tío ese y desvelar mi identidad. Marta... Me gusta hasta su nombre, pienso con una sonrisa en mi rostro.

A la mañana siguiente me vuelvo a levantar con la misma pesadilla, ya no me afecta tanto como los días anteriores, pero me estoy preocupando. Pienso en el día que me espera, ese día iba a ser el más largo de los que llevo en Granada. Mi intención es colocar las cámaras espías en las oficinas y despachos más sospechosos que pudieran ser cómplices o artífices del envío de la droga a Madrid. Habrá menos gente debido a la fiesta y ese día es el más propicio.

Después iré a la fiesta. En ella intentaré indagar como Helio, lo que sospecho como Claudio. Además, el alcohol ayuda a soltar las lenguas. Abro el maletín plata y me dispongo a convertirme en Claudio. Me pongo las lentillas de color gris, la peluca rubia y me coloco el aparato en la boca que, a la vez que me deja unos dientes claros y separados, me desfigura la boca y me cambia la cara. Después me pongo la cicatriz, abro un estuche de maquillaje y uso las pinturas para difuminar los defectos y evitar que me descubran.

Esto se me da muy bien, si algún día me va mal pintando cuadros, pintaré caras, pienso divertido.

Llaman a la puerta. No quiero que me pillen siendo Claudio y grito:

—¿Quién es?

—Servicio de habitaciones, tiene un paquete —dice una voz.

—Ahora no puedo salir, déjelo en la puerta y cuando pueda lo meto.

—Pero señor, no puedo dejarlo en el pasillo, se lo tengo que entregar en persona...

Decido abrir porque supongo que el paquete es el pedido de las cámaras espías y lo necesito. Tengo el torso desnudo y el botones se sorprende. Cojo el paquete y cuando me dispongo a entrar. El trabajador del hotel me inquiere:

—¿Dónde está el señor Salcedo?

Me siento extrañado de que el botones sepa qué aspecto tengo en realidad y de improvisado digo:

—Está dentro. —Sin esperar su réplica le cierro la puerta en las narices.

Tengo que tener cuidado con estos imprevistos o me pillarán. Abro la caja y comienzo a sacar el pedido. Hay cinco focos led de la marca Xiaomi que en realidad son cámaras que pueden girar 360 grados controladas por dispositivo móvil. Todas las grabaciones van a un servidor y yo con un simple móvil puedo controlar todo. ¡Vamos! un gran hermano en miniatura.

Después saco el dispositivo móvil, de la misma marca. Tiene multi-sim, puedo tener más de una línea en el mismo móvil. Saco también dos dispositivos GPS

muy pequeños, discretos e imantados, que se pueden meter en un bolso o colocar en un coche, por ejemplo. Todo esto me encanta, me siento como un niño con zapatos nuevos. Si Sherlock Holmes hubiera tenido todo esto... si ya era bueno con una lupa, una pipa y un violín, con todo esto sería infalible.

Unas horas más tarde, entro como Claudio en la que llaman sala Google de la planta 6. En ese momento no hay nadie. Miro los focos y estudio cuál de ellos podría ser el más adecuado cambiar. En ese momento entran Marta y Clara hablando entre ellas y me doy la vuelta y simulo estar comprobando la máquina expendedora de café.

—Jajaja. Qué fuerte tía, ¿me estás diciendo que tus padres se creen todo ese royo de las piedras? —pregunta Clara.

—Como te lo digo. Según mi madre, si esa noche no hubiera ido a tocar la piedra negra, yo no habría nacido.

Las dos ríen. De reajo, miro a Marta... no puedo aguantar no hacerlo. Inserto unas monedas y le doy al botón de café con leche. Clara sigue hablando:

—Y cambiando de tema, ¿qué opinas del hijo del jefe? tú lo viste... ¿Cómo es?

—Mira, el tío está como un queso, no te puedes imaginar lo bueno que está y lo guapo que es. Tiene unos ojazos increíbles, pero...

—Pero que... —indaga Clara. Pero que... pienso yo.

—En mi opinión es gay —dice Marta.

En ese momento le estoy dando un sorbo al café, y de la impresión el café se me va por el conducto que no es y empiezo a toser. Marta se acerca rápidamente y empieza a pegarme golpes en la espalda.

—Ya. Ya. Estoy bien —digo cuando me repongo.

—Cuidado tío, que si no está aquí super Marta la hubieras palmado —bromea Clara.

—Jajaja. Anda ya, no exageres —ríe Marta.

—No exagera, es más, es la segunda vez que vienes en mi ayuda. Muchas

gracias —digo agradecido.

—Nada hombre, los compañeros están para eso.

—Pues no sé cómo voy a pagarte esto... si quieres te invito a cenar. Aunque entendería que no quisieras hacerlo con un bicho raro como yo.

Esa frase creo que la ha sorprendido, seguramente me tiene por un chico tímido y apocado, como Claudio, claro. Marta me mira y pregunta:

—¿Por qué piensas eso? Quizá el bicho raro sea yo.

Vaya... no se ha negado ni ha inventado ninguna excusa, pienso.

—¿Entonces lo harías? ¿Cenarías conmigo la semana que viene?

Miro su cara y pienso: «a ver como sales de esta encerrona».

—Vale, primero vamos al cine, palomitas, Coca Cola y una buena peli y luego me llevas a un *burger* y entonces quedamos en paz ¿ok?

—Me parece un plan genial. Me encanta el cine. ¿Alguna película en particular? —pregunto sin poderme creer haber conseguido esa cita.

Clara nos mira a los dos, incrédula. Cruza sus brazos y alterna su mirada en Marta y en mí.

—Me apetece alguna comedia, podemos ver *#Sexpact* —sugiere Marta.

—¿De qué va eso? —pregunta Clara.

—Trata de unas muchachas que pactan perder la virginidad en el baile del instituto y sus padres pactan la manera de impedirlo —explico.

Veo que a Marta le ha sorprendido que lo supiera. Me está mirando de una forma que no me había mirado antes... espero que no me identifique.

—Si no te apetece ver esa película, vemos otra —propone Marta. Yo replico:

—¡No! me parece genial, me encantan las comedias románticas americanas.

—¿En serio? —pregunto. Ella asiente sin pronunciar palabra.

Clara, que, al parecer odia este tipo de películas, empieza a hacer el gesto de meterse los dedos para vomitar. Los tres reímos.

Capítulo 7

Por la tarde, Carmina, Clara y yo tomamos café en mi casa. Se está convirtiendo en una bonita costumbre. Quedamos las tres en la casa de una de nosotras, siempre la tarde de los viernes, y nos atiborramos de café y pasteles. A Clara le apasionan todos aquellos dulces que contengan chocolate, yo soy fan de los pasteles con cabello de ángel y a Carmina le chiflan los piononos, un dulce típico granadino. Su nombre se debe al parecido existente entre el pastel con la calva del papa Pío Noveno. Esto último me lo explicó Carmina entre risas la última vez que quedamos.

La conversación con Clara y Carmina es muy agradable y refinada. Bueno, esto último, a veces no tanto...

—Clara... ¿Qué llevas en tu super bolso? —pregunto a mi amiga.

Clara suele llevar un bolso gigante y por el volumen, da la sensación de que en él podría llevar cualquier cosa. No puedo evitar que me venga a la cabeza la imagen de un mago con su gorro en forma de cono sacando todo tipo de objetos.

—Puf... de todo. Odio que cuando salgo de mi casa me falte algo que necesite.

Clara abre el bolso y empieza a vaciar su contenido. Monedero, una pequeña caja de maquillaje, el móvil, gafas de sol, perfume, cepillo para el pelo, spray pimienta para defenderse y una plancha.

—¿Una plancha? ¿De verdad llevas en el bolso una plancha?

—¡Chochi! nunca se sabe cuándo se puede necesitar una buena plancha.

—Jajaja. Clara, estás loca —digo entre carcajadas. Si supiera que yo no tengo plancha ni en mi casa...

—¿Loca yo? Aún no me puedo creer que quedaras con el chico raro —dice Clara mientras coge un petisú de chocolate. Yo replico:

—Parece un buen chico Clara, además, tú me dijiste que tenía que salir con otros hombres para olvidar al penco de mi ex. Ya sabes, tu lema, un clavo saca otro clavo.

—Sí tía, pero con un nueve o un diez.

Ya estamos, mi amiga y sus valoraciones a las personas. No tiene remedio.

—¿Qué es eso de un nueve o un diez? —pregunta Carmina, que en ese momento se comía un pionono.

Clara, que esperaba la pregunta, contesta:

—Mira Carmina, Marta es un nueve, y lo suyo es que busque a un chico que sea un nueve o un diez, pero el chaval con el que va a quedar no llega a cinco.

—Clara, que tampoco voy a casarme con él, que vamos a salir como amigos a tomar algo y a ver una película —cuchicheo negando con la cabeza.

—¿Pero sin conocerlo como sabes que es un cinco? —pregunta Carmina, que no entendía la manía de la juventud de tratarse como si fueran meros números.

—Es alto, se intuye buen cuerpo, no es muy guapo y con el pelo que parece una fregona escurría. Un cinco “pelao”. —Pero Carmina contraataca:

—Y si el muchacho tiene buen corazón, es buena persona y trata a mi Martita como a una reina, ¿no se merece un nueve?

—Ainchsssss —Clara niega con la cabeza como diciendo, “qué dice usted buena señora”.

—Tienes razón Carmina —digo resolutiva —, visto lo visto, con lo mal que me fue eligiendo una cara bonita, mejor fijarme en una buena persona. Aunque ya te digo, no quiero líos con nadie, sólo amistad.

—Tú lo que tienes que hacer es lo que hizo tu madre, hazme caso —inquire Carmina, a lo que respondo:

—No creo en esas cosas Carmina.

—¿Qué quiere que haga? —pregunta Clara al tiempo que coge otro petisú de chocolate.

—Quiere que vaya a la Abadía del Sacromonte a tocar una piedra —digo con sarcasmo.

—Cuenta eso Carmina, que me gustan esas cosas —la anima Clara—. El otro día Marta me contó algo sobre el tema, pero ya la conoces, es una incrédula redomada. —Pongo los ojos en blanco.

—Mira Clara, yo soy del barrio gitano del Sacromonte. Es un barrio que está bajo la montaña. Las viviendas son cuevas y yo nací en una de esas cuevas. Pues bien, en este barrio existe una abadía que se construyó sobre unas catacumbas romanas. En este lúgubre lugar, en las catacumbas, podemos encontrar dos piedras, una negra y otra blanca. A cada una de estas piedras se le atribuye un efecto mágico distinto. Uno de ellos es negativo y el otro positivo. Según la

leyenda, la blanca es la que tiene el poder de hacer que te alejes de la persona que amas. La negra, por el contrario, tiene el poder de que encuentres al amor de tu vida.

Clara, que la escuchaba atenta, comenta entusiasmada:

—Pues yo soy fan de la piedra blanca. Como se me ocurra enamorarme de alguien ya sé dónde tengo que ir para que se me quite el encoñamiento. —Las tres reímos.

—Eso son leyendas de viejas... —digo acabando de un sorbo lo que me queda de café.

—¡Mira! —dice Clara señalando el televisor—, hablando de leyendas, hay tenemos a nuestra rubita metepatas. Jajaja.

Miro la pantalla y veo a la presentadora del programa “Granada OnFire” del canal 12, Patricia Moreno. La chica en cuestión la hemos visto meter la pata en multitud de ocasiones. No es muy ducha la pobre. Clara y yo hemos apostado cuanto tiempo va a durar. Yo le he dicho que no pasa del verano. Mi amiga es más pesimista, dice que le quedan dos telediarios, nunca mejor dicho. Es la presentadora en los programas de Granada y la corresponsal en los programas a nivel nacional de ese canal. En una ocasión, entrevistaba a unos inmigrantes recién llegados en una patera al puerto de Motril y cuando ella creyó que habían cortado la conexión dijo: «qué mal huele aquí, ¿es que los negros no os laváis?». Esa metedura de pata circuló por YouTube durante meses y tubo cientos de miles de visitas. Racista de mierda es lo más bonito que le dijeron. La cadena tuvo muchas presiones para despedirla, pero ahí sigue.

—Vamos a ponernos guapas que nos vamos de fiesta —digo levantándome del sofá.

Horas más tarde, Clara y yo llegamos al salón de celebraciones del hotel Granada Center. La sala está muy concurrida. Al fondo de ella vemos a Tomás, que está con Irene y Begoña, ambas del departamento de administración. Mientras nos acercamos al grupo escuchamos decir a Tomás:

—Dos bellezones se me acercan, y ya serían cuatro para mí...

Irene le pega un puñetazo en el hombro. Irene es una chica algo bruta. Había sido militar antes que administrativa hasta que acabó asqueada del ejército y decidió vivir su vida como civil. Aunque en muchos aspectos parecía aún militar.

—Se acercan «a las doce» refuerzos aliados —indica Irene.

—Madre mía, Marta, estás de escándalo. Increíble —dice impresionado Tomás.

Llevo un vestido rojo en “v”, con adornos en negro y muy escotado por la espalda. Me tapa medio muslo y creo que me hace muy buena figura. Afortunadamente ya no se me nota el morado del ojo de mi encontronazo con Jorge. Clara lleva un vestido Azul, largo, con un escote que le llega casi al ombligo y una cinta blanca a modo de cinturón.

—¿A mí no me dices nada? —pregunta seca Clara.

—¿Eres Clara? ¡No te había conocido! —miente Tomás. Y cogiendo de forma ágil dos copas de bebida de un camarero que pasaba por ahí, nos las entrega a ambas diciendo:

—Cerveza para Marta, Coca Cola para ti.

Clara coge la Coca Cola con cara de enfado fingido, luego sonrío y dice:

—Lo que yo te decía, eres un galán de pacotilla...

Los cinco hablamos de forma dicharachera hasta que Irene dice:

—Nido de serpientes «a las diez».

Miro en esa dirección y veo al departamento de logística al completo, entre ellos están las mujeres de Daniel y Luis. Escruto a la mujer de Luis, supuestamente me quieren echar para que ella ocupe mi puesto. Lleva un vestido negro muy ajustado que le hace una figura espectacular y muy corto, si es más corto se le ve el chichi, pienso. Tiene unas tetas muy bonitas, pero se intuyen postizas. Luis la coge de la cintura y ambos ríen de algo que ha dicho Daniel. Marcelo también está, pero es el quinto en discordia, se le nota incómodo entre las dos parejas. Un comentario de Tomás interrumpe mis pensamientos:

—Y este mozo de buen ver es mi primo Jonathan —dice Tomás presentando a un chaval que lleva vestimenta de botones—, trabaja aquí en este hotel y acaba de terminar su jornada de trabajo.

—Encantada Jonathan —dice Clara. Y atrevida añade— ¿bailarás conmigo?

Madre mía que loba está hoy, pienso. Si solo está bebiendo Coca Cola. Supongo que algo tiene que ver que haya visto a su amor platónico con su mujer.

—Creo que Jonathan juega en otra liga —dice Begoña.

—¿Cómo? —pregunta Clara.

—Ejem... es gay —murmura en voz baja Tomás.

Clara se queda pensativa y finalmente dirigiéndose a mí susurra:

—Mi radar de hombres está estropeado.

En ese momento se produce un revuelo en el salón. No puedo ver lo que ocurre porque la gente se agolpa delante y evita que se pueda ver nada. Hasta

que lo veo. Es Helio. Lleva un traje azul con camisa blanca y corbata roja y negra en líneas diagonales. Esta guapísimo. ¿Será Gay? Hay varios detalles que me llevan a pensarlo. Su cutis cuidado, sus cejas depiladas, y además... lo he encontrado en una situación extraña en el despacho de mi jefe, el cual estaba nervioso... En realidad, no sé si es gay, pero mi subconsciente lo ha asimilado gay para no pensar en él. Irene interrumpe mis pensamientos:

—Adonis increíble «a las doce».

—Es gay —dice Jonathan—, juega en mi liga.

Todos lo miramos sorprendidos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Guardadme el secreto ¿ok? —Todos asentimos.

—El otro día fui a llevarle un paquete y de su habitación salió otro tío semidesnudo. Blanco y en botella. Cuando le pregunté dónde estaba el señor Salcedo, me respondió un tanto nervioso que estaba dentro.

—¡Guauuuu! —dice Clara—, definitivamente tengo que ir al taller a arreglar mi radar.

Begoña lo mira y murmura:

—Qué pena... con el polvazo que tiene.

Miro a Helio, está con Guillermo, que le presenta a todo el mundo. Cuando se acerca al grupo de Logística, la novia de Luis quita la mano de la cintura de su novio para apresurarse a darle dos besos a Helio. Menuda loba. Entonces, Helio desde la distancia me mira. Me pongo nerviosa. ¿Por qué me pongo nerviosa? Es gay, me digo para mis adentros. Deja de mirarme y se marca un pequeño bailecito con la chica, que, coqueta ríe. Deja al grupo de Logística y se dirige aquí. Miro hacia otro lado. Nada más llegar, Guillermo comienza a presentarnos:

—Clara, Tomás y a Marta ya la conoce, son el departamento de publicidad y marketing —dice Guillermo. Helio saluda a Clara y a Tomás. Luego se va a dirigir a mí, pero no puedo mirarlo. Dios, soy patética, míralo Marta, que no muerde... o si...

—Hola Marta... mi cara está aquí —oigo que dice. Lo miro colorada, le tiendo la mano y vuelvo a mirar los cuadros de la sala.

—¿Bailarás conmigo? —me pregunta con un vozarrón.

¿De verdad me está pidiendo un baile...? ¿A mí? Pues claro tonta, dice una vocecilla en mi interior, como a todas. Este se lleva de calle a todas las chicas que se le ponen por delante. Entonces respondo:

—¡No!, tienes mucha variedad en la sala para elegir, ¿por qué no bailas con ella, que parece que te gusta? —digo señalando a novia de Luis. Pero ¿de verdad he dicho yo eso? ¿Por qué estoy tan nerviosa? Marta... ¡Que es gay!

Él me mira y sonrío. A continuación, sigue a Guillermo para proseguir con su besamanos.

Pasan las horas y la fiesta se anima, pero me siento rara y fuera de lugar. Miro al hijo del jefe bailar con unas y otras y siento un pinchazo parecido a los celos ¡Dios! ¿Qué me ocurre...? Clara baila con Ramón, del departamento de recursos humanos y Tomás baila con... Tomás baila con todas. En ese momento suena la canción de moda. Becky G. y Natti Natasha, con la canción de «sin pijama»:

*“Si tú me llamas, nos vamo’ pa’ tu casa,
nos quedamo’ en la cama sin pijama, sin pijama.”*

Miro a Helio, que está bailando esta sensual canción con una chica morena muy guapa. No quiero verlo. Me siento acalorada. Cojo una copa de cava Brut Nature y salgo a la terraza. La vista es muy bella. Hay luna nueva y se pueden ver todas las estrellas. El viento alivia el calor que siento por el alcohol y por lo que no es el alcohol. Alguien me toca el hombro:

—¿Qué haces aquí tan sola? —pregunta una voz tras de mí.

Me doy la vuelta y allí está Helio. Lo miro y me pierdo en su mirada un buen rato hasta que respondo:

—Estoy tomando el aire. —Un silencio incómodo lo rompo yo.

—¿Tú eres gay? —Virgencita de las angustias ¿Qué le acabo de preguntar?

Helio me mira, y sin inmutarse, se acerca a mis labios y me da un beso suave en la boca. Su lengua busca adentrarse en mi boca y yo la acepto. Acepto su invasión. El beso se vuelve más pasional. Un hormigueo involuntario me ronda el estómago... creo que es más abajo del estómago lo que me está hormigueando... Helio aprieta mi pelvis contra la suya y puedo notar su miembro. Duro. Termina el beso con un pequeño mordisco en el labio inferior, se separa y me dice:

—¿Un gay te hubiese besado así?

Lo de las mariposas en el estómago que suelo ver en las películas románticonas se me queda corto a la sensación que siento en ese momento. Mi cuerpo está completamente electrizado. El deseo que siento por ese hombre no

lo he sentido por nadie en mi vida, ni siquiera con Jorge cuando estábamos en nuestro mejor momento. Necesito sus labios, necesito que me toque. Lo miro y observo que él también me desea. Me da la vuelta y me pone mirando hacia el exterior tapándome por completo del salón de celebraciones. Colocado tras de mí, Noto su miembro en mi culo. Duro. Esto me calienta más. Sus manos me sujetan las caderas, suben a mi cintura y llegan a mis pechos. El tacto de sus manos en mis pechos por encima del vestido me está poniendo cardíaca.

—Tengo una habitación en este hotel... ¿Subes?

¿Cómo que si subo? Pues claro que subo, pienso, pero le pregunto:

—¿Qué me vas a hacer? —Helio lo piensa un instante y responde:

—Primero te voy a follar. Después follaremos otra vez. Y finalmente te haré el amor...

Esa contestación me ha puesto tan caliente que soy yo quien lo empuja para salir de allí. Veo que eso le ha sorprendido. Creo que esperaba una gatita y se va a encontrar con una leona. Me lo voy a follar yo a él.

Salimos del salón, pasamos por el Hall y entramos en el ascensor. Helio marca la planta 9. Le arranco la camisa rompiéndole todos los botones y chupo su pecho. ¡Dios, que bueno está! Él me agarra las manos, me da la vuelta y me las aprisiona atrás. Entonces comienza a darme besos por el cuello. Un pitido nos indica que ya estamos en la planta 9. Helio me saca del ascensor y me lleva a su habitación.

Nada más entrar, Helio me quita los tirantes y el vestido cae al suelo. Me mira con deseo. Lo miro con deseo. Me empuja suave a la cama y me deja en el filo. Entonces se agacha y deja su boca pegada a mi sexo. Su boca y mi sexo sólo están separados por un leve hilo de tela. Sopla mi entrepierna y me pregunta:

—¿Te gusta esto? —Me estremezco.

Me rompe el tanga de un mordisco y mete su boca entre mis piernas. Mi vagina está muy húmeda y mi clítoris tumefacto, hinchado. Helio comienza a darle mordisquitos y vibro, se me eriza toda la piel. Su lengua traviesa me está volviendo loca. Entonces grito:

—Hazlo Helio... Fóllame...

No me reconozco. Esas palabras se las estoy diciendo a un completo desconocido, pero es que no lo puedo evitar. Necesito que entre dentro de mí, pero Helio sigue atacando mi clítoris. Mis jadeos son cada vez más intensos hasta que mi cuerpo comienza a vibrar.

Acabo de correrme. Y entonces, sólo entonces, Helio se levanta, se quita los

pantalones y el calzoncillo. Veo su pene, es largo y grueso. Coge un preservativo que ni siquiera sé de dónde demonios lo ha sacado y se lo pone ágil. Coloca su pene en la entrada de mi vagina y de un fuerte empujón me lo mete entero. ¡Dios qué placer! Estoy tan húmeda que sus duras embestidas no me causan el más mínimo daño a pesar del tamaño de su miembro, solo placer. Me gusta así. Duro. Sexo exigente y posesivo. Sus embestidas son cada vez más fuertes y yo estoy extasiada de placer. En una de estas embestidas golpeo mi cabeza contra el cabecero de la cama, pero no noto ningún tipo de dolor. Mi cabeza está en este momento concentrada en otra zona de mi anatomía. Helio sigue martilleando mi entrepierna hasta que noto que voy a tener un segundo orgasmo. En ese momento Helio desacelera su ritmo haciéndome ver las estrellas. Mi cuerpo se empieza a convulsionar en el orgasmo más increíble que he tenido nunca. En ese momento, vuelve a acelerar y entonces es él el que gime y deja caer su pesado cuerpo encima del mío. Nuestras respiraciones desacompañadas poco a poco se regulan y tumbados como estamos me mira y me pregunta:

—¿Qué nos ha pasado?

Me ha quitado las palabras de la boca. Como demonios nos hemos puesto así. Bueno, yo si lo sé. Llevo sin sexo unos meses y tú estás muy bueno. Dos más dos, vamos. Nos quedamos un buen rato sin movernos. No movemos ni un músculo. Al rato, él me acomoda en la cama y esta vez de forma más pausada, me vuelve a follar. Después del segundo, llega un tercero.

Tumbados en la cama, Helio me mira y dice:

—No sé lo que me has hecho, no he podido resistirme a ti.

—Según mi vecina Carmina soy una bruja, así que, cuidadito conmigo —digo sonriendo.

—¡Me has embrujado! —me dice acariciándome el pelo—. ¡Pero una cosa! Para ser bruja no has estado muy fina en mi orientación sexual. ¿Qué te ha hecho pensar que soy gay?

—Pues... no sé... mi radar está estropeado, como el de mi amiga Clara.

—La verdad es que no he probado nunca a un hombre —sopesa Helio—. ¿Y si lo pruebo y me gusta? —dice Helio con una sonrisa que convertiría en piedra a la mismísima Medusa.

Me quedo pensando lo que ha dicho Helio... ¡Pues claro! Qué buen eslogan para la campaña de bichos. «Si no los has probado nunca ¿Cómo sabes que no te gustan?» Le doy un beso en los morros y le digo:

—¡Gracias!, tus palabras van a revolucionar el mercado de los bichos condimentados. —Helio me mira asombrado y cambiando el semblante me dice:

—Me alegro de que mis palabras hagan más rico a mi padre. —Los dos reímos.

Nos pasamos hablando toda la noche de historias de cama. No tengo que fingir ser alguien que no soy con Helio. Me tiene desconcertada. Finalmente, me quedo dormida entre sus brazos.

Despierto, pero no abro los ojos, tardo unos segundos en pensar el día que es hoy. Sábado. No trabajo. Abro los ojos. Miro al techo y no estoy en mi habitación. De repente me viene todo lo ocurrido la noche anterior en cascada. La fiesta, Helio, la noche de sexo apasionado... Él está a mi lado. Lo miro. ¡Qué guapo es! Hasta dormido y con una coliflor en la cabeza estaría guapo. Me levanto y me empiezo a vestir. No tengo bragas de repuesto. Me voy a tener que marchar con el vestidito y sin bragas, pienso. En ese momento escucho:

—¿A dónde vas?

—Pues... —baluceo poniéndome el vestido—, a mi casa.

—¿No te quedas a desayunar?

Lo miro. ¿Lo dice en serio? La verdad es que me apetece estar con él, aunque sea un ratito más. Lo pienso un instante y respondo:

—De acuerdo. ¿En este hotel hay Cola Cao?

Me regala una media sonrisa.

—Vamos a preguntar. Pero desde ya te digo, si en este hotel no tienen Cola Cao, no volveré a hospedarme en él. —Vuelve a sonreír, esta vez más desenfadadamente.

—Me has dejado sin tanga... estoy algo incómoda, necesito uno —digo pícara.

Se pone serio.

—No puedo permitir que una noche conmigo acabe con esta incomodidad. ¿Qué te parece si después de desayunar vamos y te compro uno?

Nunca ningún chico me había propuesto a salir a comprar unas bragas. Me parece surrealista, pero a la vez excitante y morboso. Lo pienso un rato. La verdad es que me gustaría conocer a Helio fuera del ámbito sexual... Asiento.

—De acuerdo. Es lo más justo. Tú me lo rompes, tú me lo compras.

Al final sí que tenían Cola Cao. Desayunamos y nos dirigimos al centro.

Cogemos el metro para no tener que buscar aparcamiento. Helio está impresionado con la ciudad, le parece hermosa. Salimos por la boca del metro de una de las calles más famosas de la ciudad, la calle Recogidas. Es una calle repleta de comercios, sobre todo, de ropa. Me compra mi tanga prometido y también compramos un vestido algo más discreto y cómodo. Me lo llevo puesto.

Paseamos por la Plaza del Campillo. En ella se pueden escuchar todo tipo de idiomas, es uno de los sitios más turísticos de la ciudad. En el centro de la plaza se sitúa la emblemática Fuente de las Batallas.

—¿Por qué se llama Fuente de las Batallas? —pregunta Helio.

—¿Por qué crees? —le reto

—Supongo que aquí fue dónde se produjeron numerosas batallas o algunas muy famosas...

—¡Mek, mek! ¡Error! —exclamo imitando al presentador de un concurso de televisión—. En realidad este sitio fue en la época medieval una explanada extramuros dónde se pasaba revista a los ejércitos, los cuales, en aquella época se les denominaban batallas.

—Vaya, cuánto sabes, se nota que te gusta la historia.

—Si no hubiera estudiado periodismo, con total seguridad habría estudiado historia— repongo un poco sorprendida con la seguridad con la que he dicho esto. Es curioso cómo, a veces, decimos cosas que no pensábamos, pero que salen como un torrente de nuestras bocas. Pensamientos que tenemos muy dentro y que sólo salen a través de las palabras.

Pasamos por el corazón neurálgico de la ciudad, Puerta Real, y callejamos hasta llegar a la plaza Bib-Rambla. Históricamente, esta plaza es uno de los sitios más importantes de Granada. Comenzó siendo la puerta principal de entrada de la Granada medieval, el llamado arco de las orejas, pero a lo largo del tiempo ha sido utilizada como mercado, o espacio donde se realizaban justas ,o posteriormente, corridas de toros.

—Entonces ¿eres español o italiano? —pregunto.

—Soy ítalo-español... o hispano-italiano... cómo prefieras —responde.

—Pues entonces tenemos algo en común. Mi padre es americano y mi madre es española —señalo.

—¿En serio? ¿Cómo se conocieron? —pregunta interesado.

—Pues la verdad es que es una historia muy curiosa, pero te la contaré otro día. Solo te diré que en torno a su amor existe una leyenda, la cual no creo ni jota...

—¿Por qué? —pregunta.

—Verás... soy algo incrédula en todo el tema de leyendas y esas cosas.

—A mí me gustan todas esas cosas. ¿Dónde tenemos que ir?

—Está bien —concedo—, luego nos pasamos. Es en la Abadía del Sacromonte...

Paseamos por la calle Zacatín. Esta histórica calle ha cambiado sus mercancías a lo largo de los siglos. En el mismo lugar donde antes se ubicaban zapateros, plateros, curtidores o tintoreros ahora hay distinguidas tiendas de ropa, zapaterías, joyerías o tiendas de souvenirs.

Casi sin darnos cuenta llegamos a Plaza Nueva, desde la cual se puede ver el río Darro. La ribera de este río constituye la primera línea de defensa de la llamada fortaleza roja, La Alhambra. Nos perdemos por las enraizadas callejuelas del barrio del Albaycín hasta llegar al sitio donde dicen que mejor se ve La Alhambra, el mirador de San Nicolás. Desde allí vemos encandilados una de las maravillas del mundo, apostillada encima del cerro de la Sabika. Y a sus pies, toda la ciudad rindiéndole pleitesía.

—¿Sabes? —comienzo a explicar—. La Alhambra es un reloj solar gigante.

Me mira con interés. Para ser un aburrido jefe de oficina está muy interesado en todo tipo de arte y cultura. Le sigo explicando:

—La Alhambra está construida de forma estratégica. Se puede saber qué hora es sin mirar a ningún reloj. Por ejemplo: con los últimos rayos de sol de los días de invierno, las estancias de la Alhambra quedan divididas justo por la mitad gracias a la sombra que el sol proyecta.

Nos quedamos mirando la llamada fortaleza roja. Embrujados. Además, este año es un año de muchas nevadas y Sierra Nevada al fondo tiene un blanco brillante que contrasta con el rojo de los palacios nazaríes. La vista es hermosa.

Más tarde, visitamos el barrio gitano del Sacromonte y la Abadía del Sacromonte. Le cuento la historia de las piedras con las que está obsesionada mi vecina Carmina y la relación de éstas con mis padres. A Helio le encantan todas estas cosas, eso se nota con ver su cara embobada. Un tercer observador diría que somos una pareja de enamorados, pero yo sé que esto es solo una ilusión. Helio se marchará a Madrid y seguirá su vida de ricachón. Me obligo a no pensar en ello y a disfrutar el momento.

—¿Y dices que, si toco esta piedra, en el plazo de un año, conseguiré al amor de mi vida? —pregunta al tiempo que toca la piedra negra.

—Esa es la leyenda.

—Si crees que es una leyenda... ¡Qué más da! ¡Tócala!

Aparentando indiferencia toco la piedra negra.

—Es una piedra como otra cualquiera —digo.

—¿Tú no crees en lo esotérico...? ¿en la magia...? ¿en el destino...? ¿en algo...? —A cada cosa que enumera yo niego con la cabeza—. Vaya, algo malo tenías que tener... no podías ser perfecta.

—¿Tú crees en esas leyendas?

Lo piensa un buen rato y responde:

—Si el mundo lo concebimos tal y como lo vemos, el mundo se convierte en un mundo aburrido, un mundo gris. Prefiero creer que el mundo es de colores y que, bajo su fachada gris, el mundo es multicolor. Sí creo en las historias de brujas, de bosques encantados y en princesas... —al decir esto último me mira muy fijamente. Yo desvío la mirada.

A mediodía llegamos al restaurante del hotel Washington Irvin, pegado al complejo de La Alhambra. Allí almorzamos:

—Sabes, aquí, en este hotel, se conocieron y se enamoraron mis padres —le explico.

Mira a su alrededor, el coqueto hotel, el entorno, La Alhambra en frente. Entonces me mira y dice:

—Todo este sitio invita a enamorarse. —Me vuelve a mirar fijamente y vuelvo a desviar la mirada.

Al atardecer paseamos por los bosques que rodean la Alhambra. No sé si es el viento mezclado con la iluminación del Palacio Rojo, o la luna creciente blanco marfil, o la presencia de Helio, pero esta noche siento el mundo un poco menos gris.

Más tarde me quiere llevar a cenar a un lugar lujoso y caro, pero al final, ante mi insistencia, acabamos haciendo una ruta de tapas por el barrio del Zaidín. Se queda impresionado de la cultura de las tapas que hay en Granada.

—Los “malafollás” somos pioneros en esto de las tapas, luego nos copiaron el resto de las provincias andaluzas.

—¿”Malafollás”?

—Sí, en otras provincias, sobre todo en Málaga, a los granadinos nos conocen como los “malafollás”. Dicen de nosotros que somos unos desaboríos, pero ya sabes cómo son estas cosas, te cuelgan un San Benito y ya no lo puedes soltar. En

realidad, el tema del por qué nos llaman “malafollás” es un tanto curioso.

Me mira con interés:

—Cuenta...

—Pues verás. Esto es una teoría, no se sabe a ciencia cierta si es así, pero te cuento... en el barrio gitano del Sacromonte existían antaño multitud de herrerías. Uno de los instrumentos que se usaban en ellas era el fuelle y al acto de accionar dicho fuelle se le denomina follar. Se decía que cuando un aprendiz no accionaba bien el fuelle, su maestro le decía «chiquillo, que malafollá tienes» y de ahí dicen que puede venir este apelativo. Probablemente un malagueño vio la escena y zasca. Mató a un perro y le llamaron mataperros.

—Jajaja. Qué curiosa anécdota —se carcajea Helio. Entonces ambos nos callamos y me mira fijamente por tercera vez ese día. Esta vez le mantengo la mirada. Nos miramos. Tiene unos ojos muy azules, muy limpios y muy sinceros. Me obligo a terminar con su hechizo.

—Bueno... lo he pasado genial hoy Helio. Es hora de que me vaya para casa.

—Yo creo que los granadinos, o por lo menos tú, tenéis muy buena “follá”. —
Me río y replico:

—Como imaginarás ese chiste está ya muy trillado por aquí.

—¿Te vienes a mi hotel?

¡Toma! ¿Dos noches seguidas con Helio?, me encantaría. Luego lo pienso mejor. Cuanto más tiempo pase con él más me va a doler su marcha a Madrid y respondo:

—No Helio, creo que debería irme a mi casa ya. —Asiente.

—¿No es aquella Alicia? —pregunta.

Miro donde me señala con la cabeza. Veo a Alicia, la secretaria de Guillermo, sentada en otra mesa del bar con un hombre joven en una silla de ruedas y otro hombre un poco más mayor, alto y con calva incipiente. Alicia lleva un vestido, corto, atrevido y muy sexi. Las gafas que suele llevar en la oficina son ahora unas elegantes gafas de diseño un poco bastas para mi gusto.

—Es Alicia, Clara me comentó que hace unos años tuvo un accidente con su marido y que él quedó postrado en silla de ruedas. Puede que sea él.

Helio asiente mirando al curioso trio.

—Voy al baño —digo al tiempo que me levanto.

Me meto en el baño, y entro en uno de los habitáculos. Cuando estoy a punto de acabar escucho como entran dos personas. Una de ellas es un hombre. Cuchichean en voz baja. Miro disimuladamente por encima de mi habitáculo y

puedo ver a Alicia con el hombre alto que estaba sentado con la pareja. El hombre levanta a Alicia aparentemente sin ningún esfuerzo y la sienta sobre la piedra del lavabo. A continuación, le sube la falda. Pero ¿qué van a hacer? Puede entrar alguien en cualquier momento y pillarlos..., pienso. El hombre se baja la cremallera del pantalón y saca su miembro. Lo pone sobre la hendidura ya húmeda de Alicia y la penetra de un solo empujón. Las acometidas salvajes del hombre sobre la secretaria me están calentando a mí. Tengo a Alicia frente a mí. A poco que abra los ojos y mire hacia arriba puede que me pille mirando, pero soy incapaz de dejar de mirar aquella escena tan morbosa. Toco mi humedad y decido que cuando salga de aquí voy a aceptar la proposición de Helio. La escena que estoy presenciando llega a su fin con un gruñido del hombre que anuncia que ya se ha corrido. Ambos acomodan sus ropas y salen del baño de forma precipitada. Espero un rato y salgo.

—¿Qué te sucede?, te veo turbada —dice Helio cuando me siento.

Le cuento lo que he visto en el cuarto de baño. Miramos al fondo y vemos a los tres hablando como si nada.

—¿Ves las gafas que lleva Alicia? —pregunta Helio.

—Sí.

—Pues son unas gafas espía de la marca Moba. Son muy discretas y tienen una cámara oculta que graba todo lo que se ve por ellas. Parece que a Alicia y su marido le gustan los juegos morbosos...

Me quedo patidifusa y más excitada si cabe. Al final le suelto:

—¿Nos vamos a tu Hotel?

No necesitamos ni precalentamientos. Él está como una piedra y yo con el tanga empapado. Se agacha y travieso se mete bajo mi vestido. Escucho un sonido de rotura. No me lo puedo creer, me ha vuelto a romper el tanga. Esto me excita más. Lo empujo a la cama, le quito los pantalones y los tiro al suelo. Entonces con cara de gatita traviesa beso el interior de sus muslos. Él me mira encendido. Su miembro recto y duro me atrae como la miel a los osos. Lamo su base y subo mi lengua a su glande. A continuación, me la meto en la boca y la chupo despacio. No me doy ninguna prisa. Él, excitado, necesita más profundidad. Me coge del pelo y empala más su miembro en mi boca. Entonces me incorporo, aparto lo que queda del desafortunado tanga y me subo encima de su miembro a horcajadas. Como una amazona cabalgo sin resuello. Como si no hubiera un mañana. Ambos jadeamos de placer. Hasta que después de varias

galopadas, los dos llegamos al clímax. Poso mis pechos en su torso y noto como nuestros cuerpos suben y bajan al ritmo de nuestra respiración acelerada.

Como la noche anterior, tenemos un segundo round, igual de salvaje, y después un tercero un poco más pausado, pero igual de excitante.

Estamos tumbados y extasiados como si hubiésemos venido de la guerra, cuando suena el móvil de Helio. Helio se levanta, se despereza y saca el móvil del pantalón. Lee un mensaje, teclea algo, deja el móvil en la mesita y dice:

—Voy al baño.

Le sonrío y le pongo morritos. Helio me guiña un ojo justo antes de cerrar la puerta del cuarto de baño. Entonces suena otro mensaje. Me quedo mirando el móvil. Sé que no está bien lo que voy a hacer, pero no lo puedo evitar. Me acerco, miro la pantalla y en el desplegable se puede leer el mensaje sin abrirlo.

23:03 Lorena: Mi marido se va de viaje toda la semana que viene, así que, ya sabes dónde me puedes encontrar. Siempre caliente. Lorena. (Emoticono de diablo) (Emoticono de beso).

Me levanto, me visto y me marcho de la habitación. En ella dejo el olor a sexo, el olor a pasión, el olor a Helio y el tanga roto.

Capítulo 8

No duermo mucho esa noche, un sabor agridulce me embriaga. El sexo loco y la pasión desbordada ha sido eclipsada por ese mensaje. Un mensaje que me pone en mi lugar. Ese hombre es un hombre que puede tener a la mujer que quiera y, aun estando conmigo, ya estaba buscando a su siguiente concubina.

Pienso en Helio, no lo conozco de nada, apenas he hablado unas pocas palabras con él. Ha sido una atracción sexual brutal... Y, si sólo es sexo... ¿por qué siento esta desazón que no sé cómo explicar? ¿Acaso me gusta de veras el hijo del jefe? No, no es posible, somos de dos mundos diferentes. Él es un ricachón que probablemente tiene cada día una chica diferente en su cama. Tengo que despejar mi mente. Cojo el teléfono y llamo a un número de la agenda. Una Clara con la voz pastosa y arrastrando las palabras me contesta:

—Hola chochi... ¿Ya estás despierta?

—Sí Clara, me voy a la playa, te llamaba para ver si quieres venirte conmigo.

—¡¡Pues claro!! Habrase visto el día en que me pierda yo una salida o una fiesta. —Me carcajeo.

—Venga loca, que te recojo en una hora.

Una hora más tarde Clara y yo nos dirigimos a la playa de La Herradura en mi coche.

—¡Cuenta! ¡Cuenta! ¡Cuenta! —cuchichea Clara deseosa de saber.

—Cuenta tú primero. ¿Qué tal con Ramón? —me adelanto.

Clara hace un aspaviento con la mano como quitándole importancia a lo suyo.

—La historia de mi vida, Marta —explica Clara gesticulando con las manos—, sabes, no hay un tío que consiga que me corra de gusto.

Me impresiona el problema de Clara. En la intimidad, ella sola podía conseguir orgasmos con sus juguetitos y sin ellos, pero cuando está con un chico no consigue llegar al clímax.

—¿Por qué no vas a algún profesional? —pregunto sin dejar de mirar a la carretera.

—No sé... Mi pitorro funciona perfectamente... Puede que el problema sea

psicológico..., o bien, que elijo muy mal a los hombres. Ya sabes que mi radar está muy mal. —Creo que tu radar no está tan mal, pienso, después de todo, Helio no es gay. En cuanto a su problema, no quiero insistir más en el asunto. Mi amiga lo está pasando mal con aquello.

—¿Y tú? —pregunta Clara con una sonrisa en la boca—, ¿qué tal con el hijo del jefe?

Me sobresalto, la miro y por un momento dejo de mirar la carretera provocando que tuviera que dar un volantazo.

—¡Eh, cuidado Sáinz! ¡No dejes de mirar a la carretera!

—¿Cómo sabes que acabé con Helio? —pregunto alterada.

—Bueno, en realidad lo sabe media empresa. Pasasteis cegados perdidos por el salón de baile. Te llamé incluso, pero tú tenías las bragas por los tobillos ya. — Clara ríe su ocurrencia.

No me gusta nada aquello. En realidad, no soy una mojjigata y me importa un bledo lo que piensen en la empresa, pero es mi jefe... y, además, me había gustado tanto...

—Por tu mirada, te fue mejor que a mi ¿eh?

—No estuvo mal, pero creo que ese tío es de los que no repiten chica —digo pensativa.

—Es un once.

—¿Cómo? —pregunto sin entender. A lo que Clara responde:

—Helio está fuera de categoría, ese tío es un once. Cuerpo perfecto, guapísimo, ojos azules. Pero azules, azules. Y esos labios tan carnosos... menuda exquisitez. Solo falta que follara bien.

Me escandalizo y encelo a partes iguales y digo:

—En realidad, estuvo muy bien solo que... —dejo la frase en suspenso.

—Solo que qué... —inquiérese Clara.

—Pues que después del tercero le co...

—¿El tercero? —grita Clara escandalizada—. Bendito sea el señor y su “cuñá” María, unas tanto y otras tan poco. —Sonríe recordándolo y evito decirle que fueron tres cada noche. No quiero matarla de la envidia, pero cambiando el semblante continuo lo que le quiero decir:

—Recibió un mensaje mientras se encontraba en el baño y lo leí. Era un mensaje de una tía casada que le decía que su marido no iba a estar y que fuera a no sé dónde...

—Vaya... eso te pasa por cotilla...

Por la cara que ha puesto, creo que Clara me ha entendido. Desde lo ocurrido con Jorge no aguanto las mentiras, ni las infidelidades vinieran de donde vinieran. Me toca el hombro para transmitirme su calor y comprensión.

La Herradura es un tranquilo pueblo pesquero de la costa granadina. Su nombre se debe a que es una bahía en forma de herradura y su playa queda flanqueada, a levante, por la Punta de la Mona, y a poniente, por el Cerro Gordo. Se extiende de manera continua a lo largo de más de dos km y cuenta con un paseo marítimo plagado de chiringuitos, hoteles y pubs. La Casa de mis padres está situada en primera línea de playa. Tiene un pequeño jardín con barbacoa y piscina. La entrada tiene un nombre escrito con conchas “Villa Miller García”. Esto es obra de mi padre y Sheila. Son uña y carne. La relación que tienen me recuerda mucho a la que tenía yo con mi padre cuando era pequeña. Tengo llave y abro la puerta.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Alguien? —grito. Nadie contesta.

Llamo al teléfono de mi madre, pero no lo coge. Llamo al de mi padre y está apagado o fuera de cobertura.

—Qué raro... —murmuro—, a estas horas mamá siempre prepara el almuerzo.

Salimos por los alrededores para ver si los localizamos y entonces vemos a Sheila que viene llorando hacia mí. Tras ella está la vecina de mis padres, Concha. Me invade un frío que me hace temblar las piernas. Sheila empieza a hablar lloriqueando e hipando al mismo tiempo:

—El abuelo... pescando... ha caído y tiene sangre... en el peñón...

La abrazo, la cojo en brazos y me dirijo a Concha para ver qué ha sucedido. Con la carne de gallina y la voz temblorosa pregunto:

—¿Qué ha ocurrido Concha?

La mujer para tranquilizarme comienza a explicar:

—Mira niña... no te preocupes que tu padre está bien. —Comienza a gesticular con las manos— Tu padre ha ido esta mañana al peñón a pescar, como casi todos los días. Parece ser que se ha resbalado con una roca y se ha caído.

Palidezco. Conozco el lugar y es muy escarpado.

—Afortunadamente mi Adolfo, que había ido a comprar el pan a ca' la Antoñica, ha visto a la niña llorar y gritar en lo alto de la peña. Entonces corrió a

llamar a Santiago y con la barca de él fueron a por tu padre. Cuando llegaron al lugar lo encontraron agarrado a una roca.

—¿Cómo está él? —pregunto cada vez más nerviosa.

—Pues mira —responde tranquila Concha—, para el despeñe que ha tenido estaba muy bien. Sólo que cojeaba de la pierna derecha. Y la ceja se la había partido y sangraba mucho, pero no te preocupes, la sangre en esos sitios es muy escandalosa, pero luego no es tanto. Lo he visto riendo incluso, así que, no te preocupes corazón. Tu hermano y tu madre lo llevaron al hospital de Motril.

En ese momento llaman al teléfono. En el display pone Paul:

—¡Hola Martuca! ¿Estás en La Herradura?

—¡Paul! ¿Cómo está papa? —pregunto alterada exigiendo contestación con el tono.

—No te preocupes, está bien, ya vamos para allá, estamos a cinco minutos.

Cuando el coche de Paul aparca, no puedo aguantar más la tensión y corro hacia el coche de la misma manera que Sheila lo había hecho unos minutos antes hacia mí, llorando. Cuando veo a mi padre reír sentado en el asiento de atrás lo abrazo y le mojo la ropa con mis lágrimas.

—¡Ay! Hija mía, que me acababa de secar —ríe mi padre.

—¡Ay papá! ¡Qué mal rato habrás pasado!

—No te preocupes mi niña, no ha llegado mi momento aún.

Instantes después abrazo a mi hermano, el cual me dice:

—No esperaba este reencuentro tan dramático hermanita. No te preocupes, papá está bien, con una pierna escayolada, ocho puntos en la ceja, pero bien.

—Si es que se cree un mozo todavía y no tiene edad para saltar rocas —dice mi madre regañando a mi padre.

—Calla mujer, si estoy hecho un chaval todavía —replica mi padre que baja del coche con la ayuda de mi hermano.

Miro a mi amiga. Clara había vivido la escena, primero con miedo, luego con tensión, cuando vinieron en el coche con alivio y ahora viendo a mi hermano, veo expectación en su cara.

—Y esta muchacha... ¿no nos la vas a presentar? —pregunta Paul interesado en mi amiga.

—Ella es mi amiga Clara —indico, ya liberada de tensiones.

—Dios, pero si es una Marta en hombre —dice Clara asombrada dándole dos besos a mi hermano.

—Sí, son mellizos, pero se parecen tanto que mucha gente me pregunta si son gemelos. Por cierto, Clara, mi nombre es Sandra y mi marido se llama Sam.

—Miller, Samuel Miller, ese es mi nombre —aclara Sam al más puro estilo 007.

—¡Abuelito! Cuando caíste pasé mucho miedo —lloriquea Sheila junto a su abuelo.

—No te preocupes hija, queda abuelo para rato.

Una hora más tarde, todos almuerzan más tranquilos después del sobresalto.

—Y decías que no estaba para mí, Sandra. ¿De verdad piensas que tengo escrito cuando voy a morir? —pregunta Sam.

—Por supuesto —replica Sandra—, todos tenemos nuestro sino.

—Eso es una tontería, yo me moriré cuando mi cuerpo diga basta o por un accidente fortuito, mi destino no está escrito.

—Ya empezamos —dice Paul resoplando.

—¿Ya empezáis? —pregunta Clara.

—Sí, es un debate muy recurrido en la familia —explica Paul—, mamá y yo pensamos que todos tenemos un destino que está ya marcado mientras que Marta y papá piensan que no existe un destino preestablecido, creen más en el libre albedrío.

—Ah... qué bien, qué debate tan peculiar. ¿Aquí no habláis de lo buenas que están las croquetas?

—Jajaja —se carcajea Paul—. Eres muy graciosa ¿Tú qué opinas? ¿Desempatas el debate?

—La verdad es que yo estoy entre medias... no sabría que opinar.

—Si me he caído es porque he bajado más rápido de lo normal el peñón —explica Sam.

—¿Por qué tenías tanta prisa? —pregunto, extrañada de que mi padre fuera con prisa. Paul y yo llamamos a mi padre, Sam, el oso perezoso, por la calma que tiene para hacer todo.

—Bueno... me llamó Paul y me dijo que ya estaba aquí y, por cierto, ¿cuál era la buena noticia que querías contarme? —pregunta Sam expectante.

—Ah, es cierto, con todo este follón no os lo he contado —Paul se levanta de la silla y se dispone a anunciar algo—: familia, tengo un trabajo fijo como entrenador de buzos en Almuñécar. A cinco minutos de aquí, por fin podré ver más a mi preciosa hija —dice Paul cogiendo a Sheila y haciéndola girar feliz.

—¡Qué bien! —gritamos todos al unísono.

—Sí —afirma Paul emocionado mirando a su hija—, a partir de ahora las cosas van a ir mejor pequeña.

—¿Dormirás aquí todos los días? —Los ojos de mi sobrina brillan.

—Claro pequeña, estaré contigo hasta que te hartes de mí —dice Paul emocionado.

—¡Anda tonto papá! ¡Eso no va a pasar nunca!

—¡Esto hay que celebrarlo! —exclama Sandra trayendo una tarta de chocolate con almendras hecha por ella.

—Qué pinta tiene la tarta... —dice Clara golosa.

—Marta ¿Le has contado a Clara cómo nos conocimos Sam y yo?

Paul y yo nos miramos y resoplamos, se lo cuenta a todo el mundo. Pero mi madre, nos ignora y empieza a narrar:

—Cuando tenía vuestra edad, yo salía con mis amigas casi siempre por el barrio del Realejo y, a veces, subíamos a La Alhambra. —Mi madre se sienta y cruza las piernas para ponerse cómoda— Había un chico, llamado Antonio, que no dejaba de molestarme a pesar de que yo le había dejado muy claro que no quería nada con él. Un día, conocí a una extraña mujer, llamada Fátima, me presentó a un grupo de americanos que llevaban en Granada más de dos meses. Ese día nos encontrábamos en el Restaurante del Hotel Washington Irving y vimos venir a Antonio entrar en el local. Entonces, esta mujer, Fátima, hizo creer a Antonio que yo estaba saliendo con uno de los americanos del restaurante, y lo presentó como mi novio.

—Sam —asevera Clara.

—Sí, Sam. El caso es que nosotros seguimos el juego de Fátima una semana entera y te puedo decir que fue la semana más maravillosa de mi vida hasta ese momento. Pasada la semana, Sam ya se iba para su país. La despedida fue muy dolorosa para ambos. Esa noche, Fátima me dijo que había una leyenda que hacía conseguir el amor de tu vida. Me dijo que no perdería nada por intentarlo. Y lo hice... esa noche fui a la Abadía del Sacromonte y toqué la piedra negra enclaustrada en las catacumbas. ¿Sabes qué pasó?

—Carmina me contó algo el otro día sobre ese sitio —explica Clara. Sandra asiente:

—Sam perdió el vuelo y me dijo que había algo que hacía que no pudiera separarse de mí.

—Sabe —dice Clara con una sonrisa pícaro—, yo soy fan de la piedra blanca. No me quiero enamorar y volverme gilipollas como se vuelven los enamorados.

Mi hermano Paul la mira y escruta sus palabras. Pone cara de no saber si Clara está de broma o no...

—Por cierto —interrumpo—, ¿qué sabes de la tal Fátima, mamá?

—Nunca más supimos de ella —afirma seria mi madre—. Sam dice que es sólo una leyenda, pero Clara... ese lugar tiene una magia especial. Y la mujer... fue todo muy misterioso.

El silencio abarrota la estancia, y Paul lo rompe:

—Toma Clara —dice mi hermano entregándole una concha a Clara. Eso me asombra. Mi hermano no suele ser una persona muy detallista que digamos—, es una concha de La Herradura. Dicen que da buena suerte a quien la lleva colgada.

—Gracias —dice Clara ensimismada y turbada por el místico momento vivido. Primero con mi madre y después con mi hermano.

—Hermanita —continúa Paul con una sonrisa traviesa—, tengo preparadas las tablas para esta tarde.

Empiezo a dar saltitos entusiasmada. Qué ganas de volver a navegar con mi hermano.

—¿Las tablas? —pregunta Clara.

—Windsurf —respondo.

Capítulo 9

El domingo me levanto con la misma pesadilla que me ha perseguido estos últimos días. Miro a mi lado y allí no está ella ¿Qué habrá ocurrido? ¿Por qué se fue Marta de aquella forma tan repentina? Lo peor es que no tengo su móvil y no sé cómo localizarla. He pasado dos noches con ella y no le he pedido su número. Pero ¿Qué clase de memo estás hecho, Helio? me digo. Al final, para quitarme a Marta de la cabeza voy a visitar al pequeño grafitero, Raúl, y su familia. Viven en un piso muy humilde, pero en él se respira hogar. He conocido en toda mi vida preciosas viviendas frías y sin vida, pero no es el caso de la casa de Julia y sus pequeños. Los chillidos y risotadas de niños se entremezclan con el amor y ternura que Julia da a sus hijos.

Le estoy explicando a Raúl los típicos errores que suelen cometer los pintores novatos y el muchacho parece una esponja.

—Al dibujar, debes hacer trazos suaves —comienzo a explicarle—, porque si aprietas demasiado te quedará un trazo fuerte difícil de disimular si el trazo no es acertado.

Raúl escucha con interés todas mis explicaciones.

—Raúl, me gustaría que me enseñases algunos dibujos que hayas hecho.

—Tengo un cuaderno en el que hago mis dibujos —indica.

—¡Tráemelo! —le apremio.

El muchacho se dirige a su habitación, que es la misma que la de sus hermanas. Julia está en la cocina preparando el almuerzo y yo estoy en el salón. La mujer está muy agradecida conmigo por el trabajo que ha conseguido, y me ha invitado a almorzar. Trabaja de frutera y está la mar de contenta. Tiffany, la niña de más edad, se me acerca y me observa seria con una muñeca en sus brazos.

—¿Tú eres mi nuevo papá? —pregunta.

Esta pregunta me pilla desprevenido.

—No... verás... yo solo soy un amigo —respondo a la niña.

En ese momento, Andrea, la más pequeña, se me engancha al cuello. La intento coger en mis brazos, pero yo nunca he cogido a una niña pequeña y me siento torpe.

—Así no se coge a un niño pequeño —desaprueba Tiffany.

—¿Cómo se hace? —pregunto.

La niña suelta su muñeca colocándola en una silla, se acerca a mí y me recoloca los brazos para coger mejor a Andrea. Efectivamente, noto que la niña se amolda mejor a mis brazos.

—Muy bien Tiffany, vas a ser una buena hermana mayor —agasajo a la niña.

Ella, sin hacerme caso, coge su muñeca y se va del salón al tiempo que vuelve Raúl.

—¿Qué hace con Andrea en los brazos? —pregunta—, tenga cuidado, que le estamos quitando el pañal y a veces...

Noto como un líquido caliente me resbala por mis brazos y cae a mis pantalones manchándome por completo de pipí.

—Eso... —termina diciendo Raúl.

Después de asearme y ponerme un chándal de la selección española que tenía Julia de su exmarido, regreso al salón y observo el cuaderno de Raúl. Casi todos los dibujos son de temática manga y anime. Personajes muy bien realizados repletos de sombras y efectos de luz. Las trazadas son firmes y decididas. Están hechas sin la más mínima duda de lo que se quiere hacer. Raúl tiene muchísimo talento.

—La comida está preparada niños, apartad todos los trastos de la mesa —anuncia Julia desde la cocina.

Los niños, casi coordinados, retiran todos los juguetes de la mesa. Raúl pone un mantel y las niñas traen los cubiertos de la cocina.

—¿Qué puedo hacer yo? —pregunto a Julia.

—Sentarte y disfrutar de la comida. Eres mi invitado.

—De verdad Julia, quiero ayudar...

—Helio, eres la persona que me ha ayudado más en mi vida. ¡Soy frutera, Helio! El trabajo que me conseguiste... nos ha cambiado la vida...

—Me alegro mucho, de veras... —digo con sinceridad.

—No tengo palabras para agradecerte lo que has hecho por nosotros —dice una agradecida Julia—, ya no sabía lo que hacer para sacar adelante a mis niños.

—Yo no he hecho nada, en serio...

—¡Shhhh! —sisea Julia poniéndome su dedo índice en mis labios—, Si hay algún modo de compensarte, dímelo Helio.

—Lo único que quiero es que tú y estos pequeñines os encontréis bien —digo revolviendo el pelo a Raúl.

El lunes llego a la oficina. Me obligo a no ir en busca de Marta, no quiero atosigarla. Saco el móvil y conecto el programa que controla las cámaras. Se llama *skiner cam*. Eso me hace gracia, se llama igual que la computadora que controla al mundo en *Terminator*. Pincho varias habitaciones, pero no se ve nada fuera de lo común. Coloco mi maleta plata en la mesa. La abro y me pongo todos los componentes del disfraz de Claudio. Una vez vestido de mensajero salgo del despacho y me encuentro de bruces con Guillermo y Luis.

—¡Eh tú! ¡Qué haces ahí! —me espeta Guillermo.

—Pues... he venido a entregar un paquete al señor Salcedo —consigo decir después de un tímido balbuceo.

—Pues a partir de ahora todo lo que vaya al señor Salcedo tiene que pasar antes por mí, ¿lo has entendido? —ordena Guillermo con malas formas. Yo asiento.

—¿Está ahí dentro? —pregunta Luis con una sonrisa siniestra en rostro.

—Sí, me ha dicho que no lo molestará nadie.

—¡Oye chavall! —comienza a decir Luis—, en cuanto a lo del otro día... lo siento.

—No pasa nada... —digo desconfiado.

—Siento que no te estamparas contra la máquina del café y te rompieras los dientes. Hua hua hua hua —y se empieza a reír de una manera muy desagradable.

No digo nada. Me tenso. Este tío... ¿quién o qué es?, parece el esbirro colgado de Al Capone. Tengo que tener temple o mi tapadera se vendrá abajo. Coloco una media sonrisa y digo:

—Con vuestro permiso, sigo con los repartos. —Me dirijo al ascensor. Noto la mirada de los dos en mi espalda. Vaya matones tiene mi padre dirigiendo su sede en Granada.

Bajo a la sexta planta y entro en la que llaman la sala Google. Veo a Marta sacando algo de la máquina del café.

—¡Hola! ¿Qué tal? —saludo.

Marta lleva unos pantalones ajustados y una blusa fina blanca. Va peinada con una coleta. Su aspecto es fresco y sexi. Me pregunto por qué se fue el otro día de mi habitación.

—¡Hola Claudio! ¿Cómo va la mañana?

—Mal hasta que te he visto —digo sinceramente.

—Vaya, otro zalamero como Tomás ¿De dónde os sacan? ¿Os producen en cadena? —Sonríe y su sonrisa me alimenta. Esta chica me gusta cada día más... además, el sexo con ella fue caliente, muy caliente. Me quedo con la mirada perdida y ella me chasca los dedos a un palmo de mis narices:

¡Plas! ¡plas!

—¿Qué te pasa, Claudio? Que te pierdes...

—Perdona. Estaba pensando si te apetecería tener hoy una tarde de cine con cena incluida. O bien, otro día de esta semana. Ya sabes, la deuda.

Se queda pensando un buen rato hasta que al final confiesa:

—La verdad es que hoy me hace falta tener mi mente ocupada —dice Marta pensativa—, de acuerdo, págame.

—¡Estupendo! —digo sorprendido— ¿Te recojo sobre las cinco de la tarde?

—Mejor quedamos en la puerta de este edificio. —Saca un papel, escribe algo y me lo entrega.

—De acuerdo —digo. Miro el papel. Es su número de teléfono.

Se da la vuelta y se dirige a su oficina. Lo intento, pero no puedo evitar mirar su culo. Tiene un culo en forma de corazón invertido que me pone muy duro. Apetecible a más no poder. Entonces se da la vuelta de improviso y me pilla mirándole el trasero. No sé dónde mirar, intento desviar la atención:

—Por cierto, Marta... —comienzo a decirle mirándola a los ojos.

—¿Sí? —me pregunta con una media sonrisa que me vuelve colorado.

—El señor Salcedo me ha dicho que si puedes subir sobre las doce del mediodía a su despacho. El que está pegado al de Guillermo. —Veo que eso la ha sorprendido. Se ha puesto pálida. Finalmente asiente, se da la vuelta y entra en el departamento de publicidad y marketing.

Subo a mi despacho, me quito todos los utensilios del disfraz y los meto en la maleta plata. Vuelvo a estar cómodo. No me siento muy a gusto con el disfraz de Claudio. Vuelvo a conectar *skiner cam* y voy pasando cámara a cámara. En el despacho de Guillermo puedo oír a dos personas hablando, pero en la imagen solo se ve el escritorio de Guillermo. Giro la cámara y en la entrada de la puerta puedo ver a Guillermo hablando con Luis.

—Luis, tienes que esperar a que se vaya el hijo del presidente de la empresa, no hagas tonterías.

—Venga Guillermo, tú eres el que manda aquí, puedes echar a una de esas y contratar a Vanessa.

—Las cosas no son tan fáciles Luis, habrá preguntas sobre el despido. Además,

la zorra esa ha sido muy lista, se ha liado con él...

¿Despido? ¿Zorra? Pero ¿de qué coño va esto? Estoy con la mirada perdida cavilando sobre lo que he visto cuando llaman y a continuación, entra Marta.

—¿Quería verme? —pregunta.

Miro a Marta. Tras de ella, en la pared, hay un cuadro de una marina. En la posición en la que se encuentra Marta pareciera como si fuera una sirena en el mar. Una sirena de ojos verdes que me está volviendo loco... y me pregunta si quiero verla... ¿eso me ha preguntado? Pues claro que quiero verla, y quiero saber por qué se fue el otro día de forma tan repentina y quiero saber por qué me mira como si no nos hubiésemos devorado, y quiero saber...

—No tengo todo el día —me interrumpe.

El ensimismamiento que tengo se desvanece.

—Siéntate por favor. —Marta se sienta. Está muy seria. Ahora más que sirena parece un calamar enfadado.

—A ver... Marta. Me gustaría saber si llegaste bien a tu casa el sábado.

—Pues no ves que sí —me vuelve a interrumpir. Seca.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

—A mí. Nada. Mire, estoy trabajando y...

—¿A qué viene este cambio de actitud? —pregunto interrumpiéndola.

Se queda en silencio y evita mi mirada.

—Tengo la cara aquí.

Ahora pone cara de pulpo enfadado... esto va a peor... y me espeta:

—Mire, señor Salcedo, no me hable así, que yo no le he faltado al respeto.

Vaya... ¡qué carácter!, pienso.

—Disculpa —digo bajando el tono—, Marta, es que estoy un poco desconcertado de lo ocurrido el sábado. Pasamos un día genial y dos noches estupendas. Estábamos bromeando, riendo, y de repente entré en el baño y... ¡Ahhhh! ¡Espera!... Recibí un mensaje y... —murmuro más para mí que para ella.

La miro y en su mirada puedo ver que he dado en el clavo.

—Recibí un mensaje y tú lo leíste. ¿De quién era el mensaje? —Evidentemente mi pregunta es retórica.

Marta baja la cabeza, no me mira, ni me habla. Cojo mi móvil, miro los mensajes y empiezo a enumerar:

—De ese sábado tengo a Miriam —la miro y su expresión no cambia.

—Tengo a Natibel —sigue sin mirarme.

—¿Lorena quizá?

—¡Basta! —grita Marta. Si no me quiere para nada que no sea mi trabajo me voy.

—¡Espera! ¿Este es el mensaje que te hizo que te fueras? Comienzo a leer en el móvil.

«Lorena: *Mi marido se va de viaje toda la semana que viene, así que, ya sabes dónde me puedes encontrar. Siempre caliente. Lorena. (besos) (besos) (besos)*».

—Estabas quedando con otra antes de acabar conmigo —dice casi en un susurro y con la voz rota.

—¡No! —digo rotundo—, yo no estaba quedando con nadie. Ese día pasó algo entre tú y yo Marta... no sé lo que es todavía, pero siento algo por ti que no había sentido por ninguna mujer antes. Es cierto que tengo muchas amigas que quieren quedar conmigo, me envían mensajes, pero de momento no quiero cerca de mí a nadie que no seas tú. —La miro y noto que esas palabras sí le han tocado alguna fibra.

—No me importa que tus amigas te envíen mensajes, pero, es que quedas con mujeres casadas y...

—¿Y qué? No hago daño a nadie.

—Pues a su marido, por ejemplo.

—Jajaja —me carcajeo y ella me mira extrañada. Si supiera lo que disfruta su marido con los juegucitos que se trae Lorena...

—Mira Marta, Lorena es una amiga mía de hace muchos años. Está casada con Mario, que es amigo mío también. Los dos tienen una relación liberal y se acuestan con quien quieren y cuando quieren. Ellos tienen este tipo de relación y son felices así.

Estas palabras han hecho que Marta relaje su semblante. Así que era eso, pienso. Marta me mira y replica:

—Entiendo... pues no sé qué decirte, salvo que hay más chicas en esta empresa que desearían meterse en tu cama. —Me levanto y me acerco a ella. Le aparto un mechón rebelde en su flequillo, le levanto la barbilla para que me mire y le digo:

—Sí... pero en mi cama... yo solo te quiero a ti.

Se me queda mirando extrañada, pero su rostro se vuelve nuevamente pulpo enfadado y me espeta:

—Lo que pasa... es que en mi cama... yo sólo quiero a Amedio. Se levanta y

se dirige a la puerta. Tras mi desconcierto logro balbucear:

—¿Quién es Amelio?

Me mira seria durante un buen rato y finalmente me espeta:

—Mi novio. Amelio es mi novio.

Sale del despacho... y se me vuelve a escapar. Un sentimiento que hasta ahora no había sentido en mi vida nace en mí. Es un sentimiento de pérdida, de vacío. Es como cuando estás a punto de conseguir una cosa que te atrae de forma desesperada, pero te lo arrebatan en el último momento. Pude intuir, por empatía, ese sentimiento en chicas que yo había rechazado, pero una cosa es intuir un sentimiento y otra muy distinta es sentirlo.

Con el corazón medio roto llaman al teléfono. Lo cojo rápidamente ante la absurda idea de que podría ser Marta y veo en el dial que es mi padre. No es un buen momento para tener un nuevo enfrentamiento con mi padre. Sin embargo, lo cojo:

—Dime papá.

—Hola helio.

—Papá, no es buen momento para hablar contigo.

—Helio... han robado en tu estudio.

Mi corazón, ya frío y en cachitos, se vuelve helado. Esto no me puede estar pasando. Tengo un miedo atroz por la respuesta a la pregunta que le voy a hacer a mi padre...

—¿Que se han llevado?

—La Morena Esclava.

Los cachitos de mi corazón se vuelven polvo. Es el día más triste de mi vida. Siempre me he considerado un hombre fuerte, sin embargo, no puedo evitar que se me salten las lágrimas.

—¿Helio? ¿Estás bien? —me pregunta mi padre preocupado.

—No papá. No estoy bien. Vuelvo a Madrid.

Capítulo 10

Salgo del despacho de Helio con el corazón en un puño. Pero ¿qué acabo de hacer? Me ha abierto su corazón, me lo ha entregado y yo lo he rechazado. Lo he cogido, lo he tirado al suelo y lo he aplastado con el pie. Pero ¿por qué? Pero sí sé por qué. Tengo miedo, tengo mucho miedo. Miedo al amor. Miedo al engaño. Miedo a sentir. Miedo a sufrir.

Entro en el ascensor, pulso la planta 6 y me miro en el espejo. La imagen que me devuelve el espejo es la imagen de una mujer seria, triste, con la mirada perdida y los brazos caídos. No lloro. No quiero volver a llorar por amor. El pitido del ascensor me obliga a mover una pierna y luego la otra. Me dirijo al cuarto de baño. Me vuelvo a mirar en ese otro espejo, como si el mirar a otro espejo diferente, la imagen que este te va a devolver fuera diferente. Me lavo la cara y me dirijo a mi oficina. Allí están Clara y Tomás:

—¿Dónde estabas chochi? —pregunta Clara—. Tomás me estaba contando su noche loca.

—Pero loca, loca —señala Tomás—. Acabé en una celda.

Esa frase hace que salga de mis ensoñaciones y pregunte:

—¿Qué te pasó?

—Qué no me pasó, estaría, mejor dicho.

—Cuéntaselo como me lo has contado a mí —cuchichea Clara.

—Pues verás... Irene, Begoña y yo salimos del hotel sobre las una de la mañana. Íbamos a coger el coche de Begoña cuando...

—Dile dónde ibais gañán —interrumpe Clara.

Tomás hace un gesto con la mano pidiendo paciencia a Clara y continúa:

—Bueno, íbamos a la casa de Begoña. —Mira a Clara, y se rinde— Íbamos a hacer un trío.

Lo miro con cara de búho. Con los ojos muy abiertos y las cejas de punta.

—¿Cómo se propone eso?

Tomás se carcajea y dice:

—A veces las miradas dicen más que las palabras... El caso es que cuando

llegamos al coche, dos individuos nos salieron con unas navajas y nos pidieron que les entregáramos los bolsos y los móviles. —Tomás hace un gesto señalándose —Yo, por supuesto, saqué mi monedero y me disponía a entregárselo. Bego también. El caso es que veo por el rabillo del ojo a Irene en plan Rambo, a esta parece que se le olvidó que ya no es militar. Pues va y le mete una patada al primero en la mano desarmándole la navaja que llevaba. La cogió rápido y cogió del cuello al tipo. Le puso la navaja en su garganta y le dijo al otro: «Vete de aquí o le rajo a tu amigo el cuello» ¿Qué crees que pasó?

Yo estoy cada vez más flipada.

—Ni idea ¡Dime!

—El tipo, el que tenía la navaja en el cuello, se hizo pis en los pantalones. Y el otro tiró la navaja y salió corriendo.

—¡Hala!, pero entonces, todo salió bien, ¿no?

Tomás niega con la cabeza y continúa:

—En ese momento viene un policía y ve la escena y... ¿qué crees? El tipo se pone a gritar «¡estas tías me están robando!». Y entonces va el poli, le cree y nos detienen a nosotros tres.

—¡No! —exclamo.

—Como te estoy contando Marta. Increíble.

—Nos tuvieron encerrados en el calabozo toda la noche. Pero encima tengo que decir que tuvimos suerte. Ante nuestra insistencia miraron una cámara de vigilancia en el banco que hay en frente del hotel y entonces salió la verdadera escena.

—Y os pedirían disculpas ¿no?

—Que va tía. Nos dijeron que nos podíamos ir y ya...

—Pero cuéntale el final —dice Clara con una risilla pícaro.

—Bueno sí... al final nos fuimos a casa de Begoña y liberamos toda la tensión que acumulamos durante la noche.

No puedo decir que me diera envidia mi amigo, porque yo esa noche lo pasé genial con Helio. Mi semblante cambia cuando Helio vuelve a mis pensamientos. Mi cara seguramente vuelve a parecerse a la de los espejos.

—¿Qué te pasa Marta? —me pregunta Clara preocupada.

—Nada, es que Helio...

—¿Te ha hecho algo ese ricachón?

—No Clara... en realidad, he sido yo la que se lo ha hecho a él.

Clara me mira sin entender.

—Me ha dicho que sentía algo especial por mí y yo voy y le digo que tengo novio. Un novio llamado Amelio.

—¿Amelio?

—Bueno... yo dije Amedio. El entendió Amelio, y yo no lo saqué del error.

Mi amiga me abraza.

—Pero Marta... qué te pasa que no te abres... el corazón me refiero, porque lo otro veo que sí.

Eso me hace reír. Mi amiga Clara siempre me hace reír cuando más falta me hace. Me quito de su abrazo y con los ojos brillosos le pregunto:

—¿Qué hago? Tengo mucho miedo.

—Tienes que ir tú por él y decirle lo que sientes —interrumpe Tomás.

—Pero Tomás, somos tan diferentes, es un amor imposible.

Clara nos mira a ambos. Entonces me agarra de los hombros pega su frente contra la mía y dice:

—No existen los amores imposibles, sólo enamorados que se rinden antes de tiempo. Tienes que luchar por lo que quieres antes de que lo pierdas, porque por lo perdido no se puede luchar. No quiero verte vagar como un Zombi chochi. Tú y Helio estáis hechos el uno para el otro. Tenéis una conexión que no sabría explicarte.

—Suscribo todas las palabras de la loca esta —dice Tomás acercándose a nosotras y abrazándonos a las dos a la vez.

Me separo de los dos. Los miro. Mis amigos tienen razón. Siento algo por Helio y si no intento averiguar qué es, puedo arrepentirme el resto de mi vida. Tengo que cambiar el chip. Estoy estancada en la letra de una canción. Una letra triste que habla de estar sola mejor que mal acompañada. De repente, me viene a la cabeza una nueva letra. Una letra que enciende en mí una cierta esperanza de que las cosas pueden ir mejor...

*«Puede ser que me haya equivocado una y otra vez,
pero esta vez es cierto que todo va a ir bien,
lo siento aquí en el pecho y en tu cara también».*

Salgo corriendo y pulso el botón del ascensor. Esta es la nueva canción de mi momento actual. Pulso el botón ocho varias veces, pero el marcador sitúa el mismo en la planta baja. Va a tardar mucho, me digo. Subo las escaleras corriendo.

*«Y debe ser que pienso igual que ayer, pero del revés,
todo se ve más claro más fácil, no sé,
las cosas se van ordenando solas sin querer».*

Llego hasta la planta 8 y paro en la mesa de Alicia.

—Alicia ¿Sigue el señor Salcedo en su despacho? —Alicia titubea— Alicia, por favor, tengo que hablar con él de algo muy importante —suplico.

—El señor Salcedo salió hace diez minutos. Me dijo que se dirigía a su hotel.

Le respondo un escueto «gracias», me doy la vuelta y pulso el botón de llamada del ascensor. El marcador sitúa el ascensor en la planta baja y no se mueve...

Multiplifico 30 escaleras por 8 plantas. 240 escaleras. Corro escaleras abajo. En mi bajada choco con algunos compañeros y le tiro un montón de documentos a una chica.

*«y dicen que si una puerta se cierra se abre otra, no sé,
más grande más bonita y más fácil que ayer... más fácil que ayer...»*

Salgo del edificio y enfilo la recta camino del hotel Granada Center. Recibo un mensaje de wasap. Lo leo.

«Hola, soy Claudio. No voy a poder quedar contigo hoy, me han trasladado».

Si al menos tuviera el teléfono de Helio...

Llego al hotel sin aire y con el corazón a mil por hora. Pregunto en la recepción:

—Por favor, ¿el señor Salcedo?

Una mujer con gafas de culo de vaso y mirada altiva me responde.

—La confidencialidad de nuestros clientes no puede ser violada. No podemos darle esa información.

En otro momento la hubiera zarandeado y obligado a que recapacitara al más puro estilo Clara, pero sabiendo que era inútil esa estrategia paso al plan b, suplicar:

—Por favor, señorita, tengo que saber dónde está el señor Helio Salcedo, tengo que decirle algo muy importante.

La tía, sin mirarme, me dice:

—Lo siento, no puede ser —y continúa tecleando en el ordenador.

La miro seria, le pongo morro de mona cabreada y le suelto:

—¡Gilipollas! —Ésta me mira y me pone cara de señorita Rottenmeier.

Me doy la vuelta y derrotada me siento en uno de los sofás del hall del hotel. Me encojo, pongo las manos en la cabeza y negando me digo: ¿qué has hecho? incluso si le digo ahora la verdad, puede que Helio no me perdone. Me va a tomar por una niña mimada que no sabe lo que quiere.

En ese momento veo entrar a Jonathan, el primo de Tomás, por la entrada del hotel. Me levanto rápidamente y me dirijo a él.

*«y esta vez, en vez de una puerta viene un ventanal,
muy sólido, muy fuerte y con vistas al mar...
con vistas al mar...»*

—Jonathan, por favor, ¿has visto a Helio?

Me mira, y ante mi voz apresurada responde:

—Helio se acaba de ir, le he metido las maletas en su coche y ya ha salido. Se iba a... Madrid.

En ese momento, el mundo se me cae encima. Noto el mármol marrón y blanco como se abre bajo mis pies. ¿Se ha ido a Madrid? Murmuro para mis adentros. Y para mis afueras, porque Jonathan asiente serio.

—Puede que no sea tan gay como pensaba —sopesa Jonathan.

Sin decirle nada salgo del hotel y ando sin destino al más puro estilo *Walking Dead*. En ese momento me llega el estribillo de la canción de Conchita:

*«Y puede ser que me equivoque otra vez,
y puede ser que vuelva a perder,
pero hoy la vida me dice
que me toca a mí eso de sentirme bien...
Y puede ser que me equivoque otra vez,
y puede ser que vuelva a perder,
pero hoy la vida me dice
que me toca a mí eso de sentirme bien...»*

Entonces levanto mis hombros, mi cabeza y con paso firme murmuro:

—Me voy a Madrid.

Capítulo 11

Intento borrar todo pensamiento de mi cabeza, pero ella a su bola, alterna a Marta y la Morena Esclava. El viaje se me hace más pesado de lo normal. Cuando llego a Madrid me obligo a olvidar la última semana en Granada. Ha sido un total fracaso, no he dilucidado el tema del envío de droga y además vengo con el corazón roto. El enamorarnos de alguien debía ser algo voluntario, algo que un buen día decimos: ¡hoy me voy a enamorar! y punto. Me gustaría borrar de mi mente esta última semana, pero una vocecilla en mi interior me dice, ¡ni de coñal!, conocer a esa chica ha hecho que algo en ti despierte. Un sentimiento contradictorio de amor, al principio y desamor, cuando Marta me rechazó, que no había sentido jamás y que hace sentirme más vivo que nunca.

Entro en el estudio y noto en él el mismo vacío que siento yo por dentro. A pesar de tener allí toda mi obra, todos los objetos que allí dejé, muchos de ellos de valor, se han llevado el único que me importa, la Morena Esclava. Desde el umbral de la puerta miro el hueco que deja el cuadro. Lo observo por mucho tiempo, no sabría calcular los minutos que llevo cuando una voz por detrás me saca del trance.

—¿El señor Helio Salcedo?

Me doy la vuelta y veo a dos hombres que me miran con curiosidad. La primera impresión es que son policías vestidos de paisano. Me apresuro a contestar:

—¿Quién pregunta?

—Yo soy el inspector Márquez y aquí mi compañero es el subinspector Ramírez.

Un primer fognazo me dice que estos policías han venido por el robo, pero una alerta en mi interior me corrige y advierte que por el robo de un cuadro no vienen a visitarte policías de paisano. ¿Se habrán enterado del envío de droga?

—Sí, soy yo, Helio Salcedo, ¿Qué desean? —digo tendiéndoles la mano.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, ¿podemos pasar?

¿Pueden pasar?, mi cabeza bulle a mil por hora. ¿Para qué puede quererme la policía? Doy un respingo y consigo balbucear no sin cierto temblor en mi voz.

—Claro, pasen.

El policía que se dirige a mí, el inspector Márquez, se dispone a sacar una serie de documentación de una carpeta, el otro, se da una vuelta por la sala, observando e inspeccionando la habitación.

—A ver... empecemos, ¿dónde estuvo usted la noche del 23 de abril, hace justo una semana?

Pienso un poco y respondo:

—Pues estuve aquí, en mi estudio trabajando y posteriormente me fui a un local con unos amigos.

—¿En qué trabaja?

—Soy pintor, pinto todo tipo de cuadros, pero estoy especializado en desnudos. Desnudos de chica —puntualizo.

—Ya veo —dice Márquez mirando todos los cuadros de la habitación.

Entonces se acerca dónde está el otro policía y dirigiéndose a mí me dice:

—Bonita chica, tiene unas tetas preciosas —me dice señalando el cuadro de Nadia.

Ese comentario lo veo fuera de lugar. ¿Ha pasado algo?, me pregunto. ¿Le habrá pasado algo a Nadia?

—Sí, Nadia, es una chica muy bella.

—Sí... desde luego que lo es... por eso es un blanco fácil para todo tipo de salidos y delincuentes sexuales...

Márquez deja la frase en el aire.

—Por favor, déjese de rodeos —digo—. ¿Le ha pasado algo a Nadia?

El policía cambia el gesto y serio me espeta:

—No sé, dígame usted...

—¿Yo? —pregunto indignado—. ¿Y yo que tengo que ver? Nadia salió de mi estudio después de la sesión y ya no la he visto más.

Noto un leve cambio en la seguridad del policía, duda, pero en su voz no existe la más mínima sombra de ésta.

—Y entonces... ¿por qué desapareció de su vivienda y ha aparecido hoy?

Con voz temblorosa respondo:

—Estuve en Granada. —Pienso una excusa rápida para no revelar el propósito real del viaje—. Granada es una fuente de inspiración increíble.

—Entiendo —Márquez hace una pausa estratégica—, y entonces, ¿por qué se dejó todos sus pinceles, pintura, paletas y demás?

No sirvo para mentir... se me nota a la legua. ¿En qué lio me puedo meter

por no revelar el tema de la droga? Entonces respondo con más convicción:

—No he dicho que fuera a pintar, he dicho que Granada es una fuente de inspiración. Me sentía un poco espeso y necesitaba despejarme y ver algo bello. Y decidí viajar a Granada.

—Ya veo —me dice sin mirarme —, ¿y es normal que deje los cuadros sin acabar y se vaya de viaje? —inquire Márquez señalando el cuadro de Nadia.

—Pues... a veces sí. ¿Usted nunca ha dejado un trabajo a medias?

—Yo no pinto cuadros —responde seco—. Y esa noche... ¿a qué hora se fue Nadia de su estudio?

Pienso un instante y respondo:

—Sobre las ocho de la noche.

—¿Y qué hizo usted después de esa hora?

—Pues estuve recogiendo todo y cené. A continuación, me llamó una amiga para que fuera a un local y salí.

Saca un bolígrafo y se dispone a apuntar:

—¿El nombre de su amiga?

—Lorena. Lorena Ruíz.

—Y el nombre del local es...

—«El fruto prohibido».

Puedo ver una ligera curvatura en la comisura de sus labios. Conoce el lugar.

—Le gusta el morbo, ¿no?

—Sí, como a todo el mundo —respondo incómodo deseando acabar con todo aquello—. ¿Le ha pasado algo a Nadia? —vuelvo a preguntar esperando que esta vez me responda.

El policía duda un poco, pero finalmente responde:

—Eso estamos tratando de averiguar. La chica ha desaparecido, justo desde esa noche. Su novio denunció la desaparición y nos dio la dirección donde esa tarde trabajaba su chica. Aquí.

—Ah... entiendo —digo. Y pensando en el beso que me dio Nadia aquel día continúo hablando—. Quizá se haya marchado por su cuenta. ¿Qué les hace pensar que le ha pasado algo?

—Nada —me informa el inspector—, pero es nuestro trabajo descartar todas las posibilidades.

—Entiendo —digo intentando acabar con aquel interrogatorio—, pues ojalá no le haya pasado nada a Nadia.

Márquez se saca una tarjeta de la americana y me la entrega.

—Si recuerda algo que le dijera la chica o descubre algo que nos ayude a encontrarla, llámeme.

Sin más, salen del estudio.

Cuando me vuelvo a quedar sólo, un temblor involuntario comienza en mis piernas, a continuación, tiemblan mis manos y finalmente todo yo tiemblo. Pensamientos de un pasado lejano entran en mi mente, fantasmas que creí olvidados, pero los fantasmas no mueren, siempre están ahí para recordarte que, no todo en tu vida es color de rosa, para recordarte que, quizás no seas el chico bueno que crees ser.

En este momento no me apetece estar sólo y salgo del estudio.

Conduzco mi coche por la M30, sin destino. No sé ni cómo, pero llego a la casa de mi padre. Tan solo estoy, que no tengo otra opción que venir a verle a él...

La casa de mi padre es una casa moderna de estilo minimalista. Demasiado cuadrada para mi gusto. Tiene a su alrededor una extensión de dos mil metros cuadrados de jardines, fuentes y dos piscinas. Una exterior, grande y otra interior, más pequeña conectada con la casa. Toco al timbre y escucho una voz ya conocida. Faustina, la asistente:

—*Mamma mia*, señorito Helio.

La puerta se abre. Entro por el camino que llega a la casa y veo a Faustina corriendo hacia mí. Cuando está a pocos metros abro mis brazos para finalmente fundirnos en un abrazo, fuerte, sincero. La separo un poco de mí y la miro. Sus ojos brillantes emocionados me sugieren un recuerdo hermoso. De otros tiempos. En Italia. Once años atrás.

—Señorito Helio ¡Ay *mio bambino!* ¡Cuánto tiempo sin verle!

Me vuelve a abrazar. Faustina es una mujer ya entrada en años, menuda, pero con una vitalidad y energía increíbles. Ha estado de asistente de mi padre un tercio de su vida.

—Estás estupenda ¡Solena!

—¡Ay Solena! Aquí nadie me llama Solena. Aquí soy Faustina o Tina señorito Helio.

—Pues yo no soy el señorito Helio, soy Helio a secas —la corrijo sonriente.

—¡Que alegría! pero ¡pase! que le dé un refresco o algo.

—¿Un refresco? Solena, yo ya tengo edad para que me pongas un ron.

Entramos al hall de la casa riendo, pero la risa se nos corta a los dos como a la leche cuando le echas limón.

—Hola Laura —saludo serio.

—¿Qué haces aquí? ¿No has hecho suficiente daño a esta familia? —me espeta Laura.

Laura es la mujer actual de mi padre. Cuando mi madre estaba en sus últimos días de vida, a mi padre no se le ocurrió otra cosa que buscarse a una chiquilla para pasar el trauma, Laura. Ella fue el motivo por lo que he estado peleado con mi padre tantos años. Bueno... uno de los motivos.

—¿Está mi padre? —pregunto.

—No está —dice severa y cortante.

—No tardará en venir —dice Faustina interviniendo.

—¡Calla Faustina! ¿Qué haces metiendo asesinos en mi casa?

—El señor Helio no es ningún ases... .

—Solena... —tranquilizo a Faustina—, no te preocupes, déjame esto a mí.

La mujer mira con desprecio a Laura y se va de la estancia.

—Parece que no cambias, eres igual de bocazas y mala persona que hace diez años —le espeto.

—¿Te atreves tú a juzgarme a mí, Asesino?

—¡¡¡ Laura !!! —grita una voz.

Me doy la vuelta y en el quicio de la puerta está mi padre.

—Hola Helio, sígueme, tengo que hablar contigo —dice mi padre dejando de lado a su actual esposa.

Sigo a mi padre, pero noto en mi espalda la mirada punzante de Laura.

Entramos en un despacho amplio, con multitud de libros por todos lados y una gran mesa de madera muy oscura. Tiene pinta de muy cara. Me invita a sentarme y él se sienta en un sillón muy lujoso enfrente mía.

—¿Y bien? ¿Cómo estás Helio?

—Regular papá... no estoy en mi mejor momento.

—Te escucho...

Cruza sus piernas, cruza sus manos, las apoya en su rodilla y me mira con atención.

—Verás papá, en cuanto a lo de Granada, no he averiguado nada, solo que tienes allí a un déspota de encargado dirigiendo la sección sur de tu compañía, que echa a personas de alta cualificación para enchufar a amigotes.

—Guillermo... sí —asiente—, no lo está haciendo muy bien, puede que lo

sustituya. En cuanto al tema de la droga, no te preocupes, ya se lo he comentado a Giorgio y se va a encargar personalmente. Eso no me gusta. Que Giorgio solviente un problema que yo no he sabido solucionar me cabrea, mi relación con mi hermano no es precisamente una perita en dulce.

—En cuanto al cuadro —pregunto—, ¿cómo supiste del robo en mi estudio?

Me mira serio un rato como calculando las palabras que me va a decir.

—El vecino del bajo, Julián, no es precisamente una persona discreta. Hace un tiempo le dejé mi tarjeta para que me llamara si sucedía algo. El jueves me llamó diciendo que la puerta de tu estudio llevaba dos días entreabierta. No fue ni forzada.

—¡Vaya mierda! —estallo— ¡La he perdido! ¡He perdido la Morena Esclava! —digo lamentándome y aprisionando el puente de mi nariz con ambas manos.

—Es solo un cuadro Helio. Hay cosas más importantes.

—No lo entiendes papá, es el único vínculo que tenía con mamá, además, es una obra maestra de incalculable valor.

—No es más que trapo y pintura junta —replica mi padre.

Me sorprende que no se sienta apenado por el robo del cuadro. El cuadro lo pintó él, era su obra más espectacular. La muerte de mi madre había matado su arte y sus ganas de volver a pintar.

—Moveré algunos hilos para ver que puede haber sucedido.

A veces mi padre me habla como si fuera un capo de la mafia y como si pudiera solucionar todos los problemas a su alrededor. Su seguridad a la hora de encarar todos los contratiempos que le surgen es uno de los aspectos que más me han impresionado siempre de mi padre.

—Hay otra cosa que me preocupa —asevero. No me dice nada, se queda esperando—. Una chica a desaparecido y la policía sospecha de mí... yo no he hecho nada, papá. Quiero decir... no recuerdo haber hecho nada...

Se queda pensando un instante. Finalmente pregunta:

—¿Lo sabes con total seguridad, Helio?

Me ofende su falta de confianza, pero después pienso... yo mismo dudo de mí.

—No lo sé papá.

—¿Tomas tu medicación?

—Sí... llevo diez años tomándola.

—Entonces no te preocupes, la chica aparecerá.

—Ojalá papá. Ojalá.

Capítulo 12

Hace ya varios años que no viajo en avión. Exactamente desde mi viaje de estudios a Italia con el instituto. Y a Madrid es la primera vez que voy. Pienso el motivo del viaje. Un viaje loco por amor. Es una locura lo que estoy haciendo. Conozco a Helio de un día y dos noches, pero aquí estoy.

En el aeropuerto de Barajas cojo un taxi y le doy al conductor la dirección de la sede central de la empresa PlusMarket. Desde el taxi observo las amplias autopistas de varios carriles, los altos edificios, las grandes avenidas y de repente me siento pequeña. La enormidad de aquella ciudad me hace pensar en lo insignificantes que somos los individuos dentro de estas grandes urbes. Lllaman al teléfono. En la pantalla se puede leer «Jorge». Después de unos instantes pensando lo que voy a hacer, pulso el botón de descolgar:

—Dime, ¿qué quieres? —contesto al teléfono, seca.

Al otro lado, Jorge atropella sus palabras, quizá no esperaba que se lo cogiera, pero tengo que cerrar esta etapa de mi vida de una vez por todas. Al final consigue arrancar.

—Hola Marta, ¿qué tal estás?

—Bien, pero no gracias a ti.

Se queda en silencio. Creo que lo he pillado con el pie cambiado.

—En cuanto a lo del otro día... verás Marta, bebí un poco y quizás me excedí.

—¿Que quizá? Pues claro que te excediste.

—Lo siento. Creo que contigo ya la he cagado demasiado Marta. No pretendo ya que vuelvas conmigo. Solo que me perdones todo el daño que te he hecho.

Estas palabras causan en mí alivio. Es como si llevara una carga de cientos de kilos y de un plumazo me deshiciera de ellos. Dejo a propósito un silencio en la línea para hacerle ver que medito lo que me está diciendo:

—Claro Jorge, te perdono. Hemos sido amigos y pareja muchos años, pero no creo que volvamos a ser pareja. Esto lo entiendes ¿no?

—Claro —responde casi de inmediato Jorge—, solo espero que algún día

volvamos a ser amigos. A tomar un cafecito y esas cosas...

Una risa floja de Jorge deja en suspenso la línea.

—Ya veremos Jorge. No te prometo nada. Ahora tengo que dejarte.

—De acuerdo. Un beso Marta.

—Adiós Jorge —respondo escueta.

Veinte minutos más tarde llego a mi destino. Me bajo, entro por la entrada principal y me dirijo a la chica que hay en el mostrador.

—Por favor, ¿Helio Salcedo?

La chica me mira como si no supiera de quien estoy hablando. Una mano en mi hombro hace que me dé la vuelta. Y allí está... Helio. Me quedo muda.

—¿Querías algo?

—Yo... yo... —No arranco, parezco el viejo coche de mi padre en invierno. Al final lo digo todo seguido y muy rápido—, quiero que sepas que lo siento. Que no tengo novio. Que me gustaría conocerte más. Que lo pasé genial en Granada contigo. Que... Pone la mano en mi boca para detener mi parloteo, se acerca a mí y me da un beso dulce. Me pongo colorada. Todos en la entrada principal del edificio nos miran. Me coge de la mano y me saca de allí.

—Ven, ¿qué te parece si tomamos algo en el mesón que hay aquí enfrente? —Asiento sin decir nada.

Entramos en el mesón. Es un lugar muy lujoso. Tiene pinta de caro.

—Un sitio íntimo, por favor, Javier —dice Helio al metre, que viene a recibirnos solícito.

—Claro señor, síganme por favor.

Nos lleva a un lugar algo apartado separado por una cortina del resto del salón principal. La decoración es rústica, pero moderna a la vez. Sentada frente a él, escruto su rostro, sus gestos. En ellos no veo ningún enfado hacia mí.

—Por favor, Javier.

—¿Señor?

—Tráenos un Chateau Petrus de 2005 y un surtido de ibéricos.

—Por supuesto señor Salcedo —dice el Metre.

Nos quedamos en silencio. Mirándonos.

—¿Y bien...? —inquire Helio.

—Pues... —vacilo qué decir —, Helio, lo siento. No quería mentirte. Tienes razón en todo lo que me dijiste en tu despacho. Me fui del hotel porque leí ese mensaje y yo no tengo derecho a juzgarte sin preguntarte a ti antes las cosas.

Helio asiente sin decir nada.

—No te preocupes, eso ya es agua pasada. Lo importante es el aquí y el ahora.

—No, Helio, tengo que contarte por qué soy tan esquivia.

El metre nos trae una botella de vino y una tabla con jamón, salchichón y chorizo. Todo ibérico. Tiene una pinta deliciosa y mi estómago protesta. Como un poco de jamón mientras Helio me sirve una copa de vino.

—Chateau Petrus de 2005, este vino está exquisito. La botella cuesta unos 2800 euros.

—¿2800 euros? ¡Cielo santo! ¡Eso es lo que cobro yo en dos meses!

—Prueba. —Sonríe al mismo tiempo que me tiende la copa de vino.

No le digo nada, pero la actitud de Helio me está resultando extraña cuanto menos. Está siendo muy comprensivo. Demasiado comprensivo diría yo. ¿Me la estará guardando para hacerme más daño cuando más confiada esté? Estudio sus facciones. Advierto una sonrisa socarrona que no había visto antes en él. Entonces doy un respingo. Entre mis muslos noto un cálido... ¿pie? Parece que se ha quitado el zapato y juega entre mis piernas. Fuerzo una sonrisa. De repente, quita su pie de entre mis piernas y su expresión chulesca cambia. Palidece con algo que ha visto tras de mí. Por mi izquierda pasa un hombre muy deprisa y le estampa un puñetazo en la cara a Helio. Helio y silla caen hacia atrás haciendo un ruido tremebundo. Miro al atacante y grito:

—¿Helio?!

Él no me mira. Mira al otro Helio que está tirado en el suelo y grita:

—¡Giorgio! Eres un grandísimo hijo de puta. ¡No quiero volver a ver tu cara en mi vida!

El tal Giorgio se limpia un hilo de sangre con el pulgar y riéndose de forma burlona le espeta a Helio:

—Eso no va a poder ser hermanito. Mi cara la verás cada vez que mires un espejo.

Estoy atónita con la escena que estoy presenciando. Entonces lo entiendo todo. El que yo pensaba que era Helio, parece que es su... ¿hermano gemelo? Ahora lo veo más claro... sus gestos socarrones no tenían nada que ver con la mirada limpia de Helio. Me viene a la mente el beso que me dio hace unos minutos y su pie... su pie... Entonces cojo la botella de vino y se la derramo en la cabeza... hasta la última gota. Helio me coge de la mano y salimos precipitadamente de aquel sitio. Desde la lejanía logro escuchar los gritos de Giorgio:

—¡Cuñada!, mi hermanito gemelo es una persona peligrosa. Cuídate de él que no es el niño bueno que tú piensas que es.

Me subo en el coche de Helio, el cual estaba aparcado de cualquier manera encima de la acera y sale de allí derrapando. Miro su cara. Está muy enfadado. Le pega cuatro golpes fuertes al volante, con agresividad. No me atrevo a decir nada. Conduce sin hablar durante quince minutos y entra en el parking de un edificio. Aparca en una plaza y para el motor. Mira al frente sin decir nada. Por favor... ¡que diga algo! Después de un buen rato en silencio gira la cabeza mirándome con aquellos ojos azules, su expresión es de piedra.

—¿Por qué has venido?!

No me gusta su tono. ¿Está enfadado conmigo? Yo no he hecho nada, en todo caso soy una víctima de lo que acaba de suceder. Sin embargo, quiero bajar la tensión y le digo:

—Quería hablar contigo Helio. Sobre lo ocurrido entre tú y yo en Granada.

Se ríe de forma sarcástica. No me gusta esa sonrisa. Puede que haya sido un error venir aquí.

—¿Y dónde has dejado a tu novio? ¿Amelio se llamaba?

—No tengo novio Helio.

Silencio. Después de un buen rato no aguanto más.

—Lo siento Helio. Todo esto es un error.

Abro la puerta y me dirijo a... no sé dónde me dirijo. Al cabo de unos segundos oigo que se abre la puerta del coche y alguien corre hacia mí.

—¡Espera! —grita Helio.

Me doy la vuelta, lo miro y espero lo que me tenga que decir. Él me mira y veo cómo cambia su rostro poco a poco. Se va suavizando hasta que al final abre los brazos y me abraza muy fuerte. Yo también le abrazo. Ha sido un encuentro muy extraño para los dos. Le beso la cara y está húmeda. Helio está llorando. Lo abrazo con más fuerza y noto unas lágrimas por mis mejillas, pero éstas... son las mías.

Capítulo 13

Valle de Chianti. La Toscana. Italia. 1999

El timbre del colegio no había sonado aún, pero Helio y Giorgio Salcedo volvían a su casa una hora antes. Con ellos iba Vincenzo, un compañero de su clase, más amigo de Giorgio que de Helio. Vincenzo reía a carcajadas de algo que les era ajeno a los gemelos. Giorgio curioso, preguntó:

—¿Qué te pasa Scolano? ¿Te han sentado mal las empanadas de tu madre?

Si esta frase se la hubiera hecho cualquier otra persona, Vincenzo se habría tirado a la yugular. Casi literalmente. Pero a Giorgio le permitía unas licencias que a otros no permitía. Giorgio le caía bien:

—No te pases Giorgi, las empanadas de mi madre son las mejores de todo el valle. Me río porque gracias a mí habéis salido una hora antes.

—¿Cómo? ¿Qué le has hecho a la señorita Fiona? —preguntó Giorgio impresionado.

—Laxante para caballos... —respondió Vincenzo y siguió riendo a carcajadas. Helio y Giorgio lo miraron estupefactos sin saber qué decir.

—¿Cómo se lo has colado? —preguntó Giorgio.

—En su botella de agua. Tan fácil como eso.

A Helio todo aquello no le estaba gustando. Ese chico no era una buena influencia para su hermano. El padre de Vincenzo pertenecía a la familia de los Scolano. En esos momentos había una batalla entre las familias más poderosas de Nápoles para hacerse con el control de los negocios de la Camorra napolitana. Los Sicalieri eran los que habían ostentado el poder en los últimos años y la familia de Vincenzo, los Scolano, estaban muy vinculados a esta familia. Pero las cosas estaban cambiando y el poder mudaba hacia otras manos, más concretamente, a la familia Bianchini. Franco Bianchini y sus cuatro hijos estaban poniendo patas arriba los más altos escalafones de los turbios negocios de la “mafia” napolitana, la Camorra.

El padre de Helio y Giorgio les tenía dicho a sus hijos que evitaran a la familia Scolano, pero Giorgio y Vincenzo cada vez estaban más unidos.

—Giorgio, hoy mi madre hace ravioli a la parmesana, ¿te quedas a comer en mi casa? Después podemos ir a romper unas botellas en la explanada. Mi padre me ha comprado una escopeta nueva y voy a ir a probarla.

A Giorgio le pareció una idea genial. Lo pasaba realmente bien al lado de su amigo Vince. Miró a Helio por el rabillo del ojo. Sabía que desaprobaba que se marchara con él

—No sé Vince. Mis padres últimamente me controlan todo.

—Pues que Helio les diga que mi madre quería que te quedaras a almorzar. No creo que te digan nada.

Helio le advirtió a Giorgio con la mirada, pero éste hizo caso omiso:

—De acuerdo Vince. Helio, dile a mamá que no tardaré.

Helio llegó a la entrada de la hacienda de sus padres. Tenían una hacienda gigantesca. Si se levantaba la vista sobre los extensos viñedos no se podía atisbar el final de estos. Todo el patrimonio de los Belotti había desembocado, como hija única, en Mónica Belotti, la madre de Helio. Ello había sido posible por el desgraciado accidente de tráfico que años atrás habían tenido los abuelos de Helio. La casa era una casa antigua, como todo en aquella zona, pero rehabilitada y con todo tipo de comodidades. Pasó por el borde de la piscina a toda velocidad y entró en la casa.

—¿Mama? —gritó Helio.

—¿Ya habéis llegado? —dijo la sirvienta Faustina saliendo de la cocina.

—¡Hola Solena! Sí, hemos salido una hora antes del colegio. ¿Está mamá?

—Pues... si ha salido, no me he dado cuenta.

—¿Y mi padre?

—Tu padre estará en la terraza, pintando seguro.

Helio subió las escaleras muy rápido. A su padre le gustaba pintar desde la terraza, porque desde ella se podía ver todo el valle de Chianti, que era una fuente de inspiración inagotable para cualquier artista. Helio abrió la puerta de la terraza a la vez que gritaba:

—¿Papá?

Helio no estaba preparado para la estampa que se encontró al abrir. Lo primero que vio es a su madre desnuda apoyada a duras penas en una butaca de mimbre, estaba únicamente vestida con un lazo de color celeste que pasaba por sus pechos, cruzaba su vientre y acababa en sus muslos. El lazo no tapaba nada. Sobre su cabeza descansaba una corona de espinas. La imagen de su madre

desnuda, con esos ojos verdes que hacían juego con los campos de viñedos detrás de ella, le pareció a Helio una de esas imágenes que sabes que van a perpetuar toda tu vida en tu mente. Su padre, trataba de plasmar en el lienzo aquella imagen mágica. Los dos se quedaron un momento parados, pero al final reaccionaron. Su madre tapó su desnudez con una manta verde que tenía a pocos metros y su padre balbuceó:

—¿Qué haces aquí ya, Giorgio?

—No es Giorgio —replicó su madre. Sólo dos personas eran capaces de diferenciarlos. Una era su madre y la otra era Solena. Su padre siempre probaba con un nombre y, a veces, acertaba. Exactamente el cincuenta por ciento de las veces.

—¡Ah! entonces... ¿eres mi pintor novato?

—Sí papá, Hemos salido una hora antes. La señorita Fiona está indispuesta.

A Helio le encantó que su padre se hubiera dirigido a él como «su pintor novato». Llevaba unos meses aprendiendo a pintar. Era un nuevo mundo que se había abierto ante él. Helio se acercó al lienzo y se quedó embelesado viendo el trabajo de su padre.

—Papa... es... hermoso.

Helio, a su corta edad de catorce años, supo que, aquel cuadro que tenía ante sus ojos era el primer amor de su vida.

Capítulo 14

Cuando llegamos a mi estudio, mis constantes vitales aún no se han normalizado. La llamada de la amiga de Marta, mi rally por la M-30, la amenaza que le hago a la recepcionista para que me dijera dónde estaba Giorgio, el restaurante, y por supuesto, el cabrón de mi hermano. No me puedo creer lo que me ha hecho mi hermano. Esta vez ha cruzado la línea. Creía que las cosas estaban cambiando, pero sigue siendo el maldito mafioso que siempre fue. Entramos en el estudio y me disculpo con Marta. Voy al baño. Cojo el pastillero y tomo una cápsula de color rojo. Ahora necesito estar lo más normal posible. No quiero asustar a Marta. Entro en el salón y la veo observando los cuadros. Cuando nota mi presencia me mira y exclama:

—¡Guauuuu, un *loft*!

—Sí, al más puro estilo de las comedias americanas que te gustan.

Marta me mira extrañada y me pregunta:

—¿Y tú cómo sabes eso?

Ups... ¡madre mía! eso lo sé por Claudio. Intento reaccionar:

—Porque se nota que eres una romántica sin solución. —Ella sonrío, pero me sigue mirando recelosa— Has venido a Madrid por mí. Si eso no es romántico que baje Dios y lo vea.

Marta se da un paseo por el amplio salón mirando todos mis cuadros. No sé si le va a gustar ver a tanta chica desnuda en mi estudio.

—¿Y todos estos cuadros?

—Son míos Marta. Soy pintor.

Si le hubiese dicho que mi madre era una mona y mi padre un elefante no se habría sorprendido más.

—¿No trabajas en la empresa de tu padre?

—No. Lo de Granada fue solo una excepción, este es mi oficio. Pinto cuadros de chicas desnudas. También hago algunos cuadros de paisajes, sobre todo de naturaleza muerta.

—Estos cuadros son bellísimos Helio. ¿Eres un pintor famoso?

—No. Todavía no —me carcajeo—, cuando me muera lo seré —me carcajeo

más aún.

Ella sonríe, pero con la mirada un poco perdida.

—¿Qué piensas? —pregunto.

—Helio... pienso que no te conozco de nada y sin embargo aquí estoy. Intentando averiguar qué es esa fuerza mágica que hace que tú y yo estemos hoy aquí.

La miro. Me mira. La beso. me acepta el beso.

—¿Como me has encontrado? —pregunta Marta.

—Tu amiga me llamó. Como se llamaba...

—Clara —apunta Marta.

—Pues Clara me llamó... y me avisó —pongo voz de pito—, «oye, ricachón, que mi amiga va para allá, como se te ocurra hacerle daño te voy a meter una “jartá” de ostias que no te va a conocer ni tu padre».

—Jajaja. ¡Qué tía! Cuánto la quiero.

—Sí... parece que te cuida bien...

—¿Harías un cuadro de mí? —pregunta Marta, sin anestesia.

—¿De ti?... si quieres... pero tengo que decirte una cosa. No me acuesto con mis modelos. Si te hago un cuadro no me puedo acostar contigo.

Ella se queda sorprendida y con la mirada pensativa unos instantes. Pero enseguida recupera su sonrisa pícaro. Se acerca a mí y me empieza a desabrochar los botones superiores de la camisa. Prosigue con los de abajo agachándose y poniéndose de rodillas. Me mira con cara de gatita traviesa y me susurra:

—¿Conmigo no harías una excepción?

Estoy tentado de decir no, pero esta chica rompe todas mis defensas. Ha venido de Granada por mí. Yo no me quería ir de Granada por ella. Pues claro que voy a hacerle el cuadro y me voy a acostar con ella, faltaría más...

—De acuerdo, contigo haré una excepción, pero con una condición.

Marta me mira desde abajo y levanta una ceja de manera sensual. Que sexi es, esto me va a costar más a mí que a ella.

—Pues... —empiezo a decir—, no me ha gustado que no me conocieras hoy y me confundieras con mi hermano. No tendrás sexo hasta que yo lo decida.

Se pone seria y al momento le aclaro:

—No te equivoques, Marta, sé que no ha sido culpa tuya, es todo culpa de él. Esto que te propongo es sólo un pequeño desafío. Un juego.

Se cruza de brazos aprisionando sus pechos y realzándolos. Mi visión desde arriba me sofoca. Mi pene, que va a su bola, se pone duro. Marta acaba de

desabrocharme todos los botones y empieza a quitarme los pantalones.

—Oye... se supone que es la modelo la que se tiene que desnudar.

Sonríe. Se incorpora, se da la vuelta y empieza a hacer un bailecito muy sensual. A continuación, comienza a quitarse la ropa. Se quita la blusa y me la tira. Se da la vuelta y comienza a quitarse la falda al tiempo que se agacha y me enseña su trasero en su máximo esplendor. Se queda en braguitas y sujetador. Está bellísima. Me mira con cara de viciosa y se quita lentamente el sujetador. Sus pechos son hermosos, con las aureolas levemente rosadas. Sus pezones duros y erectos. Está excitada. Finalmente, se baja un poco las bragas y con movimientos circulares de cadera las continúa bajando poco a poco hasta los tobillos. Se las pone ágilmente en un pie y me las lanza golpeando mi cara. El olor de su sexo me embriaga. ¿Cómo diablos piensa que voy a pintar así? Me está provocando y lo está consiguiendo. Necesito evadir mi mente porque si no voy a tener que hacerle el amor antes de ya. Entonces se me ocurre algo:

—¿Cuánto de morbosa eres, Marta?

—Muy morbosa —responde Marta mirándome con cara de ser una maestra comedora de helado. Yo soy el helado.

—¿Tan morbosa como Alicia? —pregunto.

Ella cambia el gesto...

—No tanto...

—Quédate ahí. Ahora vuelvo —indico.

Me dirijo al pequeño cuartito donde guardo todos los utensilios para pintar y saco de él unos botes de pintura. Le ofrezco un tanga minúsculo a Marta para que se lo ponga y en los pezones le pego unas pegatinas circulares. Abro los botes de pintura y con las manos empiezo a pintar su cuerpo. Ella me mira entre expectante, extrañada y excitada. Mis manos con pintura resbalando por sus pechos hacen que sus pezones aumenten aún más su tamaño. Sus pechos suben y bajan rápido. Está hiperventilando. Realizo mezclas, pinto brazos, torso, piernas, nalgas y también su sexo. La escena es erótica y excitante. Dos horas más tarde le pongo delante un espejo de cuerpo entero. Marta está flipada. Le he pintado un pantalón largo muy sexi y elegante de color negro. Tiene una cremallera en el lado. Se toca la cremallera. No puede creer que aquello esté pintado. También lleva una blusa escotada de color negro con acabados en blanco. Está increíble. Y desnuda. Las texturas pintadas sugieren a un tercer observador que va vestida de forma elegante y sexi. Solo alguien que se fije muy bien o toque su cuerpo se dará cuenta del engaño.

—Helio... esto es increíble. Eres todo un artista.

—Gracias Marta. Ahora coge tu bolso, que nos vamos a cenar.

La cara de Marta se pone blanca. Y la cara... no se la he pintado.

—No lo dices en serio ¿verdad?

—Vaya... creía que me habías dicho que eras morbosa. Pero no te preocupes, si no te atreves, tengo pizza en el congelador. Nos hacemos unas pizzas y cenamos aquí.

Por un momento la veo tentada a aceptar esta última proposición, pero al final, en un arranque de valor y desafío, me responde:

—No. Llévame a cenar.

Cuando entramos en el restaurante de lujo Marta va más segura con su “ropa”. Para ello, ha tenido que cruzarse con las vecinas cotillas del quinto en el ascensor, que la han mirado con desdén, pero no se han dado cuenta de que iba desnuda. Ellas miran con desprecio a todo el mundo que no sean ellas mismas. Después ha tenido que lidiar con la mirada lasciva del taxista que, seguramente se preguntaba qué había bajo aquella blusa tan sugerente y bajo aquel pantalón tan morboso, sin saber que, ambos no existían. También ha tenido que pugnar con el examen minucioso del metre que, nos ha llevado a una mesa no muy discreta, por cierto. Allí sentada, me mira desafiante. Yo pongo mi sonrisa más seductora. Me está provocando, pero quiero aguantar esta excitación todo lo que pueda. Soy un masoca. Entonces, a mi espalda escucho una voz.

—¡Mamma mía! ¡Helio! Ragazzo ¡Qué bien te veo! —conocería esa voz hasta en una jaula de grillos en celo.

—¡Diego! —grito al tiempo que me levanto y lo abrazo.

Me separo de él y lo miro. Tiene unos sesenta años, pero parece que por él no pasan. Es canoso, pero ya era canoso con treinta años. Quitando eso, no tiene muchas arrugas y parece un actor galán de los años setenta. Va acompañado con una muchacha rubia muy guapa, y muy joven también. Por un momento se me pasa contarle todo lo que me ha sucedido los últimos días. Lo de Granada, el robo del cuadro, la chica desaparecida y mis más profundos temores..., pero no es el lugar ni el momento oportuno.

—Diego, ella es Marta. Marta, él es mi maestro pintor, Diego del Pietro.

Marta se levanta y Diego besa su mano de manera caballeresca. Tengo la certeza que Diego sí que se va a dar cuenta del bello cuadro que tiene delante. Nunca mejor dicho.

—Encantado de conocerte bella Marta. —Diego me mira y sé lo que me está

diciendo con la mirada, «*Ragaꝝo, Ragaꝝo*, menudo granuja estás hecho»— Mi acompañante es Shasa, es rusa y no habla muy bien el español.

Shasa inclina la cabeza a modo de saludo. Marta y yo respondemos de la misma manera escueta. El silencio creado lo rompe Diego:

—Os dejamos muchachos, tenemos mesa en el salón de arriba.

—Por supuesto Diego. Me pasaré a verte uno de estos días. Tengo que hablar contigo de algo.

—Claro *mio bambino*. Cuando gustes. —Me guiña un ojo y se alejan.

Marta y yo miramos a la extraña pareja. Nos miramos. Marta me pregunta:

—¿Crees que se han dado cuenta que voy desnuda?

—Él sí —respondo de manera rotunda.

Una mirada traviesa me indica que aquello le está gustando. A Marta le gusta este juego. A mí también. Me siento muy bien con ella, me siento casi feliz. Me cuesta recordar un momento en que me encontrara así. Hace muchos años atrás quizá lo fui y por eso estoy ojo avizor. Porque yo más que nadie sé, que la felicidad es efímera y cambiante.

Capítulo 15

Valle de Chianti. La Toscana. Italia. 2002

La pizzería “Casa di Luigi” albergaba todas las tardes de los viernes a todos los jovencitos que quedaban con amigos o directamente iban para ligar. Llegaba el fin de semana y en el pueblo tampoco había muchas cosas que hacer. Las hormonas pululaban a sus anchas en aquel local. Helio y Giorgio, a sus diecisiete años, se hallaban en él con sus compañeros de la pandilla, Helio solía llevar una «h» en alguna de sus prendas y Giorgio una «g». De otro modo era imposible que sus compañeros y amigos los identificaran:

—Oye Giorgi, parece que tu hermano ha vuelto con Alejandra —dijo Vincenzo al tiempo que señalaba a una pareja que se morreaba en una esquina del local. Vincenzo iba acompañado de su novia, Margareta.

—Sí. Mi hermano no aprende —añadió Giorgio.

El teléfono de Vincenzo sonó.

—¿Sí, diga...? ¿Cómo? ¿Y no puede ir Ricardo?... De acuerdo. Ahora voy — resolvió finalmente Vincenzo.

—Giorgi, te dejo al cuidado a mi chica. Cuídame.

Giorgio le levantó el dedo pulgar.

—Claro. No te preocupes.

En cuanto se marchó Vincenzo, Margareta se dirigió a Giorgio:

—Entonces ¿me vas a cuidar? ¿Helio?

—Mi hermano es aquel que está explorando la lengua de aquella chica.

—Sí claro... a mí no me la pegáis. Ese es Giorgio y tú eres Helio. Engañaréis a los demás, pero a mí, no me la pegáis.

Helio palideció. En su fuero interno sabía que ese engaño les iba a salir mal. Lo habían hecho en multitud de ocasiones desde que eran muy pequeños, pero en los últimos años estaban más distanciados y ya no jugaban a “cambiar sus identidades”, que era como ellos llamaban a ese juego. Esa noche, era una excepción. Habían planeado aquel engaño porque Giorgio quería tener un lío con la ex de su hermano y Helio quería estar con la chica de la que estaba enamorado y que no podía tener a su alcance... Margareta.

—No se lo digas a Vince... puede que no le guste que le hayamos engañado.

—¿Por qué haces esto Helio? Creía que eras diferente a tu hermano.

Helio se quedó mirando a Margaretta. ¡Qué guapa era! Tenía el cabello castaño con algunos mechones rubios. Sus ojos eran verdes. Los perfilaba con un negro que los resaltaba aún más. Su cuerpo era pecado y sus labios... sus labios eran la manzana de Eva.

—Quizá una vez fui diferente a mi hermano, Margaretta, pero en este pueblo, o eliges un bando o estás sólo. Además, tú no eres la más indicada para juzgarme a mí. ¿Por qué estás con Vincenzo? Creía que tú y yo habíamos conectado y de repente, de la noche a la mañana, te veo saliendo con él.

—Verás... con Vince... me siento segura...

—¿Segura de qué? ¿De quién?

—Es igual Helio, estoy con él y punto.

—De acuerdo —dijo Helio derrotado—, espero que seas feliz con él.

Helio se dio la vuelta y se dispuso a irse del lugar. Una mano en su brazo lo detuvo. Margaretta le dio la vuelta y le besó en la boca. En ese momento entró Vincenzo.

—¿Qué diablos pasa aquí? ¡maldito Giorgio, traidor! —bramó Vincenzo.

Embistió a Helio, lo tiró al suelo y empezó a pegarle puñetazos. En ese momento vino el verdadero Giorgio y le quitó de encima al matón.

—¡¡¡Vince!!! —gritó una voz en la puerta del local—, A tu padre... ¡Le han disparado! ¡Está en la plaza de la fuente! ¡Corre!

Vince miró horrorizado a la persona que gritaba en la puerta. A continuación, miró sus nudillos, los tenía ensangrentados. Se incorporó lo más aprisa que pudo y salió corriendo fuera del local. Giorgio salió tras él para ver qué había ocurrido. Helio y Margaretta les siguieron a la zaga.

Helio utilizó un atajo. Mientras llegaba al lugar pensó en las posibles consecuencias si al patriarca de los Scolano le sucedía algo. Los Sicarieli iban a pasarlo mal en Nápoles para mantener el poder. Franco Bianchini se convertiría en el capo supremo de la Camorra napolitana, la cual tenía fuertes ramajes en el Valle de Chianti, y en general, en toda la región de La Toscana.

Helio llegó a la plaza unos segundos antes que Giorgio. La escena le transcurrió a Helio como a cámara lenta. Primero vio a Vince forcejeando con un hombre por la tenencia de una pistola. La pistola salió volando y cayó en los pies de Helio. Giorgio lo miró desde el otro lado de la plaza. Helio no escuchaba, pero pudo leer los labios a cámara lenta de su hermano.

—¡Dis-pa-ra He-lió! ¡A-yu-da a Vin-ce!

Helio cogió la pistola al tiempo que miraba a los dos contendientes. El hombre sacó de su bota una navaja y se la puso a Vince en el cuello. Helio siguió sin reaccionar y vio como el hombre rajaba, despacio, el cuello de Vince. A continuación, tiró el cuerpo de Vince a la fuente junto con otro cuerpo que flotaba inerte. El hombre limpió su navaja tranquilamente con su camisa y se acercó lentamente a Helio. Cogió la pistola de las manos de Helio, el cual, bloqueado, no impuso ninguna resistencia. Finalmente se fue de la plaza ante la mirada atónita de Giorgio. La mirada de desprecio de Giorgio hacia su hermano no la olvidaría jamás Helio. Su hermano se acercó con la tez desencajada. Se puso a unos pocos centímetros de su cara y le susurró:

—Nunca tendrás a Margareta.

Helio, inmóvil, miró a su hermano como si no lo conociera. Había intentado disparar, pero no había podido. Miró después la fuente. El color rojo del agua contrastaba con el blanco de la cara de Margareta. No reaccionaba. Giorgio se acercó a la fuente y comenzó a llorar a lágrima viva la muerte de su amigo. Sus lágrimas se mezclaban con la sangre que teñía de rojo aquella fuente que, para los habitantes del pueblo, nunca más sería la misma fuente.

Capítulo 16

Cuando despertamos de un sueño existen unos pocos segundos en los que tardamos en procesar, dónde estamos, qué hora es, qué hice ayer, tengo que trabajar. Despierto, pero hoy no hay procesamiento, sé exactamente dónde estoy. En el pecho de Helio, con mi mano en su tableta de chocolate. Abro los ojos y me está mirando fijamente. No dice nada:

—Hola —digo.

—Hola —responde.

—Creo que tengo agujetas en sitios donde pensaba que no había músculos —le digo pícara.

—Yo también... menudo maratón de sexo el de ayer...

—¿Me he ganado un Cola Cao?

—Hasta dos si quieres... —dice Helio sonriendo.

Helio se levanta de la cama y se empieza a vestir. Yo disfruto de las vistas. Mirando su cuerpo recuerdo todo lo que pasó ayer. La salida con el traje de pintura, el sexo en los baños de aquel local pijo, en la bañera del estudio quitándome la pintura, luego en la cama y luego otra vez en la cama. Un mensaje en el móvil me saca de mi ensoñación. Es un mensaje de wasap del grupo «los tres masqueperros».

10:02 **Clara:** ¡Oye chochi! que no das señales de vida. ¿Te está tratando bien el ricachón?

10:02 **Clara:** Me debes una... no me hace ninguna gracia tener que llevar de comer a tu gatito negro gafe.

Tecleo una contestación para Clara:

10:24 **Marta:** No te preocupes, me lo tienes acojonadito... se está portando muy bien gracias a ti (Emoticono de sonrisa).

10:25 **Marta:** En cuanto al gato... te debo una. (Emoticono de beso).

Tengo el móvil en la mano y decido llamar a mi madre, es raro que no me haya llamado ella. Después de unos cuantos tonos la voz de mi madre invade la línea:

—¡Marta!, ¿qué te pasa cariño? ¿has hecho algo?

—¿Por qué me va a pasar nada mama?

—Porque nunca me llamas, y cuando me llamas es porque te pasa algo o has hecho algo malo.

Madre mía, me conoce mejor que si me hubiera parido. ¡Coño! Si es que es la que me ha parido.

—No pasa nada mamá. Te llamo desde Madrid, he venido con una amiga para un curso de esos que hacemos. —No quiero contarle nada de Helio, no quiero ilusionarla... ni ilusionarme yo.

—¡Anda! ¡Qué bonita Madrid! —exclama mi madre—, no se te ocurra irte sin visitar El Parque del Retiro. Es una auténtica maravilla.

—Lo intentaré mamá, aunque estoy algo... liada... y, cambiando de tema, ¿cómo está papá?

—Tu padre... ese gringo gañán... pues ¿no que se ha ido a pescar al peñón? Con la pata liada y todo... Ha venido Paul y lo ha convencido para que le ayudara a ir a pescar. No tiene remedio. Un día de estos lo cambio por otro.

—Jajaja. Anda mamá, y, ¿dónde vas a encontrar otro que te quiera y te mime como papá? —. Porque ya la conozco y sé que sin mi padre no podría estar, sino me preocuparía.

—Pues es la moda ahora hija mía. La Lourdes, la de la familia de los Bolardos, ha dejado a su Alberto y se ha ido con un brasileño con un cuerpazo que quita el hipo. —Ahora sí que estoy preocupada.

—¡Anda mamá! Lo que tenéis que hacer es quereros como lo habéis hecho hasta ahora. Sois el único reducto que conozco que me hace pensar que el amor verdadero es posible.

—Claro mi niña. Si ya me conoces, hablo por hablar. No sé qué haría sin mi americanito.

En ese momento Helio entra en la habitación con un Cola Cao en una taza y completamente desnudo. Me sonrío. Yo le indico que estoy hablando con mi madre con mímica. Él empieza a moverse de forma sexi. Yo me río.

—¿Marta de que te ríes? —pregunta mi madre.

—Nada mamá. De una cosa que están echando en la tele... —Helio me susurra al oído:

—Aquí tienes tu cola cao, y te he traído un churro.

—¿Marta? ¿Estás ahí? ¿me has escuchado? —No he escuchado a mi madre.

—Ehhh... uhmm... no mamá, aquí no hay mucha cobertura y se ha entrecortado, no te he escuchado.

—Que acaban de llegar papá, Paul y Sheila, ¿quieres hablar con ellos?

—No mamá, llamo más tarde, tengo que salir ya —me despido de mi madre y cuelgo. Entonces cojo a Helio del pene y se lo aprieto.

—Eres malo... yo puedo ser más mala aún... ya verás lo que voy a hacer con el churro...

Aquello le ha pillado de sorpresa, pero al muy capullo le gusta.

—Seamos malos —propone Helio.

Después de tomarnos el desayuno frío, nos disponemos a dar una vuelta. Helio quiere enseñarme la ciudad. Quiere ser mi guía de igual manera que yo fui su guía en Granada. Me pongo un vestido que me llega a las rodillas. Su tela es muy suave, es blanco y tiene bordadas flores de color rojo. Doy un giro rápido como si fuera una bailarina de ballet y le enseño el tanguita que llevo puesto. Es negro y con encajes. Me queda de muerte. Helio me mira nuevamente con deseo:

—Salgamos de aquí o no respondo...

—Pues no respondas —le digo pícara.

Lo primero que hace es llevarme al Museo del Prado. Ver ese museo sin pajolera idea de pintura es ya un placer, pero hacerlo con un maestro pintor como Helio es una de las maravillas del mundo, con permiso de La Alhambra.

—La mayoría de los cuadros de este museo tienen un carácter moralista-religioso muy marcado —explica Helio—, Rafael, El Greco, Goya... mira por ejemplo este de El Bosco.

Me enseña un cuadro que es como una ruleta en la que hay siete escenas diferentes.

—Este representa los siete pecados capitales, cada escena representa un pecado.

—¿Y ese? —le señalo un cuadro que consta de tres piezas y sale gente desnuda.

—¿Qué te sugiere a ti? —pregunta Helio.

—No sé... ¿Gente pecadora? —le digo con cara de viciosa.

—Exacto. Es «El Jardín de las Delicias», también de El Bosco. Es un tríptico que consta de tres tablas. Una central grande y dos laterales más pequeñas. En el de la izquierda se puede ver a...

—Adán y Eva —me adelanto.

—Exacto. Son Adán y Eva antes del pecado original. En el central se pueden ver personas desnudas y lujuriosas pecando de todas las maneras posibles y la tabla de la derecha representa el castigo que reciben esas personas por sus

pecados.

Miro la tercera tabla y veo una especie de monstruo que se come y castiga a personas que se encuentran desnudas.

—No todas las obras son religiosas, hay muchos retratos de duques, reyes y personalidades de distintas épocas. También existen cuadros que representan mitologías como la griega o la romana.

Miro a Helio mientras me explica todas aquellas cosas. Me encanta escuchar su voz explicándome aquello como si de una alumna se tratara. Con esos ojos tan bonitos, sus gruesos labios, sus gestos... ¿Me estaré enamorando?

—¿Marta? ¿Me has escuchado?

—Uhhh... lo último no. Estaba pensando en el monstruo malvado que se comía a los pecadores —digo turbada.

Me sonrío... y me alimenta. Sí que me estoy enamorando.

Por la tarde comemos en un *burger* y me lleva a un parque. Miro a mi alrededor. Aquello está rodeado de árboles, setos y fuentes por todos lados.

—¿Este es el Parque del Retiro? —pregunto.

—No. Este es uno de los lugares más bellos y desconocidos de Madrid. Es El Parque del Capricho. Antes conocido como el Parque de los Enamorados. Fue creado en 1784 por los Duques de Osuna. Se dice que el Duque de Osuna encargó que construyeran este hermoso espacio natural para la duquesa, doña María Josefa de la Soledad Alonso Pimentel. Este parque es un auténtico paraíso natural que frecuentaron las personalidades más ilustres de la época.

—Es una maravilla Helio —digo sincera.

—Sí. El parque tiene además multitud de rincones ocultos donde se decía que iban los ilustres invitados de la duquesa en fiestas privadas que ésta celebraba. Dicen las malas lenguas que el morbo y el sexo predominaba en aquellas fiestas.

—¡Vaya, vaya! Esto me recuerda al jardín de las delicias ¿Dónde está el monstruo?

—Jajaja aquí no hay monstruos, sólo gente con las hormonas revueltas —bromea Helio. A continuación, me sigue explicando—. En 1937, el bando republicano construyó un bunker en este parque. Luego estuvo muchas décadas abandonado hasta que en 1974 lo compró el ayuntamiento de Madrid y empezó a rehabilitarlo, respetando los planos del parque originales.

Pasear por aquel bello parque de la mano de Helio es un auténtico placer. Una sensación de plenitud me invade. En silencio, escuchamos el trinar de los pájaros,

al arrullo de las fuentes y cascadas al caer en los estanques, el zumbido de las abejas ¡El zumbido de las abejas! Salgo corriendo atemorizada. Helio sale corriendo tras de mí:

—¡Marta! Que no hacen nada, tranquila —me grita.

—Sí claro, ¿eso te lo han dicho ellas? —le grito.

No lo puedo evitar. Tengo un pánico a las abejas horrible. Desde aquel día que me picó una y se me pusieron los labios como morcillas. Soy alérgica a su picadura. Helio consigue pararme y tranquilizarme. Me mira a los ojos y me coge de la barbilla.

—Tranquila cariño, ya se han marchado —dice Helio mirándome fijamente.

Me ha dicho cariño. Entonces se acerca a mí y me besa con pasión. Colibríes aletean sus alas a mil por hora dentro de mi estómago, bajan por mi vientre y se quedan volando en mi entrepierna, que jugosa, espera con ansia a mi amado.

—¡Ven! —susurra Helio con mirada cómplice.

Me lleva a una zona donde hay un laberinto. Los Muros están hechos con setos. Es tan alto que no se ve lo que hay detrás de cada muro. Me lleva a un punto indeterminado del laberinto y allí prosigue su beso apasionado. Me coge de mis nalgas con sus dos grandes manos y me las aprieta. Estoy muy excitada y muy caliente. Con los dedos comienza a levantarme lentamente el vestido floral hasta dejarlo a la altura de mi tanga. Estoy tan caliente que me importa un pimiento si alguien me ve en este momento. Menuda zorrasca te estás convirtiendo, me diría mi madre. Helio me besa apasionadamente alternando una invasión agresiva con su lengua con bocaditos en la comisura de mis labios. Hace una ruta desde mi boca hasta mi cuello. Lo mordisquea y lo sopla. La sensación es excitante. Tengo el tanga empapado por mi flujo. Me quita lentamente un tirante y me besa el hombro. Hace lo propio con el otro. A continuación, me baja la parte alta del vestido y me deja al descubierto mis pechos. Me los acaricia con destreza. No amasándolos como si de bollos se trataran, no. Me los acaricia de tal forma que consigue al instante que mis pezones se pongan como las estalactitas de la Cueva de Nerja. Me los chupa. Me los mordisquea. Yo empiezo a desabrocharle los botones de la camisa y él me ayuda y se baja los pantalones y el calzoncillo. Eso no es un pene... es una estalagmita. Larga. Gruesa. Dura. Me hace girar ciento ochenta grados y me sube a un pequeño escalón para acomodar su acceso. Me aparta el tanga y me clava su miembro de un empujón de cadera y posteriormente sigue penetrándome primero lentamente y después cada vez más rápido. Al mismo tiempo que me empala, sus dedos me tocan con destreza mi

botón del deseo. En poco más de cuatro minutos llego al orgasmo irremediadamente. No lo he podido esperar. Entonces él me inclina un poco más y su miembro llena por completo mi vagina. Busca su placer y lo consigue. Se corre dentro de mí. Espero que la píldora haga su efecto y sea más eficaz que mis frenos cuando tengo a Helio delante.

Por la noche vamos a cenar a un italiano que él frecuenta. Pedimos para compartir una lasaña, pizza hawaiana, ensalada mediterránea y alhambra especial de bebida. Cenaría esto todas las noches. Está todo riquísimo.

—¿Qué le sucede a tu padre? —pregunta Helio.

—¿Cómo sabes que le pasa algo?

—Bueno, esta mañana, además de cortejarte te estaba escuchando.

—Creía que sólo estabas pendiente de tu churro —bromeo.

—No soy tan simple Marta. Me importas de verdad. —El tono de Helio me gusta. Se preocupa.

—No te preocupes, es sólo que se cayó pescando en un peñón.

—Vaya... ¿Está bien?

—Sí, sólo una pierna escayolada y una ceja con puntos, pero bien...

—Me alegro, espero que su momento llegue lo más tarde posible.

Me lo quedo mirando extrañada.

—Qué curioso, es justo lo que dijo él cuando habló sobre su caída.

—Mi madre nunca creyó en el destino —empieza a explicar triste Helio—, ella siempre me decía que el destino no tiene que estar escrito, que nosotros nos lo forjamos día a día. Nosotros lo elegimos a él y no al revés.

—Hablas de ella en pasado...

—Sí... murió hace diez años. Cáncer...

—Lo siento mucho Helio.

Me coge la mano y con una media sonrisa me dice:

—No te preocupes, hace ya casi un siglo de eso...

—Verás... —comienzo a explicarle—, en mi familia hay un absurdo debate entre la existencia o no del destino. Ya sabes... si las cosas las maneja el destino o bien todo es un caos manejado por el libre albedrío.

—Existe una tercera opción.

—¿Una tercera opción? —le pregunto extrañada.

—Sí, el modelo de los universos paralelos.

—¿Y en qué consiste?

Helio le pega un buen trago a la cerveza hasta acabarla.

—Está basado en teorías de física cuántica. Supone que cada vez que en un universo se produce un evento donde hay más de una posibilidad, surge el número de universos que realiza cada una de estas variantes. Por ejemplo, en cada universo habría uno de nosotros pensando que tomó la decisión correcta y que sólo existe su mundo, cuando en realidad todas las opciones se están realizando paralelamente.

—¡Guau! —digo impresionada—, pero eso es aún más increíble que la existencia del destino.

—Sí, es difícil de creer. Yo creo que las cosas son más sencillas de lo que parecen.

—Yo también —confieso—. Yo pienso igual que tu madre, soy partidaria del libre albedrío. ¿Te imaginas? ¡Qué locura! Según eso, en otro universo existe una Marta que no entró en aquel despacho y te vio todo el torso desnudo.

—Y que, por tanto, esa pobre Marta, no tuvo un flechazo conmigo —replica simpático Helio acercándose más a mí.

—Claro —contraataco— y en ese universo, un triste Helio vive en este preciso momento sin su dulce Marta.

Me aproximo más a él y nos damos un beso tierno y húmedo. ¿Sentirá él lo mismo que estoy sintiendo yo...? Me encantaría saber lo que piensa, como en esa película de Mel Gibson, «en qué piensan las mujeres», eso sí que es un superpoder.

Una hora más tarde llegamos a la entrada de su bloque. Abajo, en el portal de entrada, hay dos hombres trajeados que nos miran y se interesan por nosotros. Noto a Helio como se tensa. Pone su cuerpo entre el mío y el de los hombres, como protegiéndome. Me da la mano y a paso rápido intenta entrar en el portal, pero los dos hombres le cierran el paso.

—¿Qué quieren ahora?, ya les dije todo lo que sabía —espeta Helio enfadado.

Uno de los dos hombres trajeados ignora a Helio y me tiende la mano.

—Inspector Márquez, mi compañero es el subinspector Ramírez. ¿Usted es?
—Ambos me saludan con un fuerte apretón de manos.

—Marta Miller —respondo.

—¿Me dejan entrar en mi apartamento?, por favor —sugiere Helio apaciguador.

—No. Va a tener que hablar con nosotros —inquire el inspector Márquez.

Helio resopla mirando hacia todos lados.

—Está bien... Marta, por favor, espérame en el estudio. No tardaré mucho.

—También queremos hablar con la señorita —replica Márquez.

Estoy desconcertada. Nunca he tenido problemas con la policía. Bueno... con un policía en concreto sí, pero esto parece sacado de una novela. ¿Para qué querrán hablar conmigo? Asiento. Helio no está muy convencido, pero parece que no tiene muchas más alternativas.

—¿Es usted la pareja de Helio Salcedo? —Voy a contestar, pero Helio se me adelanta.

—No. Es solo una amiga

Un puñetazo en el estómago no me hubiera dolido más. ¿Solo soy una amiga?

—¿Desde cuándo conoce al señor Salcedo? —pregunta el inspector Márquez

—Desde hace poco, unos días —respondo.

—Entiendo —dice tranquilamente el inspector.

Se gira con parsimonia y se pone mirando a Helio. Fijamente y sin decir palabra. Levanta la mano sin dejar de mirar a Helio y su compañero le tiende una pequeña carpeta. Él la abre, saca una foto de su interior y se la enseña a Helio.

—¿Es esta la ropa que llevaba, quien usted y yo sabemos, la noche del 23 de abril?

—No lo sé —responde Helio dudoso. En su voz he notado cierto nerviosismo.

—Sí lo sabe... —reprende Márquez a Helio—, es importante señor Salcedo, responda.

—No recuerdo ni la ropa que me puse ayer, ¿Cómo me voy a acordar de la ropa de otra persona, hace cuánto, diez días?

—Esta ropa no es muy común llevarla, creo que se acordaría si la ve otra vez —insiste Márquez tendiéndole nuevamente la foto a Helio.

—Es importante si queremos encontrar a la chica —apunta el subinspector Ramírez, que hasta ese instante se había mantenido al margen.

¿Qué chica? pienso cada vez más desconcertada. Helio mira la mano del inspector Márquez y mira al otro subinspector. Finalmente coge la foto y la mira con más atención.

—No lo recuerdo bien. Pero creo que sí es la ropa.

Miro a Helio. En su mirada puedo ver... ¿miedo?

—No sé si se habrá fijado, pero las ropas llevan sangre.

—¿Dónde han aparecido? —pregunta Helio ignorando el comentario del

inspector.

El inspector hace una pausa. Lo piensa. A continuación, responde:

—En el interior de una alcantarilla, a dos manzanas de aquí.

Ahora sí que no tengo duda. En la mirada de Helio se puede leer miedo. Se pinza el puente de la nariz con una mano.

—Eso no son buenas noticias —dice Helio preocupado—, pero yo no tengo nada que ver con eso.

—Es usted el último que la vio señor Salcedo. ¿Entiende usted que es el principal sospechoso de la desaparición de Nadia Gil?

—Sí, pero están perdiendo el tiempo. Yo no tengo nada que ver con esto.

—Sabe señor Salcedo... no sé si piensa que somos tontos o algo así...

El inspector saca de su americana una cajetilla de cigarrillos. Saca uno de su interior lentamente, se lo coloca en la boca y su compañero se lo enciende con un mechero. Seguramente esta escena la tienen muy ensayada. Le da una profunda calada y mira a Helio fijamente. Entonces expulsa el humo lentamente y dice:

—Sabemos que usted asesinó a su novia hace unos años.

Esa frase la siento como un segundo puñetazo en el estómago, más fuerte que el anterior. Helio me coge de la mano y aparta de un empujón a los inspectores de policía. Entra al portal y pulsa el botón de llamada del ascensor. Nos dirigimos a su estudio. Los policías no se mueven del sitio, observan cada movimiento.

Una vez en su estudio, Helio no para de dar vueltas de un lado a otro. Nervioso. Pensativo. Yo estoy muy asustada. ¿Qué es lo que ha dicho el inspector? ¿Qué Helio asesinó a su novia? Por mi cabeza pasan una mezcla de sensaciones contrapuestas. Miro a Helio. Después de recorrer varias veces el pequeño estudio, se sienta en el sofá. Apoya sus codos en sus rodillas y se tapa la cabeza con las dos manos

—Tienes que marcharte —le oigo decir.

Tercer puñetazo en el estómago. Pero este golpe es el más fuerte.

—No —niego de manera rotunda—, quiero una explicación. ¿Qué ocurre aquí, Helio?

Me mira serio. Muy serio. Más que nunca. Finalmente susurra con un hilo de voz:

—Ya has oído al inspector... soy un asesino, conmigo no estás segura.

—No me lo creo —replico.

—Pues créetelo. Hace once años me encerraron por asesinar a mi novia. Los

hechos son esos.

Todo el castillo de naipes que tengo en mi cabeza se viene abajo. Pero quiero respuestas y no encuentro las preguntas.

—Estuve en un psiquiátrico encerrado cinco años, Marta. Estoy diagnosticado de trastorno de personalidad disociativa —explica Helio derrotado. Compungido—. Al parecer, además del Helio que conoces, hay alguien más en mí.

—Pero... ¿tú mataste a tu novia? —consigo preguntar.

Helio rompe a llorar. Nunca había visto a nadie tan atormentado. Me abraza. Sus lágrimas mojan mi cara y se juntan con las mías. Intento tranquilizarlo, pero es inútil. El grifo no lo puede parar. Está totalmente destrozado.

—¡No lo sé! —logra gritar sollozando— ¡No lo sé! Yo la quería más que a nada en el mundo. Era mi vida. Y cuando la vi allí tumbada, ¡estaba muerta! y mis manos teñidas de sangre...

Reanuda su llanto. Nunca había visto a nadie tan... roto. Yo no sé qué decirle. Me he quedado sin palabras. Logra tranquilizarse después de unos minutos.

—Llevo tomando un tratamiento diez años. Durante este tiempo no he soñado nada gracias al tratamiento. Hace unos días empecé a soñar. Todas las noches sueño que me levanto con Margareta a mi lado. Muerta. ¿Maté yo a Margareta?, no lo sé. Y tampoco puedo asegurar que la desaparición de mi modelo, Nadia, sea causa mía... Marta... ¿lo entiendes? —ruega Helio zarandeándome—, tienes que irte. Soy peligroso y te puedo hacer daño. Y si a ti te pasa algo... te juro que me tiro del edificio más alto de Madrid.

—Helio —digo llorando e hipando—, quiero ayudarte, necesito ayudarte. No me apartes de ti, por favor...

Helio me mira como si no entendiera lo que le estoy diciendo. De repente cambia el tono.

—Tienes que marcharte Marta. Estás en peligro. Recoge tu maleta, está en el armario del dormitorio. ¡Corre! —me ordena sin posibilidad de réplica.

—¿Tú me quieres? —pregunto.

Helio se da la vuelta para evitar mirarme y me responde:

—No. —Ese «no» ha sonado rotundo, pero artificial— ¡Vete!

Entro en el dormitorio sin poder creerme todo lo que ha pasado en la última hora. Del vaso rebosante al vaso completamente vacío en unos pocos minutos, así me siento. Recojo mis pocas pertenencias. Entonces veo dentro del

armario la maleta de color plata que siempre llevaba Helio cuando estaba en Granada. La pongo en la cama y la abro. En ella hay una peluca de color rubio pajizo, un aparato para la boca, unas lentillas ¡grises!... ¡No puede ser! ¡Claudio! ¿Helio es Claudio? Intento recordar los encuentros con Claudio... el encontronazo con Luis. Sigo cavilando... cuando creía que me iban a echar, allí estaba Helio y no me echaron. ¿Y por qué estaba disfrazado? Una vocecita interior me dice: ¡tía, que éste está como una chota! Pero otra parte de mí quiere saber... Cojo mi maleta y salgo del dormitorio. Helio se aproxima a mí y me da un documento.

—Esta es la reserva para un vuelo que sale en una hora y media para Granada. Acabo de llamar a un taxi y llegará en unos cinco minutos. Cuanto antes te vayas mejor será para los dos.

—¿Con todos tus ligues haces lo mismo? Las subes hasta el séptimo cielo y luego las mandas a los infiernos, Helio, o tengo que llamarte ¿Claudio?

Su gesto destrozado y atormentado no cambia. Creo que ya no le importa lo que le diga. No sé qué pensar. Por un lado, quiero ayudarlo, necesito ayudarlo. Pero por otro, con Helio hay demasiados secretos, y cuanto antes me aleje de él, más fácil será olvidarlo.

—Adiós, Helio.

Ya en el avión, no dejo de mirar al móvil por si Helio me manda algo. No sé, que todo es una broma pesada. Que vas a salir en la gala de «inocente, inocente» de este año. No sé, algo. Pero ese mensaje no llega. Estoy destrozada y se me ocurre que quizá, sólo quizá, en un mundo paralelo nada de lo ocurrido en las últimas horas ha sucedido. En ese mundo, otra Marta esta noche está con Helio, abrazada a él. Y siento envidia de esa Marta y de su mundo paralelo, porque el mío está completamente destruido.

Capítulo 17

—¿Con todos tus ligues haces lo mismo? Las subes hasta el séptimo cielo y luego las mandas a los infiernos, Helio, o tengo que llamarte... ¿Claudio? —
Inquiere Marta.

Estoy a punto de replicar. Decirle que ella no es un ligue más, que de verdad que me importa, que Claudio es sólo un disfraz, contarle el motivo, decirle que cuando se vaya voy a naufragar nuevamente, pero me callo e intento que en mi cara no se refleje la tormenta de sentimientos que tengo en mi interior.

—Adiós, Helio.

—Adiós, Marta —susurro cuando ya se ha marchado.

Busco como un loco mi pastillero. Lo encuentro y tomo una cápsula roja. Me la meto en la boca y bebo agua. Me quedo mirando la caja de las pastillas, saco otra capsula y la miro, pero entonces veo algo raro. Esta cápsula tiene un tono diferente a las que yo suelo tomar. Estas pastillas me las manda mensualmente el doctor Paolino Carusso, del Hospital Psiquiátrico Judicial de Florencia. Me dirijo a la mesa y abro la cápsula por la mitad. Sé lo que tengo que encontrar; multitud de bolitas diminutas de tres colores diferentes, Una por cada medicamento que tomo. Esta pastilla me ha acompañado los últimos diez años. En ella están las dosis exactas de mi tratamiento. Trazodona, para mantener mi equilibrio mental, zolpidem, para poder dormir, y prazosin, para neutralizar las pesadillas. Pero en su interior no veo eso. Son multitud de bolitas, sí, pero todas blancas. ¿Qué ocurre aquí?, y, ¿desde cuándo estoy tomando estas pastillas? Sin falta tengo que llamar al doctor.

Como otras tantas veces lo llamo por videoconferencia. Es tarde, pero tengo que hacerlo, esto no puede esperar. En pantalla sale un hombre de unos sesenta años con el pelo blanco y rizado. Tiene las mismas gafas redondas de siempre. Por su expresión, o es muy buen actor o no le ha importado que lo llame a estas horas.

—Siento molestarlo a estas horas doctor, pero está sucediendo algo que no puede esperar —le digo en italiano.

El doctor Carusso me mira con ternura y me sonrío. Me contesta con su voz ronca y tranquila de siempre.

—No te preocupes Helio. Ya te dije que cuando me necesitaras, me tendrías —subraya Carusso.

—Gracias doctor... le llamaba porque no sé si se ha equivocado usted al mandarme las últimas cápsulas o algo raro ha pasado.

Giro el móvil para enseñarle la cápsula abierta y las bolitas blancas de su interior.

—Esas no son las ampollas que te he mandado... ¿Estás seguro de que no te has equivocado con el pastillero?

—No doctor, sólo uso un pastillero. A no ser que “alguien” haya hecho un cambiazo. —subrayo “alguien” y el doctor entiende mi sugerencia.

—No te montes películas Helio. No creo que una de tus personalidades ocultas, que no tienes, haya cambiado las ampollas.

—Entonces... no sé doctor... están pasando cosas muy raras últimamente. Estoy teniendo muchas pesadillas, claro, esto podría explicarlo —le digo señalando la cápsula intrusa.

—No necesitas esas pastillas Helio, te lo dije en nuestra última consulta. Tu cabeza está bien, no tienes por qué preocuparte por nada.

—Pero doctor... esas pesadillas...

El doctor Paolino Carusso me interrumpe:

—Tienes que enfrentarte ya a lo que sucedió, Helio. Estás preparado. Si no lo haces seguirás teniendo miedo a tu pasado, miedo a soñar y nunca pasarás página. Helio, como ya te dije, las heridas hay que cerrarlas, no se deben quedar abiertas. Si alguien te ha dado el cambiazo casi que me alegro. Es bueno para ti ¿Alguien tiene acceso a tu casa o tus pastillas?

—Mis modelos son las únicas que entran. Bueno, no, mi hermano estuvo hará un mes. Antes de partir a Estados Unidos me visitó y estuvo cenando conmigo. ¡Ah!, también está lo del robo

—¿Lo del robo? —pregunta el doctor.

—Sí, entraron en mi apartamento cuando yo estaba de viaje, pero claro, me llevé el pastillero y, además, por entonces ya tenía pesadillas, eso queda descartado.

—Bueno... ¡Qué más da! —replica el doctor—, si quieres te las envío por correo urgente y para mañana o pasado las tienes en tu casa, aunque te aconsejo que dejes de tomarlas.

—No doctor, sí que pasa algo, la semana pasada una de mis modelos desapareció y sus ropas han aparecido a unas manzanas de mi apartamento

manchadas de sangre y la policía me está acechando, soy su único sospechoso.

—No me hables de policía... —replica el doctor—, y menos tú. Te encerraron cinco años sin ninguna prueba contra ti. ¡Ese maldito doctor!

El doctor Carusso se siente muy contrariado con su compañero de profesión, el doctor Fabricio Simone. El doctor Simone fue el que me diagnosticó trastorno de personalidad disociativa, porque, según él, el que tenga lagunas mentales y que vecinos míos hayan afirmado que yo decía ser otra persona, avalan dicho diagnóstico. El doctor Carusso, sin embargo, lo que afirma es que mi historial indica un claro trastorno de estrés postraumático, propio de personas que han padecido una situación o suceso muy traumático y el cerebro, para defenderse, lo que hace ante esta situación es bloquear y olvidar el suceso.

—Te lo he dicho muchas veces Helio, ese doctor lo único que hizo es alargar tu encerramiento. Mira, ya sabes que la psiquiatría no es una ciencia exacta, no sabemos gran cosa de la mente humana y en ocasiones es difícil interpretar los síntomas, pero lo de ese doctor no tiene nombre. Menos mal que ya se ha jubilado y ya no puede hacer mal a nadie. Dime una cosa Helio... ¿tú has hecho algo a esa chica?

—No lo sé.

—¿Tú has hecho algo a esa chica? —insiste el doctor.

—No —asevero.

—Pues tú mismo te has contestado. Ya va siendo hora de que sepas que pasó ese día Helio. Te voy a enviar las pastillas... pero tú decides si tomarlas o no.

Después de hablar con el doctor me siento más tranquilo, pero a la vez muy triste. He perdido a Marta. Tengo que solucionar mi pasado y averiguar qué pasó con Nadia. Mañana tengo trabajo, pero ahora toca dormir. Después de cenar me acuesto con miedo. Hasta ahora no sabía que estaba indefenso contra mis pesadillas, la maldita pastilla no me va a proteger. En este momento, mis defensas contra mis pesadillas son simplemente muros de papel. Me siento como el muchacho que sabe que Freddy Kruger va a perseguirlo con una motosierra y cuando despierta se levanta hecho cachitos. Ya estoy hecho cachitos. No dejo de pensar en ella. En Marta. Finalmente, Morfeo me lleva a su mundo.

«—¿Hoy no vas a ver a Margareta? —dice mi madre dando giros y giros con un vestido blanco perla y una guirnalda de flores en su cabeza.

La imagen se borra y aparece mi madre de rodillas, mirándome. Como si yo volviera a ser un niño. Sus ojos son de un color verde profundo, es tan bella...

—Ten cuidado con esa chica... me da... mala espina...—me previene mi madre. Esa imagen se emborrona y a continuación me veo yo junto al cuerpo inerte y ensangrentado de mi amada».

Despierto con sudores fríos. Creo que si estrujo la sábana es posible conseguir líquido de aquella humedad. Pienso en lo que me dijo el doctor Carusso el día anterior. La cuestión es, vivir con miedo siempre o enfrentarme de una vez por todas a mi pasado. Decido lo segundo. Intento recordar los acontecimientos ocurridos once años atrás, el fatídico día 4 de Julio de 2007. Tengo una laguna temporal en mi memoria de esos días. Recuerdo estar en una celda y el abogado recomendándome que no hablara. Como para hablar estaba yo. Me sentía tan vacío... No sabía porque estaba allí. Luego me internaron en aquel psiquiátrico y conocí al doctor Simone. Éste me diagnosticó trastorno de personalidad disociativa. Según él, tenía una doble personalidad. «tu personalidad oculta es la responsable de aquella tragedia», me decía. Fue en esos días cuando supe que Margareta había muerto y, aunque pensaba que había caído en el agujero más profundo, me di cuenta de que se puede caer más profundo todavía.

Meses más tarde conocí al doctor Carusso, que me dio otro diagnóstico completamente diferente. Según él, lo que yo tenía era un claro trastorno de estrés postraumático y que mi mente había bloqueado ese fatídico día. No vi a mi madre en esos meses, poco después descubriría por qué. Mi padre no se dignó a visitarme. El que sí vino fue Diego Del Pietro. En aquellos momentos no sabía quién era. Se presentó como un antiguo amigo de mi padre. Era pintor, como él, y me propuso enseñarme trucos que todo pintor debe saber para mejorar la técnica, me decía.

Cuando parecía que iba saliendo de aquel profundo agujero, un día llegó Diego y me dijo que mi madre había muerto de cáncer y que por eso no había venido a verme. Me tiré tres días seguidos llorando. Esos días aprendí que una persona se puede deshidratar llorando.

Pasó un año, dos, tres. Finalmente salí del agujero, gracias sobre todo al doctor Carusso y su tratamiento. Por aquella época podía haber salido del hospital psiquiátrico, pero el doctor Simone convenció al juez para que no saliera. Decía que no era prudente dejarme salir en mi estado. Dos años más.

En esos años me apunte a la universidad a distancia. Estudié bellas artes. Cogí

afición por hacer cuadros de personas desnudas, sobre todo mujeres. Utilicé como modelos a las enfermeras y a algunas pacientes. Por supuesto no se ofrecieron como modelos, pero yo tengo mucha imaginación. Algunas de ellas me pidieron el cuadro para llevárselo a su casa. Una de las enfermeras, Catrina, sí que se desnudó para mí. La chica era rusa y no tenía el pudor tan común en muchas italianas. Ese cuadro aún está en una de las salas del Hospital Psiquiátrico Judicial de Florencia.

Un día, a punto de salir de aquel sitio, se presentó mi padre con Laura, su nueva esposa. Al parecer la había conocido mientras mi madre estaba postrada en cama. Eso no se lo perdoné en años. Mi padre me dijo que fuera con él a Madrid, que tenía un negocio ambicioso y quería que su negocio girara en torno a sus dos hijos. Yo me negué, no quería nada de ese hombre. Al final acabé en Madrid, sí, pero porque el destino, a veces, es muy caprichoso. Diego del Pietro se iba a mudar a esa ciudad precisamente y en el valle no me quedaba nada, solo malos recuerdos. Así que decidí establecerme aquí, en Madrid.

Llevo cinco años en esta ciudad, pero me siento extraño en ella a pesar de los buenos amigos que he hecho. A veces me siento como en aquella comedia de un francés viviendo en New York, el cual decía que en esta ciudad se sentía Superman por la fama de románticos de los franceses, en Francia, finalizaba, soy un francés más. Pues me siento un poco así. Un italiano fuera de Italia. Un Superman en España por la fama de apasionados que tenemos los italianos. Aunque en estos últimos días me he dado cuenta lo vacía e insulsa que es mi vida. Con Marta he conocido un mundo de sentimientos que no sabía que pudieran existir. Tengo que recuperarla, pero antes tengo que poner en orden mi vida. No quiero que le pase nada malo.

Salgo del ascensor y me dirijo a la casa de Diego. De repente, alguien me empuja, me coge de las solapas de la camisa y me aprisiona contra la pared.

—¡Qué has hecho con Nadia, maldito cabrón! —grita.

Me lo quedo mirando desconcertado. Ante mí tengo a un hombre alto, moreno, parecido a mí. Supongo que es su novio. Le empujo y le aclaro:

—Yo no he hecho nada a Nadia —y añado—, estoy tan preocupado por ella como tú.

No le dejo contestar y salgo del portal. He podido leer en sus ojos. He visto a un hombre triste, atormentado y derrotado. Más o menos como me siento yo.

Fuera del portal, miro al cielo. Está nublado, justo empieza a chispear. En la acera de enfrente puedo ver un coche oscuro con dos hombres dentro cerca de la

parada del autobús. Me doy la vuelta y me dirijo hacia el lado contrario. Pasado un minuto escucho el ronroneo de un coche a mi izquierda. Se pone en paralelo a mí y baja la ventanilla.

—¿Dónde vas Helio? Te vas a mojar.

No miro, sé quiénes son. Le contesto con una pregunta:

—¿Y a ti que te importa?

—No puedes ir muy lejos Helio, es mejor que te quedes cerca de tu casa.

—¿Dónde ha quedado lo de señor Salcedo? —les reprendo apoyándome en el quicio de la ventana del coche.

—¡Hombre!, creía que ya nos podíamos tutear —bromea Márquez.

—Me iré donde me dé la gana —le espeto.

—No te pongas chulito que no sabes con quien te estás metiendo.

—¿Tenéis algún tipo de orden judicial que justifique este acoso?

—¡Ah!, mira Ramírez —dice Márquez dirigiéndose a su compañero—, nos ha salido un abogado de secano.

—Jajaja —ríen al unísono.

—Miren, inspectores, en mi vida ya me he cruzado con unos policías inútiles que consiguieron encerrarme en un manicomio sin una puta prueba. Luego me pidieron perdón, pero el daño estaba hecho. Si no tienen pruebas, apártense de mi camino.

Me separo de la ventanilla y me alejo del lugar. Empieza a llover de forma más copiosa. Aligero el paso. La casa de Diego queda a un cuarto de hora a pie.

Al entrar por la puerta de su casa echo una ojeada a mi espalda, los policías me han seguido. Cierro la puerta. Diego me recibe con un abrazo.

—¡Estás empapado *mascalpone!*

Trato de entender por qué me llama granuja, nunca lo había hecho. Me suele llamar *bambino* o *ragazzo*. Entonces recuerdo la primera noche con Marta en aquel sitio lujoso y ella desnuda ¡Ah, es eso! Siento un pequeño pinchazo en el corazón. Fuerzo una sonrisa.

—El otro día te noté que querías decirme algo, Helio.

Intento hacerme un croquis en la cabeza para poder explicárselo a mi amigo:

—Pues verás, Diego, hay varias cosas.

—Entonces espera. Con el estómago lleno se explican y entienden mejor las cosas

—Yo ya he desayunado.

—No, no, no, no. Desayunas otra vez.

Nos acomodamos y Diego me sirve un cruasán de mantequilla y mermelada y un café con sabor muy refinado. Le echo mucho azúcar y él me mira como si estuviera cometiendo algún tipo de sacrilegio.

—Verás... —empiezo—, la Morena Esclava... la han robado.

—¡*Mamma mia* Helio! eso es terrible. ¿Qué cosa ha pasado?

—No lo sé Diego, entraron en mi estudio y lo peor es que eso ha pasado a un segundo plano.

Paso a explicarle todo lo que me ha sucedido con el tema de la chica desaparecida, los encuentros con los policías y la marcha de Marta. Él nota mi preocupación:

—Y entonces piensas que eres tú el culpable...

—Cada vez lo dudo más, el doctor Carusso estuvo muy contundente en ese tema.

Diego se pinza la barbilla con los dedos.

—Pienso igual que el doctor Carusso.

—Voy a viajar a Italia —le informo.

—¿A Chianti?

—No al Vaticano... ¡Pues claro que a Chianti! Tengo miedo a lo que pueda recordar y encontrar allí Diego, pero tengo que hacerlo.

—Tu madre era muy parecida a ti. Tenía miedo a tomar las decisiones, pero una vez que las tomaba... era imparable —dice Diego con la mirada perdida. Como si su mente estuviera en otro tiempo, en otro lugar.

—Ya casi no la recuerdo, Diego —le digo compungido—. Últimamente la veo mucho en sueños... era tan bella...

—Sí... era una mujer preciosa...

—No sé qué hacer Diego... estoy tan perdido.

—¿Perdido tú? Que tienes tu *ikigai* enfrente de tus narices.

—¿*Ikigai*? ¿Qué es eso? ¿Es italiano?

Diego toma un sorbo de té antes de empezar a explicarme.

—En Okinawa, una isla de Japón, están las personas más longevas del planeta. Si tú vas allí y le preguntas a la gente te dirán que viven mucho porque han conseguido descubrir su *ikigai*. ¿Qué es el *ikigai*? Se podría decir que es aquello que haces muy bien y que además te apasiona hacer. —Bebe otro trago de té y continúa— En el mundo, Helio, casi nadie consigue saber en toda su vida cuál es su *ikigai*. Nos pasamos haciendo muchas cosas que no nos gustan, cambiamos continuamente, pero la mayoría nunca encuentra su *ikigai*. Tú, Helio, sabes

perfectamente cuál es tu ikigai y me estás diciendo que, ¿estás perdido?, te respondo: dedícate a alimentar tu ikigai... pinta Helio. Pinta y déjate de viajesitos. Si como dices, tú no tienes nada que ver con la desaparición de esa chica, eso se solucionará solo.

Pienso en lo que me está diciendo mi amigo, tiene razón en parte, sé que no hay nada que me apasione en el mundo más que pintar, pero en los últimos días he sentido que me estaba perdiendo algo más en mi vida. Marta ha despertado en mí a un Helio más alegre, más dicharachero, más... feliz....

—¿Cuál es tu ikigai, Diego?

Diego da buena cuenta a lo que le queda de té de un solo sorbo y responde:

—Como el 90% del mundo, yo no he encontrado mi ikigai. Me gusta pintar, sí, pero no es mi razón de ser, y no lo hago ni la mitad de bien que lo haces tú — concluye Diego.

Capítulo 18

Siempre he tratado de que mi vida fuera en línea recta y no desviar mi camino más que las ligeras curvas que la vida hace que tomes sin ninguna alternativa. Pequeñas decisiones que apenas pueden hacer cambiar de rumbo una vida. Con Jorge, era la alternativa con trayectoria más recta, era mi amigo desde que éramos pequeños, nos hicimos novios casi por inercia. Incluso la separación, la reconciliación y la nueva separación podrían considerarse un orden consecuente a los acontecimientos ocurridos. Pero lo de Helio ha sido otra cosa. Lo de Helio ha sido un volantazo en toda regla. He tomado un desvío sin mirar el letrero a donde me llevaba ese camino y ha resultado ser un camino sin salida. He tenido que volver sobre mis pasos y aquí estoy, en Granada. Me siento como si me hubiesen dado una patada en el culo. Pienso lo ocurrido las últimas horas y cada vez estoy más convencida que todo ha sido una estratagema para tener unos buenos días de sexo y adiós muy buenas. Incluso, quien sabe, quizá esos inspectores de policía eran sus amigotes que le estaban dando a Helio la coartada

ensayada para cortar con alguien. Como si desempeñaran un papel que ya se ha interpretado en infinidad de ocasiones.

Subo a mi piso y entro. Enciendo la luz y Amedio me recibe restregándose por mis piernas y ronroneando. Me agacho y le susurro acariciándole la cabeza:

—Hola pequeñín. ¿Me has echado de menos?

Entonces escucho un sonido que parece venir de mi dormitorio. Me dirijo rápidamente a la cocina, abro el cajón de los cubiertos y saco un chuchillo. Avanzo lentamente. El sonido es similar al que hace una puerta cuando no está bien engrasada. Abro despacio la puerta del dormitorio y lo primero que veo es la espalda desnuda de una chica cabalgando sobre un hombre tendido boca arriba.

—¡Qué coño!... ¡Clara! —grito.

—¡Marta!... digo ¡Chochi! —exclama Clara.

—¡Paul! —vuelvo a gritar.

—Hola Martita —dice Paul con una mano en un pecho de Clara y con la otra saludándome —. ¿Dónde vas con ese cuchillo sin punta...? ¿Vas a untar mermelada?

Por un momento nos quedamos callados todos. A continuación, Clara es la primera en hablar, excusándose:

—Es que vine a darle de comer al gato...

Y acabaste dándole de comer al conejo, pienso flipada, pero no lo digo. Inmediatamente me arrepiento de haberlo pensado. No tengo derecho de recriminar nada a ninguno de ellos. Pueden hacer con su vida lo que quieran.

—Os espero en... —digo sin acabar la frase señalando la puerta.

Salgo del dormitorio y me dirijo al salón. Soy una corta rollos. Clara y mi hermano... ¿Quién lo iba a decir? Me siento en el sofá y espero. Qué situación tan embarazosa. Me iría, pero ¡qué demonios! es mi casa... Rumiando sobre ello estoy cuando escucho:

—Pero, ¿qué haces aquí que no estás con míster Madrid...?

—Míster Madrid me ha salido rana —digo simulando una mueca de disgusto. Tal simulación no me cuesta mucho.

—Vaya mi niña —Clara me consuela abrazándome fuerte.

—No importa. No me hables de él, así lo olvidaré antes... y tú golfa... ¡Con mi hermano!

—Jo tía... no sé ni como ha pasado. Ayer vine a echar de comer a Amedio y me encuentro en el salón a tu hermano. No me dio un soponcio de milagro.

—Y mi hermano, ¿cómo entró? —mi pregunta retórica al aire la responde él:

—Con éstas —dice tintineando unas llaves—. Las tengo guardadas desde que me marché de casa. Vine a verte a ti y me encontré a Clara que me contó todo lo del tipo ese con el que sales... y luego... bueno, una cosa llevó a la otra.

—Salía —le corrijo—, ya no salgo con ese tipo.

—Lo siento hermanita —me dice abrazándome de igual manera que mi amiga.

—No te preocupes... —digo—, ¿y vosotros dos?

—¿Nosotros dos? Solo ha sido un pequeño calentón sin importancia... —corrige Clara.

—Ocho pequeños calentones sin importancia —replica mi hermano con sorna.

La cara de mi hermano me hace pensar que esto no ha significado lo mismo para él que para ella. Pero no dice nada. A mi hermano en el amor no le ha ido tampoco muy bien en la vida, si no fuera porque a mis padres sí que les va muy bien, pensaría que es algo genético. Estoy muy negativa. ¡Ánimo Marta! me digo a mí misma, tengo que superarlo y dejar de pensar en él.

Ya a la noche, ceno con mi amiga. Mi hermano trabaja temprano y tiene que coger el coche para bajar a la costa. Pedimos en un chino. Fideos, arroz, tallarines y calamares fritos en planchas. Mi amiga trata de evitar temas de conversación que me puedan recordar los últimos días, pero no es algo fácil:

—Me gustaría ir mañana a trabajar —informo a Clara.

—Pero chochi, si cogiste una de tus semanas de vacaciones, ¡aprovéchala!

—Lo que yo necesito en estos momentos es mantener mi cabeza ocupada. Mañana llamaré a ver si me puedo incorporar.

—Bueno... ¡allá tú! Si quieres puedo hablar con Ramón, lo tengo camelado, seguro que te anula los días que pediste de más.

—¿Lo tienes camelado?

—Sí, desde el día de la fiesta no deja de mandarme wasap. Quizá un día de estos salga con él.

—Ah... pero si me dijiste que no te gustó mucho. Además, tú y mi hermano...

—Eso no significa nada —me interrumpe Clara.

—Con él has tenido... ya me entiendes...

—No te entiendo —me dice Clara.

Que cabrona es. Sabe perfectamente a lo que me refiero, pero me va a

hacer decirlo.

—¡Que si te has corrido con mi hermano!

—Jajaja, a veces me gusta tu lenguaje mojigato. Pues sí, me he corrido. Varias veces además...—dice mi amiga con una sonrisa que no cabe en su cara.

—Y no hay nada... piensas salir con Ramón...

—Sí. Ramón es más de mi tipo y es un siete, como yo.

—Qué gilichorrada más grande.

—Además, tu hermano está siempre de coña, lo veo muy aniñado, está enganchado a un juego del móvil.

—El Clash Royale —le aclaro—, es un gran juego de estrategia, yo también juego. Y lo de aniñado... mi hermano es un tío muy divertido, pero si prefieres a alguien serio adelante con Ramón, pero, me dijiste que tú y él no... —Mi amiga me mira de nuevo con cara pícaro— ¡Que no te corraste con él, coño!

—Creo que está todo en el coco —justifica Clara—, eso se soluciona con el tiempo. Ramón es un hombre serio con un trabajo serio y ...

—Y nada más —replico.

—Ainnns. No me entiendes chochi. Tengo que aposentar mi vida, ya no soy una jovenzuela.

—Tienes veintiocho años aún, una niña —replico.

—Tú no eres la más indicada para elegirme con quien debo salir.

Vaya, me ha dado donde más duele. La he cabreado de verdad. Aunque tiene razón. ¿Quién soy yo para andar de alcahueta si no soy capaz de estar con un chico más de unos días...?

—Lo siento —se disculpa Clara—, no quería decir eso...

Baja la mirada.

—Me tengo que ir Marta, hablaré con Ramón sobre tu reincorporación. Te mando lo que sea por wasap.

—Clara, a mi hermano le dejas las cosas claras. No juegues con él, ya ha sufrido mucho —le advierto.

Coge su bolso gigante y sale del piso. Supongo que mi amiga tiene una tormenta en su corazón muy similar a la mía...

Antes de acostarme necesito algún tipo de terapia musical para poder dormir. Pienso en alguna canción que pueda servirme para llevar este momento de mi vida de una mejor manera y tras unos minutos la encuentro. Es una canción de las que le gustan a mi hermano, del grupo “Marea”:

*«Amaneció, la vi irse sonriendo, con lo puesto
por la puerta del balcón, el pelo al viento
diciéndome adiós, porque decidió que ya
estaba hasta las tetas de poetas de bragueta y revolcón,
de trovadores de contenedor...»*

*¿Qué coño le pasará que ya no sale a volar?
¿Tal vez le mojó las plumas el relente de la luna?
Le volvió loca el sonío de las gotas de rocío
Cuando empieza a clarear y aún no se ha dormío.*

*Le hizo un trato al colchón, con su espuma se forró
el corazón, que anoche era de piedra y al alba era
de mimbre, que se dobla antes que partirse»*

Ojalá mañana cuando despierte, mi corazón sea de mimbre, que se dobla antes que partirse. Me meto a Amedio en la cama conmigo. El gato me mira extrañado. Normalmente es al revés, él intenta meterse y yo lo echo, pero hoy creo que lo necesito. Suena un mensaje en el móvil. Cojo el teléfono y leo:

00:32 **Clara** - Arreglado, mañana entras. Un beso chochi. perdona, a veces soy una bruta (Emoticono de beso).

00:33 **Marta** - No pasa nada loca, tu eres libre para hacer lo que quieras, mañana nos vemos (Emoticono de beso).

Al día siguiente despierto con dolor de cabeza, la cual está ocupada por Clara, por mi hermano, pero sobre todo por Helio. Espero desde mi cama que mi amiga toque el timbre, pero el timbre no suena. Me levanto y preparo el desayuno, un Cola Cao. Por lo menos este nunca me falla. Me obligo a hacer muchas cosas muy rápido y no pensar mucho en todo lo sucedido ayer.

Cuando entro por la puerta del edificio donde trabajo noto a la gente que me mira. Los chismes corren más rápido que la luz. Subo a la sexta planta y al entrar veo a una rubia en la sala Google. Me suena su cara, pero no recuerdo.

—¡Hola! —me saluda y me tiende la mano—. Tú eres Marta ¿no? —Asiento.

—Mi nombre es Vanessa, soy la mujer de Luis y tu nueva compañera de departamento. —La saludo cordialmente.

—Encantada —digo.

Bueno... lo mismo no tiene que pringar nadie para que enchufen a la mujer de Luis, pienso.

—Estoy nerviosa —me confiesa ella.

—No te preocupes, todos pasamos por esos nervios el primer día. Cuando vayan pasando los días te irás sintiendo mejor y más segura.

Entramos ambas en el departamento y allí se encuentran Tomás y Clara.

—Hola guapa, ¿cómo estás? —dice Tomás dándome un abrazo. Vanessa se queda extrañada del trato tan cordial y cercano de mi amigo hacia mí.

Miro a Clara, pero ella evita mirarme, disimula mirando algún documento. Me dispongo a sentarme en mi puesto cuando caigo en la cuenta de que en el departamento solo hay tres puestos. Entonces Clara me mira y me informa:

—Me ha dicho Ramón que fueras a su despacho en cuanto llegaras.

Vaya... me temo lo peor. Me doy la vuelta y me dispongo a salir. Clara me sigue.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

—Contigo. Quiero saber qué coño pasa aquí.

En el trayecto no hablamos ni una sola palabra. Cuando entramos las dos al despacho, Ramón palidece. Parece que me esperaba a mí, pero no a Clara. Me quedo de pie y Clara se sienta en una de las sillas.

—Siéntate por favor, Marta —dice Ramón.

Se pone a buscar entre un montón de documentos en la mesa y cuando encuentra lo que busca me mira y se dirige a mí:

—Parece que te tengo que pedir disculpas, Marta. Anoche, cuando le dije a Clara que te podías incorporar —señala a la susodicha—, no sabía que había un plan de reestructuración del personal. Entre dicho personal estás tú, Marta.

—Déjate de milongas —espetea Clara—, te ha dicho Guillermo que tienes que echarla y tú como un perrito faldero no pones ninguna objeción. Eres el encargado de personal, un poco de amor propio, ¡por Dios!

—Clara, por favor, no te metas —avisa Ramón.

—Pues claro que me meto. Creía que estaba saliendo con un hombre, pero no, estoy saliendo con una piltrafa.

—Te estás pasando —vuelve a avisar Ramón.

—¡Clara! —grito para imponerme.

Clara se calla, me mira seria, se cruza de brazos y pasa su pulgar por los labios. Prometiendo silencio. O al menos, eso creo.

—Ramón, ¿dónde hay que firmar? —asevero. Clara me mira con los ojos muy abiertos.

Ramón se remueve incómodo en su asiento. Finalmente me ofrece el documento. Leo detenidamente y puedo comprobar que en tal restructuración sólo hay un nombre... yo. Firmo y le entrego de nuevo el documento a Ramón.

—Esto que está haciendo Guillermo no está bien y lo sabes Ramón. Yo me quedaré en paro unos meses y ya encontraré algo, pero tú y los que os quedáis — señalo a Clara—, vais a tener que hacer algo o convertirá esto en su cortijo.

—Marta, entiende, es el encargado de la zona sur, puede hacerlo.

No digo nada más. Bueno, sí, una cosa más.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Dos meses —responde Ramón.

—Unos días —responde Clara a la misma vez.

Sonrío. Dos meses llevan. Menuda es mi amiga. No me ha contado nada en todo este tiempo. La veo que me mira con ojos suplicantes para que no diga nada. Me pregunto si a Ramón le hará gracia que a su chica se la tiren otros tíos, quien sabe. En ese momento pienso en el marido de Alicia y encadenando mi cerebro se dirige a Helio. Increíble, he perdido a Helio, trabajo y norte en unas pocas horas. Me dirijo al ascensor y aprieto el botón del vestíbulo. Allí me encuentro a Guillermo hablando con un tipo al que sólo puedo ver su espalda. Parece ¡Helio! Guillermo me mira como si hubiera visto un fantasma. Helio se da la vuelta, me mira y se ríe de forma socarrona. Es Giorgio. la primera vez me engañó porque no conocía la existencia de un gemelo, pero en realidad, la mirada de uno y otro es tan diferente... Me acerco a los dos, tomo impulso con cuerpo y brazo y le atizo un bofetón a Giorgio en toda la cara que suena con eco en todo el vestíbulo, el cual, se queda en silencio. Guillermo se tapa la cara porque piensa que es el siguiente. Giorgio se merece el bofetón que le acabo de dar, por lo que me hizo en aquel mesón, Guillermo también, pero recobro la cordura y salgo del edificio.

Capítulo 19

El olvido es una palabra asociada casi siempre a cosas malas, incluso a enfermedades, como es el caso del Alzheimer. Sin embargo, en ocasiones, puede ocurrir que el olvido sea visto como una bendición, como, por ejemplo, cuando lo que has olvidado te retuerce por dentro hasta dejarte seco. Pero siento que yo estoy recorriendo el camino inverso. Estoy recordando cosas que sé que me van a retorcer por dentro.

«—Tengo miedo de que ese miserable te haga algo —confieso a Margareta. Estamos en el interior de un vehículo y estoy muy angustiado por algo, pero no sé exactamente lo que es.

Esa imagen se desvanece y a continuación puedo volver a ver a mi madre dando vueltas y vueltas vestida de blanco. Después, todo oscuro, busco a tientas un interruptor. Lo encuentro y al accionarlo me veo en el suelo, sujetando el cuerpo inmóvil de Margareta. Yo sollozando, ella muerta».

El sonido del timbre de la puerta me despierta. Me levanto y hablo por el interfono.

—¿Sí?

—Tiene un paquete, señor. —Las pastillas, pienso.

—De acuerdo, le abro, déjemelo en mi buzón.

—Claro.

En más de diez ocasiones estoy tentado de bajar a coger las pastillas, pero al final gana mi determinación de no tomarlas. Imprimo el identificador del vuelo a Roma. Me acerco a la ventana y miro por ella. Desde ella puedo ver el coche oscuro de los dos policías. ¿Es que esta gente no duerme, no come ni nada? Creo que están esperando una orden del juez para detenerme. Y por supuesto, temen que me fugue. No quiero que me vean salir hacia el aeropuerto y se me ocurre una idea. Cojo el teléfono, localizo el número que busco y llamo:

—¡Hola Helio! estoy enfadada contigo... no me has llamado.

—Lo siento Lorena —me disculpo—, he estado muy liado estos días.

—De acuerdo, te perdono, no podría no hacerlo, jajaja. ¿Estás ya disponible?

Hace unos días, antes de mi viaje a Granada, esta proposición habría sido tan tentadora e irresistible que me hubieran faltado piernas para ir en su busca. El sexo con Lorena es siempre muy morboso. Pero ahora lo que quiero es hacer el viaje y, de una vez por todas, desenmarañar todo el puzle sin acabar que tengo en mi cabeza y poder al fin, estar con ella. Con Marta. Cada vez que cojo el teléfono estoy tentado de mandar algún mensaje a Marta. Contarle todo lo que ocurrió en mi pasado, o por lo menos, lo que sé que ocurrió. Pero gana mi sentido común, debo saber toda la verdad antes.

—No, Lorena, no estoy disponible.

—¿No te me habrás enamorado?, jajaja —bromea Lorena.

Mi silencio hace que Lorena replantee su pregunta.

—¡Mi Helio! ¡Ha encontrado una chica por fin!

—Bueno... Lorena, algo así. Ya te contaré. El caso es que te llamaba porque me hace falta que me hagas un favor.

—El que quieras guapo, bastantes favores me has hecho tú a mí. Jajaja —se carcajea.

—Gracias Lorena. Mira, necesito que distraigas a dos policías que hay en frente de mi estudio —empiezo a explicarle—. Ya te contaré más adelante, solo necesito un par de minutos para salir de mi portal y perderlos de vista.

—Eso está hecho, Helio. En quince minutos estoy allí. Tú prepárate para salir que ya se me ocurrirá algo.

—Vaya... gracias Lorena... —Cuelgo.

Preparo el equipaje y bajo al portal. Miro a través de la cristalera. Espero no meterla en un lío por esto a Lorena. Unos pocos minutos más tarde, la veo venir al fondo de la calle. Lleva una minifalda muy corta de color rojo y un top ajustado que deja ver un amplio escote. Lleva consigo una carpeta en la mano. Pasa al lado del vehículo policial y veo como los policías miran su trasero a través de la luna delantera. De repente, a Lorena se le caen cientos de folios del interior de la carpeta. Ella dobla su cuerpo, se inclina y comienza a recoger los folios dejando una vista muy generosa a los policías, pero no salen del coche a ayudarla. Pero bueno, ¿es que ya no hay caballeros en el mundo? pienso. La miran, pero ni se inmutan; estoy a punto de salir yo a ayudarla... Lorena, que se ha percatado que los policías no la van a ayudar, se acerca al vehículo policial y habla con ellos de forma atrevida enseñando escote a través de la ventanilla. A continuación, mi amiga coge las llaves del contacto y sale corriendo calle abajo. Este es el momento. Salgo del portal y marchó calle arriba lo más rápido que puedo sin

llamar mucho la atención. Giro hacia la derecha y callejeo un rato. Creo que no me han visto. Vaya... no ha sido muy sofisticada, pero sí muy eficaz. Busco un taxi y lo encuentro.

Ya en el aeropuerto, estoy esperando a que salga mi vuelo. Mi primer pensamiento es mandarle un mensaje a Lorena, pero claro, la puedo meter en un lío si la han cogido. Recibo un mensaje.

13:40 **Lorena:** ¿Qué te ha parecido?

13:40 **Helio:** ¿Cómo diablos has escapado? ¡Qué rápida has estado!

13:42 **Lorena:** Cuando vi que torcías la esquina y no te habían visto, les tiré las llaves. Habrán pensado que soy una loca y no me han perseguido. Pero menudos policías... estos son los que me visitaron hace unos días para preguntarme por ti y ni me han reconocido.

13:43 **Helio:** Sí, no son muy avisados, si lo fueran no estarían dándome la tabarra a mí. Muchas gracias Lorena, te debo una.

13:43 **Lorena:** Esta me la vas a pagar bien...

13:44 **Helio:** Tentador Lorena, pero espero pagártelo en amistad y cariño, eso significará que todo me ha salido bien.

13:44 **Lorena:** Claro Helio, ojalá todo te vaya bien. Ya me contarás lo que tramás. (Emoticono de beso).

13:44 **Helio:** Gracias... (Emoticono de beso).

Ya subido en el avión con destino a Roma el sentimiento es contrapuesto. Por un lado, tengo la sensación de que regreso a casa, regreso a la tierra que me vio nacer. Pero por otro, es una sensación de tristeza por lo que pudo ser y no fue. Me fui de allí sólo y vuelvo sólo. Pero esta vez vengo con una misión. Pensando estoy sobre ello cuando oigo una voz a mis espaldas:

—¿Helio? —Doy un respingo.

—¿Marina? ¿Qué haces aquí?

Marina se levanta de su asiento y se sienta al lado mío. El avión está a punto de despegar. Marina es una amiga que conozco desde mi llegada a Madrid. Era modelo y, en más de una ocasión, he pintado su cuerpo desnudo. Pero Marina además de tener un cuerpazo, un cabello pelirrojo increíble y una simpatía arrolladora, tenía algo que se solía carecer dentro de este mundillo, cerebro. La cosa le fue bien y fundó una agencia de modelos y, desde entonces, ella es la que me envía las modelos que necesito, Nadia entre ellas, por cierto.

—Voy a un desfile en Roma...—me dice seca— ¿Qué has hecho Helio? —me

reprende.

—¿Qué he hecho? ¿Tú también Marina?

—Helio, yo sé que Nadia fue esa tarde a tu casa y han aparecido sus ropas a unos metros de tu piso. ¿Qué quieres que piense? —me pregunta Marina.

—Pues te equivocas, yo no he hecho nada, tienes que creerme Marina —le suplico.

Marina se queda pensando. Se queda con la mirada perdida a la pista, que comienza a moverse.

—Por favor, abróchense los cinturones —nos informa una azafata que pasa por el pasillo del avión.

—Marina, ¿quién te ha dicho a ti que las ropas aparecieron cerca de mi piso?

—Nacho, el novio de Nadia —responde Marina al tiempo que se abrocha el cinturón.

—¿Y cómo lo sabe él?

—No sé. Quizás por la policía —sugiere Marina.

—Aquí hay algo raro... —planteo—. Que me digan a mí lo de las ropas, que soy el sospechoso y lo hacen para ver como reacciono, lo entiendo, pero... ¿por qué tienen que informar de estos detalles a su novio? Son cosas que no suelen salir de una investigación hasta su resolución.

—¿Qué insinúas? ¿Qué su novio es el responsable de la desaparición? No digas tonterías, el pobre está perdiendo todo su pelo a puñados del estrés que está pasando.

—A mí no me ha parecido que su pelo esté muy mal —replico.

—¿Tú qué sabes? Si no sale casi de su casa. Se está quedando calvo.

—¿Calvo? Marina, ¿me podrías enseñar una foto de Nacho?

Marina duda en un primer instante, pero a continuación coge su móvil y se pone a buscar algo en él. Me acerca la pantalla:

—Este es Nacho. Pero aquí tiene mucho más pelo.

—Vaya, pues este no es el que yo tenía por su novio —susurro en voz baja.

—¿Cómo?

—Verás, ayer me abordó un chico y me increpó. Me acusó de haberle hecho algo a Nadia. Yo lo tomé por su novio, pero si me estás diciendo que este es su novio... ¿quién es el tipo que me abordó?

La mirada extrañada de Marina me da a entender que tiene cada vez más dudas y preguntas.

—No sé... —titubea Marina—, Nadia no es una chica fácil, no tiene muchos

amigos. Que yo sepa, en Madrid sólo tenía a su novio y...

—Y a quién más —insisto.

—Bueno, ya sabes, se relaciona con personas del mundo de la moda y la fotografía. Y del arte; por ejemplo tú, Helio.

Pienso en quién podría ser el tipo aquel y se me ocurre una idea. En ese momento el avión se separa del suelo.

—¿Tienes alguna foto de las personas que se han relacionado últimamente con Nadia?

—Quizá encuentre algo para ti entre mis fotos en la nube. Déjame revisarlas a ver qué encuentro.

Marina se pone a buscar en su móvil.

—¿La nube? Pues como no sea esa —digo señalando una nube pegada a nuestra ventanilla.

—No me seas cateto, Helio. Ya hay wifi en los aviones. ¡Mira!, esta foto es de la fiesta del modisto Gabriel La Crue. Es de hace dos meses.

Marina me enseña una foto con multitud de personas mirando a cámara. La mayoría de ellas son modelos, pero hay también muchas personas que yo conozco, entre ellas está el famoso modisto, Gabriel La Crue, empresarios del sector y algún fotógrafo famoso del que no recuerdo el nombre.

—Este... ¿Quién es? —pregunto.

Marina mira con interés al señalado y exclama:

—¡¿Michael Crowl?! Es un fotógrafo estadounidense.

—¿Es americano? No me pareció.

—Su padre es americano, su madre es de ahí —dice Marina señalando el todavía territorio español—. Ahora que lo dices, los vi en esa fiesta muy juntos...

—¿A Nadia y a Michael? —pregunto.

—Sí...

—¿Crees que tenían un lío o algo? —insisto.

—Quién sabe... pero eso no quiere decir nada. Lo mismo eran muy amigos, estaba preocupado y por eso te asaltó.

—No. Créeme Marina, esa mirada no era la de un amigo, ni siquiera la de un hermano, esa mirada era la de un atormentado enamorado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me vi reflejado en ella.

Capítulo 20

Toda mi vida en línea recta y en estos momentos parezco un coche de choque. Giro de un lado hacia otro chocando sin ton ni son, sin control, como el púgil que se tambalea después de recibir varios golpes seguidos. Han pasado dos días desde la “reestructuración de la empresa”. Esa misma tarde vinieron Ramón y Clara a mi casa. A Ramón lo vi profesional, cumpliendo órdenes de Giorgio, el cual se había puesto como un miura, no por el guantazo que le pegué, sino porque se enteró justo en ese instante de mi despido. Lo mismo quería despedirme él en persona, pensaba yo en aquel momento. Pero no, Ramón me trajo el despido firmado para romperlo en aquel mismo instante. A mi amiga la vi muy apocada teniendo en cuenta el torbellino que suele ser Clara. Supongo que se sentía mal por nuestra discusión la noche anterior o por haberme ocultado su relación con Ramón, aunque, por mi parte todo estaba zanjado. No estaba enfadada con ella ni por una cosa ni por la otra. Rompí el despido, pero le dije a Ramón que me tomaría los días que considerara oportunos para recapacitar sobre mi futuro. ¡Porque yo lo valgo! recuerdo que pensé en aquel instante.

¡Riiiiing Riiiiing!

Llaman al timbre. Voy a abrir.

—Hola angelito mío. ¿Cómo te encuentras? —mi vecina Carmina entra en mi apartamento.

Lleva dos días preocupándose mucho por mí. Es como si intuyera mi estado de ánimo a pesar de que yo trato de ocultarlo. A veces pienso que es una bruja de verdad. Trae en sus manos otro ramo de rosas rojas gigantesco.

—Por favor, Carmina, te he dicho que no las quiero. Que se las des a la iglesia o algo, pero que no quiero nada de ese tipo.

—Oye mi niña, que cuando se regalan todas estas flores es porque se siente algo muy grande por una persona. ¿Qué te ha hecho este hombre para que lo ignores de esa forma?

—Si yo te contara...

—Por lo menos lee la tarjetita.

Para no discutir con ella más de lo debido, cojo la tarjeta del nuevo ramo de rosas y leo el mensaje sólo para mí:

«Tienes que perdonarme, a veces soy muy impulsivo. ¿Cenarías conmigo una de estas noches? Sólo tienes que mandarme un emoticono con el pulgar hacia arriba al wasap 667 288 257, Giorgio».

Hago una bola con la tarjeta y me dispongo a tirarla en la basura. Carmina me detiene.

—Pero ¿qué haces? Mujer, ¿se puede saber qué cosa tan mala ha hecho para que no quieras ni aceptar unas flores? —insiste en su pregunta Carmina.

—Mira Carmina, si las flores fueran de su hermano... tal vez, y sólo tal vez, harían un efecto en mí. Pero este tipo me hizo una cosa que... —Me da hasta vergüenza revelarle lo que ocurrió con Giorgio en Madrid.

—Uiiiiiii. ¡Qué novelón! Tienes engatusados a dos hermanos. Esto me lo tienes que contar —dice Carmina poniéndose cómoda en el sofá.

—Tampoco hay tanto —le aclaro—, me gustó su hermano, Helio, estuve unos días con él en Granada y en Madrid, y luego el tío va y me echa de su lado con un peliculón que no te puedes ni imaginar, Carmina, con actores secundarios y todo. Asesinatos, policías...

—Desde luego, qué vida tan divertida tenéis los jóvenes de hoy.

—No es tan divertida, Carmina, tengo el corazón hecho trizas, me gustó de veras ese chico, ¿sabes? Quizá tenga que ir a tu abadía a tocar esa piedra blanca.

—Eso no lo digas ni de broma —me reprende Carmina señalándome con el dedo índice tembloroso. Nunca la había visto tan irritada. Me siento a su lado en el sofá y le asevero:

—Quizá luego me arrepienta de preguntártelo Carmina, pero ¿te ha sucedido algo a ti en relación a esas piedras?

Carmina cambia el gesto. Pasa de irritado a angustiado, y luego de angustiado a triste.

—En realidad, sí que me pasó. A mí y a otras dos amigas mías.

—¿Qué pasó Carmina? —pregunto.

—Pues verás Marta, Esto ocurrió cuando yo tenía diecisiete años. Tenía dos amigas, Dolores y Fátima, las tres éramos uña y carne. Además, las tres estábamos muy enamoradas de nuestros novios, los queríamos muchísimo. Una noche de febrero nos fuimos las tres a tomar unos vinos. Mi amiga Dolores se casaba al día siguiente y nuestros novios le hicieron una fiesta de soltero al novio. Nosotras no quisimos ser menos que ellos e hicimos lo propio. El caso es que cuando ya la

noche alargaba acabamos, con el cachondeo, en las catacumbas romanas bajo la Abadía del Sacromonte. Todas sabíamos la leyenda de las piedras, pero éramos unas niñas escépticas con respecto a la misma. Dolores, que era la que más había bebido fue la más atrevida. Tocó la piedra blanca en primer lugar y nos incitó a Fátima y a mí para que hiciéramos lo propio. En segundo lugar, la tocó Fátima. Yo la toqué en tercer lugar. Al día siguiente nos levantamos con la noticia de que había habido un accidente de tráfico y que el novio de Dolores había fallecido en el mismo. Los otros dos ocupantes, el novio de Fátima y el mío salieron ilesos.

—¿Todo eso es cierto? —Pregunto flipada. Carmina asiente.

—El caso es que Dolores enloqueció. Comenzó a gritar que las piedras estaban malditas y que todos íbamos a morir. Desde entonces nunca fue la misma. El caso de Fátima es muy misterioso. Al día siguiente desapareció. Nadie ha sabido nunca más de ella. Su novio se fue al extranjero y nunca más supimos de él.

—¿Fátima? Qué curioso, en mi familia hay una historia muy siniestra con una chica llamada Fátima —informo a Carmina—. ¿Y tú, Carmina? ¿Qué fue de tu chico?

Carmina se pone más triste si cabe y me explica con ojos gachos:

—A la semana siguiente de la desaparición de Fátima, a mi amor, Alejandro, le llegó una carta de la Argentina. —A Carmina se le escapa una lágrima y se le crispa la voz al decir esto— Era de su padre, en el mensaje le decía que su madre había muerto y que se encontraba solo y enfermo. Se fue a la Argentina. Me dijo que me fuera con él. Yo lo habría hecho, pero vi en ese momento una forma de escapar del influjo de las piedras. No quería que a Alejandro le pasara nada. Cada uno podría seguir con su vida, aunque fuera separados. Nunca más he sabido de él.

—Menuda historia Carmina... pero, puede que todo haya sido una simple coincidencia.

—No. Créeme, demasiada coincidencia. Por eso martita... unas flores no pueden hacerte daño —me dice ofreciéndome nuevamente el ramo— y una cena tampoco.

—¡Pero como coño sabes lo de la cena! —digo flipada.

Carmina me mira seria y con su tono más místico me dice:

—Lo siento, leí la tarjetita antes de entrar.

Ambas comenzamos a reírnos a carcajadas. Esto es lo que me hace falta, una buena sesión de risoterapia. Miro las flores. Quizá no me haga mal cenar con

Giorgio y aclarar ciertos aspectos sobre Helio y sobre él.

—Me voy Marta, que tengo cita con la peluquería, por cierto, ¿os pasa algo a Clara y a ti? —pregunta Carmina.

—No te preocupes, es sólo una mala racha.

—Marta, tenéis una amistad muy bonita, no la estropeéis.

Carmina se va dejando esa frase en el aire. Pienso en Clara, Carmina tiene razón, puede que vaya luego a hablar con ella. A continuación, Dejo aparcado ese pensamiento y cojo el teléfono y marco una llamada que tengo pendiente. En tres tonos la voz de mi madre irrumpe en la línea.

—¿Marta? Hace un millón de años que no me llamas.

—Mama... por favor, si te llamé hace unos días. ¿Cómo estás? ¿Se te ha quitado la locura de cambiar de marido?

—Jajaja, anda ya, no hablaba en serio, aunque a veces ganas me entran. Te puedes creer, ya no me lleva a bailar como antes.

—Mama... no creo que esté en condiciones para bailar.

—¿Y para pescar sí? No se harta de pescar.

—Bueno, por lo menos tenéis los suministros de pescado cubiertos.

—Que va cariño, si ahora los suelta.

—¿Y eso?

—Tu padre está muy cambiado, se está volviendo vegetariano y dice que en cuanto le quiten el yeso se apunta a clases de pilates. Está muy raro.

—No exageres mama, le puede venir bien para su espalda.

—No sé hija, está empezando a chochear.

—Jajaja —me carcajeo—, mamá... ¿está Paul?

—¿Paul?, que va. Ha subido a Granada.

—¿Está aquí, en Granada? —pregunto sorprendida.

—Sí, en realidad últimamente va mucho, papeleos, me dice, pero mi niña... yo creo que tiene allí a alguien porque suele ir por las tardes tras el trabajo y no creo que por la tarde se puedan hacer muchos papeleos.

Me quedo callada. Pensativa.

—¿Marta?

—Sí mamá, te estoy escuchando, solo que... podría pasarse a visitarme de vez en cuando si viene tanto.

—Se lo diré.

—De acuerdo, Un beso mamá. Y con papá, paciencia, que es la madre de la ciencia.

—Sí,sí. A la larga, el galgo a la liebre mata.

—Jajaja. Cómo eres mamá.

Cuelgo y pienso en lo que me ha dicho mi madre. Paul viene muchas tardes a Granada. ¿Se estará viendo con Clara? No sé. Tengo que hablar con él. No quiero que se haga muchas ilusiones. Cojo el teléfono y lo llamo, pero no lo coge. Me entra una rabia por el cuerpo que no lo puedo aguantar. Llamo a Clara y tampoco me lo coge. Salgo en dirección a casa de Clara.

Clara vive muy cerca, a cinco minutos apenas de mi casa. Cuando llamo al portero, nadie contesta. Insisto y vuelvo a llamar. Dejo el dedo pegado al botón hasta que por fin logro escuchar la voz de la malafollá de mi amiga, que brama:

—¿Quién pollas es?

—Abre Clara —le grito.

—No, ahora no puedo.

—Me vas a abrir ahora mismo o no te vuelvo a hablar en la vida, ¿me oyes? —amenazo.

El interfono se queda un rato en silencio y a continuación se oye el pitido de apertura del portal. subo como alma que lleva el diablo y veo a mi amiga en la puerta de entrada a su piso vestida sólo con una bata de satén rosa. La empujo y entro dentro. Me dirijo a su habitación. Abro la puerta y allí está. Desnudo como su madre lo trajo al mundo, Ramón. ¡Qué coño! Madre mía, pienso. La que he liado. Ramón se tapa rápidamente con una sábana y yo salgo de la estancia. Clara me mira con cara de odio, muy seria.

—Lo siento —digo bajando la cabeza—, creí que...

—Creíste que me estaba follando a tu hermanito. ¿Quién coño te crees que soy? Entendí tu mensaje, estoy con Ramón y punto.

—Perdóname Clara, yo... —No puedo acabar la frase. Intento abrazarla, pero se aparta.

Salgo del piso y vuelvo compungida a mi casa. En ese momento me llaman al teléfono. Lo cojo:

—Qué pasa hermanita, ¿me querías para algo? Tengo una llamada tuya.

—Hola Paul... —digo con un hilo de voz —. ¿Dónde estás?

—Pues... bueno... no lo quería decir aún, pero ya no tiene sentido ocultarlo. Me he matriculado en la facultad de farmacia.

Me quedo alucinada. Mi hermano siempre ha tenido una vocación especial por esa profesión, pero su vida loca no le ha permitido nunca tomárselo en serio.

—Pero eso es fantástico.

—Sí, la verdad es que estoy muy contento. Vengo las tardes que puedo. Tengo compañeros que me pasan apuntes cuando no puedo venir y con eso me las voy apañando.

—Paul —no puedo evitar preguntárselo—. ¿Tú y Clara no...?

—¿Con Clara? me llamó hace dos días y me dijo que lo nuestro no podía ser. Que me apreciaba, ya sabes... todas esas cosas que se suelen decir para anestesiar un momento.

—Y... ¿estás bien?

—Sí, Marta, no te preocupes, he recibido tantos golpes que parezco la luna. Todo lleno de cráteres. Uno más no me va a matar, jajaja —Paul se ríe de su ocurrencia.

—Vale Paul. No se te olvide pasarte por mi casa de vez en cuando, ¿de acuerdo?

—Claro Marta, no te preocupes, siempre que pueda lo haré, pero no te prometo nada, tengo la agenda muy cubierta. Bye hermanita.

—Bye Paul.

Al día siguiente me levanto con la intención de reincorporarme al trabajo. Necesito una rutina más pronto que ya. Me quedo pensando en lo que le voy a decir a Ramón. «Hola Ramón, me voy a incorporar a la empresa ya. Por cierto, que pilila tan pequeña tienes». Intento borrar de mi cabeza esa escena. Cuando entro por la puerta de PlusMarket todos se me quedan mirando. La verdad es que ya me estoy acostumbrando. Antes era porque se enteraron de que salía con el hijo del jefe. Ahora me miran porque le endiñé un bofetón al otro hijo del jefe y aun así no me han echado. Tengo más vidas que Amedio. Cuando entro por la puerta del departamento de marketing allí están Clara y Tomás. Veo que mi puesto está tal como lo dejé y han añadido otra mesa, en ella se sienta Vanessa.

—¡Hola! —exclamo.

Tomás se apresura a saludarme, Vanessa también. Pero Clara se queda en su puesto. Me saluda con un tímido movimiento de barbilla.

—¿A que no sabes la última? —empieza a decirme Tomás. Evidentemente no se la última—. Tu campaña, la de los insectos, ha sido la que más productos ha vendido. Tu idea de poner el eslogan que elegimos en los paquetes y presentarlos como snack está causando furor entre la juventud.

—Venga ya... —le digo incrédula.

—Como te digo Marta. No sólo nuestra sede del sur ha vendido más insectos,

sino que también somos los que más vendemos a nivel nacional. Cuando tus hijos miren en la Wikipedia dentro de unos años quién es la responsable del auge de los insectos condimentados en nuestro país, verán tu foto.

Me acerco al expositor que tenemos en la oficina y miro los paquetitos de snack. Grillos cubiertos de chocolate, saltamontes con miel... y en cada uno de los paquetes pone el eslogan «si no los pruebas, ¿Cómo sabes que no te gustan?», recuerdos de una noche de pasión me viene a la mente. Abro un paquete de grillos y saco uno. Le doy la vuelta para un lado y para otro. La verdad es que parece un bombón. Le doy un pequeño bocado y me obligo a no mirar el interior del bombón. Vaya... está buenísimo. Su sabor es dulce y su textura suave.

—¿Y bien? —pregunta Tomás.

—Sabe igual que esos bombones dorados de chocolate.

—Sí. Es justo lo que dijo Clara. Un Ferrero Rocher.

—¿También los has probado? —pregunto dirigiéndome a Clara—, que yo sepa todavía quedan cerdos y vacas.

Clara cambia su tez seria por primera vez desde que entré y me dice:

—Qué le vamos a hacer... es nuestro trabajo...

Se levanta, se acerca a mí y me abraza. Respondo a su abrazo abrazando más fuerte. No me gusta estar mal con Clara. Alguna lágrima se me escapa, pero son lágrimas de alegría. Tomás se nos acerca.

—Bueno, bueno... no sigáis que me emociono yo también. Por cierto, Marta, tienes que ir al despacho de Giorgio. Te espera.

Eso lo esperaba. A ver qué quiere. Asiento y me dirijo al patíbulo... otra vez. Mientras subo pienso que Giorgio me voy a encontrar. Con un jefe duro que prepara su venganza en plato frío, con el Giorgio del mesón, que claramente quiere algo de mí, o algún otro Giorgio que no conozco. Llamo a la puerta y escucho:

—¡Adelante! —Entro.

—¿Quería algo señor Salcedo?

Giorgio no mira a la puerta, está mirando la pantalla de un portátil con unas gafas que lo hacen... interesante. ¡Qué guapo es! El parecido con Helio es tan brutal que mi cuerpo reacciona. No sé si reacciona porque piensa que es Helio o porque es así de rebelde y quiere estar en contra de lo que piensa mi cabeza. Intento incorporar una textura pétrea a mi cara. No quiero que ni siquiera sospeche que físicamente me gusta. ¡Piensa Marta!, es Giorgio, recuerda lo que te hizo en Madrid.

—Pase y siéntese señorita Miller.

Giorgio me tiende la mano y lo saluda. Una electricidad similar a la ocurrida con Helio inicia en mi mano y se extiende por todo mi cuerpo. Maldito cuerpo traidor, pienso.

—¿Ha descansado estos días? —me inquiere sin ninguna malicia.

—Sí, gracias.

—Vale, me alegro porque ahora toca ponerse los machos.

Gira el portátil para que yo lo pueda ver. En él se ve una gráfica.

—Verás, gracias al acierto del grupo de marketing de esta sede tenemos una posibilidad de conseguir una cuota de mercado muy amplia en el sector de los insectos condimentados

Giorgio señala una curva en la pantalla.

—Como ves, nos encontramos en una situación temprana, pero aun así hemos conseguido vender más que otras marcas. Nuestra marca blanca vende más que otras. Sobre todo, en el tramo de edad desde los dieciséis a los veinticinco. Está arrasando entre los jóvenes.

—Bueno, esa era la idea inicial —afirmo contenta de las buenas noticias.

—Claro, pero no siempre una idea consigue su propósito.

Me quedo más ancha que pancha por lo que me está diciendo. Giorgio me mira, pero su mirada es muy diferente al encuentro anterior. Se quita las gafas de forma muy sexi y muerde la patilla.

—Lo está haciendo muy bien señorita Miller, siga usted así, tenemos que incidir en ese tramo de edad, sobre todo.

—¿Cuál es el producto que más se está vendiendo? —pregunto.

—El que más vende son los grillos de chocolate. Su precio es ajustado para el bolsillo de los jóvenes y su sabor es un deleite para el paladar.

—¿Lo ha probado usted también? —vuelvo a preguntar por segunda vez esa mañana.

—Por su puesto. Si no lo pruebo, ¿cómo puedo saber que no me gustan? —al decir esto sonrío. Y esa sonrisa se me clava en mi pobre corazón. En este instante no sabría a quién tengo delante, si a Helio o a Giorgio—. Vuelva al trabajo, aquí tiene el dossier de futuras intervenciones por parte de su departamento.

Me entrega una carpeta, me saluda con la mano y prosigue con lo que estaba haciendo antes de que yo entrara.

Salgo del despacho. Creo que la entrevista no ha salido como esperaba. Mi cabeza está contenta, pero mi cuerpo está contrariado.

Capítulo 21

Desarraigo. Ese es el sentimiento que tuve al aterrizar en mi tan querida Italia. Sentí que los lazos que tenía con mi tierra casi habían desaparecido. Pasé un día en Roma y coincidí en el hotel con Marina y con una clienta suya, Sheryl Smith, una periodista americana muy estrambótica, dueña de una revista llamada «*Hot's Journeys*», dedicada a mostrar viajes exóticos por todo el mundo. El caso es que Sheryl y yo íbamos a coincidir en Florencia y Marina me ha pedido que fuera con ella parte del recorrido y le explique lo que pueda acerca de la ciudad, anécdotas que conozca, etc. Vamos, que le haga de guía. Yo he aceptado. No puedo hacerle el feo a Marina. En estos momentos nos encontramos en el tren camino a Florencia y Sheryl está muy interesada en historias de amor en aquella región.

—¿Y dices que ese castillo encierra una leyenda trágica de amor?

—Sí, la historia es muy triste.

—Cuéntamela, por favor, Helio —me dice expectante.

—Verás, esto ocurrió en el siglo XV. En el castillo de Fosdinovo. En él vivía una joven, Bianca María Aloísia. Su padre quería casarla con un caballero de una región vecina, pero ella se negó y confesó que estaba enamorada de un humilde mozo de cuadra del castillo. La chica cayó en desgracia y la internaron en un convento. El caso es que, pese a la prohibición, se siguieron viendo a escondidas y la chica se quedó embarazada. Él fue torturado lentamente hasta la muerte y a ella la castigaron con la tortura de hierros candentes para que confesara el pecado y se disculpara. A pesar del tormento que pasó, ella no se disculpó y confesó que volvería a irse con su amor. Fue enterrada viva entre los muros del castillo de Fosdinovo. Con ella enterraron un jabalí que simboliza la rebelión contra el honor de su familia y un perro, que simboliza la lealtad a su amor. En torno a esta historia hay una ramificación de leyendas varias. Entre ellas hay fantasmas y mucho mito.

—Pero la historia ocurrió, es decir, ¿tiene algo de cierta? —pregunta Sheryl.

—Claro. De hecho, los arqueólogos encontraron unos huesos pertenecientes a

un ser humano y a dos animales en un lugar muy extraño dentro del castillo.

—¡Qué trágico! —exclama Sheryl tomando mi mano.

Lleva un día y medio coqueteando conmigo, pero ya llegando a nuestro destino me está acosando literalmente. Sheryl es muy guapa y tiene un bonito cuerpo, pero yo en estos momentos sólo pienso en dilucidar mi pasado. Le quito la mano disimuladamente y le explico.

—Cuando lleguemos a Florencia deberás coger un taxi que te lleve al castillo. Está a unas dos horas.

Una vez en Florencia me hospedo en el mismo hotel que Sheryl, la cual utiliza sin éxito todo su arsenal de seducción. A la mañana siguiente me despido de ella.

—Espero que te vaya bien en la Toscana, Sheryl.

—Gracias Helio. Seguiré en este hotel durante una semana al menos. Así que si cambias de opinión...

—Encantado de conocerte. —Le cojo una mano, la beso y salgo del edificio.

Me dirijo a un taxi, entro y le digo una dirección al taxista:

—Hospital Psiquiátrico Judicial de Florencia, por favor.

Miro el reloj del móvil y puedo constatar que voy a buena hora. Tengo una cita con el doctor Carusso, pero antes de llegar tengo que hacer una llamada. Saco una tarjeta que llevo en mi cartera y tecleo en el móvil:

—Hola Inspector. ¿Qué tal todo por Madrid?

—¡Helio! ¡Dónde diablos te has metido!

—Estoy en Italia.

—No puedes ser más preciso, en el móvil ya pone que llamas de Italia.

—Quién sabe... quizá por la parte alta de la bota o quizá por el tacón. Mire Márquez...

—¿Ahora sí te gusta que nos tuteemos? —me grita cabreado.

—No se enfade —intento calmarlo.

—¿Sabe que podría meter en un lío a su amiga por lo que hicieron?

—¿Qué amiga? No sé de qué me está hablando. Mire inspector, le llamaba porque lo veo algo perdido. Le voy a mandar por wasap una foto de un individuo llamado Michael Crowl. El tipo en cuestión me asaltó hace unos días e insinuó que yo le había hecho algo a Nadia. Pruebe por ahí, parece que la relación con su novio, Nacho, no estaba pasando por un buen momento. Le dejo los deberes medio hechos. A ver si de una vez por todas me deja en paz.

Cuelgo y no le dejo replicar. Madre mía el cabreo que tendrá. Le mando la foto del fotógrafo y apago el móvil.

Cuando entro por la puerta del hospital un escalofrío interior me sacude. No todos los recuerdos en este sitio son malos, pero a priori, los que me llegan son los más duros. Voy directamente a la consulta del doctor Carusso. Aquellos pasillos podría recorrerlos con los ojos cerrados, pero además literal. Tenía un amigo en aquel lugar, se llamaba Tonio, pero todos lo llamábamos ratón. Tonio era ciego y paseaba por los pasillos y jardines del hospital contando pasos, tocando esquinas, palpando todo aquello que le permitiera saber en qué punto se encontraba. Yo me vendaba los ojos e intentaba llegar a algún punto del sanatorio antes que mi amigo. Era nuestro juego. Cualquiera que nos hubiese visto nos habría tomado por locos... si no lo éramos ya. Nunca supe de su enfermedad aparte de su ceguera, no era lo importante allí. Sólo éramos amigos. Y digo era porque Tonio murió un año antes de que yo saliera del hospital. Pensando estoy sobre ello cuando oigo una voz a mis espaldas:

—¿Helio? —esa voz tranquila y ronca la conocería en cualquier parte.

—Doctor Carusso...

El doctor Carusso me estrecha firmemente la mano:

—Estás increíble Helio. Te veo muy bien.

—Bueno —digo con una media sonrisa—, la libertad sienta bien a todo el mundo.

Mis palabras han sonado como a reproche, pero si a alguien no hay nada que reprochar es al doctor Carusso.

—Claro Helio... —Me toca el hombro y me invita a caminar con él por el pasillo— ¿Te llegaron las pastillas?

—Creo que siguen en mi buzón, doctor Carusso, gracias de todos modos, pero seguí su consejo. Estoy aquí para cerrar mi pasado.

—Entiendo... —Asiente—, eso está bien. ¿Estás teniendo sueños?

—Sí doctor. Algunos no tienen nada que ver con el pasado que quiero recuperar, son retales de recuerdos muy extraños, pero hay otros que me están ayudando.

Por la dirección que llevamos, creo que vamos a su consulta.

—Me alegro mucho de esa decisión, como te dije por teléfono, tienes que cerrar ya las heridas, por cierto, ¿sabes ya quién te cambió las cápsulas?

—No tengo ni idea doctor, como no fuera mi hermano no sé quién pudo ser, pero ¿para qué diablos iba mi hermano a cambiar las pastillas? No sé doctor, todo es muy raro...

—No pienses lo que estás pensando, Helio.

Miro al doctor, me conoce muy bien, sabe bien de mis dudas con respecto a mi diagnóstico. Entramos en la consulta del doctor Carusso y me encuentro de frente con un hombre calvo y en silla de ruedas:

—¿Doctor Fabricio Simone? —consigo balbucear.

—Hola Helio.

—Pero ¿no se había jubilado? —pregunto dirigiéndome a Carusso.

Empiezo a pegar voces. A maldecir. Tengo ante mí al responsable de mi largo encierro en aquella cárcel.

—Tranquilo Helio, el doctor Simone está aquí para ayudarnos a cerrar tu pasado —asevera Carusso.

—¿A ayudarnos? Por favor Paulino, no me haga esto... este hombre no me ayudó en el pasado, porque diablos iba a ayudarme ahora...

—Helio, tengo cáncer —escupe el doctor Simone. La habitación se queda en silencio.

—Pues lo siento mucho doctor, pero eso no cambia todo lo que me hizo.

—Todo lo que hice tiene una razón. —La habitación se vuelve a quedar en silencio.

Me tranquilizo y el doctor Carusso me invita a sentarme en una silla. Miro con más atención al doctor Simone. Usa silla de ruedas. Su espeso cabello es ahora una calva íntegra, cejas incluidas. Sus ojos, hundidos.

—Verás Helio, en cuanto a tu diagnóstico, tengo que decirte que no voy a cambiar nada.

El doctor Carusso niega con la cabeza las explicaciones del doctor Simone, pero no dice nada. Éste continúa hablando:

—Cuándo entraste en esta institución había muchos síntomas de trastorno de personalidad múltiple y, gracias a la medicación, mejoraste mucho. El caso es que cuando te iban a dar el alta hospitalaria, yo me negué...

—Sí, menudo hijo de puta —le increpo.

—¡Helio! —me reprende Carusso—, dejemos que se explique.

El doctor Simone prosigue:

—Me negué a esa alta hospitalaria, no porque no estuvieras estabilizado y preparado para salir, me negué a esa alta porque me amenazaron.

Me quedo alucinado. Intento que mi expresión permanezca pétrea, pero no lo consigo. El doctor Simone sigue su perorata:

—Sí Helio, me amenazaron. ¿Te suena Franco Bianchini?

—¿El líder de la camorra napolitana? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—No lo sé Helio... llevo más de trece años que me pregunto lo mismo — aclara Simone—. Solo te puedo decir que me amenazaron. Helio, las instrucciones eran claras, si tú salías antes de dos años, yo era hombre muerto.

—¿Por qué me dice esto ahora?

Simone se señala a sí mismo.

—¿No es evidente? ahora mismo hay algo que me da más miedo que Bianchini. No me queda mucho de vida, Helio, y si de algo estoy arrepentido en mi vida, fue que estuvieras dos años más encerrado por mi causa.

—¿Quién es Franco Bianchini? —pregunto. La habitación se vuelve a quedar en silencio, de fondo se escucha el tic-tac de un reloj.

—Quién sabe eso. No lo sé y te juro que si lo supiera te lo diría. Pero Helio, creo que alguien puede ayudarte en eso. ¿Conoces a Marco Scolano?

—¿El hermano mayor de Vincenzo?

—El mismo. Marco era muy diferente a su hermano. Desde un principio no quería saber nada de los negocios de su padre. Estudió, y ahora es profesor de historia en la universidad de Florencia.

—¿Crees que él sabe algo de Franco Bianchini?

—No pierdes nada —finaliza Simone—. Con vuestro permiso, tengo que ir al lavabo, mi vejiga no tiene el aguante que tenía antes.

Nos quedamos en la estancia Carusso y yo.

—¿Usted sabía algo? —pregunto.

—No, me acabo de enterar, pero eso explicaría el comportamiento tan extraño en aquellos meses del doctor Simone.

—Tengo que encontrar a Franco Bianchini.

—Helio, es mejor que no te metas en esos temas, esa gente...

—Doctor —interrumpo—, usted me dijo que tenía que cerrar mis heridas, cerrar mi pasado y todas esas cosas.

El doctor Caruso se queda en silencio, mirándome y pensando:

—De acuerdo Helio, pero ten mucho cuidado.

Media hora más tarde me dirijo en taxi a la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Florencia. He estado mirando por internet el horario de clases del profesor Scolano y si me doy prisa puede que llegue a tiempo para hablar con

él. Tras preguntar al conserje, a una profesora y dos alumnas llego a la puerta del aula donde supuestamente está dando clase Marco Scolano. Abro y hecho un vistazo general. El aula es grande, los pupitres están escalonados. Me dirijo a las primeras filas, mi intención es que Marco me vea:

—Muchas de las carreteras que hoy vemos por Europa, fueron calzadas realizadas por el imperio roma... —Marco me ve y se trastabilla, aunque intenta reponerse—... por el imperio romano.

A mi alrededor varios alumnos, sobre todo chicas, no dejan de mirarme y cuchichean señalándome. Miro a Marco. Sigue con su explicación, pero noto que me mira de reojo en alguna ocasión. Lo más probable es que piense que soy Giorgio, más que nada, por la amistad entre su hermano y el mío.

—Eso es todo por hoy chicos, mañana acabamos con el tema dieciséis, el legado romano y comenzamos con el siguiente tema, política en el imperio romano.

Marco cierra el libro y sale por una puerta interior diferente a la puerta donde entran los alumnos. Lo sigo. Gira en un pasillo y cuando llego al cruce noto a un Marco desconocido que me coge de las solapas de la camisa y me pega contra la pared. Vaya, es el segundo que me hace esto en menos de una semana...

—¡Qué haces tú aquí!

—Escucha Marco, sólo quiero hablar contigo. Soy Helio.

Su rostro se relaja. Le tiene ganas a mi hermano, ya somos dos, pienso.

—¿Qué quieres Helio?

—Necesito tu ayuda para un asunto, Marco.

Le quito las manos de mi camisa y me la aliso.

—¿De qué se trata? Espero que sea algo de historia porque si no, no sé nada.

—Subraya las palabras «no sé nada» para que sepa que no está dispuesto a soltar prenda.

—Sí, es de historia, de mi historia —subrayo.

—De tu historia no sé nada.

—Marco, necesito que me digas, ¿quién diablos es Franco Bianchini?

—Yo soy profesor de historia, no sé nada de mafiosos ni de asesinos. —
Resalta la palabra «asesinos».

—Marco, mataron a tu padre y a tu hermano.

—¿Y qué quieres? ¿Qué me maten a mí también? Helio, tengo familia.

—Te entiendo Marco.

—No, no me entiendes, no sabes el infierno que pasé yo aquellos años. No

sabes lo que es que te obliguen a llevar unos turbios negocios sin que te pregunten si quieres hacerlo. No sabes lo que es que te enseñen a disparar un arma a los ocho años, que maten a tu padre y a tu hermano. Helio, no sabes lo que es doblar cada esquina con el miedo a encontrarte con uno de ellos.

Marco me apunta con un dedo índice tembloroso. Le entiendo y no puedo obligarle a que me diga nada. Bajo la cabeza en señal de fracaso. No ha valido mucho todo esto. Le pongo la mano en el hombro.

—Te entiendo Marco. Por si cambias de opinión y recuerdas algo, aquí tienes.
—Le entrego una tarjeta mía.

Me doy la vuelta y comienzo a caminar hacia la salida.

—¡Helio! —giro la cabeza para escucharlo.

—Quiero que sepas que no te tengo rencor por no disparar aquel día. Yo tampoco hubiera disparado. —Asiento y sigo caminando hacia la salida.

Una vez fuera hago un croquis en mi cabeza de mi viaje a Italia, no ha sido muy provechoso, pero seguro que me sirve para recordar cosas. En ese momento recibo un mensaje al móvil de un número oculto.

«No sé quién es Franco Bianchini, sólo sé que el hombre en cuestión tiene tatuada una rosa negra en el pecho. Me lo dijo mi padre la noche antes de que lo mataran. Él sabía que iba a morir. Borra este mensaje y olvida que has venido aquí. Suerte Helio».

Guardo el teléfono y pienso que ojalá no hubiese recibido este mensaje. Solo conozco a una persona con una rosa negra tatuada en el pecho. Mi padre.

Capítulo 22

Helio me come la boca lentamente, me da mordisquitos en la comisura de mis labios que alterna con invasiones de su lengua en mi boca. Él está sentado en un sofá y yo estoy sentada en su regazo. Su mano, que en estos momentos me acaricia el cabello, traza una ruta hacia mis mejillas, mi cuello, mis hombros y acaba acariciándome los pechos por encima de un sujetador con transparencias que no recuerdo poseer. Él sigue comiéndome la boca al mismo tiempo que su mano, traviesa, baja por mi ombligo y acaba en mis nalgas. Las aplasta entre sus manos. A continuación, me incorpora y coloca mi espada en su pecho. No lo veo, pero noto su aliento en mi garganta, me la besa, me la chupa. Sus manos, ahora ambas libres, cubren mis pechos. Me los acaricia. Me pellizca ambos pezones con sus dedos. Baja lentamente sus grandes manos por mi cintura, mis caderas y llega a mis muslos. Me abre las piernas y, de repente, otro Helio se acerca a nosotros desnudo. ¿O es Giorgio?, no sé. Estoy confusa. Quizá Giorgio sea el que tengo a mis espaldas acariciándome y el que tengo enfrente es Helio. No logro diferenciarlos. Con las piernas abiertas, el recién llegado se pone en cuclillas y pone su boca a la altura de mi sexo. Comienza a acariciarme el interior de los muslos. A continuación, posa su lengua en mi ombligo y comienza a bajar lentamente hasta llegar a mi monte de venus. Allí expulsa su aliento provocando en mí un estremecimiento salvaje. Con su lengua me roza el clítoris muy lentamente. Comienzo a hiperventilar. Tengo a un gemelo besándome el cuello y tocándome los pechos y su miembro duro posado en mi culo. El otro gemelo me come el sexo de una manera deliciosa. Contoneo mis caderas para acomodar su lengua a mi deseo. El gemelo que tengo enfrente cesa su ataque a mi clítoris y se pone de rodillas. Su pene, erecto y largo, está a la altura de mi vagina. Lo introduce lentamente y yo gimo de placer. Lo saca lentamente. Mi vagina se humedece más y más. Vuelve a meter su miembro despacio. Yo muevo mis caderas buscándolo. Necesito que entre en mí. Estoy muy caliente. A continuación, me penetra de manera brusca, hasta el fondo. Grito de placer. Acelera el ritmo. Estoy en éxtasis. Estoy llena por entre mis piernas mientras el otro gemelo me besa, inunda mi boca y me acaricia mis pechos. ¿Se podrá morir

de placer? Porque si es así, estoy a punto de morir. Entonces noto como el gemelo que me besa, comienza a chupar mi mejilla, la tiene rasposa. Seca. De repente noto como mi gato Amedio me está chupando la cara. Estoy en mi cama. Sola. Pero mi entrepierna está húmeda. Menudo sueño acabo de tener.

Han pasado dos semanas desde mi reincorporación a la empresa. Nuestro departamento ha sufrido un cambio profundo. Tenemos más carga de trabajo. Se han dado cuenta que el marketing no es un incómodo departamento, ni un bonito adorno que toda compañía debe tener. El marketing puede dar succulentos frutos, por eso han ampliado nuestro presupuesto y vamos a saco con todo tipo de productos. Todo este trabajo me está liberando la mente, aunque, a veces, como en el caso de esta noche se me libera demasiado. Intento no pensar en el significado del sueño que he tenido. Supongo que necesito sexo como cualquier otra necesidad fisiológica que tenemos todo el mundo. No sé nada de Helio. Me hubiera gustado que me hubiera llamado, aunque fuera para pedirme disculpas por la escenita que me montó. Pero no es así. En cuanto a Giorgio, sigue en Granada. En el trabajo, mi trato con él es totalmente profesional, pero fuera de él, lleva dos semanas mandándome flores a mi casa con la misma nota todos los días.

«¿Cenarías conmigo una de estas noches? Sólo tienes que mandarme un emoticono con el pulgar hacia arriba al wasap. 667 288 257. Giorgio».

Me levanto y me doy una ducha fría, muy fría. Me visto con un pantalón azul marino y una chaqueta del mismo color con una camisa interior blanca. Mi aspecto es elegante y profesional..

¡Riiiiing, riiiiing!

Llaman a la puerta. Miro por la mirilla, es Clara. Abro.

—¡Hola chochi! —exclama—, pero ¿qué cara es esa que tienes? Tienes la cara del reo al que van a dar pasaporte.

Mi amiga no anda muy desencaminada. Hoy estoy más nerviosa de lo normal. Tengo una importante entrevista para la televisión a nivel nacional. El motivo es el boom en la venta de insectos condimentados. En estas dos semanas se ha producido un incremento exponencial en la venta. Tal y como predijo Giorgio. Espero que todo salga bien. Los directos pueden ser muy imprevisibles.

—Ya me gustaría a mí verte en mi lugar —replico—, no sé, ¿y si me hace

comer uno de los insectos en directo y está en mal estado y poto en directo o algo? En serio, Clara, pueden pasar un montón de cosas.

Mi amiga me coge de los hombros.

—Tranquila Marta, lo vas a hacer muy bien. No conozco a nadie más eficiente que tú para hacer este trabajo. Yo iría contigo, pero ya sabes la acumulación de trabajo que tenemos.

Cuando llego al supermercado dónde se va a producir la entrevista, trato de acomodarme al lugar. Necesito saber dónde está todo para saber reaccionar ante imprevistos. Miro el stand donde se encuentran los insectos. Hay tres productos. Grillos recubiertos de chocolate, saltamontes a la miel y unos nuevos que acabamos de incorporar, termitas rojas. Este producto no tiene ningún condimento. Son lavadas, congeladas y deshidratadas; su sabor es similar al beicon. Meditando estoy sobre ello cuando veo entrar por la puerta del supermercado a mis entrevistadores. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando veo a la que me va a entrevistar, Patricia Moreno, alias, la metepatas. Tiemblo al pensar lo que puede pasar. Viene acompañada con un chico alto y guapete. Es Calvo, pero es de esos calvos que le sienta muy bien serlo. Muy a lo Vin Diesel. Porta una cámara que, debido a su tamaño, parece pesada, pero él la maneja de forma muy liviana.

—Buenos días —me saluda la chica—, mi nombre es Patricia Moreno y soy la corresponsal del programa “España OnFire” en Granada.

—Encantada de conocerla —miento e intento esconder mi estado en shock dirigiéndome al cámara— ¿Y usted es?

—¿No te acuerdas de mi...? —dice el aludido. Eso me sorprende. Intento mirar con más atención al chico. Le trato de poner pelo y... ¡bingo!

—Claro, coño Pablo, pero si estabas en mi clase en la carrera de ciencias de la información. —Le doy dos besos en las mejillas— Perdona, no te había conocido...

—Sin pelo, puedes decirlo. Me estaba quedando con unas entradas horribles y la gente me dice que así estoy mejor.

—Sí —digo sincera —, estás estupendo Pablo.

—Ejem... —interrumpe Patricia—, vamos al lío Pablo. A nadie le interesa tu pelo. —Los dos nos quedamos boquiabiertos. La malafollá de ésta dobla a la de mi amiga Clara. Lleva una carpeta negra en su brazo. La abre y comienza a leer en ella.

—Pues entramos en directo dentro de veinte minutos.

—¿Veinte minutos? ¿Tan pronto? —exclamo. Patricia me ignora y sigue leyendo:

—La entrevista versa sobre la incursión de los insectos en la gastronomía española y la gran aceptación por parte de los consumidores de estos productos. ¿Podemos ver a los protagonistas?

—Por supuesto —respondo contundente. La llevo al stand de insectos condimentados y ella lo mira con repulsión.

—Desde luego, la gente está loca. ¿Cómo puede ni tan siquiera meterse en la boca semejante bicho?

¡Pero será zorra la tía! Espero que no diga una perla de esas en directo. Seguro tú te metes otros bichos peores en la boca, pienso, pero no lo digo. En su lugar pongo mi sonrisa más falsa posible y replico:

—Patricia, si no los pruebas, ¿cómo sabes que no te gustan?

Por su cara sospecho que no le gusta el eslogan.

—¡Patricia! —grita Pablo —, que ha fallado un reportaje y entramos antes. ¡Prepárate!

—¡Mierda, mierda! —murmura Patricia—, necesito unos minutos.

Vaya, la que me tiene que transmitir tranquilidad, pienso.

—¡Tu nombre! —me grita—. ¡Cuál es tu nombre! Y tu cargo en la empresa, dímelo también. —Madre mía, a esta le va a dar un yuyu.

—Soy Marta Miller, integrante del departamento de marketing de PlusMarket en su sede andaluza.

Pablo pone una cuenta atrás con su mano libre. Con la otra sostiene la cámara. Cinco, cuatro, tres, dos, uno.

—Y... ¡dentro! —exclama Pablo. Todos los presentes escuchamos por un altavoz la voz de una presentadora conocida:

—Patricia Moreno, desde Granada, nos va a informar del boom tan impresionante que están teniendo los insectos condimentados. ¿Has probado alguno, Patricia? —se oye decir a la presentadora.

—Hola Laura, por supuesto que los he probado, con este precioso eslogan cualquiera se resiste. Jajaja —ríe Patricia—. Aquí tengo a mi lado a la directora general del departamento de marketing de PlusMarket, Marga Míguez.

Madre mía, la loca ésta me ha puesto un cargo altísimo. Además, ni ha acertado el nombre, ni el apellido. Opto por no corregirla y me dispongo a saludar a la presentadora.

—Hola Laura, en PlusMarket nos encontramos muy contentos con el éxito que estamos teniendo entre los jóvenes.

—Hola Marga —me saluda la presentadora—, ¿Qué insectos nos podemos encontrar si vamos a un supermercado de PlusMarket?

—Aquí los tenemos Laura —me interrumpe Patricia apartándome de un manotazo. La cámara enfoca el stand con los tres productos—. Están los grillos de chocolate, las Hormig...

—Termitas rojas —la corrijo— y los saltamontes a la miel. Son productos con un alto nivel proteico y su comercialización está cada vez más expandida por todo el mundo.

—Se dice que es el alimento del futuro —inquire la presentadora—. ¿Qué tiene eso de verdad?

—Pues sí Laura. Se calcula que para el año 2050 habrá en la tierra nueve mil millones de personas. Tenemos que encontrar formas de abastecer a tantas personas. El coste de la crianza de insectos es ínfimo en comparación con los beneficios proteicos que nos dan. Además, están muy buenos.

—Oye Marga y Patricia, para acabar la conexión me gustaría que abrierais un paquete de esos y los probarais en directo —propone la presentadora.

Patricia y yo nos miramos. La veo muy perdida y muy acongojada. Pone cara de asco. Pido ayuda con la mirada a algunos empleados del supermercado. Una chica se adelanta y comienza a explicar:

—Hola Laura, veo tu programa cada vez que puedo. ¡Me encanta! Patricia nos ha comentado antes que tenía una pequeña indigestión. Si te parece, finalizamos la conexión Marga y yo.

—Por supuesto, jajaja —ríe la presentadora—. ¿Cómo se llama usted?

—Mi nombre es Julia. Soy frutera.

—Encantada Julia. Pues adelante.

Cojo dos paquetes de grillos de chocolate, le doy uno a Julia y los abrimos. Ambas miramos a cámara, nos zampamos nuestro grillo de chocolate y nos chupamos los dedos a la par. Parece hasta ensayado.

—Muchas gracias. Tendremos que probarlos. ¡Cuídate Patricia! —finaliza la presentadora.

La conexión se corta. Pablo grita:

—Y... ¡fuera!

—¡Maldita sea!, me habéis chafado la conexión —grita Patricia, se da la vuelta y sale de allí a zancadas.

—Pero ¿qué dice la loca esa? —pregunta Julia dirigiéndose a mí.

—Ni caso. Por cierto, ¡gracias!, has estado muy ágil.

—No hay de qué. Además, esos grillos con chocolate... están divinos.

Ambas reímos. Pablo se dirige hacia mí, me da una tarjeta y se marcha. La miro y veo que me ha dado su número de teléfono. Vaya, pienso, he ligado con Vin Diesel.

—¿Vienes a tomar un café? —le pregunto a Julia.

—Vale, tengo media hora. —Asiento y salimos del supermercado.

Me dirijo a la cafetería y trato de indagar como ha salido todo. La imagen de la compañía ha quedado bien, pienso. Al entrar me fijo más en Julia. No es muy alta, pero tampoco baja. Tiene el pelo negro en media melena. Tendrá unos treinta y pocos años. Su cara está ojerosa, como si le faltaran horas a su día.

—Has estado genial Julia, espero que los jefazos hayan visto tu intervención.

—¡Gracias!, tú también Marga.

—Bueno... mi nombre no es Marga, me llamo Marta. Y tampoco soy la directora general de marketing. Solo soy una trabajadora de la sede de aquí, en Granada, la tía esa lo ha liado todo.

—Jajaja —ríe Julia—, sí, en cuanto vi la misma cara de asco que ponen mis hijas cuando les doy potito de acelgas, decidí intervenir.

—Ya, pero no todo el mundo es capaz de hacerlo —asevero—. ¿Cuántos hijos tienes?

—Tengo tres, un chico de catorce, Raúl y dos nenas, una de cinco, Tiffany, y otra de tres, Andrea.

—Vaya... qué mérito tienes, yo no puedo ni cuidar a un gato —le digo al recordar que he olvidado nuevamente comprar la comida de Amedio.

—Créeme, cuando los tienes, no puedes pensar en otra cosa, todo gira en torno de los hijos. Además, si estás sola, pues todo se complica.

—¿Y su padre? —pregunto arrepintiéndome al instante de hacerlo, me estoy metiendo donde no me llaman.

—Su padre... es un cerdo. Estamos separados. No le pasa nada de dinero a los niños y si no fuera porque conseguí este trabajo hace unas semanas, prácticamente estaríamos en la indigencia mis hijos y yo.

—Vaya... lo siento —le digo sincera.

—No sientas nada. ¿Sabes?, nos iban a desahuciar de mi casa, pero ahora estamos muy bien. Este trabajo me gusta. Todo fue gracias a un príncipe que

vino, vio nuestra situación y nos ayudó. —Noto un brillo en su mirada, como si unas lágrimas quisieran derramarse de sus ojos, pero se repone parpadeando varias veces seguidas, tragándose las lágrimas.

—¿Un príncipe?

—Sí —afirma Julia con la mirada perdida—, un príncipe alto de ojos azules. Me consiguió este trabajo.

Cuando Julia dice eso, no puedo evitar pensar en el mío. En mi príncipe de ojos azules, Helio.

—Me alegro de que todavía haya personas que se preocupan por el prójimo. ¿Lo hizo a cambio de algo?

—Ojalá me pidiera lo que quisiera —dice Julia con una sonrisa pícar—. Además, es pintor y vino a ayudar a mi hijo con la pintura, ¿sabes?, tengo un artista en casa. Mi hijo Raúl apunta maneras para la pintura.

Esto me deja un poco mosca.

—¿Cómo se llama el hombre que os ayudó? —pregunto.

—Se llama Helio.

Me quedo en shock mirando a Julia. Desde luego el mundo es un pañuelo. Pienso en Helio. Además del físico tan impresionante que tiene, es apasionado, romántico y por lo que veo tiene un gran corazón. Pero ¿por qué me hizo eso? y lo que es peor, ¿por qué no me llama ni nada? Estoy pensando en ello cuando me interrumpe Julia.

—Por tu expresión me ha parecido como si lo conocieras.

—Sí... es un... —¿Qué es Helio? ¿es un amigo? ¿un rollito? Finalmente encuentro una palabra—, conocido. Es un conocido —repito.

—Pues entonces no te sigo diciendo lo maravilloso que es, por tu expresión lo sabes de sobra —me dice con sonrisa aviesa.

En ese momento me llaman al teléfono. Lo cojo disculpándome con Julia.

—Hola Marta, soy Giorgio. Te he visto por televisión. Tengo que decirte que has estado estupenda.

—Gracias señor Salcedo.

—Giorgio —me riñe.

—Gracias Giorgio.

—Marta, me gustaría que esta noche cenáramos juntos, no pienses mal, es una cena de trabajo. Me gustaría hablar contigo de un asunto.

Me tenso. Estoy pensando en que Helio me tendría que haber llamado y me llama su hermano para quedar conmigo.

—De acuerdo Giorgio, nos vemos luego.

—Estupendo, te recojo a las ocho.

Estoy por decirle mi dirección cuando recuerdo que Giorgio ya lo sabe. Me ha mandado decenas y decenas de flores durante las últimas semanas.

—Vale, a las ocho. —Cuelgo el teléfono.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Julia.

—Todo bien Julia. Era un jefazo, está muy contento con la entrevista. Quiere verme esta noche.

—Pero eso es estupendo, lo mismo te ascienden —opina Julia. Encojo los hombros.

—¿Quién sabe?

¿Ascenso? Pues no lo había pensado. Me despido de Julia y nos intercambiamos los teléfonos, esta chica me ha caído la mar de bien. Es toda una madraza super luchadora. Me dirijo a la sede, aún me quedan horas de trabajo y hoy voy a ser la comidilla de toda la empresa, y lo que no es la empresa, pienso cuando me doy cuenta de que no le he dicho nada a mi familia sobre la entrevista. Como me haya visto mi madre en la tele... le va a dar un telele. Sonríó ante mi propio chiste. Qué lástima que siempre que se me ocurre una frase ingeniosa, nunca hay nadie conmigo. Me pregunto si a todo el mundo le pasa igual.

Cuando por la tarde llego a mi casa, lo que menos me apetece es una cena con el hermano de Helio, por muy de trabajo que sea. El día ha sido estresante en la sede, mi móvil echa humo y para colmo, el único que me hubiese apetecido que me llamara no me ha llamado. Helio... ¿por qué me has hecho esto...? Ya que pasas de mí... por lo menos, sal de mi cabeza. En ese momento recuerdo la forma que me aconseja siempre Clara para olvidar los encoñamientos. Un clavo saca otro clavo. Lo que sucede es que mi madera ya está muy maltratada.

Capítulo 23 (Día D, parte 1)

Valle de Chianti. La Toscana. Italia. 2007

Estaba anocheciendo cuando Helio y Margaretta llegaban de Florencia en el coche de Helio, un Fiat 500 del 2003 de color amarillo. A los lados de la carretera dejaban paisajes idílicos, hileras de cipreses, viñedos y cultivos varios. Lo mejor de aquel paisaje, el contraste de colores. Distintos tonos de verde, marrón, amarillo y rojo hacían de este valle uno de los focos principales de turismo de la Italia interior.

Habían estado viendo la película «Apocalipto», que trataba de una tribu de indígenas que era atacada por otra tribu más grande. El protagonista era esclavizado, pero escapó y huyó a su tierra, dónde consiguió deshacerse de sus perseguidores.

—El protagonista en su tierra era más poderoso que fuera de ella —apuntó Helio.

—¿Eso es una indirecta? ¿Te estás rajando? —le reprochó Margaretta.

—No Marga, mañana nos vamos a Roma. Ya lo hemos hablado. Yo estudiaré bellas artes y tu Historia del arte. Yo me iría hasta hoy —dijo él besándole una mano.

—No, tengo que preparar algunas cosas antes de partir. Mañana sobre las nueve quedamos en la ribera del río, junto al puente —dijo ella.

—Tengo miedo de que ese miserable te haga algo —apuntó Helio.

Margaretta estaba más nerviosa de lo normal. La historia de su vida había sido una total odisea. Cuando murió su madre, a su padre le había dado por la bebida. Es curioso como el efecto del alcohol es totalmente diferente en unas personas y en otras. A algunos les entra sueño, otros se sobreexcitan, otros en cambio el alcohol les relaja, a otros les surte de valentía para realizar cosas que no se atreverían sin estar bebido, y finalmente, están los violentos. Este era el caso del padre de Margaretta. Gritos, zarandeos, insultos y lo peor, Margaretta había sido víctima de abusos sexuales. Ello fue antes de que Margaretta empezara a salir con Vincenzo. Con él, su padre no se atrevió a tocarla. Después de la muerte de

Vincenzo ella le hizo frente sola, era más madura y más fuerte. Pero en ocasiones, le seguía teniendo miedo. ¡Un día!, se decía. Sólo un día más.

—No te preocupes Helio. Sólo un día más. No es ni un día. Unas horas. —Margaretta realizó un cálculo mental rápido— Unas catorce horas exactamente.

—Tienes razón. ¡Ven! —Helio se trajo hacia sí el cuerpo de Margaretta y ésta lo abrazó mientras él conducía. No veía el momento de que partieran a Roma los dos. Comenzar una nueva vida junto a Margaretta lo colmaba de ilusión.

Después de la muerte de Vincenzo, contra todo pronóstico, Margaretta empezó a salir con Giorgio. Salieron durante tres años y medio, pero al parecer no acabaron bien. Helio aprovechó el momento y comenzó a cortejarla. Su amor por ella no había cambiado en esos años. Finalmente, Helio consiguió su objetivo y comenzó una relación con ella. Llevaban meses desde entonces y habían empezado a ahorrar para comenzar de cero en otra ciudad. Ella trabajaba en una tienda de souvenirs y él pintaba paisajes y los vendía en las plazas de los distintos pueblos de alrededor.

—Tu hermano Giorgio, ¿sigue en Nápoles?

—Sí... —respondió Helio—, supuestamente está estudiando económicas, pero tú y yo sabemos lo que está haciendo allí.

—Ya... ¿Crees que está trabajando en serio para Bianchini o prepara su venganza contra él?

—No lo sé Margaretta, llevamos años sin dirigirnos la palabra. Muchos de los hombres que trabajaban para Scolano están ahora con Franco Bianchini. Mi hermano quería mucho a Vincenzo, es raro que trabaje para el que ordenó acabar con la familia Scolano. Puede que lo esté buscando.

—¿A Franco Bianchini?

—Sí... a Franco Bianchini.

Nadie sabía dónde se encontraba Franco Bianchini, el jefe de la camorra napolitana. Después de descabezar a los Sicarieli, se había hecho con el control de los negocios, pero nadie le había visto ni sabía quién era siquiera. Franco tenía cuatro hijos que sí que se dejaban ver, de hecho, en los últimos años dos de sus hijos habían sido detenidos y se encontraban en la cárcel. Si algo había que agradecer a Franco Bianchini es que había acabado con la cruenta guerra entre familias de los años noventa. Ahora, tanto la camorra napolitana como la mafia siciliana funcionaban más como una multinacional que como una organización mafiosa. Entre sus negocios destacaba con diferencia el narcotráfico, seguido por la extorsión y la explotación sexual, entre otros. Bianchini era el hombre más

buscado en Italia, pero a Helio le parecía que no le ponían mucho énfasis en encontrarlo, ya que había conseguido con su acción, “cierta paz” en toda la península.

—Estoy muy ilusionado Margaretta... —dijo Helio mirándola con amor.

—Yo también —le confesó ella—, llevo años esperando esto. ¿Estás seguro de querer venir conmigo Helio?, tu familia es muy rica y la vida con ellos será más cómoda y sencilla que conmigo.

—Yo no quiero una vida cómoda Margaretta, te quiero a ti —reconoció Helio—. Ahora descansa.

Helio le dio un dulce beso en la boca. Margaretta salió del vehículo y se dirigió a la casa de su padre. Odiaba aquella casa, pero pronto dejaría atrás todos los malos recuerdos que en ella habitaban.

Con sus 120 kilos y su 1.80 metros de altura, Enrico Conte, el padre de Margaretta, era una persona sin arte ni oficio. Se dedicaba a chanchullos y trapicheos varios. En ocasiones recogía chatarra o se dedicaba a afilar cuchillos gracias a una piedra instalada en su antigua motocicleta. Cuando su mujer vivía, nunca estuvieron lo suficiente holgados, vivían en la escasez, pero, tras la muerte de la madre de Margaretta, gastaba en alcohol todo lo que ganaba. Enrico miraba con asco a su hija que, en ese momento, se despedía de uno de los gemelos Belotti. Despreciaba a aquella familia porque el abuelo de éstos lo había mirado siempre por encima del hombro. Se dirigió a su casa no sin cierta dificultad, pues ese día había bebido más de lo normal. Dejó su cuerpo caer en el sofá y esperó a que su hija entrase por la puerta. Nada más entrar Margaretta, Enrico le gritó con voz pastosa:

—¡Eresg una maldita puta! ¡No! Peorg que las putas, ellas por lo menos cogbran y consiguen dinerog. —Margaretta intentó evitar a su padre.

—¡Dónde te creesg que vasg! —La cogió del brazo y la lanzó al sofá. Se puso encima de ella y le espetó señalándole con el dedo índice:

—No te hemos edugcado para que te vayas con los jovenzuelosg —le dijo Enrico cambiando a un tono más meloso y acariciando la cara de Margaretta—. Si tu magdre viviera le gustaría que cuigdaras más de tu padre y le satisficierasg de todas sus necesidadesg.

—¡Déjame en paz! —gritó Margaretta que intentaba zafarse de su progenitor sin éxito.

Enrico le dio un bofetón. Luego le dio otro y otro más.

—¡Socorro! —gritaba Margaretta con la esperanza que algún vecino la oyera.

Pero ella sabía que, aunque la oyeran, no habría auxilio. En aquel pueblo seguía siendo dogma el limpiar los trapos sucios dentro de las cuatro paredes. Nadie la iba a ayudar.

Enrico comenzó a quitarle la blusa y ante la resistencia de Margareta rompió la blusa y el sujetador. Le levantó la falda y le rompió también las bragas. Margareta intentó escapar, pero Enrico era muy pesado y más fuerte que ella. En ese momento alguien golpeó la cabeza de su padre y se lo quitó de encima. Margareta pudo atisbar de quien se trataba, era ¿Helio?, no, esa mirada no era la de Helio.

—¡Giorgio! —gritó.

—Tranquila... no te preocupes... ya estoy aquí —susurró Giorgio en el oído de Margareta.

A continuación, Giorgio le tapó la boca con una mano y con la otra comenzó a desabrocharse el pantalón.

Capítulo 24

Es increíble como mi hermano Helio y yo podemos ser tan iguales en lo físico y tan diferentes en todo lo demás. Mi hermano es lo que hoy día llaman una buena persona. Es empático, humilde, cariñoso y todas esas moñas que hacen a un hombre débil. En un mundo lleno de depredadores, si eres pez pequeño eres el alimento de uno más grande. Esa siempre ha sido la filosofía de mi vida. Somos tan diferentes... Todas estas diferencias han hecho que mi hermano y yo nos hayamos distanciado poco a poco. Ya de pequeño, a mí me gustaba ir a tirar piedras al río y él se quedaba leyendo comics en casa. Luego conocí a Vincenzo, que le gustaban las mismas cosas que a mí y nos distanciamos aún más. En la época de las novietas comenzó en mí una filia un tanto extraña. Tengo obsesión por llevarme a la cama a todas las novias de mi hermano. Al principio me preocupé, tener obsesión sexual por estas chicas podía acarrear algún problema con él. Más tarde me di cuenta de que la mayoría de las ocasiones podía seducir a estas chicas engañándolas sin que mi hermano se enterara, aunque muchas veces se ofrecían a mí muy gustosamente sin tener que engañarlas. Mi problema dejó de preocuparme con el tiempo. Existen otras filias peores, me decía, zoofilia, por ejemplo, o necrofilia ¡Dios!, sólo de pensar en tener relaciones con un animal o una muerta me removía por dentro. Aunque muchas veces me he follado algunas que, de no escuchar su respiración, hubiera pensado que estaban muertas. Menudos troncos. Después ocurrió el asesinato de Vincenzo. Toda mi vida he pensado si habría sido capaz de disparar si la pistola hubiese llegado a mí en lugar de a mi hermano. Y mi respuesta siempre ha sido una pregunta: ¿y eso quién lo sabe?

Conduzco mi coche, un Maserati Gran Turismo de color azul. Me dirijo a una nave propiedad de PlusMarket que está en desuso. Cojo el teléfono y llamo:

—Hola Marta, soy Giorgio. Te he visto por televisión. Tengo que decirte que has estado estupenda.

—Gracias señor Salcedo.

—Giorgio —le amonesto.

—Gracias Giorgio.

—Marta, me gustaría que esta noche cenáramos juntos, no pienses mal, es una

cena de trabajo. Me gustaría hablar contigo de un asunto. —Pero que si luego la cosa se calienta pues ya veremos, pienso. Se queda en silencio un rato.

—De acuerdo Giorgio, nos vemos luego.

—Estupendo, te recojo a las ocho.

—Vale, a las ocho.

Bueno, parece que me ha levantado el castigo. Lo que hice en aquel mesón no estuvo bien, pero es que no lo pude evitar, esta chica me pone muy caliente. Y sólo pensar que mi hermano ha estado con ella me pone cardíaco.

Llego a la nave industrial. Me bajo del vehículo e inspecciono los alrededores, está todo muy solitario. Entro por la parte trasera y me dirijo al lugar exacto donde me ha dicho Richi que me esperaba. Subo unas escaleras metálicas y llego a una oficina cerrada a cal y canto. Pego a la puerta.

—¿Quién es? —se oye decir detrás de la puerta.

—Soy Giorgio.

—Giorgio que más.

Me estoy arrepintiendo de haberle encomendado esta misión a Richi. No es una persona muy despierta.

—Soy tu jefe, abre Richi.

La puerta se abre. Tras ella veo a Richi con unas tenazas ensangrentadas en la mano. Cuando entro me encuentro con un cuadro bastante macabro y grotesco. Ya no estoy acostumbrado a este tipo de situaciones, llevo once años más limpio que una patena y no quiero volver a ser el camorrista que fui. El transportista que pasaba la droga está desnudo, con los ojos vendados y atado a una silla. Está completamente mojado y tiene manchas de sangre seca en la barba. La habitación huele a orines. Me pinzo el tabique nasal con los dedos índices. Desde luego, menuda sangría. Creo que no hacía falta tanto...

—¿Ha cantado? —pregunto.

—Algo, pero no lo entiendo bien.

Cojo una silla y la acerco al transportista. Me siento enfrente de él

—¿Tu nombre?

—Masjiel tah —balbucea con dificultad el sujeto.

—¿Qué eres, árabe?

Me doy la vuelta y miro seriamente a Richi.

—Primera regla en cuanto a torturas se refiere: procura no golpearle en la boca porque si no lo entendemos no sirve de nada. —Richi afronta la riña con la cabeza gacha. Me vuelvo al sujeto y le repito:

—Dime tu nombre. Intenta vocalizar.

—Manuelg Higta.

—Manuel Hita —intento adivinar. El reo asiente—. Bien... mira Manuel, solo te lo voy a preguntar una vez. Yo no tengo la paciencia del caballero que le ha hecho compañía durante toda la mañana.

Manuel asiente nuevamente. Entonces le quito la venda para que me vea bien lo que le voy a decir. Él evita mirarme, creo que piensa que si lo hace no va a salir vivo de allí.

—¡Mírame! —le grito.

—Sí sí sí sí sí —balbucea asustado.

—Manuel ¿Quién está implicado, además de ti, en el envío de marihuana desde Granada hasta Madrid?

—Nadsie.

—¿Nadie más? —pregunto con tono amenazador. Manuel se lo piensa y al final contesta:

—Un carpintesro afmigo.

—Un carpintero amigo —intuyo que dice. Manuel asiente.

—Vale... vamos avanzando. Entonces un carpintero amigo tuyo te hizo el doble fondo y tú transportabas la mercancía. ¿Hay alguien más en este asunto dentro de la empresa en la que trabajas?

Manuel niega con la cabeza. Yo suspiro con alivio. No me hubiera gustado encontrarme con una trama organizada dentro de mi propia compañía. Estoy limpio y quiero seguir estándolo. Hago una señal a Richi para que se acerque. Le vuelvo a poner la venda en los ojos al transportista y me dirijo a Richi.

—Mira Richi, vas a hacer lo siguiente. Le vas a dar ropa nueva al señor Hita, lo vas a llevar a alguna parada de autobús y le vas a quitar la venda. Estoy seguro de que el señor Hita olvidará lo que ha sucedido aquí esta mañana y que no volverá a realizar cargamentos fraudulentos.

Miro a Manuel para ver si le ha quedado claro. Éste asiente de forma exagerada. Está muerto de miedo. Salgo de la nave y me subo en el coche. Llamo a mi padre y le informo que no tiene que preocuparse por el tema de la marihuana. Él intenta indagar la forma en la que he conseguido la información. No pienso decírselo. Digamos que es un paréntesis invisible en mi expediente, signo limpio. Mi padre me comenta que ha recibido una llamada de Helio, que ha estado de viaje en Italia y que está más esquivo de lo normal con él. Me pregunta por él y yo niego la mayor, no lo he visto desde que me atizó aquel puñetazo. El

blandengue de mi hermano pegándome a mí. Me toco el lugar donde me golpeó. Quizá lo esté juzgando mal y no es tan timorato como pienso. Después hablamos de la entrevista en televisión de esa mañana y ambos estamos muy de acuerdo en lo beneficiosa que puede ser para la empresa. Cuelgo y en ese momento me viene a la cabeza la protagonista de la entrevista, Marta. No me la saco de la cabeza. Mi rara filia ataca de nuevo.

A las ocho de la tarde voy a recoger a Marta en mi coche. Voy a tocar el claxon, pero me doy cuenta de que es mejor bajarme y llamar al portal. Tengo que comportarme como un caballero. Sonrío al pensar lo que pienso yo de los caballeros. Toco el botón del portal. Nadie contesta. Toco una segunda vez. Nada. Amago volver al coche para llamarla con el móvil cuando veo que la puerta se abre. De ella sale Marta. Va vestida con un traje formal y una pequeña mochila al hombro. Digamos que es lo que se pondría para una reunión de trabajo cualquiera. Aun así, está muy guapa y tiene su punto morboso, pero dice mucho de sus intenciones y de lo difícil que me va a poner asaltar su fortaleza. No importa. Me gustan los retos.

—Estás muy guapa —piropeo.

—¡Gracias! No era mi intención —me replica seca. Le abro la puerta del coche. No me dice nada acerca del coche, como si se subiera en coches lujosos todos los días.

—Vamos a cenar al hotel Alhambra Palace —le informo.

—Donde sea —repone Marta al tiempo que saca su móvil y comienza a teclear un mensaje. Madre mía... no me va a dar tregua.

El hotel Alhambra Palace es uno de los hoteles más extraordinarios de Granada y el hotel de cinco estrellas más antiguo de España, Espero que el sitio la impresione más que mi coche. El hotel se sitúa en el corazón de la Alhambra y sus vistas son únicas. Sus estancias comunes están repletas de adornos y talles árabes. Tengo una suite para esta noche, mejor dicho... tengo la mejor suite del hotel. Espero usarla.

En cuanto entramos por la puerta un camarero nos lleva a un reservado. Me dispongo a pedir, pero Marta se adelanta:

—Un chateau Petrus de 2005, por favor.

El camarero me mira a mí. Yo asiento. Espero que esta botella no acabe en mi cabeza.

—Marta, creo que tú y yo no empezamos con buen pie. Verás, pensé que eras uno de esos ligues sin cerebro de mi hermano. Una de sus modelitos. Perdona lo

que te hice en Madrid, estuvo mal. —Marta suaviza el rictus duro que tenía desde que la recogí, casi puedo ver una sonrisa.

—Aunque fuera una de esas chicas de las que hablas, no tenías derecho a hac...

—Tienes razón —la interrumpo—, tienes toda la razón.

Su rostro se normaliza.

—Está bien Giorgio ¿Para qué me querías? —pregunta.

El camarero deja una botella de vino y dos copas. Marta coge una de las copas, la llena hasta el filo y se la bebe como si de agua se tratara.

—Cuidado, este vino se sube mucho. —Me arquea una ceja y a continuación se llena otra copa.

—Verás Marta, el departamento de marketing a nivel nacional lo tenemos muy anticuado, tanto a nivel personal como estructural. Sus integrantes son personas con muchos años en el sector, pero siento que necesitamos sangre joven que conecte con las nuevas generaciones.

—Entiendo Giorgio, y... ¿qué es lo que se te ha ocurrido que hagamos?

—¿Hagamos?, no me has entendido. Lo que quiero es proponerte a ti al consejo de administración como nueva directora de marketing de la compañía PlusMarket.

Se ha quedado muda. Bueno, por fin algo la ha impresionado. Toma un nuevo trago a la copa y responde:

—¿Por qué yo?, hay personas más capacitadas para realizar un trabajo con tanta responsabilidad.

—He hablado con tus compañeros de departamento, Tomás y Clara, ambos dicen lo mismo. Tú tienes el potencial, liderazgo e inteligencia para realizar ese trabajo.

Se queda pensativa. Coge de nuevo la botella y se vuelve a llenar la copa, aunque esta vez me llena la mía también.

—¿Puedes pedir otra? —me pregunta. Sonrío. ¿Se quiere emborrachar?

—Por supuesto, además, pediremos la cena. —Hago una señal al camarero y se acerca a la mesa— Por favor, traiga otra botella de vino y para cenar yo tomaré un gazpacho andaluz de entrada y un solomillo del valle de foie y setas —digo señalando los platos elegidos en la carta.

—Lo mismo —dice Marta algo achispada—. De postre quiero tiramisú, un italiano, como tú y tu hermano... si es que los italianos estáis en todos lados...

—Sonrió.

—Y bien Marta ¿Qué me contestas?

—¿Tengo que hacerlo ahora? Necesito pensarlo. Ya veo poco a mi familia —resopla—. Este vinillo sube tela. Jajaja —ríe de forma cantarina.

El camarero trae otra botella y Marta no deja casi que toque la mesa. Se llena otra copa.

—Marta, vas a pillar una cogorza buena como sigas a ese ritmo. —La quiero un poco bebida, pero no ebria— De acuerdo, te daré unos días, pero no muchos, necesito planificar el nuevo equipo de marketing y tengo que empezar por el director. O directora en este caso.

—Qué bien suena... —dice Marta arrastrando las palabras— directora de marketing de una compañía con éxito a nivel internacional... todo muy bonito. Creo que el problema eres tú —dice Marta señalándome con el dedo índice.

—¿Yo? —pregunto incrédulo. Marta se vuelve a llenar la copa y se la bebe de un trago.

—Sí... ya me entiendesh. Tú y tu cara. —Saca su móvil y me enseña una foto de ella y Helio. abrazados y muy sonrientes ambos— Es tan guapooo...

—Marta... es tan guapo como yo —le apunto atrapando su mano apoyada en la mesa. Creo que ya no sabe lo que dice.

—¡No me toques!, que pronto viene mi clavooo —dice apartándome la mano.

—¿Clavo? Creo que ya no deberías beber más.

—También vas a seeeerr mi maaami. Ahora vengo Giorgio, tengo que prepararrrrme para mi clavo.

Marta se levanta intentando mantener el equilibrio. Lo consigue a duras penas. Coge la mochila pequeña que ha traído y se dirige al baño dando ligeros tumbos. El móvil se lo ha dejado en la mesa. La foto de ella y Helio sigue en pantalla. Ambos me miran sonrientes. En ese momento entra una llamada a ese móvil. En el display se puede leer «Julia». Espero tres tonos y respondo.

—¿Giorgio? —escucho decir al otro lado de la línea. Esta voz la conozco. Es ¡Helio!

—¿Hermanito? ¿De verdad eres tú? ¿Como te va la vida? ¿Qué tal tu viaje a Italia?

—¿Dónde está Marta? —pregunta con una mezcla entre sorprendido y enfadado.

—Está en el baño. En cuanto salga le digo que la has llamado.

—¿Dónde estáis? —pregunta más enfadado.

—Pues estamos en un hotel maravilloso, el Alhambra Palace, ¿lo conoces?

—No hagas nada Giorgio, voy para allá...

—Oye Helio, la cama es grande y suficiente para los tres. Pero ¿ves correcto que hagamos un trío tú y yo? Jajaja —me carcajeo.

Helio me cuelga. Pienso en lo que ha dicho. ¿Viene para acá? ¿Helio está en Granada? Ahora me arrepiento de haber fanfarroneado. Y voy y le digo el nombre del hotel. En ese momento viene Marta del baño. Viene... muy cambiada. Trae un vestido muy corto rojo con detalles en purpurina. Tiene un ligero escote, pero es muy elegante. ¡Está buenísima! Se acerca dando tumbos y nada más sentarse se vuelve a llenar una copa. ¡Madre mía!, no tiene frenos. Borro la llamada y le entrego el móvil.

—¿Qué decías de un clavo? —Marta me arquea una ceja y me responde:

—¿Quieres ser mi clavooooo?... puessss... ¡No! Necesito un clavo que no tenga la misma cara que el otro clavooo —responde arrastrando cada vez más las palabras.

El camarero nos sirve el gazpacho andaluz. Estoy a punto de decir algo a Marta cuando viene a nuestra mesa un hombre alto con pinta de culturista. Está calvo y mira a Marta un poco sorprendido. Nos quedamos mirando ambos hasta que por fin lo entiendo. Parece que Marta piensa irse con este tipo. Ahora entiendo lo del clavo.

—Creo que Marta no está en condiciones de moverse si quiera —le digo al calvo.

—¡Que dicesh! Estoy superbiénnn —dice ella intentando sin éxito levantarse de la silla. Intenta mantener la cabeza derecha, pero no lo consigue.

El calvo mira con sorpresa a Marta. Titubea. Está como fuera de lugar. En fútbol se diría que está en fuera de juego. Finalmente intenta mantener el tipo y se dirige a Marta:

—Si eso, Marta, quedamos en otra ocasión —dice de forma precipitada. Se da la vuelta sin dejarla responder y desaparece del reservado.

—¡Nooooo! ¡Clavooo vuelveee! —grita Marta de forma melodramática. Como siga así nos van a echar del hotel. Le obligo a sentarse y a tomar un poco de gazpacho.

—Toma un poco Marta, comer te sentará bien. No he debido dejarte beber tanto —digo, pero después de ver lo que tenía previsto hacer, casi que me alegro.

—¡Pablooo! ¡Vuelveee! —grita Marta un instante antes de posar su cara en el tazón de gazpacho. Incorporo a Marta y le limpio la cara con una servilleta. Pero

se me hace nimia y uso también el mantel. Madre mía como se ha puesto. La velada se ha acabado.

Llamo al Camarero y le pido que me ayude a llevar a Marta a la suite. La subimos hasta la habitación 403 y abro la puerta que da a la terraza para que entre el aire fresco. Me asomo a la amplia terraza y pienso... vaya... que vistas tan extraordinarias y que desperdicio de ellas. Ante mí tengo una vista panorámica de La Alhambra y la luna semi escondida tras de ella, iluminándola, como si la fortaleza granadina fuera la protagonista en una famosa obra de teatro. Me dirijo al camarero que me ha ayudado a subir a Marta:

—Estaré en mi habitación con la señorita —le informo—, en cuanto venga un hombre idéntico a mí lo envías a mi habitación. —Me mira con cara rara. Cuando vea a Helio lo entenderá.

Media hora más tarde, estoy sentado en un sillón mirando a mi futura directora de marketing tumbada en la cama, diciendo palabras incoherentes. Tiene el pelo enmarañado y manchado de gazpacho. Su imagen debería ser desastrosa, pero no, Marta está muy guapa, es una mujer que derrocha sensualidad por todos los poros de su piel. Me acerco a la cama y le toco un hombro. Tiene un tirante bajado. En ese momento me doy cuenta de que esta chica está completamente enamorada de mi hermano. Cuando me enseñó esa foto sus ojos brillaban. Cojo con mi mano el tirante suelto y se lo pongo en su hombro. De repente llaman a la puerta con golpes secos y fuertes.

—¡Giorgio! —se oye decir— ¡Giorgiooooooooooooo!

Abro la puerta e intento apartarme raudo ante un posible arranque de furia de mi hermano, pero no estoy lo suficientemente rápido y Helio me tira al suelo. Golpeo su boca de un cabezazo y le parto el labio. Me coge de la camisa y me mira con los ojos fuera de sus órbitas, ni se ha inmutado del cabezazo. Tiene la respiración acelerada. Parece como si viniera de hacer una maratón.

—¿Dónde está Marta? —me grita.

Intento tranquilizar a Helio enseñándole las palmas abiertas de mis manos, como el que se siente amenazado con alguien que le apunta con un arma de fuego. Le quito sus manos lentamente de mi camisa.

—Tranquilo Helio. Estábamos en una cena de trabajo y ella ha bebido más de la cuenta. Está tumbada en la cama —le explico.

Helio me amenaza con el dedo índice.

—Sabes Giorgio... ha llegado la hora de que tú y yo hablemos claro.

Se incorpora y mira a la dirección donde se encuentra Marta, la mira asustado y exclama:

—¿Que le sucede?!

—El vino. Está totalmente borracha. En realidad, no ha tomado tanto como para estar de esta guisa... —le digo al tiempo que me levanto y recompongo mis ropas.

En ese momento, Marta se incorpora y nos mira a los dos:

—Veeeo dobleeee, jajaja —dice cantarina—, necesito a mi clavooooo.

—¿De qué clavo habla? —pregunta Helio dirigiéndose a mí.

—Mejor no lo quieras saber... —respondo.

—Plablito pabló un clablito, que cablito pabló clablito —recita Marta antes de volver a hundir su cara en el colchón.

—¿Ibas a hacerle algún daño? —me pregunta Helio sin dejar de mirar a Marta.

—Mi intención precisamente no era hacerle daño —digo con sarcasmo—, creo que tu imagen de mí no es muy buena, hermanito —remarco la palabra «hermanito». Él se da la vuelta y me mira con odio.

—Fuiste tú...—me acusa.

—Yo que...

—Tú mataste a Margaretta —afirma al tiempo que me señala con el dedo índice.

—Vaya... por fin has recordado algo... me alegro hermanito. Ya iba siendo hora de que dejaras de deambular como un zombi. Pero antes de que pienses lo que no es, mi respuesta es no. Yo no maté a Margaretta.

A su cara de odio le asoma un atisbo de duda. Como si le costara descifrar cada palabra que le he dicho. Antes de que replique comienzo a explicarle:

—Helio, de un tiempo a esta parte siempre he pensado que sabías lo que ocurrió aquella mañana de julio de 2007, la mañana que mataron a Margaretta, hasta que hablé con el doctor Carusso. Él fue quien me explicó que tu medicación impide que tengas recuerdos de aquellos momentos tan traumáticos para ti. Me dijo que esos fármacos incluso inhibían tus sueños. Le propuse cambiar tu medicación a escondidas para que empezaras a recordar. —Hago una pausa y miro a Helio. En su expresión no logro leer lo que piensa— Carusso estuvo de acuerdo.

—No me lo puedo creer... —susurra Helio incrédulo. Prosigo con mi relato.

—Antes de mi viaje a Estados Unidos pasé por tu casa y cenamos juntos. No sé cómo me dejaste entrar aquel día. —Aún recuerdo su cara de flipado cuando

me presenté aquel día en su estudio después de años sin saber de él— Pues aproveché ese momento para cambiar tu medicación. —Hago una pausa para que Helio registre en su mente lo dicho hasta ahora— Supongo que poco a poco habrás ido recordando lo ocurrido. Aquella mañana de julio pasó algo horrible, Helio. Aquel día tú enloqueciste y a mí... —vuelvo a pausar el relato y miro a los ojos de mi hermano— A mí se me partió el corazón.

Capítulo 25 (Día D, parte 2)

Valle de Chianti. La Toscana. Italia. 2007

Giorgio apretó su miembro contra el sexo de Margareta.

—Me pones a mil Margareta —gruñó Giorgio.

Margareta lo rodeó con sus piernas para que la penetración fuera más intensa.

—Te puedes creer lo que me quería hacer el puto borracho —bramó Margareta señalando con un movimiento de cabeza a su padre en el suelo. Inconsciente.

—Ese ya está acabado, hoy empezamos una vida nueva. En Nápoles.

—Con escala en Roma —apuntó Margareta.

—Sí... pero eso será sólo unos días.

Margareta lo besó con pasión. No quería separarse de Giorgio ni un segundo más, pero haría el sacrificio... por *vendetta*.

El día que mataron a Vincenzo, una parte de ella murió. En su cabeza, tenía la idea de que Helio no había disparado al asesino de su novio porque la quería para él. Pues no la tendría, pensó. Días después del suceso, habló con Giorgio de lo que había sentido por Vincenzo y comprobó que su amigo también había tenido un sentimiento similar. Ese vínculo, junto con el carácter de Giorgio contribuyeron a que se enamorara de él. Y él de ella. Conectaron a la primera. Giorgio veía como su hermano sufría al verlos juntos, pero Margareta insistió en que lo quería enamorar, quería que saboreara toda la miel que pudiera para después quitársela de los labios. Dicho y hecho, Margareta fingió cortar con Giorgio y empezó a salir con Helio. Llevaba seis meses con él, le hacía el amor, le decía cosas bonitas. En definitiva, fingía que lo amaba, pero a escondidas, a quien realmente amaba era a su hermano, Giorgio. A Giorgio por su parte, le gustaba que su amada se acostara con su hermano, su mentalidad era liberal y le daba morbo que su hermano penetrara a su chica. Siempre que podía los veía a escondidas y se masturbaba mirándolos.

Margareta quería cerrar el círculo en Roma. Una vez allí establecidos ella y

Helio, Giorgio se cruzaría en sus vidas y delante de él le romperían el corazón. Margareta quería que él sintiera lo mismo que sintió ella cuando murió Vincenzo. Quería verlo volver a Chianti con el rabo entre las piernas.

—¿Y si nos vamos ahora? —sugirió Giorgio mientras jugaba entre sus piernas.

—Jajaja —se carcajeó Margareta—, me estás haciendo cosquillas. No Giorgi, quiero ir a Roma. Voy a acabar lo que hemos empezado.

Giorgio dejó de besar el sexo de Margareta y se puso a mirar a ningún lado en particular.

—Giorgio, él dejó morir a Vincenzo porque me quería a mí, ¿aún lo dudas?

—En ocasiones me pongo en su lugar, Margareta. ¿Sabes? Imagino que la pistola cayó hacia mi lado de la plaza y no hacia el lado donde estaba Helio.

—¿Y? —inquirió ella.

Giorgio la miró a los ojos y respondió:

—Que no lo hubiera pensado ni un segundo. Le habría volado la tapa de los sesos a aquel cabrón —mintió Giorgio.

Margareta acercó la cara de Giorgio a su sexo. La excitaba cuando decía esas cosas. Lo amaba. Amaba a su Giorgio.

Esa noche se amaron dos y tres veces antes de dormirse.

A la mañana siguiente se levantaron y desayunaron juntos. Habían dejado al padre de Margareta tumbado en el sofá y aún seguía ahí. Margareta ya no lo vería más.

Giorgio salió antes y se dirigió al puente donde se encontrarían Helio y Margareta. Vigilaría la escena a escondidas. Se encendió un pitillo y se dispuso a esperar a su hermano. El pitillo se le cayó de los labios cuando Giorgio pudo ver a lo lejos como un hombre salía a toda prisa de la casa de Margareta. Salió corriendo con el miedo en el cuerpo. Ese hombre le sonaba. Era un sicario de la camorra napolitana.

Helio se levantó con la ilusión de aquel que intuye que su vida va a cambiar para mejor. Pensaba en el viaje, en su establecimiento en Roma, en su vida con Margareta en esa fantástica ciudad. Se sentía feliz. Fue a ver a su madre pues no sabía cuándo la volvería a ver. Quizá en unas semanas, o algunos meses. De todas formas la pensaba avisar en cuanto llegaran a Roma. Entró en el dormitorio y allí estaba ella. Llevaba un vestido blanco y una guirnalda de margaritas en la cabeza. Su madre era una mujer muy bella. Mónica dio una vuelta sobre sí misma provocando que el vestido se levantara:

—¿Cómo estoy? —preguntó su madre.

—Estás muy guapa mamá ¿Adónde vas con ese vestido?, pareces una diosa griega.

—Jajaja —se carcajeó Mónica—. ¿Hoy no vas a ver a Margareta?

—Tengo muchas cosas que hacer hoy mamá, si me da tiempo iré.

—Helio...

—Dime mamá

—Ten cuidado con esa chica, me da... mala espina...

—¿Margareta? Creo que no estamos hablando de la misma chica, mamá, pero si es fantástica.

Su madre se lo quedó mirando preocupada. Sabía que cuando estás enamorado no ves más allá. Sólo ves a la persona amada. Asintió y lo dejó marchar. El amor es como una enfermedad que provoca ceguera temporal, pensó Mónica.

Helio llegó al puente a la hora acordada, pero allí no estaba Margareta. Esperó, pero tenía la corazonada de que algo no iba bien. Decidió ir en busca de ella. Mientras llegaba a su casa barajó distintas posibilidades. Pudiera ser que no hubiera ocurrido nada y que simplemente estaba preparando la maleta y se le hubiese ido la hora. Que su padre no la hubiera dejado marchar era otra posibilidad. Que se hubiera arrepentido de la huida, en cuyo caso trataría de convencerla, era otra. Pero jamás se le habría ocurrido lo que encontró detrás de la puerta entreabierta de la casa. El padre de Margareta, Enrico Conte, estaba tumbado en el sofá boca arriba, con un agujero en la cara que hacía irreconocible su faz. Giró la cabeza y se vio a sí mismo llorando y sujetando el cuerpo inerte y sanguinolento de Margareta. No, No era él. Era su hermano Giorgio, el cual lloraba a moco tendido sobre el cuerpo muerto de su novia. Después de eso todo se volvió borroso.

Horas más tarde, todavía se hablaba en el vecindario de como los aullidos incoherentes del nieto gemelo de los Belotti, podían escucharse desde los pueblos vecinos. Había enloquecido al ver a su novia muerta, se revolcaba por el suelo y hacía cosas propias de una persona no cuerda. Se había vuelto loco.

—Pobrecica, con lo bonina que era la muchacha —decía una vecina.

—Los carabinieri han arrestado a Helio, uno de los gemelos Belotti —decía otro vecino.

—¿Había alguien más en la casa? —preguntaba otro.

—No. Solo Helio y los dos cadáveres —respondía el primero.

Lo que en un principio se iba a convertir en una emocionante e ilusionante aventura, se había convertido en una tragedia griega. O, mejor dicho, en una tragedia a la italiana.

Capítulo 26

—Giorgio... ¿sabes algo de la Morena Esclava? —pregunto. Es curioso que en los momentos más duros y traumáticos nos acordamos de las cosas menos transcendentales.

—Después de lo que te he contado ¿te preocupas por un cuadro?, hermanito, eres de lo que no hay. No, no sé nada de tu cuadro. Cuídate ese labio —me sugiere Giorgio justo antes de salir de la habitación. Yo no respondo, aún estoy impresionado con la narración que me ha hecho.

Me siento como el conejo deslumbrado por los faros de un coche en plena carretera. No sólo mi vida es una farsa, mi pasado también. ¿Cómo es posible que Margaretta quisiera jugármela de esa forma? Mi intención nunca fue quitarme de encima a Vincenzo para conseguirla. Sólo me quedé bloqueado, no pude disparar a aquel tipo. Un pensamiento rastrero y miserable en mí se alegra de lo que le ocurrió a Margaretta ese día. Es un pensamiento que sólo pasa por mi cabeza un segundo y que lo único que consigue es hacerme sentir peor conmigo mismo. Mi madre me solía decir que, en ocasiones, la vida nos da señales que no sabemos interpretar. Supongo que no interpreté ninguna de las señales. Puede que mi amor por ella me cegara. Giorgio me ha confesado que amaba a Margaretta. Es la primera vez que he sentido a mi hermano con la guardia baja, compungido. Pero no lo he consolado. No se lo merece. Me ha pedido que lo perdonara, pero no lo he hecho. Sabiendo lo que sabía, podía haberme evitado mi largo encierro en aquella cárcel de locos, pero optó por callar. Mi hermano me ha contado también su infructuosa búsqueda por encontrar a Franco Bianchini. Por una vez yo sé algo que él no sabe, pero no se lo pienso contar, no sé la reacción que puede tener en contra de mi padre. Quién sabe, quizá su reacción es similar a la mía, no hacer nada y darle vueltas a todo.

Me tumbo vestido en la cama junto a Marta, le acomodo la colcha a su cuerpo y le beso la cabeza.

—¡Marta, Marta! Tú eres lo único bueno que me ha pasado en mi vida, y mira lo que hago, apartarte de mí.

Intento dormir junto a Marta, pero no paro de darle vueltas al puzle que tengo en mi cabeza. Un puzle al que aún le faltan algunas piezas y las que tengo están desordenadas. Un ligero movimiento a mi lado me hace abrir los ojos. Es Marta, se acaba de despertar y sus ojos verdes están clavados en los míos, seria. Yo la miro y sonrío levemente, ella no me devuelve la sonrisa. Finalmente es ella quien nos saca a los dos del trance y se incorpora. Se sujeta la cabeza con ambas manos.

—Supongo que tendrás una buena resaca —indico.

No me contesta. Se masajea la frente un buen rato y finalmente me pregunta:

—¿Qué haces aquí, Helio?

—Vaya, ¿cómo sabes que soy yo, y no Giorgio? —pregunto.

—Para empezar, tu hermano vino vestido con un traje de Armani... — responde Marta.

—Jajaja, menudo zasca... Claro, por el traje... qué tonto. Pensaba que me habías reconocido por mi mirada, por mis gestos, no sé, soy un iluso... y contestando a tu pregunta estoy aquí, en Granada, porque he venido a ayudar a una amiga.

—No necesito ayuda, Helio, y menos la tuya después de lo que me hiciste en Madrid.

—No era a ti a la que he venido a ayudar...

—Oh... vaya, me has devuelto el zasca —ríe levemente Marta. Esa sonrisa me llena, pero inmediatamente después vuelve a ponerse seria.

—Creo que conoces a la chica que vine a ayudar. Os vi a las dos comiendo bichos juntas... He venido a ayudar a Julia.

—¿Julia? ¿Qué le ha ocurrido? —pregunta preocupada.

—Verás... Julia está separada de un tipo que está metido en todo tipo de trapicheos. Trabaja de transportista para la empresa de mi padre. Ayer por la mañana alguien le metió una paliza y va el cobarde y lo único que se le ocurre es emborracharse e ir a molestar a Julia.

—¿Le hizo algo?

—Tiene un ojo morado. Intenté llevarla a denunciar, pero no quiere...

—¿Tú cómo te has enterado? —pregunta Marta.

—Me llamó su hijo Raúl, ¿sabes?, si no hubiera sido por él esto habría terminado en tragedia. Se enfrentó a su padre, con catorce añitos que tiene... ¿Te lo puedes creer?

—Pobre... —se lamenta Marta.

—Luego Julia me empezó a hablar de ti.

—¿De mí? ¿Y qué te dijo?

—Me dijo que tú me llamaste «conocido». ¿Eso soy para ti Marta? ¿Solo un conocido?

—Creo que estás incluso por debajo de conocido...

—Vaya... eso no es bueno —sopeso sonriendo—. Al final me convenció para que te llamara.

—Sí... pero no llamaste...

—Claro que llamé, bueno... ella llamó y me pasó el teléfono. Me hizo una encerrona. El teléfono lo cogió Giorgio.

Marta se queda pensativa, como si intentara recordar lo ocurrido la noche anterior. Creo que tiene un hueco temporal bastante importante.

—¿Qué te ha pasado en el labio? —pregunta Marta.

—Pues verás, me peleé con un mueble —bromeo. Este comentario logra sacarle una pequeña sonrisa, pero al instante vuelve a ponerse en guardia.

—Pues te ha pegado una paliza.

—Él ha quedado peor —replico. Vuelve a sonreír.

—Eso me suena... —señala Marta.

—¿Qué hay entre tú y mi hermano, Marta? —le suelto de sopetón. Al instante me arrepiento de la pregunta.

—¿Y a ti que te importa?, eso es una cosa entre tu hermano y yo —replica seria. Eso me enerva, pero tiene razón. Es libre para hacer lo que quiera. Yo la eché de mi lado. Por aquí vamos mal. Intento cambiar el chip.

—Voy a pedir un café para mí, ¿te apetece un Cola Cao? —pregunto mientras me dirijo a coger el teléfono de la habitación.

—No, pero aceptaría una aspirina para el dolor de cabeza.

—Por supuesto —repongo sacando de mi cartera un paracetamol—. Últimamente suelo tener alguna que otra jaqueca —justifico el tener dicho medicamento en mi poder. Ella lo coge, se lo mete en la boca y se dirige al baño.

—Si no te importa, voy a darme una ducha, estoy pegajosa... —Eso me remueve por dentro. No saber lo que ha estado haciendo con mi hermano me reconcome, pero me callo, no quiero fastidiar esta pequeña tregua.

Intento prepararme unas palabras para cuando salga del baño, pero no me llegan, no sé cómo justificar mi actitud. Aquellos policías generaron tantas dudas en mí... que decidí no tenerla a que le ocurriera algo, pero no sé si va a ser suficiente justificación para que me perdone. Espero que me entienda. Cuando

Marta sale del baño, lo hace con un traje muy formal, lo que suele llevar al trabajo. Está igual de estupenda, pero es totalmente lo contrario a lo que vi cuando llegué a la habitación anoche. ¿Qué pasó anoche? Me pregunto. En mí comienzan a generarse dudas. Quizá lo que siento por ella no es recíproco. Quizá a ella no le hierve la sangre ni le da un vuelco el corazón cuando está conmigo. Su actitud seria, pero tranquila, me hace pensar que se ha resignado, como si hubiera pasado página. Borrón y cuenta nueva como quien dice.

—¿Te sientes mejor? —pregunto.

—Sí Helio, me tengo que ir —Me dice poniéndose al hombro una pequeña mochila.

—¿Te vas?

—Sí, ya he hecho demasiado el ridículo aquí.

—No has hecho ningún ridículo —replico intentando tocar su mano —, quédate, tenemos que hablar.

—No tenemos que hablar de nada —me dice evitando mi contacto, pero de forma muy tranquila. Casi la prefiero cabreada, visceral. Esto tiene pinta a final y no quiero que sea el final. Quiero a esta mujer más que nada en el mundo.

—Por favor, Marta, tienes que perdonar mi actitud.

—Me echaste de tu lado, Helio, asume las consecuencias.

—Tenía miedo por ti Marta, deja que te expliq...

—No sigas por ahí —me interrumpe Marta —que esa película ya me la sé...

—¿Película?, no Marta...

—Mira Helio, yo no soy un clínex de usar y tirar, tampoco tu pañuelo de lágrimas al que acudir cuando lo necesitas y repudiar cuando no.

—Eso no eres para mí, ¡créeme! —gimoteo.

—No —me dice tajante—, no te creo Helio. Me tengo que ir —dice precipitándose a la puerta de la habitación.

—Marta... —Ella se da la vuelta y me mira— ¿Sientes algo por mí? —Se queda pensando un instante y responde:

—No.

Escruto su cara, su expresión corporal, las arrugas en sus gestos, su mirada, algo que me pueda replicar una alternativa a su respuesta, pero no encuentro esa alternativa. Marta sale de la habitación y con ella se lleva mis esperanzas.

No tengo ánimo de seguir en Granada ni un segundo más, pero tengo que hacer una cosa antes de irme, visitar a Julia. Quiero ver cómo se encuentra y si necesita algo antes de volver a Madrid.

Media hora tardo en entrar en el portal del edificio dónde vive Julia y cuál es mi sorpresa que me encuentro de frente con Manuel, el ex de Julia. No recordaba que vivía en el mismo edificio. Él, al verme, palidece. Ha abierto tanto los ojos que sus cejas las tapa el flequillo.

—¿Qué hace aquí? Le juro que yo... yo... no voy a hacer más portes. Por favor, por favor, por favor —dice Manuel tirándose al suelo y poniéndose de rodillas. Al momento entiendo quién le pegó la paliza. Esto lo tengo que aprovechar...

—Manuel, mírame... —le grito intentando imitar el tono chulesco de mi hermano— Solo te lo voy a decir una vez. Manuel... como se te ocurra volver a tocar un pelo a Julia o a alguno de sus hijos, te voy a machacar uno a uno todos tus dedos. ¡Los veintiuno! —le bramo.

—Sí sí sí sí sí, no volveré, es más... me iré de aquí, pero por favor, no me haga daño —Manuel empieza a llorar como una niña pequeña.

Menudo espécimen, qué valiente cuando se enfrenta a una mujer y qué mierda de tío está hecho. Un olor a ácido úrico me hace entender que lo ha comprendido. Dejo aquella piltrafa en el suelo y me dirijo al piso de Julia. Me abre Raúl.

—¡Helio! he hecho un dibujo chulísimo, a ver si te gusta —dice Raúl al tiempo que sale corriendo a su habitación.

—Ni se te ocurra enseñárselo —grita Julia que corre tras su hijo.

Las niñas salen detrás de ellos como si de un juego se tratara.

—Pero... ¿qué pasa aquí?, estáis muy revoltosos —río divertido.

Al instante viene Raúl con un dibujo, pero su madre se lo quita en el último momento y lo esconde tras ella.

—¿Qué hay en el dibujo que no quieres que vea? —pregunto.

Ella se pone colorada al instante.

—Vale... verás, Raúl me ha estado comentando que le gustaría pintar chicas como tú. Y yo... bueno, que le he hecho de modelo.

—Y te da vergüenza que yo lo vea...

—El dibujo está genial, pero sí que me da vergüenza, un poco... —dice Julia retorciendo sus finos y delicados dedos.

—Si no lo veo, no podré decidir si Raúl tiene talento para pintar desnudos... —señalo.

Julia me enseña el dibujo como a cámara lenta. Ante mí tengo un dibujo de

Julia desnuda, pero tapándose parte de los senos y de su pubis con las manos. Está hecho a carboncillo, pero los trazos no son los propios de un niño de catorce años. Este chico dibuja mucho mejor que yo a su edad. Recuerdo que a su edad fue cuando pillé a mis padres en la terraza. Ella desnuda y él pintando “la Morena Esclava”. Fue ahí cuando me enamoré de la pintura.

—Es fantástico Raúl. Tienes muchísimo talento... tanto que voy a hacer lo siguiente... —Raúl y Julia me atienden expectantes. Las niñas corretean por el salón— Tengo un amigo que tiene varias academias de dibujo por toda España. Tengo entendido que en Granada tiene una. No es fácil conseguir plaza, pero ¿qué os parece si yo mismo te recomiendo para que puedas potenciar tus habilidades?

Raúl se pone a pegar saltitos y a dar voces. La reacción de Julia es muy diferente. Puedo notar que de sus ojos salen unas lágrimas de emoción que no oculta.

—Gracias —consigue balbucear—. Gracias por todo Helio, eres como un ángel que nos ha caído del cielo. Me abraza fuerte y yo respondo a su abrazo mientras Raúl, Tiffany y Andrea pegan saltos alrededor de nosotros.

Capítulo 27

Nada más salir del hotel me he arrepentido de haber sido tan dura con Helio. No se lo merece. Puede que montara un espectáculo de policías y asesinatos para echarme de su lado, pero quizá es cierto que se ha arrepentido. Lo que pasa es que, después de lo sucedido con Jorge, no creo en las segundas oportunidades, supongo que me he convertido en una mujer arisca y desconfiada. Menudo fin de semana. La velada con Giorgio fue lo más extraño que he hecho en mi vida. Fue como cenar con Helio, pero no era él... me sentí extraña, empecé a beber y sólo recuerdo retales de aquella noche. Sí que recuerdo que vino Pablo, menuda imagen que vería de mí. También recuerdo cuando vi a los dos juntos en la habitación y extrañamente me vino a la cabeza aquel húmedo sueño días atrás. Y luego Helio... ¡Dios! ¿Por qué no me lo puedo quitar de la cabeza? Me tendrían que dar un óscar por mi actuación en el hotel. Con Helio a mi lado todo mi cuerpo estaba en tensión, mi piel quería ser tocada por él, mis piernas temblaban, pero he conseguido que no se notaran todos mis sentimientos hacia él.

El lunes entro dispuesta a hablar con Giorgio. Mi comportamiento no fue muy maduro y vengo dispuesta a pedirle perdón. Al subir a la planta ocho me detengo en la mesa de Alicia.

—Hola Alicia, ¿está el señor Salcedo en su despacho? —pregunto.

—Sí, pero me ha dicho que no lo molestaran.

—Por favor, podrías preguntarle, es por un asunto de vital importancia. — Alicia se lo piensa y a continuación coge el teléfono.

—Señor Salcedo, disculpe que lo moleste, Marta Miller quiere hablar con usted.

—Dígale que pase —se oye decir. Alicia me hace un gesto con la cabeza señalando a la puerta. Pego a la puerta y entro.

En el despacho está Giorgio tecleando algo en el ordenador. Tiene puestas las gafas que suele llevar cuando está en el trabajo, probablemente las necesite para leer. Le sientan muy bien.

—Siéntate Marta —me invita amablemente.

—Señor Salcedo —comienzo a explicarme al tiempo que me siento.

—Giorgio... —me reprende.

—Giorgio... verá... es que quería hablarle de lo ocurrido la otra noche. — Giorgio deja de mirar el monitor y me mira por encima de las gafas inclinando la cabeza— Quiero que me disculpe por mi comportamiento. No debí beber tanto y entendería que...

—¿Aceptas o no el cargo que te propuse...? —me interrumpe Giorgio.

—¿El cargo? ¿De verdad sigue en pie la oferta? —pregunto incrédula.

—Pues claro... yo se diferenciar entre Marta como persona y Marta como profesional.

—Supongo que la Marta como persona no le gustó ni un pelo... —inquiero.

—No te creas, me pareció... interesante y muy divertida —repone con una ligera sonrisa— por cierto, ¿cómo acabó tu noche con Helio? Supongo que bien.

—Bueno... no muy bien. Helio y yo no estamos juntos.

Giorgio me mira serio, se quita las gafas y las dobla lentamente.

—Mira Marta, yo no soy muy ducho en amores... pero lo que sí te puedo decir es que no he visto a dos personas más pilladas que tú y Helio. Pero si hasta cuando estabas borracha me sacaste una foto de los dos juntos. Y mi hermano... ¡Buah! ¡Mi hermano está prendado de ti!

Me siento incómoda de hablar de esto con Giorgio. Al instante lo corto.

—Bueno Giorgio, eso es una cosa entre él y yo.

—Vale, vale... qué carácter. Me gusta. Sobre todo, para el puesto que te tengo en mente. Marta, te doy hasta el viernes para que me respondas si quieres o no ser mi directora de marketing, ni un día más, ¿entendido? —Qué bien suena, directora de marketing, pienso.

—De acuerdo Giorgio, tendrás la respuesta.

Me levanto y salgo del despacho. Me despido de Alicia y entro en el ascensor para empezar mi jornada laboral cuando, de repente, entra conmigo Guillermo.

—Hola Marta ¿Cómo estás?

—Bien gracias, ¿y usted?

—¿Yo? Bien, bien.

Me mira como pensando algo importante que me tiene que decir. Cuando parece que sabe las palabras adecuadas empieza:

—Estoy bien... salvo por un asuntillo. Mira Marta, es en referencia al puesto que te ha ofrecido Giorgio.

—¿Qué ocurre? —inquiero.

—Pues verás...—dice apretando el botón número seis—, el caso es que Luis lleva detrás de ese puesto varios meses y no pienses mal, que yo a ti te tengo en

mucha estima, —Sí, la estima de un burro apaleado, pienso— pero creo que Luis tiene más experiencia que tú y debería ser él el que consiga el puesto.

—Bueno... aún no sé si estoy interesada, tengo que pensarlo...

—Marta... solo te estoy ayudando a pensar. Además, piensa una cosa. Imagina que tú consigues el puesto y te marchas a Madrid. El departamento de marketing de aquí puede sufrir una reestructuración importante... quién sabe... puede que Tomás y Clara tengan problemas para seguir en la empresa.

Lo miro seria sin dejarme achantar. Sin retroceder ni un paso. Puede que haya conseguido acumular en mi sangre toda la malafollá granaína de mi amiga Clara, o bien, que me la trae al paio lo que me pueda suceder en la empresa, o que ya estoy hasta el moño de Guillermo, Luis y todos estos tipos que se creen con derecho a pisotearte. El caso es que lo que hago es levantar mi mano derecha lentamente, subo mi dedo corazón más lentamente todavía y le recito a Guillermo la frase favorita de mi sobrina Sheila.

—Móntate aquí y pedalea.

En ese momento el ascensor se abre y yo salgo de allí a zancadas y con una sonrisa en mi cara que no puedo borrar. En estos momentos tengo inmunidad diplomática por la presencia de Giorgio, pero en cuanto se vaya, sé que éstos van a volver a las andadas...

Entro en el departamento de marketing y allí se encuentran Clara y Tomás.

—¿Dónde está ricitos de oro? —pregunto al ver que no está Vanessa.

—Fue a desayunar con Luis —responde Tomás.

—Oye, ven aquí que me tienes que contar cosas... —cuchichea Clara. No lo sabes tú bien, pienso cuando recuerdo la peineta que le acabo de hacer a Guillermo.

—Tengo una duda... —dice Clara—, ¿los gemelos tienen la picha de igual tamaño?

—Jajaja ¡Hala burra! —se carcajea Tomás.

—Qué marranona eres loca, siempre piensas en lo mismo —apunto.

—Pues será porque estoy faltica —se lamenta Clara poniendo cara triste fingida.

—Si ya te decía yo, que con Ramón te ibas a aburrir —le reprendo.

—Bueno... deja de hablar de mí, que siempre le das la vuelta a la tortilla. ¿Cómo te fue con Giorgio?

—¿En qué sentido? —pregunto.

—En el de las agujas del reloj —bromea Tomás—, te lo está preguntando una

viciosa sin cura.

—Bueno... podría ser en sentido laboral y tengo que deciros que... ¡Me han ofrecido ser la directora a nivel nacional de marketing de la compañía PlusMarket! —informo de manera solemne.

—¡Tomal, lo sabía —vocifera Clara— se lo dije al mandinga éste el viernes — dice señalando a Tomás.

—Enhorabuena —dice Tomás levantándose de su puesto y abrazándome—, en serio, te lo mereces. —Clara se une al abrazo.

—Gracias —digo apartándolos un poco—, pero, aún no he contestado.

Clara y Tomás se quedan mirándome serios, como si yo fuera un unicornio o algo.

—¿Y a qué esperas? —me espeta Clara.

—Bueno, Clara, tengo que valorar que me voy a otra ciudad, que mi familia está lejos, que no os tendré a vosotros...

—Sí, si todo eso lo entiendo Marta, pero te voy a decir una cosa. ¿Sabes lo difícil que es que una empresa coja a una mujer para un cargo tan alto como el que vas a ostentar? ¿Los vas a dejar que se lo queden también? —pregunta Clara. Medito lo que me ha dicho y tiene razón, pero aun así tengo que valorar los pros y los contras.

—Claro, tienes razón Clara, pero tengo mis dudas.

—De todas formas, esto hay que celebrarlo —sugiere Clara— Esta noche hay una fiesta universitaria en un pub de la calle Pedro Antonio. ¿Os apuntáis?

—¿Universitaria? ¿No eres muy mayor para eso? —sugiere Tomás.

—Oye guaperas, que nosotras somos unas jovenzuelas ¿Verdad Marta? — Pongo los ojos en blanco.

—Pues, Conmigo no contéis que ya tengo un plan —indica Tomás.

—¿Chica nueva casanova? —pregunta Clara. Su silencio no hace otra cosa que confirmarlo. Tomás es un tío discreto, pero liga más que Julio Iglesias en sus mejores años. Es increíble.

—Pues Clara, yo no quiero ir de alumbra velas —le señalo.

—¿Y quién dice que voy a ir con Ramón...? Yo hoy me voy con mi amiga a celebrar su ascenso. —Pongo cara de «no, no, no», pero ella me pone su cara de «sí, sí, sí». Al final claudico.

—Solo un ratito ¿ok? —apunto.

—Te lo juro por Snoopy —dice Clara con los dedos cruzados detrás de su espalda.

No les he dicho nada de las amenazas de Guillermo. No quiero preocuparlos, pero tengo que intentar solventar este tema de alguna forma.

Por la noche me pongo una minifalda de color negro y un top blanco con el texto «*I love NY*», me maquillo y me echo un poco de espuma para ondular el cabello. Me miro en el espejo y éste me devuelve una Marta más juvenil.

Nos dirigimos en metro a la calle Pedro Antonio de Alarcón, que es una calle con multitud de pubs. Entramos en el pub donde se va a producir la fiesta.

—¿De qué facultad es la fiesta? —pregunto a Clara.

—Farmacia.

Al instante me pongo blanca. Mi mente interrelaciona farmacia, Paul, Clara, lío, problemas. Nos dirigimos a la barra y pedimos ella un tequila, yo Coca Cola. Hoy no me pienso emborrachar otra vez. El pub es de música latina, salsa y reguetón, sobre todo. En la barra del pub le cuento a Clara todo lo que me ocurrió con Giorgio, Pablo y Helio el viernes anterior. Ella se queda a cuadros.

—Mi vida es una mierda comparada con la tuya, chochi —se lamenta Clara.

—¿Qué te pasa con Ramón? ¿No estás bien con él? —pregunto.

—Como dices tú... no coment...

—Hermanita... este es el último sitio en el que esperaba encontrarte —dice una voz a mi espalda.

No hago ni por mirarlo, conozco su voz y sobre todo el tonito con el que me dice «hermanita». Lo abrazo fuerte nada más darme la vuelta. Cuando nos separamos mi hermano mira a Clara, le regala una sonrisa artificial y la saluda levantando una mano sin llegar ni a tocarla.

—Hermanita, Te presento a Lidia. —No me había fijado en un primer momento por la efusividad del encuentro. Al lado de mi hermano hay una preciosa chica de unos veintidós años aproximadamente. Tiene el pelo largo y rubio y es muy bonita de cara —Lidia, te presento a mi queridísima hermana melliza, Marta. Y a su amiga... Clara —dice titubeando a posta, como si quisiera fingir no conocer el nombre de mi amiga. Esa maldad de mi hermano no me gusta.

—¿Cómo tú por aquí a estas horas? —pregunto.

—Pues es la fiesta final de curso y he decidido hacer una pausa a mi caótica vida hermanita. Por las mañanas trabajo en la costa y por las tardes tengo clases, necesitaba esto —dice mi hermano confesando su estrés.

—Paul, han llegado los chicos. ¡Vamos! —dice Lidia empujando a mi hermano hacia una esquina del local.

—Oh, de acuerdo. ¡Luego nos vemos! —dice Paul alejándose de nosotras cogido de la mano de aquella chica.

—¡Adiós!, hermanito —digo con retintín. Clara no le dice nada, le mira con cara osca.

—Vamos a bailar Marta, que lo necesito —me dice Clara. Me lo dice como si no le hubiera afectado el encuentro. Pero yo sé que le ha afectado. La voy conociendo. Mi amiga utiliza su indiferencia como mecanismo de defensa. Nos ponemos a bailar.

—Has visto la pinta de lagartona que tiene esa —dice Clara señalando a la acompañante de mi hermano.

—¿Estás celosa? —inquiero.

—¿Yo? ¡Qué va!

—Últimamente nos vemos en todos lados —oigo que dice otra voz a mi espalda. Me doy la vuelta y me encuentro con mi Vin Diesel particular.

—¡Pablo! ¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Mi hermano Julián estudia farmacia —empieza diciendo Pablo presentando a su hermano. Miro a su hermano, es igual de alto y de cachas que Pablo, pero al contrario que Pablo tiene el cabello largo—. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo acabaste el otro día? —pregunta. Al instante me pongo colorada.

—Lo siento Pablo, bebí demasiado ese día.

—¿No me los vas a presentar? —pregunta Clara, que en ese momento bailaba con un tipo rubio.

—Claro, ellos son Julián y Pablo. Ella es Clara.

—Pablo, Pablo... Ah, sí, tu eres el clavo —espeta la perraca de mi amiga.

—¿Clavo? —pregunta Pablo.

—Ni caso, en estos momentos tiene más tequila que sangre —señalo.

—¡Toma! Juan Magan y Mala Rodríguez —grita Clara refiriéndose a la nueva canción que suena en el pub—, ven melenitas, a ver cómo te mueves.

Clara está desatada. Su ya corta minifalda se queda más corta todavía con los contoneos sensuales que le brinda a Julián. El chico rubio con el que estaba bailando se les une a los dos y comienzan a bailar ya no de manera sensual, es casi pornográfica. Veo como, de vez en cuando, Clara mira de reojo a la esquina dónde está mi hermano.

—Menuda es tu amiga —dice Pablo flipando.

—Yo me voy a ir ya —le informo.

—Espera, te llevo —dice al instante. Al principio me niego, pero ante su

insistencia acepto su ofrecimiento.

Me acerco un poco a mi amiga y le aviso de mi marcha.

—Yo me quedo un ratito más con estos dos —dice riendo.

—¿De verdad Clara? Vente mejor conmigo, por favor.

—No te preocupes, chochi, estoy bien —me dice mirándome a los ojos.

Finalmente claudico y salgo con Pablo, pero antes echo una ojeada a la esquina donde estaba mi hermano para despedirme, pero no lo veo por ninguna parte. Salimos del pub y nos dirigimos al lugar donde tiene aparcado su vehículo. Es un furgón. En el lateral tiene serigrafiado un rótulo «canal 12, todo noticias». Nos subimos, le digo la dirección de mi casa y arranca. No hay mucho tráfico a estas horas de la noche, pero tras diez minutos conduciendo, de repente, vemos un coche de policía con las luces encendidas y los policías, con pistola en mano, detrás de él.

—¡Están atracando ese casino! —grita Pablo al tiempo que sale del furgón. Abre la puerta trasera, coge una mochila y me grita:

—¡Marta prepárate!, vas a entrar en directo —me grita.

—¿Qué? ¡Tú estás loco! —le chillo al tiempo que salgo del furgón. Hace una llamada. Lo veo hablar muy rápido, pero con el ruido de las sirenas no lo logro escuchar. Un minuto después me informa:

—Entramos en Diez... al parecer los atracadores están dentro —comienza diciendo Pablo—. Ocho... que no se te olvide decir tu nombre. Es una conexión a nivel nacional. Seis... ¡Vamos Marta, espabila! —dice Pablo entregándome un micrófono—, tres, dos, uno y... ¡dentro!

—Aquí Marta Miller, desde el centro de Granada. Se está produciendo un atraco en un casino de la ciudad —informo señalando el lugar exacto. Pablo hace un primer plano del casino, a continuación, la cámara me vuelve a enfocar a mí. —La policía tiene cercados a los atracadores. ¡Atención! En estos momentos salen con las manos en alto. —Pablo vuelve a enfocar la fachada del casino, se ve como dos atracadores se han puesto de rodillas con las manos en la nuca. Los policías los esposan y la cámara vuelve a mí.

—Vaya, qué susto, pero afortunadamente todo ha acabado bien —informo.

Continúo narrando lo que voy viendo hasta que, después de un buen rato de narración, los atracadores son trasladados del lugar en un vehículo policial. Pablo me hace un gesto para finalizar la conexión:

—Les habló Marta Miller desde el corazón de la ciudad de la Alhambra.

—Y... ¡fuera! —grita Pablo—. Sublime Marta. Me has dejado flipando. Tienes

esto en los genes, tía —me alaga Pablo.

—¡Guau! ¡Qué subidón de adrenalina! —exclamo exultante.

Pablo habla con alguien por teléfono y al colgar me empieza a decir:

—Sabes Marta, me acaban de decir que te quieren entrevistar para el puesto de presentadora en Granada y corresponsal a nivel nacional.

—Jajaja —río—, lo siento, pero ahora mismo tengo el chip en otra parte.

—Piénsalo Marta, el puesto es increíble y el sueldo dobla el mío. De todas formas, están buscando el sustituto a Patricia y hasta septiembre no empieza la nueva temporada, tienes tiempo de pensarlo. Si cambias de opinión llámame y yo concierto la entrevista.

—¿Van a echar a Patricia?

—Sí, en cada conexión mete la pata, en la cadena están hartos. Así que, ya sabes, si quieres la entrevista, llámame.

—De acuerdo —digo sin mucha convicción.

Espero que no me haya visto mucha gente hoy... no me quiero meter en un lío con mi empresa.

Nos subimos nuevamente en el furgón y esta vez llegamos sin percances a mi casa. Pablo se me queda mirando, yo evito su mirada. Un silencio incómodo se establece en la cabina del furgón. Supongo que está esperando a que le invite a pasar. Le doy un beso en la mejilla. Digamos que es el beso que le daría a mi hermano Paul. Pablo es un chico muy guapo, tiene un cuerpazo, es simpático y seguramente me lo pasaría en grande con él, pero le falta lo esencial, no es Helio.

—Ha sido... interesante, no todos los días salgo en la tele a nivel nacional.

—Pues tú llevas una racha... —apunta Pablo riendo.

En ese momento se produce un segundo momento de silencio incómodo y Pablo se me acerca y me besa los labios. En un primer instante no me aparto y acepto el beso, pero, no siento nada. Pablo no hace que aleteen mariposas en mi estómago, ni que se me erice la piel, ni que me tiemblen las piernas como lo hace Helio. Helio ha conseguido intoxicarme con su droga. Lo necesito y a pesar de que lo estoy intentando olvidar, el mono no se me pasa. Me separo lentamente de Pablo, me despido y entro en mi casa, sola.

A la mañana siguiente voy al trabajo sin Clara. Lleva una temporada que va por su cuenta a trabajar. La noto rara. Cuando entro en el departamento, allí sólo

está Tomás.

—¿Anoche cómo fue? —pregunta.

—¡Ahhh...! ya se tu estrategia amigo... siempre eres el que pregunta y toma la iniciativa, así evitas que la atención vaya en tu contra... ¿Cómo te fue a ti con tu nueva conquista?

—Vaya... me has pillado, jajaja. Clara aún no ha llegado, probablemente se le han pegado las sábanas.

—¿Cómo? —pregunto preocupada, Clara suele llegar siempre antes que yo—. Anoche... bebió mucho, la verdad no se cuando acabó su noche... —Ahora me siento culpable de dejarla sola con aquellos dos tipos. Bueno, uno de ellos era el hermano de Pablo...

Cojo el móvil y llamo a Clara, pero no lo coge. Empiezo a realizar algunas tareas que tenía programadas, pero no doy pie con bola, estoy preocupada por Clara. Decido ir en busca de Ramón. Cuando entro en su despacho lo veo que está hablando por teléfono. Espero a que termine. Cuando cuelga me dirijo a él.

—Hola Ramón ¿Sabes algo de Clara? —pregunto.

—Vaya... —dice Ramón acomodándose en la butaca y cruzando los dedos de ambas manos—, es justo lo que iba a preguntarte yo a ti. ¿Dónde estuvisteis ayer? —Tenía ya una idea de lo que me iba a preguntar así que respondo:

—Estuvimos tomando unas copas.

—¿Hasta qué hora? —inquire.

—¿Me estás interrogando a mí? —El asiente, yo resoplo y miento a medias—. Hasta las dos.

—¿Y os parece bonito iros de juerga un día de semana cualquiera? —me reprende.

—Vale Ramón, lo siento por haber venido, voy a ir a buscarla, estoy preocupada.

—Ve cuando hayas acabado tu jornada laboral, ella es mayorcita para cuidarse por sí sola. —No le respondo y salgo del departamento de recursos humanos.

Conduzco mi coche hasta el edificio donde vive Clara. Lo miro intentando atisbar si sus ventanas están cerradas o abiertas, están cerradas. Llevo sin venir desde que entré a las bravas aquel día y vi el cuerpo de Ramón desnudo, intento borrar esa imagen de mi cabeza. Llamo al portero automático, pero nadie abre. Me aparto un poco del portal y vuelvo a mirar hacia arriba. Clara vive en un tercero. En ese momento recibo un mensaje por el móvil.

10:27 **657651089**: Se acercan problemas en la oficina. Cuídate las espaldas,

sobre todo de Guillermo y Luis.

¿Y este número de quién es?... me pregunto

10:27 **Marta:** ¿Quién eres?

10:27 **657651089:** Un amigo...

10:27 **Marta:** ¿Por qué dices eso?

10:28 **657651089:** Tráman algo. Estamos en contacto. Soy tu ángel de la guarda.

En ese momento veo que el cartero va a entrar dentro del edificio. Grabo el número nuevo como «Ángel guardián» y me apresuro a entrar antes de que cierre. Subo por las escaleras a toda prisa y me detengo en la puerta de su apartamento. Llamo, pero nadie responde. Clara vive sola. Sus padres son de un pueblo algo alejado de la capital y creo que la relación con ellos no es muy buena. Intento recordar dónde dejaba Clara escondida una llave. Claro... en el macetero. ¡La botánica local!, río para mis adentros. Escarbo un poco y... ¡bingo!, encuentro la llave. Abro con ella, pero al entrar todo está muy oscuro. Voy directa a la habitación y allí está Clara. Tiene la luz encendida con las persianas bajadas. Me mira ojerosa y a punto de ponerse a llorar hasta que estalla y comienza a hipar. Yo rápidamente la abrazo. ¡Dios!, ¿Qué habrá ocurrido...? No tenía que haberla dejado sola, me lamento. Intento separarla un poco para enterarme de lo que le ocurre:

—¿Qué te pasa Clara? —pregunto nerviosa. No me gusta ver sufrir a nadie, y a Clara menos. Ella me ayudó a mí cuando estaba en mis horas más bajas.

—Que estoy tonta perdía —gimotea mi amiga entre lloros e hipidos. Vuelvo a abrazarla.

—¿Qué pasó ayer, Clara? —pregunto con miedo por lo que pudiera haber ocurrido.

—Ayer... nada...—dice ella un poco más calmada.

—¿Entonces? —inquiero extrañada.

—Te veo a ti y lo veo a él... Lo amo Marta, no te puedes imaginar cuanto —dice con una extraña sonrisa y lágrimas en los ojos.

—¿De quién estás hablando Clara? ¿de mi hermano? —pregunto.

Ella asiente con la cabeza, esta vez con una sonrisa más natural.

—Pero, si lo amas, ¿por qué te comportas así? —pregunto intentando indagar el extraño comportamiento de mi amiga con mi hermano.

—Estoy enferma... —dice Clara con la mirada perdida.

—¿Enferma? no, pero un poco rarita sí que te estas portando —señalo. Ella

me mira seria, como si yo no le hubiera entendido.

—No Marta, quiero decir que estoy enferma... tengo cáncer de mama.

Un escalofrío me recorre todo mi cuerpo al oír eso. Es como cuando en una película de terror ves algo que te remueve por dentro, pero esto no es una película, es la realidad. Mi amiga, mi mejor amiga tiene cáncer. Paso por varios estadios. Primero me quedo inmóvil, después empiezo a hacer pucheros involuntarios y por último lloro como una descosida abrazando a Clara. Ella está tranquila. Ahora soy yo la que hipa y llora sin parar. Ella me separa y me dice tranquila:

—No te preocupes... hoy me han dado el resultado, no es invasivo y no hay metástasis.

Esto no hace más que hacerme llorar más y más, pero esta vez entre una mezcla de alivio y de conmiseración por lo que mi amiga habrá pasado estos últimos ¿días? ¿semanas? ¿meses? De repente quiero saber, quiero que me lo cuente todo.

Clara empieza a narrarme todo desde el principio. Al parecer, se enteró del tumor en una revisión ordinaria a su ginecólogo hace unas semanas. Durante todo este tiempo ha estado haciéndose todo tipo de pruebas, esto tiene sentido ahora para mí, por eso ya no venía a recogerme por las mañanas. Después le hicieron una biopsia para comprobar el grado del tumor y si era o no invasivo.

—Anoche, cuando salí de fiesta contigo, perdóname Marta, pero el motivo era más por mí que por ti. No aguantaba lo que me pudiera decir esta mañana mi ginecólogo. Tenía muchísimo miedo Marta.

—¡Pero loca! ¿Por qué no me lo has contado? —pregunto entre enfadada y triste porque no confiara en mí— Yo te habría ayudado a pasar por todo esto. No quiero ni imaginar lo que habrás pasado tú sola. —Mi amiga se encoje de hombros.

—Supongo que no quería que me miraras con cara de pena. Pero cuando me dijo esta mañana mi ginecólogo que no era peligroso, que mi vida no corría peligro, he empezado a pegar gritos como una loca.

—Me habría encantado estar contigo —digo emocionada, limpiando una nueva lágrima que escapa de mis ojos.

—Bueno... —comienza a decir Clara—, van a tener que extirpar el tumor y me va a quedar una teta un poco deforme —dice un poco seria, pero rápidamente cambia su expresión diciendo—, pero es un mal menor teniendo en cuenta lo que podía haber pasado.

—No te preocupes, hoy en día hay soluciones más que efectivas. Y entonces... ¿ha sido por esto por lo que no quisiste seguir con mi hermano? —intento indagar.

—Bueno... sí. El motivo fue ese —reconoce Clara.

—¿Y por qué con Ramon sí?

—No sé Marta... supongo que en mi estado no habría aguantado perder a tu hermano. ¿Sabes?, con nadie me he sentido tan bien como con él. Pasamos dos días locos viviendo como si fuéramos una pareja de enamorados —explica mi amiga con una amplia sonrisa—. Fue una pequeña burbuja dentro de un caos de sentimientos que tenía en aquel momento. Después —continúa narrando Clara—, me dio miedo de seguir enamorándome de tu hermano y que todo acabara de golpe —añade golpeando la cama en la que estamos las dos sentadas.

—Te entiendo —le digo pensando en mis miedos de volver con Helio y que me desquebraje el corazón más de lo que lo hizo al echarme de su lado. De repente llaman al timbre. Voy yo a responder.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy yo, Ramón, abre Marta —se oye por el telefonillo. Yo achino los ojos y con las palabras de Ramón en mi cabeza esa misma mañana, respondo:

—Mira Ramón, que dice mi amiga Clara... que te vayas a la mierda —le espeto. Clara me mira desde el quicio de la puerta, flipada por mi comentario—. Adiós. —Y cuelgo el telefonillo.

—Se han equivocado de portal —apunto divertida.

—Creo que me tienes que contar algo —dice Clara entre risotadas—, supuestamente, la que tiene malafollá soy yo...

—Todo se pega —replico sonriente.

Capítulo 28

Y aquí estoy. En la puerta del edificio de Marta. Confío en la intuición de Julia, la cual me ha dicho que en estas cosas ella es un poco bruja y que, al hablarle de mí, notó en Marta esa añoranza que se tiene por lo querido y no tenido. Esas fueron sus palabras. Además, dicen que la perseverancia es la madre de todas las virtudes, porque hace que éstas consigan su fruto, también fueron palabras de Julia. Voy a llamar a su portal cuando me doy cuenta de que no sé exactamente en qué piso vive. En ese momento, una mujer mayor se dirige al portal cargada con varias bolsas de la compra.

—¿Le ayudo señora? —le pregunto.

—Claro hijo. Me vendrán muy bien esos buenos brazos que tienes. Jijiji —sonríe pícara la mujer. Yo me dejo piropear. A nadie le amarga un dulce.

—Estos brazos están a su servicio. ¿Le subo la compra?

—Oye... no te conozco... ¿y si eres un asesino de viejecitas ingenuas? Jijiji —ríe su propio chiste.

—Jajaja, es usted muy graciosa. Le juro que soy un caballero que sólo quiere ayudar.

—Jijiji. Mira... con esos ojos tan increíbles no puedes ser mal chico. Te agradecería que me ayudaras.

Cojo las bolsas de la señora y me dispongo a subir. El bloque no tiene ascensor y subimos por las escaleras. Llegamos al segundo piso y ella se dispone a abrir la puerta de su casa. En un primer instante dudo si preguntar, pero es la única forma de averiguar en qué piso vive Marta:

—¿Por casualidad no conoce a una tal Marta que vive en este bloque? —La mujer frunce el ceño. Al parecer no le ha gustado mi pregunta.

—No. No conozco a ninguna Marta. Y si la conociera, ¿para qué la quieres?

—Vaya... juraría que me dijo esta dirección, pero se le olvidó decirme el piso. —La mujer se queda pensando si decirme algo más.

—¿Cuál es su apellido? —pregunta la señora.

—Miller, respondo, su padre es americano.

Se queda un instante pensando, pero al final se dirige a mi con decisión y me

dice:

—Mira, Martita vive aquí en este bloque, en esa puerta —dice señalándome una puerta al otro lado del pasillo—, pero te voy a decir una cosa... —Me mira desafiante y me señala con su dedo índice—, al último que intentó hacerle daño le estampé uno de esos macetones en toda la chola. ¿Entiendes?

—Vaya... claro señora, lo último que querría es hacerle daño, créame. —La mujer me sigue mirando ceñuda.

—No serás uno de los dos hermanos que están detrás de ella ¿no?

Esa frase me desconcierta. ¿Le ha hablado de mí? ¿Y por qué dice eso de «dos hermanos»? Giorgio...

—Sí señora, soy uno de los dos —digo forzando una sonrisa. La mujer cambia totalmente el gesto y vuelve a ser la mujer dicharachera de antes.

—Haber empezado por ahí. Las flores que le mandaste son preciosas... a no ser que seas el otro... mira, no quiero meter la pata —dice la mujer atropellando las palabras—. Mi nombre es Carmina para lo que gustes. Martita me dijo que hoy se iba con Clarita a tomarse algo.

—De acuerdo Carmina, es usted muy amable, pero no se preocupe, la esperaré abajo —le digo al tiempo que suelto las bolsas de la compra en el interior de su vivienda. Me dispongo a bajar las escaleras cuando Carmina me dice:

—Mira, si te hace falta algo, lo que sea, llámame, ya sabes donde vivo.

—Muchas gracias Carmina. —Me doy la vuelta y bajo al portal.

Esperándola estoy y en varias ocasiones estoy a punto de llamarla, pero prefiero hablar con ella en persona. Quiero que me mire a los ojos y sea sincera. Quiero también poder explicarle todo lo me pasó por la cabeza en Madrid para reaccionar como lo hice. Esta vez me va a oír, si después de esto sigue en sus trece... desistiré. Pasa una hora, otra y otra. Miro el reloj, las dos de la mañana. Creo que de tapas no se han ido. Estoy a punto de marcharme al hotel para volver al día siguiente, cuando veo aparcar enfrente una furgoneta del canal 12. Desde mi posición puedo ver perfectamente la persona que se sienta en el asiento del acompañante, Marta. Le da un beso en la mejilla a su acompañante y parece que se despiden... entonces, el hombre se acerca repentinamente a Marta y la besa en la boca y ella... ella no lo rechaza. Me doy la vuelta y me dirijo en busca de mi coche. No voy al hotel. Vuelvo a Madrid.

Conduzco rápido y hago el trayecto en tiempo récord. Cuando llego a Madrid lo que menos me apetece es ir a mi casa. Acabo en un bar de copas. Allí bebo una copa, luego otra y después otra más.

A la mañana siguiente me despierto con un dolor de cabeza horrible. Estoy en mi apartamento. Miro a mi lado y veo a una mujer junto a mí. Su brazo está posado en mi pecho. La aparto y me levanto. Miro a la mujer, es una chica pelirroja, de unos veinte o veintidós años, es muy joven. Está desnuda de cintura para arriba, solo lleva unas braguitas rosas. No recuerdo nada de lo que pasó anoche. Recuerdo el beso de aquel tipo a Marta..., recuerdo el viaje de Granada a Madrid, recuerdo haber entrado en un pub y recuerdo haber hincado los codos en una barra de bar forrada de sky. Estoy intentando recordar algo más cuando ella despierta:

—Hola... ¿Qué tal mi cuadro?

—¿Qué cuadro? —pregunto.

—¿Cómo que qué cuadro?, anoche me dijiste que eras pintor de desnudos. Y que me ibas a hacer un cuadro.

Con mis manos sujeto mi cabeza. Como si de esa forma se me fuera a pasar el dolor de cabeza. En el pie de la cama hay un caballete de los que suelo usar para pintar. Me dirijo a ver el estropicio que pude hacer sin conciencia ni voluntad, cuando resbalo y caigo al suelo. Todo el dormitorio está lleno de pintura.

—Jajaja. Eso mismo te pasó ayer...

Me levanto y realizo una vista general de mi habitación. Rojo, azul, verde, amarillo... todos los colores están impresos en las sábanas, la almohada, las paredes, las cortinas... Prácticamente todo manchado. Me dirijo al caballete con dificultad y miro el lienzo. Ante mí tengo un cuadro de una chica posando en una cama desfigurada. En realidad, todo el cuadro es abstracto salvo la cara de la chica, que se ve de forma nítida todos sus rasgos. Ojos, nariz, cejas, boca, sonrisa... Pero la cara no es la misma que la chica que ha amanecido hoy a mi lado. El rostro que me mira a través del lienzo es un rostro hermoso y conocido. Es Marta...

Me lo quedo mirando como esperando que me cuente qué demonios ocurrió anoche. La chica se pone a mi lado y me suelta:

—Yo no entiendo mucho de pintura, pero creo que mi hermano hace unos dibujos más bonitos. No se parece en nada a mí.

—¿Quién eres? —pregunto al fin.

—Soy Aurora ¿No recuerdas?

—No —niego rotundo.

—No te preocupes, yo tampoco recuerdo tu nombre. Lo que si recuerdo es lo de anoche...

¡Alerta!, dice una voz en mi interior.

—¿Qué pasó anoche? —pregunto.

—Menos de lo que yo quisiera... —dice con la mirada pícaro— La verdad es que estabas muy borracho. Me dijiste que me desnudara y que me tendiera en la cama y después te pusiste a pintar. Después caíste a plomo en la cama. ¡Ah!, antes de esto último esparciste pintura por toda la habitación.

—¿Por qué no evitaste que lo hiciera?

—Y yo qué sé. Los artistas sois muy raros, lo mismo era un ritual o algo.

¡Riiiiing, Riiiiing!

En ese momento llaman al timbre. Rápidamente me pongo unos pantalones, una camiseta y me dirijo a abrir.

—Vístete, por favor —le ordeno.

Abro y ante mí me encuentro a la última persona que me esperaba encontrar, y menos en este estado, mi padre.

Después del mensaje que me mandó Marco Scolano, he fabricado en mi cabeza diferentes discursos con mi padre. Diferentes preguntas y respuestas simuladas en mi mente, pero todas las posibles conversaciones me llevaban al mismo punto. ¿Quién es en realidad mi padre?

—¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo Helio. ¿Puedo pasar?

¿Puede pasar?, me pregunto. Pues que pase, qué más da. Y ya de una vez por todas me entero de quién demonios es mi padre.

—Pasa.

Entramos a la sala de estar y allí está Aurora ya vestida.

—Bueno... yo ya me voy... —titubea Aurora, no sabe mi nombre.

—Helio —digo para ayudarla.

—Eso Helio... ahora lo he recordado. Jeje. —ríe.

Se va a marchar cuando me siento un poco mal. No suelo ser así con las mujeres.

—¡Aurora!

La chica me mira.

—Toma una tarjeta mía. Quizá algún día te gustaría tener un cuadro de ti desnuda, pero con algo más de calidad...

—Claro Helio. Nos vemos. —Y sale de mi vida tan rápido como entró.

Mi padre ve toda la escena desconcertado. Me dirijo a él con la intención de abordar de una vez por todas todo este rompecabezas que me tiene hecho un lío.

—Y bien papá... ¿Para qué has venido? —pregunto. Mi padre se sienta en el sofá y cruza las piernas.

—¿Por qué me esquivas, Helio? ¿Qué has descubierto en Italia?

Ninguna de mis conversaciones simuladas en mi cabeza me va a servir para encarar el tema con tibieza, así que lo mejor es hacerlo con rudeza:

—¿Eres Franco Bianchini? —pregunto de improviso. Por su gesto pétreo noto que no le ha sorprendido la pregunta, esto me alerta.

—Vaya..., no te andas por las ramas... Te voy a contar una historia.

La historia de los pintores bohemios

Antiguamente, a los huérfanos que no se les conocía el apellido de sus padres se les llamaba por el apellido Expósito, que viene de recién nacidos expuestos. Posteriormente se les empezó a llamar por el nombre de la ciudad donde residían, el orfanato dónde se encontraran o el santo que regentara dicho orfanato.

En el año 1978, unos jovencísimos Roberto Madrid y Diego Madrid salían de España dirección Italia. Habían tenido vidas paralelas. Ambos eran huérfanos y ambos también habían estado con varias familias de acogida, sin llegar a encajar en ninguna de ellas. Siempre volvían al orfanato de Carabanchel, en Madrid. Con el tiempo se hicieron más hermanos que compañeros. Donde iba uno, allí estaba el otro. Al partir a Italia lo único que echaron de menos de España fue al conserje del orfanato, Mauricio Del Pietro. Que les había dado a ambos algo que les marcaría el futuro, el amor por la pintura y el arte.

Afrontaron con ilusión su nueva etapa, viajando a través de Italia con una mochila, unas botas desgastadas y ropa andrajosa que lavaban muy de cuando en cuando. Se nutrían del talento de los artistas que encontraban en los caminos, aprendían técnicas nuevas, en definitiva, disfrutaban de la vida. Pronto empezaron a pintar bellos paisajes que vendían en las plazas de los pueblos y fueron prosperando.

Corría el año 1983 cuando adoptaron el apellido Salcedo. Los hermanos Salcedo. Ese año llegaron al valle de Chianti. Dejaron de ser nómadas para convertirse en sedentarios. Varios fueron los factores. Uno de ellos fue la fuente

ingente de belleza que contenía La Toscana, y particularmente, el valle de Chianti. El otro factor fue... la bellísima Mónica Belotti, hija del más rico productor de vino de todo el valle. A Mónica le enamoró el espíritu bohemio de los dos españoles, su arte y por supuesto, su físico. Ambos eran dos hombres altos, guapos y ambos con los ojos azules. Impregnados por el espíritu Hippie, Mónica empezó a salir con Diego, pero acabaron teniendo una relación a tres. Experimentaban con sus cuerpos nuevas formas de placer. Eran felices.

Hasta que un día llegó a oídos del padre de Mónica esta escandalosa relación. Su padre, en un primer momento quiso atajar el problema con prohibiciones a su hija, pero, no se le puede poner puertas al campo, o como decía la madre de Mónica, la cabra tira al monte. Siguió su relación a tres.

Un día que se encontraban ebrios de amor y borrachos de alcohol fueron a ver a un amigo común para que les hiciera unos tatuajes. Ellos se tatuaron una rosa negra en el pecho, ella se tatuó una rosa roja. A ojos de Mónica era la forma de inmortalizar el amor que sentían los tres.

Pero todo tiene fecha de caducidad, hasta el que creemos amor verdadero. Mónica quedó embarazada y el pensamiento libertino fue mutando a más conservador. Más tradicional. Fue Mónica la que un día le dijo a Diego que Roberto y ella iban a ser pareja formal e iban a criar al hijo que llevaba en su vientre. Diego no se podía creer tamaña traición por parte de su “hermano” y la chica que conoció dos años atrás. Partió hacia Nápoles pasando por todas las barras de bar que se cruzaban en su camino.

La vida de Roberto y Mónica no fue fácil en los primeros años de pareja. No tenían dinero ni para casarse. Mónica intentó encontrar trabajo en el valle, pero su padre evitaba que consiguiera trabajo. Tenía mucho poder en la región y prefería que su hija muriera de hambre a verla trabajar de lavandera. Consideraba que su embarazo era una deshonra para la familia Belotti

Unos meses más tarde nacieron dos bebés. Los llamaron Helio y Giorgio. Pero no fue el nacimiento de los pequeños lo único transcendental que ocurrió ese año de 1986. Un accidente de tráfico en el que murieron los padres de Mónica hizo que ésta heredara toda la fortuna de los Belotti. Se produjo un punto de inflexión en la economía de los Salcedo Belotti y pasaron a ser una de las familias más ricas de la región. Años más tarde supieron que su amigo Diego había repudiado el apellido Salcedo para pasar a llamarse Diego Del Pietro, en honor al conserje del orfanato de Carabanchel.

Me quedo impresionado, anonadado, pasmado. La historia que me acaba de contar mi padre hace que en mi cabeza algunas piezas se coloquen en su sitio y otras se líen aún más. De ahí que Diego le tenga tanto odio a mi padre. Pero lo que más me ha impresionado es la posibilidad de que mi padre biológico sea Diego y no el que siempre he creído que era mi padre. Y lo de las rosas tatuadas...

—¿Quién es entonces mi padre... tú o Diego?

—Yo..., siempre yo. Un padre no lo marca una semilla, un padre es aquel que cría y da una educación a su hijo.

—Te olvidas de que últimamente he pasado más tiempo con Diego que contigo —apunto.

—Eso es lo que ha querido siempre Diego. Vengarse y conseguir separarte de mí...

—Tú solito has logrado eso último que dices —le espeto—. ¿Estás insinuando con tu narración que Diego Del Pietro es en realidad Franco Bianchini?

—Te lo voy a decir de otra forma. En un ascensor estamos tú y yo, de repente huele mal y yo sé que no me he tirado ningún pedo... ¿Quién ha sido?, pues eso. Lo supe del siguiente modo. Justo antes de su muerte, Marco Scolano, el padre de Marco y Vincenzo, sabía que el líder de la camorra napolitana portaba una rosa negra en el pecho, por eso fue a verme esa noche a mi casa. Me acusó de que yo era Franco Bianchini y era el que estaba asesinando a la familia Sicarieli en Nápoles. Fue entonces cuando deduje quién era Franco Bianchini. Nada más y nada menos que mi antiguo amigo, Diego Del Pietro.

La cabeza me da vueltas. Me siento y apoyo los codos en mis rodillas.

—¿Por qué le hicisteis eso a Diego? —pregunto.

—En la vida siempre te encuentras con decisiones difíciles... Aquella fue la más difícil de mi vida. Decidí aceptar quedarme con Mónica. La amaba. No podía vivir sin ella.

—Pues para amarla tanto no dudaste ni un segundo en cambiarla antes de que muriera —le increpo señalándole con el dedo.

—Esa fue la segunda decisión más difícil de mi vida. Después de decir esto, mi padre se levanta y se dirige a la salida. Abre la puerta, pero antes se da la vuelta para decirme algo:

—No le digas nada a Giorgio de esto, por favor. Todo se complicaría más.

Sin más, sale y la puerta se cierra.

Capítulo 29

—¿Bajáis a desayunar? —pregunta Vanessa.

Tomás, Clara y yo estamos saliendo de la oficina.

—No —respondo—, hoy tenemos mucho lío y no nos va a dar tiempo, tomaremos algo en la sala Google. ¿Vienes Vanessa?

—No, voy a acabar esto, luego desayuno con Luis. —Asiento y salimos de la habitación.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Tomás a Clara al tiempo que va sacando de la máquina un café para ella y un Cola Cao para mí.

—Ahora que sé lo que tengo, muy bien —repone Clara. Tomás niega con la cabeza:

—Y pensar que te has guardado todo eso para ti sin contar con nosotros... me has decepcionado Clara —afirma Tomás. Yo suscribo las palabras de mi amigo asintiendo con la cabeza.

—¿Y qué más da? ¿Para qué hacerlos pasar unos días malos? —inquire mi amiga.

—Dime una cosa loca. ¿Si me hubiera pasado a mí? —pregunto—. ¿Te habría gustado que te lo ocultara?

—¡Te habría arrancado la cabeza! —exclama Clara con un bufido fingido. Los tres reímos.

—Al final no me contaste como acabaste la noche con Julián y el rubio aquel —comento. Tomás y yo miramos con interés la respuesta de Clara.

—Pues sabéis, ya podéis estar borrando de mi lista una de las fantasías sexuales que tengo que hacer en mi vida.

—¿En serio? —inquire Tomás. Yo me quedo patidifusa.

—Y tan en serio, creía que me moría..., no iba a perder el tren. En cuanto vi en la esquina a tu hermano besuqueándose con la rubia de bote, no me hizo falta pensar más, agarré a Julián de una mano, al rubio de la otra, y los saqué a empujones del pub.

—¿Y dónde fuisteis? —pregunta Tomás con mirada curiosa.

—El rubio tenía un apartamento cerca. La verdad es que todo fue muy extraño y muy excitante a la vez... —dice mi amiga con la mirada perdida.

En ese momento recibo un wasap. Lo miro.

11:34 **Ángel Guardián** – Entra en la oficina ¡ahora!

Tras un instante de desconcierto, sigo las instrucciones y dejo a Tomás y Clara. Entro en el despacho sin llamar y veo a Vanessa que está sentada en mi puesto de trabajo usando mi ordenador.

—¿Qué haces ahí? —inquiero.

—Pues... pues... mi ordenador no tiene internet —titubea nerviosa Vanessa.

—¿Qué le sucede? —pregunto al tiempo que me dirijo a comprobar su ordenador. Abro un navegador e inserto una página web. La carga perfectamente —. Pues funciona...—le recrimino.

—¿Ah sí?, pues hace un instante no funcionaba —se defiende Vanessa.

No digo nada más. Compruebo mi ordenador y todo parece en orden. Vanessa se precipita a su mesa, coge el bolso y se dispone a marcharse.

—Yo ya he acabado aquí, voy a desayunar con Luis. —Y sale de la oficina.

Clara y Tomás entran.

—¿Qué pasa Marta? —pregunta Clara.

—No sé... pero no me fío de Vanessa, estaba trasteando mi ordenador.

—¿Cómo sabías que lo estaban trasteando? —pregunta Tomás.

Cojo el móvil y tecleo:

11:39 **Marta** - ¿Quién eres? ¿Cómo sabías que estaban utilizando mi ordenador?

11:40 **Ángel Guardián** – Solo sospechas. Desconfía de su mujer.

11:40 **Marta** – Pero, de algún modo tienes que haberlo sabido... ¿Quién eres?

Ya no recibo ningún mensaje más del misterioso Ángel Guardián. No les he dicho nada a mis compañeros sobre las amenazas de Guillermo y tampoco quiero hablarle de estos extraños mensajes porque no quiero preocuparlos... Espero que mi amiga no me arranque la cabeza por ello. Sonrío.

—¿De qué te ríes chalada?, contesta al guaperas. ¿Cómo sabías que lo estaban trasteando? —insiste Clara.

—Escuché un porrazo y decidí entrar a ver —miento. Mis compañeros no se quedan muy convencidos.

Pasa la mañana. Clara se va un poco antes porque tiene una revisión, Tomás sale a su hora y yo me quedo acabando algunas tareas. Estamos a final de mes y es cuando más trabajo tenemos. Estoy a punto de apagar el ordenador cuando veo un correo entrante. Es de la imprenta, y dice lo siguiente:

«Ya hemos imprimido todos los panfletos del mes de julio, 500 000 unidades. He hecho todas las modificaciones en los precios que me has pedido que realizara. Saludos».

¿Modificaciones? Yo no he... abro el correo y miro la carpeta de mensajes enviados. En ella sale un mensaje en el que pido que se hagan una serie de modificaciones a los precios. Pero ese mensaje... no lo he escrito yo. Entonces me viene todo en cascada, Guillermo y sus amenazas, Luis, su mujer en mi ordenador. Pero... ¿cómo soy tan ingenua? La cabeza me da vueltas. Salgo del despacho y me dirijo al baño. Entro y me echo agua en la cara. Miro al espejo. Estoy pálida. Vuelvo a lavarme la cara y cuando vuelvo a mirar en el espejo veo en él reflejado la imagen de ¡Luis! ¡Está detrás de mí! De repente, me tapa la boca con su mano y aprisiona mi cuerpo contra el mármol del lavabo.

—¡A ver si eres tan valiente ahora, putita! —susurra amenazante al oído. Me mira con los ojos fuera de sus órbitas. ¡Este tío está loco! Intento soltarme, pero me tiene bien sujeta. Intento gritar, pero tampoco puedo.

—Voy a conseguir ese puesto ¿Me oyes? —Me separa las piernas hincando una rodilla en mis muslos—, o si no, te voy a dejar el culo como a una mona, ponme a prueba y verás.

De repente noto como todo mi cuerpo queda libre y veo a Luis salir del cuarto de baño de mujeres a toda prisa. ¡Sólo quiere asustarme! me repito una y otra vez, pero no puedo reprimir un sollozo. Todo esto me está sobrepasando.

Salgo del trabajo y lo que menos me apetece es quedarme en mi casa sola. Necesito hablar con alguien. Llamo al piso de Carmina.

—Hola Martita. ¿Qué te pasa?

—¿Tanto se me nota? —me lamento. Entonces ya no aguanto más y me pongo a llorar. Carmina me abraza.

—Tranquila pequeña. Te vas a tomar un puchero que se te van a quitar todas las penas. —Eso me hace sonreír.

—Gracias —digo sincera.

Carmina se marcha a la cocina y me deja allí en el salón. Tengo que centrarme. No van a poder conmigo. Ni Guillermo, ni Luis, ni Vanessa, ni nadie... La

televisión está encendida y entonces escucho una noticia que me pone en alerta:

—La chica desaparecida desde el 29 de abril, Nadia Gil, ha aparecido hoy a las afueras de la ciudad de Móstoles.

—Vaya... esa chica... esa chica es...

—Fuentes policiales han informado a este medio que se encuentra en perfecto estado. Al parecer había sido secuestrada por su propio novio, Nacho Gómez. El inspector de policía que ha llevado el caso es Pedro Márquez, en directo para el canal 12.

En pantalla salen dos tipos que me suenan. ¡Claro! Estos son los que nos pararon en Madrid a Helio y a mí. Entonces, ¿todo era verdad?

—Inspector Márquez ¿Es cierto que, hasta hace poco, la investigación se centraba en el hijo del famoso empresario Roberto Salcedo?

—No puedo comentar nada de eso —responde el inspector.

En pantalla sale la foto de Helio. al parecer es cierto que era sospechoso, pero al final ha resultado que era el novio de la chica el responsable de todo. Según está informando el corresponsal, Nadia se iba a ir a Los Estados Unidos con otro chico y el novio la había secuestrado. Todo esto me parece increíble.

—A ese chico lo conozco yo... —dice Carmina señalando la foto de Helio en pantalla.

—¿Sí? ¿De qué? —pregunto intrigada.

—Pues ese chico vino a buscarte el día que saliste con Clarita. Se quedó esperando a que vinieras.

—¿Cómo? ¿Sabes si esperó mucho?

—Bueno... no sé... yo me acosté a las una y media y el chico seguía esperándote. ¡Qué insistencia! Supongo que al final se aburriría de esperar.

Entonces recuerdo que esa noche yo llegué a las dos y esa noche en el portal de mi casa Pablo me besó y ... entonces se me cae el mundo encima. Después del día tan agobiante de trabajo que llevo, después del tema de la imprenta que no sé cómo voy a solucionar, después las amenazas de Luis y ahora me doy cuenta de que he sido muy injusta con Helio. A Helio le pasaba algo realmente malo. Lo estaba pasando mal y yo quizá no supe verlo. Es cierto que me echó, pero puedo entender que lo hiciera si... ahora tengo ganas de hablar con él. Que me cuente que le sucedía.

—¿En qué piensas? —pregunta Carmina—. Mira mi niña, es mejor que te tomes este potaje tan rico que te he preparado y no pienses en nada más en un rato.

Voy a hacerle caso a Carmina, porque si no me voy a volver loca.

—Además, Marta, quiero contarte una cosa que me ha pasado. —La miro. Carmina está nerviosa. No la había visto así desde hace muchísimo tiempo.

—Me ha llamado Alejandro...

—Alejandro... ¿Qué Alejandro? —pregunto.

—El chico con el que me iba a casar... ¿Recuerdas?, la historia de la Abadía del Sacromonte.

—¿En serio? —pregunto.

—Y tanto... hemos estado hablando toda la tarde, de su vida... de la mía... Era todo tan raro.

—¿Está casado? —pregunto.

—Es viudo. Su mujer murió hace un año. Tiene dos hijos. Dice que quiere verme, ¿te lo puedes creer?

—¿Y tú qué le has dicho? —inquiero.

—Pues que no...

—Carmina... estas más loca que Clara. Pero mujer, ¿no has visto cómo se te ilumina el rostro al hablar de él? Déjate de pamplinas, de piedras y esas cosas. — Al decir esta frase me doy cuenta lo tonta que he sido... Doy a otras personas consejos que no me aplico. ¿Acaso yo no noto cómo se me ilumina el rostro cuando pienso en Helio?

Carmina me mira insegura. Es la primera vez que no la veo convencida de lo que dice o hace.

—¿Tú crees...? ¿Podría verlo...? La verdad es que me muero de ganas...

—Llámallo y dile que quieres verlo. —Cojo el teléfono fijo y se lo doy a Carmina— Ella se lo piensa. Entonces lo coge y comienza a marcar en el teclado.

Yo me levanto y me dispongo a marcharme a mi casa. En el trayecto hasta la puerta de la entrada, puedo escuchar como mi vecina y amiga queda en verse con el tal Alejandro. Al cerrar la puerta pienso que por lo menos algo no ha ido mal ese día. Algo es algo.

Capítulo 30

Los últimos acontecimientos me tienen agazapado y aturdido. El relato de mi padre me ha dejado en shock. Contaba con Diego como mi amigo cuando había problemas, pero ha resultado ser el capo de los capos, el responsable de la muerte de Margareta y de mi largo encierro en el psiquiátrico. Todo esto según mi padre. Debería ir a hablar con Diego y cerrar todo este asunto de una vez por todas. Y por otro lado tengo a Marta. Pensaba que ella y yo habíamos conectado de una manera especial. Pensaba que, si solucionaba mis problemas, luego la tendría conmigo a mi lado. No ha resultado así. Soy un iluso. Después de verla quedar con mi hermano, que por cierto le mandaba flores a su casa, y después de verla besar al chico de la furgoneta... esto es definitivo, Marta ha pasado página y yo debo hacer lo mismo. Si antes había un río que nos separaba, ahora lo que nos separa es un océano. Creo que sólo yo sentí ese magnetismo especial. No atracción sexual, sino verdadero... amor. O por lo menos eso creía yo.

Me dispongo a limpiar todos los utensilios para pintar. Voy a empezar de nuevo a trabajar. El trabajo mantendrá mi mente ocupada.

¡Riiing Riiing!

Llaman a la puerta. Me dirijo a abrir, ojeo la mirilla y veo al inspector Márquez tras la puerta. ¿Qué hago? ¿Abro? Parecía que me habían dejado en paz, pero parece ser que vuelven a la carga. Al final me decido por abrir.

—¿Qué? ¿Ya vuelven? —digo ya cansado de todo aquello.

—Tranquilo Helio, vengo en son de paz.

—De verdad inspector, no sé cuántas veces tengo que decir que yo no tengo nada que ver con la desaparición de Nadia.

—Lo sé... —afirma el inspector Márquez—, el caso está cerrado, tú no ves mucha televisión, ¿no?

Me quedo un buen rato procesando las palabras de Márquez... ¿Caso cerrado?

—¿Y Nadia? ¿Ha aparecido? —pregunto nervioso.

—Sí, sí, tranquilo Helio, Nadia está bien. Tenías razón Helio, al final, resultó que era el novio el que tenía secuestrada a su chica.

—¡Lo sabía! —exclamo— pero ¡qué bien...! me alegro de que Nadia esté viva, me temía lo peor.

—Al parecer —comienza a explicar Márquez—, Nadia iba a dejar a su novio y se iba a ir con el fotógrafo americano. El que me mandaste en foto. Eso fue clave. Gracias Helio, estábamos un poco perdidos.

—Pero... ¿cómo hizo para esconder a Nadia? —inquiero.

—La tenía escondida en una casa de campo. Propiedad de sus padres. En el sótano.

—¿Cómo es que no sospechasteis de él desde un principio? —pregunto con un punto de reproche.

—Pues verás Helio, el chaval parecía de verdad muy afectado por la desaparición, estuvimos vigilándolo como a ti, pero no salía de su casa. Lo descartamos a los días. Resulta que había comprado un montón de víveres y se los había puesto a Nadia para que aguantara varios días en su encierro. Cuando la encontramos no le quedaba nada, estaba deshidratada y el zulo olía a orines. El estado en el que la encontramos era lamentable.

Sólo de pensar a la despampanante Nadia en el estado que me está narrando Márquez se me ponen los pelos como escarpías.

—Afortunadamente —sigue Márquez—, todo ha salido bien. Ella está ahora reponiéndose en el hospital.

—Gracias por venir a informarme inspector, me ha quitado un gran peso de encima.

—De nada, en parte, Nadia está viva gracias a ti. Por cierto, me dijiste que vendría a pedirte perdón como hicieron los policías en Italia y a eso vengo Helio. Tienes que perdonarnos por prejuizarte.

—No se preocupe Márquez, este gesto le honra —le digo sincero. Nos damos un apretón de manos firme.

—Nada más Helio, si necesitas cualquier cosa sólo tienes que llamarme, ya tienes mi tarjeta —ríe Márquez.

—Jajaja —me carcajeo—, creo que antes llamo a la señora de la limpieza que a ti para que me ayude.

Márquez me ríe el chiste. Creo que no es mal tipo después de todo.

—Adiós Helio. —Márquez sale de mi apartamento.

Esa misma tarde quiero ir a ver a Diego y una idea absurda se me cruza por mi cabeza. Espero que si Diego me asesina no le den el caso a Márquez. Me río de mi propia ocurrencia. En realidad, no creo que me pase nada. Diego siempre

me ha tratado como si fuera mi padre... y ahora entiendo por qué lo hacía.

Acabo con la limpieza de los materiales y conecto el portátil. Reviso las grabaciones que tengo del día anterior del edificio PlusMarket en Granada. Una vocecita en mi interior me dice que deje a Marta ya, que rehaga mi vida sin ella, que deje de ser su ángel guardián, cuando algo me llama la atención. Veo a Marta entrar en los baños alterada y posteriormente entra Luis en el baño de mujeres. ¡Pero qué coño! Evidentemente no tengo cámaras en el baño. ¿Qué habrá ocurrido? Sigo viendo la grabación y veo salir a Luis huir del sitio mirando a derecha e izquierda, como quien sabe que ha hecho algo mal y espera que no lo vean. Mi corazón se pone a ciento sesenta. Me quedo mirando la imagen, que en ese momento se encuentra congelada. No hay movimiento alguno. Al cabo de unos minutos sale Marta y respiro tan fuerte que el pulmón izquierdo me da un pinchazo. Estaba aguantando la respiración. Un alivio recorre todo mi cuerpo. Tengo que hacer algo. No me puedo quedar aquí viendo como la atosigan y humillan. Esta tarde, después de ver a Diego, me voy para Granada.

Por la tarde me dirijo a la casa de ¿mi amigo? ¿mi maestro? ¿mi padre? ¿el capo de la camorra de Nápoles? En realidad, no sé quién es Diego Del Pietro, pero lo voy a averiguar en breve. Al llegar llamo al videoportero. Me está observando, lo sé.

—Pasa —dice una voz que parece ser la de Diego.

Atravieso el jardín y la puerta de la casa está abierta. Entro y cruzo el largo pasillo hasta llegar al salón. Miro panorámicamente la estancia. Está llena de cuadros de autores famosos contemporáneos, Neo Rauch, Peter Doig o Martin Eder entre otros rodean el amplio salón como si de un antiguo rito ancestral se tratara. Conozco a Diego. Sé que es un obseso del orden y de la simetría. Tiene los cuadros colocados unos frente a otros formando un óvalo. Si te fijas los cuadros están situados simétricamente. Así me encuentro una marina enfrente de otra, un cuadro contemporáneo enfrente del otro, pero hay algo que no me concuerda. En el centro de la estancia está Diego, sentado en una butaca, serio, pensativo y con mirada amenazadora. Detrás de él hay un cuadro, una venus desnuda, y detrás de mí hay un cuadro de un pueblo toscano, es lo único asimétrico en la habitación. Miro a Diego. No veo en él al tipo divertido y cariñoso que siempre me recibe con los brazos abiertos.

—Siéntate, Helio —me dice señalándome un sillón enfrente del suyo. En su voz tampoco está el acento ítalo-español tan simpático que suele tener. Su

mirada... intimidada.

Le hago caso y accedo a sentarme. Extrañamente estoy muy tranquilo. Me siento y nos quedamos unos instantes mirándonos, retándonos. Finalmente soy yo el primero que habla. Decido seguir la misma estrategia que con mi padre.

—¿Eres Franco Bianchini? —pregunto. Él ni se inmuta.

—Creía que tu primera pregunta sería si soy tu padre... ¿Y si lo fuera? ¿Y si fuera Franco Bianchini? —pregunta finalmente. No lo ha negado...

—Si lo fueras —respondo—, tendría ante mí a un asesino despiadado.

—Ja ja ja —ríe con un punto de sarcasmo—, no te confundas, no soy ningún asesino.

—¡Mataste a Margaretta! —bramo.

—Lo de Margaretta fue en defensa propia —se defiende Diego—. ¿Sabes que tu hermano y Margaretta planeaban dejarte tirado en Roma para después dirigirse a Nápoles, infiltrarse en las familias napolitanas y finalmente liquidarme a mí? —Acaba de reconocer que es Franco Bianchini. Que sepa la traición que tenían pensada para mí Margaretta y mi hermano, me duele. No respondo. Él continúa.

—Te pareces tanto a mí, Helio... Los dos fuimos traicionados por su propio hermano y la mujer a la que amábamos. Los dos enloquecimos —sopesa Diego.

—Tú y yo no nos parecemos en nada —le espeto—, tú eres un asesino.

—Helio. Todo aquello fue necesario —replica Diego—. Las familias se mataban entre sí. La ola de violencia que vivía Italia en los ochenta y noventa era insostenible, alguien tenía que hacer algo.

—Mataste a Vincenzo... ¿Por qué?

—La familia Scolano era una pieza clave. Apoyaban a los Sicarieli desde el valle. Ellos firmaron su sentencia de muerte. Además, les di opción de que cambiaran de bando. No sabes ni la mitad, Helio. El único que accedió a la nueva situación fue Marco hijo. Que, por cierto, nos entregó a su padre en bandeja de plata. Vincenzo simplemente se encontraba en el lugar equivocado y en el momento equivocado.

—¿Marco traicionó a su padre y a su hermano menor? —inquiero. Diego asiente.

—Ahora las cosas están mejor. Las familias viven en paz. La organización funciona más como un McDonald's que como una organización mafiosa.

—Sí... claro, por su puesto... sois hermanitas de la caridad —le recrimino—. Te olvidas de todo el daño que le hacéis a las personas. Drogas, extorsión, trata

de blancas... prostituís a niñas. ¿Ese es el mundo que quieres?

—No estoy orgulloso de eso, Helio... pero es algo necesario... si no lo hacemos nosotros, lo hará otro.

—¿Te estás oyendo? —le recrimino.

Diego se remueve en su asiento. Está incómodo con esta conversación. Su rostro se vuelve más marmóreo y justo en ese momento puedo ver al verdadero Franco Bianchini ante mí:

—Helio, te dije que te dejaras de viajecitos y te dedicaras a alimentar tu ikigai. Si me hubieras hecho caso no estaríamos aquí clavándonos puñales. Hace poco me preguntaste cuál era el mío. Pues mi ikigai es Italia. La amo. No quería que la sangre de nuestros hijos regara aquella hermosa tierra y decidí actuar.

—Tú no tienes hijos. Yo por supuesto no lo seré nunca —digo levantándome del asiento—, y mi hermano... espero que nunca se entere de quién eres en realidad.

—¿Dónde vas? —pregunta amenazante.

—Me voy ¿Me vas a matar a mí también? —le reto. Diego se ríe.

—No Helio, no te voy a hacer ningún daño. Eres libre de irte, pero antes te tengo que decir una cosa. —Espero tenso lo que me tenga que decir— ¿Sabes por qué tu padre no te había dicho nada hasta ahora? —Niego sin decir nada— Pues muy sencillo, teníamos un pacto que tu padre ha roto. Él no contaba nada sobre mí, y yo no contaba nada de lo que hizo él.

—¿Qué insinúas...? —inquiero.

—Muy sencillo Helio... Sabes que tus abuelos murieron en un accidente, ¿no?

Siento que lo que me va a decir me va a doler mucho. Intento salir de aquella habitación, pero me quedo allí de pie, clavado. Algo me dice que espere, que oiga lo que me tiene que decir Diego.

—Pues no fue un accidente como tal. Tu padre, Helio, es el responsable de la muerte de tus abuelos, los padres de tu madre, y lo peor, lo hizo para quedarse con el control de todos los viñedos del viejo Belotti, por cierto, la jugada le salió redonda.

Me quedo anonadado con lo que me está contando Diego. Me siento como si me hubieran pegado una puñalada y Diego continúa removiendo el puñal en mi interior:

—Se asoció con Marco Scolano, que fue el ejecutor del asesinato. Cuando se hizo rico intentó distanciarse de Marco, pero sabes... cuando te llenas de esa mierda, por mucho que te limpies, sigues oliendo mal —finaliza Diego.

—Yo no tengo padres... —consigo decir finalmente. Me dirijo a la salida cuando decido que la última palabra la voy a tener yo. Voy directamente al cuadro que tenía a mis espaldas cuando estaba sentado, el pueblo toscano. Miro directamente a Diego y le digo con voz tranquila:

—Eres tan patético, Diego... ¿Acaso necesitas ver a mi madre desnuda para que se te ponga dura? ¿Te pajeas con un cuadro Diego? ¿Eso es lo que haces? — agarro el cuadro del pueblo toscano y lo tiro al suelo. Bajo el cuadro había otro cuadro. La Morena Esclava— ¡Quédatelo! Tú lo necesitas más que yo.

Y salgo de esa casa. A mi espalda puedo notar la mirada culpable de Diego Del Pietro.

Capítulo 31

Al día siguiente me despierto con un tremendo dolor de cabeza. No he dejado de darle vueltas toda la noche a cómo voy a solucionar todos los frentes abiertos. El problema de los panfletos lo van a utilizar contra mí, y no voy a poder probar que no fui yo la que mandó el mail. Por otro lado, tengo las amenazas de Guillermo, que pueden perjudicar a mis amigos. Luego está el acoso de Luis. Ese tipo es un psicópata. Y finalmente, y extrañamente la que más vueltas le he dado durante toda la noche, es Helio. No he podido sacármelo de la cabeza en todas estas semanas, pero tras la noticia del día anterior, ha entrado con más fuerza en mi mente. Anoche lo estuve llamando varias veces, pero no me coge el teléfono. Le he mandado varios wasaps, pero tampoco los contesta.

Me levanto, me doy una ducha y me preparo el desayuno. Pongo la televisión para ver si vuelven a poner la noticia de esa chica... Nadia. Pero están poniendo el tiempo. Hoy llueve, por cierto. El tiempo va a acompañar a mi estado de ánimo. Me dirijo a mi coche y echo un vistazo al cielo, está plomizo. Cuando entro al aparcamiento del edificio de PlusMarket empieza justo a llover. Subo a la planta 6 y por el camino se me quedan mirando de una forma muy rara algunos compañeros, pero no me dicen nada. Me miran como con... ¿pena? Involuntariamente me toco el ojo que me dejó morado Jorge, pero eso no debe ser, hace ya tiempo que se me quitó el moratón. ¿Por qué me miran así? Al entrar en la planta 6, mis amigos Tomás y Clara se precipitan a mí atropelladamente.

—Tenemos un problema —informa Tomás.

—Éstos nos la quieren liar —empieza a decir Clara a la vez.

—Tranquilos... —les digo—, no habléis a la vez.

—Toma... —dice Tomás tendiéndome un panfleto—, esto nos ha llegado esta mañana.

—Ya... esto lo sabía —comienzo a explicar—, anoche vi un mail enviado desde mi ordenador. Nuestra amiga Vanessa quiere ser el trampolín de su marido.

—La muy perra... —brama Clara—, cuando la coja no le voy a dejar ni un

rizo en la cabeza. Con razón ni se ha asomado hoy por aquí.

—Tranquila Clara —apacigua Tomás—, tenemos que mostrarnos más fríos que ellos.

—¡Ya estoy harta de mostrarme fría, mira tú...! —exclama Clara.

En ese momento se abre el ascensor. De él sale Daniel.

—Hola muchachos —comienza diciendo—. No veas como están de caldeados los ánimos por ahí arriba. Giorgio está muy cabreado. No para de dar voces. Y... Marta, no sé cómo decirte esto... —dice rascándose el pelo—, pero quiere que subas inmediatamente.

—Pues no va a subir sola —dice Clara con chulería.

—Sí... nosotros subimos con ella —añade Tomás.

—No creo que sea buena idea —afirma Daniel.

—No la voy a dejar sola —se reafirma Clara.

—No digáis tonterías —intervengo—, voy sola. Si tienen que despedir a alguien que sea a mí sola.

—No —replica Clara—, aquí actuamos como un equipo y subimos todo el equipo.

Sé que, si no me pongo dura con Clara, esta me va a acompañar, y no quiero que a ella la despidan. Hoy en día es difícil encontrar un trabajo como el que tiene.

—Como vengas te juro que no te voy a hablar en mi vida —le digo más seria que nunca.

Ella escruta mi cara. Finalmente baja los hombros. Ha claudicado.

—No os preocupéis por mí —les digo sonriendo—, tengo más vidas que mi gato.

Mis compañeros fuerzan una sonrisa. Me meto en el ascensor y marco el botón ocho. Me dirijo a la sala de juntas. Mientras subo intento pensar un plan de defensa, pero me lo han puesto muy difícil. Además, no sé qué cosas más se han podido inventar para desprestigiar me. Quieren ascender a Luis a toda costa. Lo que no entiendo es por qué Guillermo accede a hacer todo esto. La amistad no es suficiente para portarse de esta forma tan agresiva y cruel.

En ese momento recibo un wasap.

9:14 **Ángel Guardián** — Te voy a enviar un archivo. Tienes que enseñárselo a Giorgio.

9:14 **Marta** — ¿Qué contiene el archivo?

9:14 **Ángel Guardián** — No tengo tiempo de explicártelo. Sólo tienes que

enseñárselo a Giorgio.

El móvil comienza a descargar un archivo, parece que es un video. Pero al parecer tiene bastante peso y la descarga es lenta. El ascensor para y salgo. Atraveso un largo pasillo hasta llegar a la entrada de la sala de juntas. Respiro hondo y llamo a la puerta. A continuación, abro y miro el interior de la sala. Allí están Giorgio, presidiendo la gran mesa rectangular, Guillermo y Luis a un lado de él y Ramón al otro lado.

—Adelante, siéntate —dice Giorgio señalándome el otro extremo de la mesa.

Entro y me siento justo en frente de él. Estoy a punto de decir que en aquella sala no hay paridad cuando pienso que es mejor callar y esperar a ver qué dicen. Mi padre siempre me decía que, en cualquier tipo de negociación, siempre tienes que intentar decir las menos palabras posibles. Porque de esa forma tu adversario te cede más información a ti, que tú a él. Opto por esperar al tiempo que miro el móvil para ver cómo va la descarga del video. No va ni por la mitad.

—Y bien... —empieza diciendo Giorgio.

—¿Y bien qué? —replico.

—¿No tienes nada que contarnos? —pregunta con inquina. Niego con la cabeza. Él mira a Guillermo y asiente sin decir palabra. Guillermo se levanta y comienza a hablar.

—Creemos que estás tratando de hundir la empresa y no entendemos tus motivos. Aunque tenemos sospechas —comienza diciendo Guillermo. ¿Hundir la empresa? ¿Yo?—. En otras ocasiones has errado en tu trabajo. Has hecho gastar a la empresa ingentes cantidades de dinero por tus fallos, pero lo de ayer... más que un error parece una declaración de guerra. Todos los precios están mal —continúa Guillermo que mira a Giorgio en varias ocasiones—. Está claro que no es un error, está hecho a propósito para conseguir tus objetivos.

—Eso es absurdo —replico—. ¿Cómo voy a conseguir mis objetivos haciendo a propósito un mal para la empresa? Me estaría tirando piedras en mi propio tejado.

—Salvo —prosigue Guillermo—, que tu objetivo no sea esta empresa y estés pensando en otro tipo de trabajo.

—¿Qué? —protesto—. ¿Qué insinúas?

Giorgio coge un periódico que está encima de la mesa y me lo lanza. El periódico resbala hasta parar justo en mi posición. Miro la portada y me quedo asombrada: «Giorgio Salcedo, el director general de la empresa PlusMarket era un miembro activo de la camorra napolitana». Mi sorpresa inicial por la noticia la

intento eclipsar meditando sobre la misma y pensando qué importancia puede tener aquello conmigo. Guillermo prosigue su ataque.

—Esta noticia es portada en todos los medios de comunicación. La exclusiva la ha lanzado el canal 12. Casualidad o no, varias personas te vimos actuar de corresponsal a las una y media de la madrugada el pasado lunes, para este canal. Esta mañana hemos examinado tu mail por medio de Jéssica, la encargada del área de informática de la empresa, y hemos visto en él dos mails importantes. El primero a la imprenta para cambiar todos los precios de la propaganda y el segundo ayer, a última hora de tu jornada laboral, dirigido al Canal 12 TV. En él, expones que nuestro director general —Guillermo señala de manera sumisa a Giorgio—, fue miembro de la camorra en Nápoles.

—Pero... pero... —balbuceo. No consigo arrancar—, eso es absurdo. Yo no he enviado nada. En cambio, sé que, desde mi ordenador, Vanessa...

—¿Vas a intentar endosar el marrón a Vanessa? —interrumpe Luis que hasta ahora se había mantenido al margen—. Tú eres la interesada en dar exclusivas a ese canal. ¿Acaso te van a ofrecer un cargo importante en él?

Me quedo bloqueada. Me han preparado una encerrona y no sé cómo salir de ella. Miro el móvil. La descarga está a punto de finalizar. Giorgio interviene.

—Me has decepcionado, Marta. Pensaba que estábamos juntos en este barco —dice señalando la estancia—, pero lo que parece es que pretendías hundirlo antes de bajarte de él.

—Giorgio —replico—, esos mails los puede haber enviado cualquiera... He visto a Vanessa utilizar mi ordenador. Jéssica, como acaba de afirmar Guillermo, puede entrar en mi ordenador. Es absurdo que yo intente hacer todo esto... Giorgio..., me están tendiendo una trampa. Por favor, abre los ojos.

Puedo ver en Giorgio un atisbo de duda. Quizá todo no esté perdido.

—Ramón —empieza a decir Giorgio—, ve preparando el finiquito de la señorita Miller. Hoy mismo la quiero fuera de la empresa.

No me puedo creer lo que estoy oyendo... ¿De verdad todo esto acaba así? Me levanto y me dirijo a la puerta. Entonces recuerdo el móvil. Lo miro y veo que se ha descargado el video. Pienso cambiar mi compañía de telefonía en cuanto salga de aquí... He visto tortugas más rápidas que las descargas en mi móvil. Me doy la vuelta y me dirijo al proyector. Conecto mi móvil a dicho proyector ante la mirada atónita de todos los presentes y pulso el botón *play*.

En la gran pantalla sale una imagen de Guillermo conmigo en el ascensor. En ella Guillermo comienza a amenazar con despedir a mis compañeros si Luis no

es elegido director general de marketing. A continuación, sale mi peineta. Eso me hace sonreír. Todos me miran menos Giorgio que tiene la mirada obcecada en la pantalla. En ella sale una imagen de Vanessa usando mi ordenador. Se ve como saca un *pendrive* y lo inserta en él. Guillermo se queda pálido. Luis me mira con odio.

—Todo esto no prueba nada —interviene Guillermo—, seguramente estaría usando un archivo de trabajo.

—Shhhhhh silencio —ordena callar Giorgio.

El plano se corta y en imagen salgo yo nuevamente entrando en el baño de señoras y posteriormente se ve a Luis entrando en el mismo sitio. todos en la sala de juntas se fijan en los focos del techo. ¿Es posible que todo sean cámaras?, parece que se preguntan...

—Esto no sirve... no sirve... —interrumpe Guillermo.

—¡Cállate! —brama Giorgio.

A continuación, en el video sale Guillermo preguntando a Luis en susurros: «¿Estás seguro de que Vanessa será capaz de copiar el programa espía en el ordenador de la furcia?» y Luis contestando: «Sí, no te preocupes. Jéssica se encargará del resto. Yo tendré mi puesto en la junta directiva en Madrid, y desde allí conseguiré que tú asciendas también».

Después de esto el video se corta. La habitación se queda en silencio unos segundos.

—Ramón... —dice finalmente Giorgio de forma tranquila, pero intimidante a la vez—, olvida mi anterior orden. Quiero que estos dos —señala a Guillermo y a Luis— se vayan directamente desde aquí. No quiero que pasen ni por sus despachos. Comprueba si es legal que los lancemos por las ventanas. Si no es legal, sácalos de la manera más rápida posible de este edificio.

Me quedo mirando a Luis, que me mira con odio. No le tengo miedo. «Te vas a llevar tu merecido», le digo con la mirada. «Te voy a matar», me dice su mirada a mí. Me doy la vuelta y me dispongo a salir de la sala.

—¡Marta! —grita Giorgio. Giro la cabeza sin darme la vuelta—. Perdóname. Tendría que haber confiado en ti. —Yo asiento seria y salgo de la habitación.

Cojo el móvil y tecleo:

10:01 **Marta** – Ángel Guardián. Muchísimas gracias. ¿Me vas a decir ya quién eres?

10:02 **Ángel Guardián** – Eso no importa. Lo que importa es que todo ha salido bien.

10:02 **Marta** – Eres Helio ¿Verdad?

10:04 **Ángel Guardián** – Sólo soy un conocido...

10:04 **Marta** – Helio por favor tengo que hablar contigo...

Pero mi ángel guardián ya no vuelve a mandar ningún mensaje más.

Bajo por el ascensor y les cuento a Clara y Tomás todo lo ocurrido. Se quedan atónitos con cada cosa que les voy narrando.

—Joder... hubiera pagado hasta mil euros por haber visto la cara de los dos cuando Giorgio sugirió lanzarlos por las ventanas... —comenta Clara—. Y... ¿Vanessa y Jéssica?

—No llegué a escuchar nada al respecto —respondo—, pero con el último corte del video quedó todo muy claro. No creo que duren mucho en la empresa.

—Se avecinan cambios importantes —vaticina Tomás—, puede que la dirección de la sede la lleve alguien de la confianza de Giorgio... Lo más probable es que sea Ramón, o Daniel.

—Y lo de Helio es verdaderamente increíble... —empieza a decir Clara—. ¿Cómo es posible que consiguiera ese video? ¿Acaso tiene cámaras en todas las habitaciones? —Los tres miramos al techo.

—¿Os acordáis de Matías?, pues era él... —les confieso. Me miran atónitos.

—¿Me estás diciendo que el chico desgarbado y apocado con dientes para abrir botellas era Helio? —pregunta sorprendida Clara.

—Exacto... lo que no sé es por qué nos espiaba —digo señalando el foco del techo. Nos quedamos mirando los tres el foco.

—Por cierto, te dejó a deber una cena con invitación al cine —recuerda Clara.

Eso me da una idea. Saco el móvil y tecleo:

11:56 **Marta** – Helio... me debes una noche con cine y burger. ¿O no pagas tus deudas?

11:57 **Ángel Guardián** – Creo que con lo que he hecho hoy... estamos en paz...

11:57 **Marta** – No. Yo te salvé dos veces.

12:00 **Ángel Guardián** – Está bien... ahora en este momento voy camino de la abadía. Quedamos sobre las tres y media del mediodía en el Centro Comercial Nevada para comer esa hamburguesa. Lo de la película no puede ser. Me voy a Madrid.

12:00 **Marta** - De acuerdo. Nos vemos entonces.

12:01 **Marta** - ¿La abadía? Ni se te ocurra. Espérame. No hagas locuras.

Salgo corriendo, pero Clara me frena:

—¿Dónde crees que vas Chochi?

—Tengo que hablar con él...

—¿Quién es él? —pregunta.

—Helio...

—¿Por qué tienes que hablar con él? —inquiérese mi amiga.

—Porque tengo que decirle la verdad —respondo.

—¿Qué verdad? —insiste Clara.

—Que... tengo ganas de verle... —consigo decir.

—¿Por qué? —vuelve a insistir Clara.

—Porque lo echo de menos... —murmuro.

—Y... ¿por qué lo echas de menos? —pregunta clara mirándome a los ojos.

—Porque... le quiero —digo en susurros—, porque le quiero —repito con más convicción.

Clara sonrío. Me mira con una expresión tan dulce y pura que no se parece ni por asomo a la basta de mi amiga.

—Ahora sí estás preparada. Ve con él.

Le doy un rápido beso a Clara, otro a Tomás y bajo por las escaleras. En el parking me dirijo a mi coche, abro la puerta y cuando estoy entrando noto una sombra por detrás que se acerca a mi puerta y me empuja fuera de mi vehículo. Me agarra fuerte por detrás y me inmoviliza.

—¿Creías que te ibas a salir con la tuya...? ¡Putal!

Esa voz... es Luis. Pero... ¿qué pretende? ¡Está loco!

—Te dije que si me la jugabas te iba a dejar el culo como una mona —me grita al tiempo que intenta bajarme el pantalón.

—¡Suéltame! ¡Hijo de puta! —grito.

Consigo darle un codazo y quitármelo de encima un instante. En ese momento veo a Clara que hace comba con su bolso gigante para tomar impulso y le atiza a Luis en toda la cara dejándolo tirado en el suelo, inconsciente.

—¡Esa te la debía, soplapollas! —le espeta Clara a Luis.

—Madre mía Clara, qué llevas en ese bolso, ¿minerales diversos?

—Ja,ja. Un poco de todo. Entre otras cosas —dice clara sacando una plancha enorme del bolso—, esto...

Me quedo con la boca abierta. Pues al final sí que va a ser buena idea llevar una plancha en el bolso...

—He bajado al parking... para darte esto... —dice Clara al tiempo que me da una concha ataviada con un colgante.

Cojo la concha, abrazo a mi amiga y le digo:

—Gracias... Nunca salgas de mi vida Clara.

—Tendrás que matarme —responde Clara con una picara sonrisa—. Anda corre, que tu pintor te espera.

Entro en el coche, me despido con la mano de Clara y salgo del parking.

Durante el camino a la abadía comienzan mis dudas de si encontraré a Helio allí. Puede que no haya llegado aún, que ya se haya ido o que no tuviera intención de ir. Quién sabe. Todas mis dudas se disipan cuando veo su golf aparcado en el parking de la abadía.

Acaba de terminar un oficio y se puede pasar a través de la iglesia. Me dirijo a las catacumbas romanas. No es horario de visita y la estancia está en penumbra. Voy directamente al punto al que creo que ha podido ir Helio. Para ello cruzo las oscuras galerías y... Allí está. Mi moreno y atractivo ángel mirando la piedra blanca y dándome la espalda a mí.

—¿Qué haces aquí? Creía que no creías en estas cosas —señala Helio.

Pienso en lo que voy a decir. En ocasiones, las primeras palabras pueden decantar una conversación para un lado u otro. Una vez decididas las palabras... las expulso.

—La piedra rompe lo tuyo en la cabeza. Es un error. —¿Pero qué coño he dicho?

—¿Cómo? —inquire Helio dándose la vuelta.

Respiro profundamente y miro sus ojos azules claros que alumbran aquella pequeña sala. Intento reordenar mis ideas en mi cabeza y lo intento de nuevo.

—Es un error que toques la piedra, Helio, lo nuestro... lo tuyo y lo mío, no ha sido una ilusión, ni una atracción mágica propiciada por piedras. Pero si la tocas, significará que ya no quieres luchar por mí.

—¿Para qué quieres que luche por ti?, yo no te importo nada.

—¡Eso no es verdad!

—Pues Marta, dime qué es verdad.

—Que tengo miedo Helio... miedo al amor... miedo a enamorarme de ti... miedo a que me hagas daño...

—¿Crees que yo no? Estoy aterrado Marta. Mi corazón está cubierto de tiritas. Pero ¿sabes una cosa? —dice Helio agarrándome las dos manos y mirándome a los ojos —, nunca he sentido por nadie lo que siento por ti.

—A mí me pasa igual —consigo murmurar.

—Estoy seguro de que si tú sigues tu camino sin mí... y yo sin ti... ambos

conseguiremos ser felices. —Lo que me está diciendo me desalienta— Pero... Marta... también estoy convencido que el universo paralelo donde tú y yo seremos más felices... es aquel en el que estamos juntos. —Y lo que está diciendo ahora me lleva a las nubes.

Me acerco para besarlo, pero me detengo. Quiero que sea él el que continúe el acercamiento. Miro su rostro. Es serio. Reproduzco en mi cara una ligera mueca, no llega a Sonrisa. Él sigue serio. Entonces, cierra los ojos y la habitación se apaga unos instantes. ¡¡Dime algo por favor...!!, grito en mi interior. Vuelve a abrir los ojos y finalmente dice:

—Al diablo los universos paralelos... En todos voy a acabar a tu lado... porque, desde que te vi, Marta, tu camino se ha transformado en mi destino...

—Helio... bésame —le imploro.

Él sonríe y el espacio entre nuestras bocas se estrecha hasta acabar en un apasionado beso. Me siento como aquella que vuelve a casa después de una larga temporada en algún sitio inhóspito. Me acaricia al tiempo que me besa y noto aquello que dicen, que la piel tiene memoria. Mi piel reacciona erizándose ante el tacto de mi amado, de mi ángel, de mi Helio.

—Te quiero —le digo entre beso y beso.

—Te amo —me dice él a mí.

Él introduce sus manos por debajo de la blusa y acaricia mi espalda. Me desabrocha el sujetador con manos ágiles y continúa su masaje. Yo meto mis manos por debajo de su camiseta blanca y toco sus abdominales. Nuestras manos se aceleran y tocan al tiempo que nuestras bocas se devoran. ¡Pasión!, eso es lo que hay entre Helio y yo. Una pasión loca que nos ciega, que nos hace olvidar todo lo que nos rodea. A continuación, Helio me coge de la cintura y me aúpa hasta sentarme en una piedra plana. Tira atropelladamente de mis pantalones para después desabrochar los suyos. Noto la fría piedra bajo mis nalgas, pero tengo la certeza de que pronto se va a calentar. Entonces y sólo entonces, Helio se detiene:

—Si quieres paramos esta locura y nos vamos a otro sitio.

—Como pares ahora, te mato —le amenazo con la sonrisa más lasciva que logro poner.

Helio se baja el calzoncillo. Su miembro está duro como una piedra y su sonrisa es aún más lasciva que la mía. Comienza a bajarme las bragas. A continuación, me abre las piernas y me penetra lentamente. Yo muevo mis caderas buscándolo. Me siento como un trozo de imán roto que busca su otra

mitad. Por más que intentes quedarte quieta, la atracción siempre está ahí, y como te dejes llevar, no hay ninguna alternativa, te unirás al otro trozo porque los dos juntos son uno solo.

Epílogo

—Y el segundo puesto es para... «la Morena Esclava». Propietario, Diego del Pietro. Autor, desconocido —anunciaba el presentador del evento.

Diego miró con seriedad a Helio que se situaba al otro lado del anfiteatro, el cual se había improvisado para aquel concurso de pintura. Habían pasado tres meses de su último encuentro y no había podido olvidar las palabras que se lanzaron como dardos. Diego se sintió desolado en ese instante. Acababa de perder el primer puesto de ese concurso y no era una persona que le gustase quedar en segundo lugar. No salió a recoger el premio. Lo peor, pensó Diego, es que había muchas posibilidades de que el ganador fuera el que para él siempre fue y será su hijo.

Helio por su parte, lo que hacía es ignorar a Diego. Lo conocía y sabía que de esa manera se sentiría peor aún que si enfrentaban sus miradas.

—Y finalmente, el ganador del concurso internacional de obras artísticas profesionales de temática humana desnuda, con una dotación de 200 000 euros es para... «La mujer roca». Propietario, Helio Salcedo. Autor, Helio Salcedo —anunció el presentador.

El público aplaudía mientras un Helio eufórico salía al centro del escenario. Echó un vistazo dónde, hacía un instante, se encontraba Diego, pero ya había abandonado el recinto. Helio miró el cuadro artífice de aquel ilusionante premio. Una mujer de perfil, desnuda. Con su mano tapaba un pecho, el otro, lo tenía amputado. La mujer posaba sin pelo. Tenía un gesto tranquilo en el rostro, pero a la vez, intenso. Al fondo se podía ver un acantilado formado por varias rocas en el que golpeaba con fuerza el agua del mar. Helio había conseguido representar

en el cuadro «la debilidad y hermosura del cuerpo de una mujer que lucha y se mantiene como una roca ante una investida de la vida». Estas fueron las palabras exactas del presidente del jurado en su veredicto. Marta y Clara aplaudían desde sus asientos la proeza que había conseguido Helio.

—Esa soy yo —gritaba una orgullosa Clara—, pero ya tengo pelo... —repetía una y otra vez sin decirlo a nadie en particular.

La verdad es que entre la barrera idiomática y el escaso parecido de la chica del cuadro y ella en la actualidad, nadie entendió lo que decía.

—Calla loca ¿No ves que no te entienden? —protestó Marta.

—Pues claro que me entienden, chochi... ¿No ves cómo me miran?

Marta negó con la cabeza. Su amiga no tenía remedio. Era increíble la dulzura que representaba Clara en el cuadro y la mujer inversamente opuesta que era Clara en realidad.

Helio volvió a su sitio y le dio dos besos a Clara:

—¿Cómo está mi modelo favorita? —dijo con sarcasmo.

No lo había pasado tan mal con ninguna modelo como lo pasó con Clara, la cual, para Helio, era insufrible. Que si hace mucho calor aquí, que si «¿no te parece que en esta postura salgo más favorecida?», que si esto, que si lo otro. Aunque tenía que reconocer que el resultado final había sido increíble. Clara era una chica muy guapa y transmitía esa fuerza que quería representar Helio a pesar de su enfermedad.

—Tu modelo favorita quiere cenar. Aquí han pasado unos canapés tamaño mini para hobbits y me muero de hambre.

—Tranquila, os llevaré a un sitio en Roma que no olvidaréis en mucho tiempo. A continuación, Helio se acercó a Marta y la besó con pasión.

—¿Eres ya famoso? —preguntó Marta con voz melosa.

—Ya te dije una vez... el día que me muera, seré famoso. Mientras tanto necesito a alguien que me necesite a su lado.

—¿Necesitas que te necesite? ¿Qué clase de trabalenguas es ese? —se carcajeó Marta.

—No me hables de trabalenguas, que cada vez que recuerdo el tuyo aquel día...

—¿El del clavo? ¡Buah! Nunca he sabido decirlo sobria, como para decirlo ebria... —Ambos se carcajearon.

—Te quiero Marta —dijo Helio volviéndola a besar.

—Yo no. Me prometiste un cuadro y todavía no has cumplido tu promesa — replicó Marta con un enfurruñamiento fingido.

—Lo tendrás, pero sólo cuando esté preparado para hacerlo —dijo Helio mirando con cariño a Marta—. Quiero que tu cuadro sea mi mejor obra.

Esa noche se alojaban en un hotel céntrico de Roma. Marta y Helio estaban ya en su habitación y se disponían a descansar del largo día.

—Es increíble Helio ¿Entonces te has quedado con el primer y segundo puesto? —preguntó Marta.

—Sí... al parecer a don Diego le han entrado remordimientos —dijo él con la mirada perdida.

—Ahora vengo —dijo Marta dirigiéndose al baño.

Helio encendió la televisión. Quería ver si decían algo sobre el concurso cuando una noticia atrajo su interés:

—Sheryl Smith, la extrovertida periodista del diario «Hots Journeys» que desapareció hace unos meses en la región de la Toscana...

Helio se quedó helado. Intentó recordar cuando la había visto por última vez. Recordó también las palabras del doctor Simone asegurando que su diagnóstico era acertado y se le heló la sangre. Marta entró en la habitación.

—¿Te pasa algo? Te veo algo pálido —preguntó.

La noticia siguió su curso:

—Al parecer, la señorita Smith ha aparecido esta mañana en el interior del castillo de Fossdinovo. Se encontraba en un lamentable estado y no paraba de repetir «el cerdo y el perro me persiguen». En estos momentos se encuentra estable en el Hospital Clínico de la ciudad de Florencia.

A Helio le volvió el color a la cara. No podía evitar tener aquellos miedos. Se había pasado muchos años pensando que era un monstruo, y aunque finalmente no lo fuera, siempre le quedaba un resquicio en su interior que le hacía dudar.

—Uffff —resopló—, nada. En estos momentos me siento genial, Marta... ¿y tú?

Marta se sentó a su lado y mirándolo a los ojos dijo:

—¿Sabes?, le suelo poner la letra de una canción a cada momento de mi vida. Siempre me ayuda a tirar para adelante. Y se me acaba de ocurrir una que vendría genial para este momento. Helio la miró con un gesto de interrogación en la cara. Aquella mujer lo tenía completamente loco. Lo suyo había sido un flechazo. Cuando ella abrió aquella puerta y le vio sus preciosos ojos verdes,

sabía que había encontrado en Marta el amor que no buscaba.

Marta cogió su móvil y se dispuso a reproducir una canción.

—Es una canción de Roko, una de mis cantantes favoritas. Y la canción se llama «Nadie como tú» —informó Marta a Helio. Sin más, empezó a cantar a dúo con la cantante.

*«Puede que lo nuestro sea una historia más,
puede que mañana buyas de mi habitación,
puede ser que estemos condenados a no estar,
a buscarnos a encontrarnos otra noche y se acabó.*

*Puede que este no sea un amor eterno
y quien quiere un amor eterno,
sólo estar contigo y que se desate el corazón.
Porque nadie como tú, nadie como tú, nadie como tú me hace temblar,
nadie como tú me lleva a las mismas puertas del cielo».*

Esa noche se amaron como otras tantas noches lo habían hecho. Habían tenido pasados convulsos, sobre todo el de Helio. Habían vivido momentos difíciles, que habían conseguido superar, pero lo que tenían muy claro Helio y Marta es que nada puede ante la certeza de haber encontrado a tu amor verdadero, y que cuando dos destinos gemelos se cruzan, acaban compartiendo el mismo camino.

FIN.

Todos los personajes, organizaciones y situaciones en el presente libro son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

<https://www.facebook.com/marcos.olmosgonzalez>

<https://twitter.com/Somlosocram>

<https://www.instagram.com/somlosocram/>